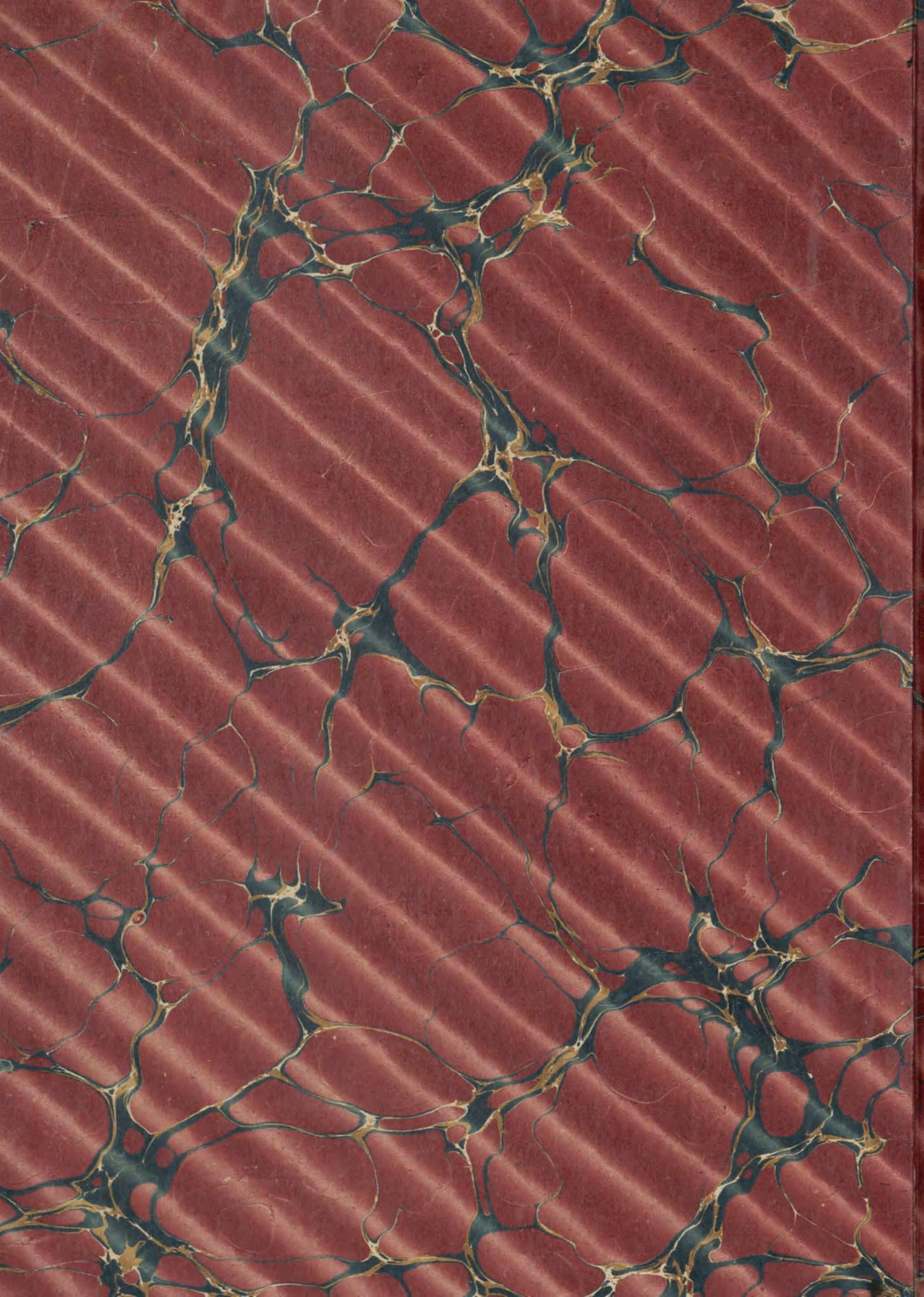


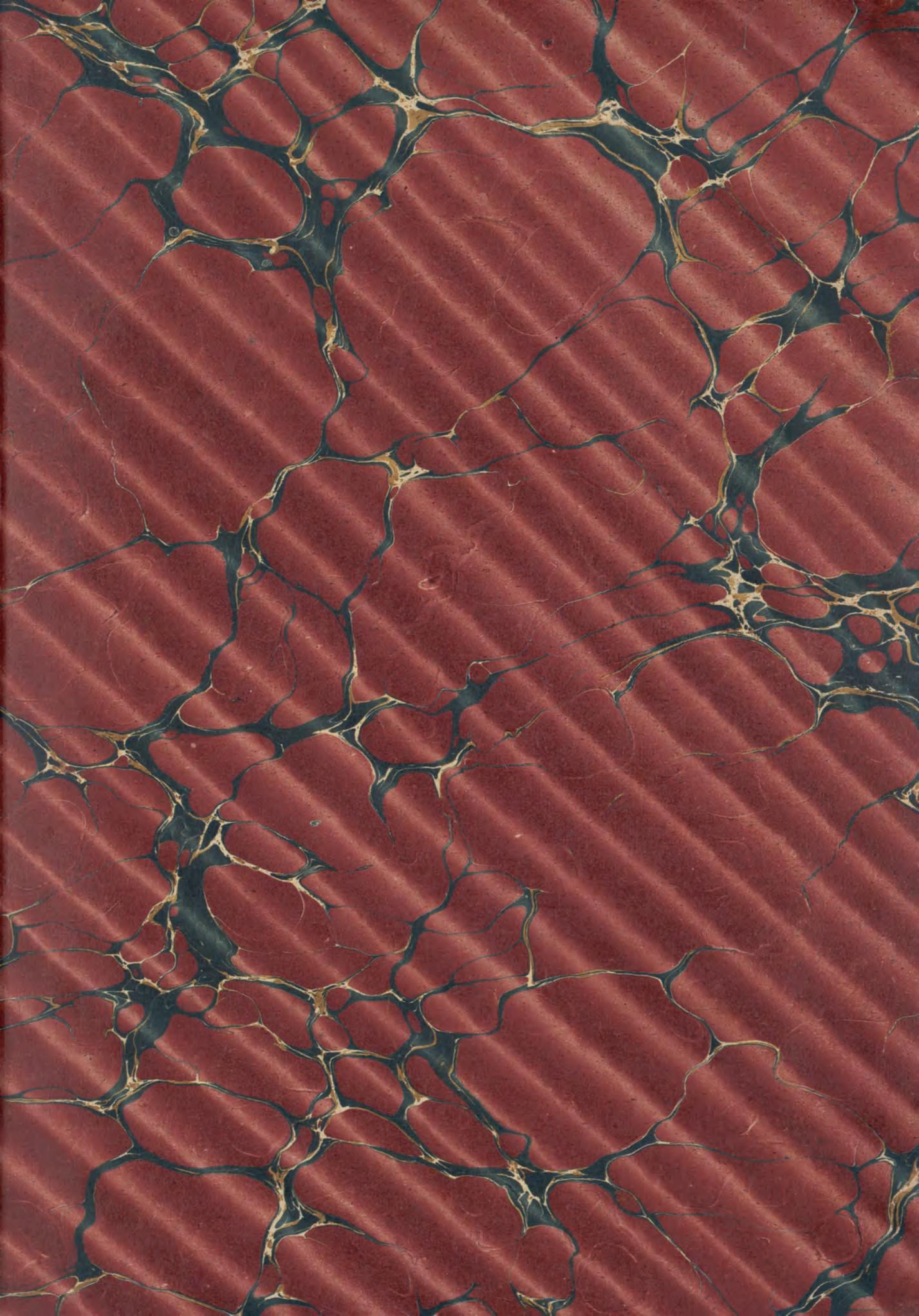
ALMANAQUE
DE LA
ILUSTRACION

1888











Libreia Rodriguez
12000 pes

12000

170

R2060

ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1888

ESCRITO POR LOS SEÑORES

BECERRO DE BENGUA (D. Ricardo), CAMPILLO (D. Narciso), CAÑETE (D. Manuel), CASTRO Y SERRANO (D. José de),
 CAVESTANY (D. J. Antonio), COELLO (D. Carlos), ESPERANZA Y SOLA (D. José),
 FERNÁNDEZ BREMÓN (D. José), FERNÁNDEZ FLÓREZ (D. Isidoro), FERNÁNDEZ GRILO (D. Antonio),
 FERRARI (D. Emilio), FRONTAURA (D. Carlos), LANDERER (D. José J.), LÓPEZ CARVAJAL (D. Francisco),
 MAS Y PRAT (D. Benito), PALACIO (D. Manuel del), PAZ (D. Abdón de), REINA (D. Manuel),
 SALVADOR DE SALVADOR (D. José), SÁNCHEZ DE CASTILLA (D. Eduardo), SBARBI (D. José María),
 THEBUSSEM (El Doctor), TRUEBA (D. Antonio de), VELARDE (D. José) y VIDART (D. Luis).

AÑO XV.



26 FEB 2001

MADRID,
 ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCEORES DE RIVADENEYRA
 IMPRESORES DE LA REAL CASA
 Paseo de San Vicente, núm 20.

1887.

ALMANAQUE
INDICE GENERAL

LA FLORESTACION

PARA EL AÑO DE

1888

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ARRAQUE



VALERIA
ESTABLECIMIENTO EDITORIAL Y DE IMPRESION

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.

	Págs.		Págs.
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S.	5	Gomis, por D. José Esperanza y Sola.....	77
Año astronómico, por D. A. P.	5	A mis hijos (epístola), por D. Juan Antonio Cavestany.....	88
Santoral.....	6	Historia vulgarísima, por D. Carlos Frontaura.....	93
El Padre Maestro Fr. Benito Jerónimo Feijóo (estudio sobre su vida y sus obras científicas), por D. Luis Vidart.....	11	Aspiración, por D. Emilio Ferrari.....	99
Antiguos romances, <i>Gerineldo</i> , por D. Benito Mas y Prat.....	23	Poetas de la Isla de Cuba: <i>José Jacinto Milanés</i> , por el Ilmo. Sr. D. Manuel Cañete, individuo de número de la Real Academia Española....	101
Las Tres hermanas (cuento en verso), por D. Carlos Coello.....	30	¡Pobre de tí!, por D. Eduardo Sánchez de Castilla.....	112
Entes imaginarios, por D. José María Sbarbí.....	35	La Encajera, por D. José de Castro y Serrano, individuo de número (electo) de la Real Academia Española.....	114
El gato, por D. Narciso Campillo.....	38	Primero de Septiembre (cuento de caza), por <i>Fernán Tor</i> (D. Isidoro Fernández Flórez).....	120
En el Album de los hijos de mi querido amigo el poeta Juan Antonio Cavestany, por D. Manuel del Palacio.....	43	Alegria, poema, por D. José Velarde.....	124
Señor y Don, por el Doctor Thebussem.....	45	En el Monasterio de Piedra, por D. Antonio Fernández Grilo.....	136
El Cielo en 1888, por D. José J. Landerer.....	53	Cadena eterna, por D. F. López Carvajal.....	138
La azotaina (tradición popular madrileña), por D. Antonio de Trueba.....	59	Inocencia perdida, por D. Abdón de Paz.....	139
<i>Vanitas vanitatum</i> por D. José Salvador de Salvador.....	65	La Ola negra, por D. Manuel Reina.....	139
El recién nacido (historia increíble), por D. Ricardo Becerro de Bengoa.....	68	Fábulas en prosa, por D. José Fernández Bremón.....	141

GRABADOS.

	Págs.		Págs.
BELLAS ARTES.			
«Venecia», cuadro de Ciardi.....	14	«S. M. la Reyna Victoria», retrato pintado en 1840 por Fowler.....	118
«Obrera veneciana», cuadro de Zonaro.....	18	«Mercado de caza», cuadro de Gilbert.....	123
«Barens llevando frutas a Venecia», acuarela de Oswald Briesly.....	22	«En el campo», cuadro de Bretón.....	130
«Coronación de la reina Victoria», cuadro de G. Hayter.....	26	«La serenata», cuadro de Vibert.....	140
«Las Artes en la Paz», fresco de Leighton.....	29	RETRATOS.	
«Casamiento de la princesa Elena», cuadro de Magnussen.....	34	El P. Maestro Fr. Benito Jerónimo Feijóo.....	10
«Casamiento del Duque de Albany», cuadro de J. D. Linton.....	40	S. A. R. Víctor Manuel de Saboya.....	88
«A las fieras», cuadro de Silvio Fernández.....	44	El príncipe D. Fernando María de Baviera y de Borbón.....	93
«Primavera», cuadro de Eduardo Pelayo.....	49	José Jacinto Milanés, poeta cubano.....	101
«Lavadero en el Manzanares», cuadro de Pérez Valmera.....	64	VARIEDADES.	
«De vuelta de la casa», cuadro de Elena Brockmann.....	67	Gabinete de Bismark en Varzin.....	82
«El festival de los niños», cuadro de L. Kanam.....	71	Galicia pintoresca: «Una corredoiira», dibujo de Casanova.....	84
«Mosaico» (industria inglesa contemporánea).....	76	Paso de Cuelga-Moros, dibujo de Manuel Alcázar.....	87
«Aguamanil de cristal de roca», (Museo del Prado).....	80	Aideana holandesa, dibujo de Wagner.....	113
«Primer Consejo de Ministros presidido por la Reyna Victoria», cuadro de David Wilkie.....	98	«Invierno», «Primavera», «Estío», «Otoño», dibujos de H. Estevan.....	119, 126, 128 y 133
«La pintura», composición decorativa, por Chaplin.....	99	Viñetas varias: 35, 38, 86, 91, 112, 120, 121, 122, 124, 135, 136, 137, 138 y 144.	
«Retrato del Duque de Norfolk», por Holbein.....	104		
«Casamiento de la princesa Beatriz», cuadro de Cantón Woodville.....	108		



EL SECRETO DE LAS FLORES. — (Cuadro de G. Schachinger.)

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número.	8	Indiccion romana.	1
Epacta.	XVII	Letra dominical.	A g
Ciclo solar.	21	Letra del martirologio romano.	e

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiendo que cuando la fiesta de la Purísima Concepción de Nuestra Señora cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
 La Vigilia de Pentecostés (con abstinencia de carne).
 Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Temporales.
 Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne).
 Vigilia de Santiago Apóstol.
 Vigilia de la Asunción de Nuestra Señora (con abstinencia de carne).
 Vigilia de Todos los Santos.
 Vigilia de Navidad (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, 28, 29, 30 y 31 de Marzo.

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	15 de Enero.
Septuagésima.	20 de Enero.
Sexagésima.	5 de Febrero.
Quincuagésima.	14 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	15 de Febrero.
Pascua de Resurrección.	1.º de Abril.
Patrocinio de San José.	22 de Abril.
Letanias.	7, 8 y 9 de Mayo.
Ascensión del Señor.	10 de Mayo.
Pascua de Pentecostés.	20 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	27 de Mayo.
Santísimo Corpus Christi.	31 de Mayo.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	27
Santísimo Corazón de Jesús.	8 de Junio.
Purísimo Corazón de María.	30 de Junio.
Fiesta de la Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	1.º de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	19 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	7 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	11 de Noviembre.
Adviento.	2 de Diciembre.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado; y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de Cuaresma y todos los Viernes del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 9 de Abril, y se cierran respectivamente el 14 de Febrero y el 1.º de Diciembre.

DÍAS EN QUE SE SACA ANIMA.

El 20 de Enero; el 21 de Febrero; el 3, 4, 11, 23 y 24 de Marzo; el 4 de Abril, y el 24 y 26 de Mayo.

TÉMPORAS.

I.—El 22, 24 y 25 de Febrero.	III.—El 10, 21 y 22 de Septiembre.
II.—El 23, 25 y 26 de Mayo.	IV.—El 19, 21 y 22 de Diciembre.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud. 40° 24' 30" N.
 Longitud. 0° 10' 42" al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

20 de Enero, en Acuario.	22 de Julio, en Leo.—Cancro.
12 de Febrero, en Piscis.	22 de Agosto, en Virgo.
20 de Marzo, en Aries.—Primavera.	22 de Septiembre, en Libra.—Otoño.
19 de Abril, en Tauro.	22 de Octubre, en Escorpio.
20 de Mayo, en Géminis.	21 de Noviembre, en Sagitario.
20 de Junio, en Cáncer.—Ejido.	21 de Dic., en Capricornio.—Invierno.

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.— Entra el 20 de Marzo á las 8 h. y 41 m. de la mañana.
 ESTO.— Entra el 20 de Junio á las 11 h. y 59 m. de la noche.
 OTOÑO.— Entra el 22 de Septiembre á las 2 h. y 39 m. de la tarde.
 INVIERNO.— Entra el 21 de Diciembre á las 3 h. y 48 m. de la mañana.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

ENERO 28. Eclipse total de Luna, visible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 9 y 16" de la noche.
 Principio del eclipse total á las 10 y 76" de ídem.
 Medio del eclipse á las 11 y 3" de ídem.
 Fin del eclipse total á las 11 y 54" de ídem.
 Fin del eclipse á las 12 y 58" de ídem.
 El principio de este eclipse será visible en toda Europa, Asia y Africa, en una pequeña parte de las dos Américas y de la Australia, en casi todo el Océano Atlántico, en el Índico, en una pequeña parte del Pacífico, en el Mediterráneo, en gran parte del Mar Polar Ártico y en una pequeña parte del Antártico.
 El fin de este eclipse será visible en toda Europa y Africa, en gran parte de Asia y de la América Septentrional, en toda la Meridional, en todo el Océano Atlántico, en parte del Índico y Pacífico, en el Mediterráneo, en gran parte del Mar Polar Ártico y en una pequeña parte del Antártico.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 87° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 74° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).
 FEBRERO 11. Eclipse parcial de Sol, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 0° 30' 2", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 109° 30' al E. de San Fernando, y latitud 64° 8' S.
 El medio del eclipse se verifica en la Tierra á 11° 35' 0", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que ve la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 20° 33' al O. de San Fernando, y latitud 70° 10' S.

El eclipse termina en la Tierra á 15° 56' 9", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 88° 48' al O. de San Fernando, y latitud 38° 38' E.
 Valor de la máxima fase aparente, para la Tierra en general, 0,506: tomando como unidad el diámetro del Sol.
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de la América Meridional, en una pequeña parte del Océano Índico y del Pacífico, y en gran parte del Mar Polar Antártico.
 JULIO 8. Eclipse parcial de Sol, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 16° 24' 0", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 52° 12' al E. de San Fernando, y latitud 48° 16' S.
 El medio del eclipse se verifica en la Tierra á 18° 6' 0", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que ve la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 84° 53' al E. de San Fernando, y latitud 67° 46' S.
 El eclipse termina en la Tierra á 19° 47' 1", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 123° 57' al E. de San Fernando, y latitud 51° 15' S.
 Valor de la máxima fase aparente, para la Tierra en general, 0,486: tomando como unidad el diámetro del Sol.
 Este eclipse será visible en parte del Océano Índico y en una pequeña parte del Mar Polar Antártico.
 JULIO 23. Eclipse total de Luna, en parte visible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 3 y 40" de la mañana.
 Principio del eclipse total á las 4 y 30" de ídem.
 Medio del eclipse á las 5 y 30" de ídem.
 Fin del eclipse total á las 6 y 21" de ídem.
 Fin del eclipse á las 7 y 20" de ídem.
 El principio de este eclipse será visible en parte de Europa, en gran parte de Africa, en toda la América Meridional y en casi toda la Septentrional, en todo el Océano Atlántico, en parte del Pacífico y del Mediterráneo, y en casi todo el Mar Polar Antártico.
 El fin de este eclipse será visible en las dos Américas, en una pequeña parte de la Australia, en casi todo el Océano Pacífico, en gran parte del Atlántico y en casi todo el Mar Polar Antártico.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 82° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 86° de su vértice austral hacia Occidente (visión directa).
 En Madrid la Luna se pone eclipsada á las 4 y 50" de la mañana.
 AGOSTO 7. Eclipse parcial de Sol, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 4° 36' 9", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 134° 48' al E. de San Fernando, y latitud 71° 6' N.
 El medio del eclipse se verifica en la Tierra á 5° 46' 0", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el lugar que ve la máxima fase en el horizonte se halla en la longitud de 53° 28' al E. de San Fernando, y latitud 70° 14' N.
 El eclipse termina en la Tierra á 6° 41' 7", tiempo medio astronómico de San Fernando, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 12° 50' al E. de San Fernando, y latitud 52° 20' N.
 Valor de la máxima fase aparente, para la Tierra en general, 0,201: tomando como unidad el diámetro del Sol.
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de Europa y Asia y en parte del Mar Polar Ártico.

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1888.

Otros del Sol.	ENERO.	Otros del Sol.	FEBRERO.	Otros del Sol.	
H. M.		H. M.		H. M.	
7.23	1 Dom. LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, y san Fulgencio Rusense, obispo.	4.45	7.10	1 Miér. San Ignacio, y san Ceollio, patrón de Granada, obispos y mártires.	5.19
7.23	2 Lun. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, con Eldoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45	7.09	2 Juev. Fiesta. LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (vñgo La Candelaria) y san Cornelio Centurión, obispo.	5.20
7.24	3 Mart. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4.46	7.08	3 Vier. San Blas, obispo y mártir, y el beato Nicolás de Longobardo.	5.21
7.24	4 Miér. San Tito, obispo, y san Aquilino y compañeros mártires.	4.47	7.07	4 Sáb. San Andrés Corsino, obispo, y san José de Leonisa, cfr.	5.22
7.24	5 Juev. San Teodoro, papa y mártir, y san Simeón Silita.	4.48		☾ Cuarto menguante, á las 7 y 11 m. de la noche, en Escorpio.	
7.24	6 Vier. Fiesta. LA EMPANÍA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera, arz. de Valencia.	4.49	7.06	5 Dom. de Scrapsistina. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	5.23
	☾ Cuarto menguante, á las 11 y 28 m. de la mañ., en Libra.		7.05	6 Lun. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	5.23
7.24	7 Sáb. San Julián, mártir, y san Raimundo de Peñafort. — <i>Abrense las celebraciones.</i>	4.50	7.04	7 Mart. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.	5.23
7.23	8 Dom. San Luciano, presbítero, y compañeros mártires.	4.51	7.03	8 Miér. San Juan de Mata, fundador de los Trinitarios.	5.27
7.23	9 Lun. San Julián, mártir, y su esposa santa Basilia, virgen.	4.52	7.01	9 Juev. Santa Apolonia, virgen y mártir.	5.28
7.23	10 Mart. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amarante, confesor.	4.53	7.00	10 Vier. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	5.29
7.23	11 Miér. San Hilario, papa y mártir.	4.54	6.59	11 Sáb. San Saturnino, presbítero, y compañeros mártires, y los beatos siete Siervos de María, fundadores.	5.31
7.22	12 Juev. San Benito Bisop, abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, camaleño de León.	4.55		☾ Luna nueva, á las 11 y 38 m. de la noche, en Acuario.	
7.23	13 Vier. San Gumerindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	6.58	12 Dom. de Quincuagésima. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	5.32
	☾ Luna nueva, á las 8 y 24 m. de la mañ., en Capricornio.		6.57	13 Lun. San Benigno, mártir, y santa Catalina de Rizzis, virgen.	5.33
7.22	14 Sáb. San Hilario, obispo y doctor, y san Félix de Nola, presbítero y mártir.	4.57	6.55	14 Mart. San Valentín, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador. — <i>Cierranse las celebraciones.</i>	5.34
7.22	15 Dom. El Pujolísimo Nombre de Jesús, san Fabio, primer ermitaño, y san Mauro, abad.	4.58	6.54	15 Miér. de Ceniza. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mártires. — <i>Principia el ayuno de Cuarema.</i>	5.35
7.21	16 Lun. San Marcelo, papa y mártir, y san Marcelo, obispo.	5.00	6.53	16 Juev. San Julián y 5.000 compañeros, mártires.	5.37
7.21	17 Mart. San Antón, abad.	5.01	6.51	17 Vier. San Julián de Capadocia, mártir.	5.38
7.20	18 Miér. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virgen y mártir.	5.02	6.50	18 Sáb. San Eudocio, arzobispo de Toledo, san Simeón, obispo y mártir, y san Teotomo, confesor.	5.39
7.20	19 Juev. San Canuto, rey, san Mario, santa Marta, san Audinaz y san Abacoa, mártires.	5.03	6.49	19 Dom. I de Cuarema. San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.	5.40
7.19	20 Vier. San Fabián, papa, y san Sebastián, mártires.	5.04	6.47	20 Lun. San León y san Eleuterio, obispos.	5.41
7.19	21 Sáb. San Fructoso, obispo, san Augurio y san Rutilio, diáconos, y santa Inés, virgen, todos mártires.	5.05		☾ Cuarto creciente, á las 1 y 44 m. de la mañ., en Géminis.	
	☾ Cuarto creciente, á las 4 y 34 m. de la mañ., en Fuero.		6.46	21 Mart. San Félix y san Maximiano, obispos. — <i>Anima.</i>	5.43
7.18	22 Dom. San Vicente, diácono, patrón de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.07	6.45	22 Miér. La Cátedra de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo. — <i>Tempora. — Ayuno.</i>	5.44
7.17	23 Lun. Fiesta. SAN EMERENCIANO, arzobispo de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mártir, patrona de Teruel.	5.08	6.43	23 Juev. San Pedro Damián, obispo, cardenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	5.45
7.17	24 Mart. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.09	6.42	24 Vier. San Modesto, obispo. — <i>Tempora. — Ayuno.</i>	5.46
7.16	25 Miér. La Conversión de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.10	6.40	25 Sáb. San Malías, apóstol, san Cesario, confesor, y el beato Sebastián de Aparicio. — <i>Tempora. — Ayuno. — Ordenes.</i>	5.47
7.15	26 Juev. San Policarpo, ob. y m., y santa Paula, virgen romana.	5.11	6.39	26 Dom. II de Cuarema. San Alejandro, obispo.	5.48
7.14	27 Vier. San Juan Crisóstomo, ob. y dr., y san Julián y compañeros.	5.12	6.37	27 Lun. San Balduino, confesor.	5.49
7.18	28 Sáb. San Julián, obispo y patrón de Cuenca, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tiro y compañeros mártires, y la Aparición de santa Inés, virgen y mártir.	5.14		☾ Luna llena, á las 11 y 43 m. de la mañana, en Virgo.	
	☾ Luna llena, á las 11 y 4 m. de la noche, en Leo.		6.36	28 Mart. San Román, abad.	5.50
7.18	29 Dom. de Septuagésima. San Francisco de Sales, ob. y dr., fr. de la Orden de la Visitación de Nuestra Señora. — <i>Anima.</i>	5.15	6.35	29 Miér. Santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros mártires.	5.51
7.19	30 Lun. San Ismael, abad, patrón de Burgos, y santa Martina, virgen y mártir.	5.16			
7.11	31 Mart. San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, virgen.	5.17			

MARZO.

5.54	1 Juev. El santo Angel de la Guardia, y san Rosendo, obispo.	5.52	6.11	16 Vier. San Julián de Anazarbo, mártir.	6.08
5.53	2 Vier. San Leocadio, obispo.	5.53	6.09	17 Sáb. San Patricio, obispo y confesor. — <i>Ordenes.</i>	6.09
5.51	3 Sáb. Santos Emeterio y Celadonio, mrs., patronos de Calahorra. — <i>Anima.</i>	5.54	6.07	18 Dom. de Pasión. San Gabriel, arcángel, y el beato Salvador de Horta.	6.10
5.50	4 Dom. III de Cuarema. San Casimiro, príncipe de Polonia, y san Leocadio, papa y mártir. — <i>Anima.</i>	5.55	6.06	19 Lun. San José, esposo de Ntra. Sra., patrón de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, mártir.	6.11
5.29	5 Lun. San Eusebio y compañeros mártires.	5.56	6.04	20 Mart. San Niceto, obispo, y santa Eufemia, mártir. — <i>PRIMA YENA.</i>	6.12
	☾ Cuarto menguante, á las 3 y 11 m. de la mañ., en Sagitario.			☾ Cuarto creciente, á las 8 y 29 m. de la noche, en Cáncer.	
5.27	6 Mart. Santos Victor y Victoriano, mártires.	5.57	6.03	21 Miér. San Benito, abad y fundador.	6.13
5.25	7 Miér. Santo Tomás de Aquino, confesor y doctor, y santas Perpetua y Felicitas, mártires.	5.58	6.02	22 Juev. San Gregorio y san Benvenido, obispos.	6.14
5.23	8 Juev. San Juan de Dios, fundador, san Julián, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.	5.59	5.57	23 Vier. Los Dolores de Ntra. Sra., san Victoriano y comps mártires, y el beato José Oriol, presbítero. — <i>Anima.</i>	6.15
5.22	9 Vier. Santa Francisca, virgen romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Siena, virgen.	6.00	5.56	24 Sáb. San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal. — <i>Anima.</i>	6.16
5.20	10 Sáb. Santos Melitón y 89 compañeros, mártires en Sebaste.	6.01	5.55	25 Dom. de Ramos. LA ANUNCIAÇÃO DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón.	6.17
5.19	11 Dom. IV de Cuarema. San Eulogio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires. — <i>Anima.</i>	6.02	5.54	26 Lun. Santo. San Braulio, obispo de Zaragoza.	6.18
5.17	12 Lun. San Gregorio Magno, papa y doctor.	6.04	5.52	27 Mart. Santo. San Ruperto, obispo.	6.19
	☾ Luna nueva, á las 4 y 6 m. de la mañ., en Piscis.			☾ Luna llena, á las 9 y 29 m. de la noche, en Libra.	
5.15	13 Mart. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomón, mártires.	6.05	5.51	28 Miér. Santo. San Sixto III, papa y confesor, san Cástor y san Doroteo, mártires. — <i>Abstinencia de carne.</i>	6.20
5.14	14 Miér. Santa Matilde, reina, y la Traslación de santa Florentina.	6.06	5.49	29 Juev. Santo. San Eustasio, abad. — <i>Abstinencia de carne.</i>	6.21
5.12	15 Juev. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisberto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longinos y compañeros, mártires.	6.07	5.47	30 Vier. Santo. San Juan Climaco, abad. — <i>Abstinencia de carne.</i>	6.22
			5.45	31 Sáb. Santo. Santa Balbina, virgen, san Amos, prof., y el beato Amadeo de Saboya. — <i>Abstinencia de carne. — Ordenes.</i>	6.23

Oros del Sol	H. M.	ABRIL.	Oros del Sol	H. M.	MAYO.	Oros del Sol	H. M.
5.44	1	Dom. PASCUA DE RESURRECCIÓN. San Venancio, obispo y mártir.	6.24	4.59	1 Mart. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, y san Orenco y santa Paciencia, padres del mártir san Lorenzo.	6.55	
5.43	2	Lun. San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos, y santa María Egipcíaca, penitencia.	6.26	4.58	2 Miérc. San Atanasio, obispo y doctor, y la beata Matilde, reina de Castilla.	6.56	
5.41	3	Mart. San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundofora, virgen.	6.27	4.57	3 Juev. Cuarto menguante , á las 11 y 32 m. de la noche, en <i>Capricornio</i> .	6.57	
5.39	4	Miérc. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.— <i>Animas</i> .	6.28	4.56	4 Vier. La Invencción de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodilo, mrs., y san Juvenal, ob.	6.58	
5.38	5	Juev. San Vicente Ferrer, patrón de Valencia, santa Emilia, y la beata Juliana, virgen.	6.29	4.54	5 Sab. San Pio V, papa, san sacerdote, obispo, y La Conversión de san Agustín.	6.59	
5.36	6	Vier. San Celestino, papa y mártir.	6.30	4.53	6 Dom. San Juan Anto-Forlam-Latinum, apóstol y evangelista, y san Juan Damasceno, confesor.	7.00	
5.34	7	Sáb. San Epifanio, obispo, y san Ciríaco, mártires.	6.31	4.52	7 Lun. San Estarcelo, obispo y mártir.— <i>Letanias</i> .	7.01	
5.33	8	Dom. de <i>Unosimodo ó in ubis</i> . San Dionisio, obispo, y el beato Julián de san Agustín.	6.32	4.51	8 Mart. La Aparición del arcángel san Miguel.— <i>Letanias</i> .	7.02	
5.31	9	Lun. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.— <i>Abruce las velaciones</i> .	6.33	4.50	9 Miérc. San Gregorio Nacianceno, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.— <i>Letanias</i> .	7.03	
5.30	10	Mart. San Daniel y san Ezequiel, profetas.	6.34	4.49	10 Juev. <i>Pueta</i> . LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR. San Antonino, arz. de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, márs.	7.04	
5.28	11	Miérc. San León Magno, papa y doctor.	6.35	4.48	11 Vier. Nuestra Señora de los Desamparados, san Mamerto, obispo, y san Anastasio, mártir, patrón de Lérida.	7.05	
		☉ Luna nueva , á las 8 y 33 m. de la mañ., en <i>Aries</i> .			☉ Luna nueva , á la 1 y 9 m. de la mañ., en <i>Tauro</i> .		
5.27	12	Juev. San Víctor, mártir, y san Cenón, obispo.	6.36	4.47	12 Sáb. Santo Domingo de la Calzada, y los santos Nereo, Aquileo, Domitilo y Fancencio, mártires.	7.06	
5.25	13	Vier. San Hormenegildo, rey de Sevilla, mártir.	6.37	4.46	13 Dom. San Pedro Regalado, confesor, patrón de Valladolid.	7.07	
5.23	14	Sáb. San Tiborcio, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro González Telmo, patrón de Tuy.	6.38	4.45	14 Lun. San Bonifacio, mártir.	7.08	
5.22	15	Dom. Santa Basilia y santa Anastasia, mártires.	6.39	4.44	15 Mart. <i>Pueta</i> . SAN ISIDORO LABRADOR, pat. de Madrid, S. Torcmito y seis comp. obs., márs., y S. Vitusindo, ur. de Córdoba.	7.09	
5.20	16	Lun. Santa Eufracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	6.40	4.43	16 Miérc. San Juan Nepomuceno, protomártir del siglo de la confesión, san Ubaldo, obispo, y el beato Simón Stok.	7.10	
5.19	17	Mart. San Amroto, papa y mártir, la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba, Elias, Pablo ó Isidoro.	6.41	4.42	17 Juev. San Pascual Bailón, confesor.	7.11	
5.18	18	Miérc. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andrés Hibernón.	6.42	4.41	18 Vier. San Venancio, m., y san Félix de Cantalicio.	7.12	
5.16	19	Juev. San Vicente de Colibre y san Hermógenes, mártires.	6.43	4.40	☉ Cuarto creciente , á las 10 y 51 m. de la noche, en <i>Leo</i> .	7.13	
		☉ Cuarto creciente , á la 11 y 33 m. de la mañ., en <i>Cáncer</i> .			19 Sáb. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cotina y san Pedro de Dughas, mártires, y santa Pudentiana, virgen.— <i>Ayuno con abstención de carne</i> .	7.14	
5.15	20	Vier. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.	6.44	4.39	20 Dom. de <i>Protección</i> . San Bernarmino de Sema, confesor.	7.14	
5.13	21	Sáb. San Anselmo, obispo y doctor.	6.45	4.38	21 Lun. Sta. Maria de Corvelión ó de Socors, vir., y S. Secundino, ur.	7.15	
5.12	22	Dom. El Introito de san José, San Sotero y san Cayo, papas y mártires.	6.46	4.38	22 Mart. Santa Quiteria y santa Julia, vírgenes y mártires, san Alón, obispo, el beato Pedro de la Asunción, m., y la beata Rita de Casia, viuda.	7.16	
5.10	23	Lun. San Jorge, mártir.	6.47	4.37	23 Miérc. La Aparición de Santiago, apóstol, san Basilio y san Epitacio, obispos y mártires.— <i>Tempora</i> .— <i>Ayuno</i> .	7.17	
5.09	24	Mart. San Fidel de Sigüenza, mártir, y san Gregorio, obispo.	6.48	4.36	24 Juev. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mártires, y la Tradición de santo Domingo de Guzmán.— <i>Animas</i> .	7.17	
5.07	25	Miérc. San Marcos, evangelista, y san Aniano, obispo.— <i>Letanias mayores</i> .	6.49	4.35	25 Vier. San Gregorio VII, papa, san Urbano, papa y mártir, y santa María Magdalena de Pazzi, vir.— <i>Tempora</i> .— <i>Ayuno</i> .	7.18	
5.06	26	Juev. San Ciriaco y san Marcelino, papas y mártires, la Tradición de santa Leonadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.50	4.35	☉ Luna llena , á la 1 y 25 m. de la tarde, en <i>Sagitario</i> .	7.19	
		☉ Luna llena , á las 6 y 8 m. de la mañ., en <i>Escorpio</i> .			26 Sáb. San Felipe Neri, confesor, y san Blenerio, papa y mártir.— <i>Tempora</i> .— <i>Ayuno</i> .— <i>Ordens</i> .— <i>Animas</i> .	7.20	
5.05	27	Vier. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armentol.	6.51	4.34	27 Dom. La Santísima Trinidad, y san Juan, papa y mártir.	7.20	
5.03	28	Sáb. San Prulencio, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	6.52	4.34	28 Lun. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, confesor.	7.21	
5.02	29	Dom. San Pedro de Verona, mártir.	6.53	4.33	29 Mart. San Maximino, obispo, y san Restituto, mártir.	7.21	
5.01	30	Lun. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbítero, Pedro y Luis.	6.54	4.32	30 Miérc. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y m.	7.22	
					31 Juev. <i>Pueta</i> . SACRAMENTUM CORPUS CHRISTI, Nuestra Señora Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos German, Panfilo, Justo y Sicio, mártires, y santa Patronia y santa Angela de Merici, vgs.	7.23	

JUNIO.

4.32	1	Vier. San Segundo, obispo y mártir, san Ilgo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Ayala, mártires.	7.24	4.29	17 Dom. San Manuel y compañeros, mártires, santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y santa Digna, mártires de Córdoba.	7.33	
		☉ Cuarto menguante , á las 12 y 39 m. del día, en <i>Pisces</i> .			☉ Cuarto creciente , á las 6 y 35 m. de la mañ., en <i>Virgo</i> .		
4.31	2	Sáb. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.	7.25	4.29	18 Lun. Santos Marco y Marcelliano, san Ciríaco y santa Paula, mártires.	7.33	
4.30	3	Dom. San Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.26	4.29	19 Mart. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.33	
4.30	4	Lun. San Francisco Caracciolo, fundador.	7.27	4.29	20 Miérc. San Silvario, papa y mártir, Sta. Florentina, vir., y el beato Baltasar de Torres, mártir del Japon.— <i>Estío</i> .	7.34	
4.30	5	Mart. San Bonifacio, obispo y mártir.	7.27	4.29	21 Juev. San Luis Gonzaga, confesor, y san Raimundo, obispo de Barbastro.	7.34	
4.29	6	Miérc. San Norberto, arz. y fund. del Orden promonstrense.	7.27	4.30	22 Vier. San Paulino, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.	7.34	
4.29	7	Juev. San Pedro y compañeros mártires, monjes de Córdoba.	7.28	4.30	23 Sáb. San Juan, presbítero y mártir.	7.34	
4.29	8	Vier. El Santísimo Corazón de Jesús, san Salustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.	7.29		☉ Luna llena , á las 8 y 53 m. de la noche, en <i>Capricornio</i> .		
4.29	9	Sáb. San Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	7.29	4.30	24 Dom. La Natividad de San Juan Bautista.	7.34	
		☉ Luna nueva , á las 4 y 19 m. de la tarde, en <i>Géminis</i> .			25 Lun. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Juen.	7.34	
4.29	10	Dom. El Purísimo Corazón de María, santa Margarita, reina de Escocia, san Crispulo y san Rosendo, mártires.	7.29	4.31	26 Mar. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.	7.34	
4.29	11	Lun. San Bernabé, apóstol.	7.30	4.31	27 Miérc. San Zolio, mártir, y san Ladislo, rer. de Hungría.	7.34	
4.29	12	Mart. San Juan de Sabagán, san Onofre, anacoreta, y los santos Basilio, Cirilo, Nabor y Nazario, mártires.	7.30	4.31	28 Juev. San León II, papa, y san Argimiro, mártir.— <i>Ayuno con abstención de carne</i> .	7.34	
4.29	13	Miérc. San Antonio de Pádua, y san Pareda, presbítero y m.	7.31	4.32	29 Vier. <i>Pueta</i> . SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.34	
4.29	14	Juev. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliso, profeta.	7.31	4.32	30 Sab. La Commemoración del apóstol san Pablo, y san Marcial, obispo.	7.34	
4.29	15	Vier. San Vito, san Modesto, santa Crescentia y santa Beulila, mártires.	7.32				
4.29	16	Sáb. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julia, mártires, y santa Lutgarda, virgen.	7.32				

Ortos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.	Ortos del Sol.	H. M.
4.33	1. Dom. La Preciosísima Sangre de Nro. Señor Jesucristo, y san Casto y san Secundino, mártires.	7.34	4.57	1. Miérc. San Pedro Adrivencula, los santos hermanos Macabeos, mártires, y san Félix, mártir de Africa.	7.15
4.33	2. ☉ Cuarto menguante , á las 3 y 35 m. de la mañ., en <i>Aries</i> .	7.34	4.58	2. Juev. Nuestra Señora de los Angeles, san Alfonso María de Li- gorio, obispo y doctor, san Pedro, obispo de Osma, y la beata Juana de Aza. — <i>Jubilo de la Purificación.</i>	7.14
4.34	3. Lun. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martinián, mártires.	7.34	4.59	3. Vier. La Invencción del cuerpo de san Esteban, protomártir.	7.13
4.34	4. Miérc. San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono.	7.34	4.59	4. Sab. Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de Predicadores, confesor.	7.12
4.35	5. Juev. Santos Cirilo y Metodio, obs., y san Miguel de los Santos.	7.33	5.00	5. Dom. Ntra. Señora de las Nieves, y san Abel ó Abalarido, abad.	7.11
4.35	6. Vier. Santa Lucía, mártir.	7.33	5.01	6. Lun. La Transfiguración del Señor, y los santos niños Justo y Pastor, mártires, patronos de Alcalá de Henares, san Sixto II, papa y mártir, y los santos Feliciano y Agni- pito, diáconos y mártires.	7.10
4.36	7. Sab. San Fermín, obispo y mártir; san Odón, obispo, san Lo- renzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.	7.33	5.02	7. Mart. San Cayetano, fundador de los Teatinos, san Alberto de Stella, san Esteban, abad, y compañeros mártires, y san Donato, obispo y mártir.	7.08
4.37	8. Dom. Santa Isabel, reina de Portugal.	7.32	5.02	8. ☾ Luna nueva , á las 6 y 2 m. de la mañ., en <i>Cáncer</i> .	
4.37	9. Lun. San Cirilo, obispo y mártir.	7.32	5.03	9. Miérc. Santos Ciriano, Largo y Emaragdo, mártires.	7.07
4.38	10. Mart. Los santos doce Hermanos mártires, santa Amalia ó Amelia, vg., y las santas Rufina y Segunda, vgs. y mrs.	7.32	5.04	10. Juev. San Román, mártir.	7.06
4.39	11. Miérc. San Pio I, papa y mártir; san Abramio, mártir, y santa Verónica de Juliano, virgen.	7.31	5.05	11. Vier. San Lorenzo, diácono, mr., y santa Filomena, vg. y mr.	7.05
4.39	12. Juev. San Juan Gualberto, abad, santos Nabor y Félix, márti- res, y santa Marciala, virgen y mártir.	7.31	5.06	12. Dom. Santa Clara de Asís, virgen, fundadora de las Clarisas.	7.05
4.40	13. Vier. San Anacleto, papa y mártir.	7.30	5.07	13. Lun. San Hipólito, S. Casiano, Sta. Centola y Sta. Elena, mrs.	7.04
4.41	14. Sab. San Buenaventura, obispo y doctor.	7.30	5.08	14. Mart. San Ensebio, presbítero, y san Pablo, diácono, mártir.— <i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>	6.99
4.42	15. Dom. San Camilo de León, fundador de los Agonizantes, san Enrique, emperador, y los bios. 40 mrs. del Brasil.	7.29	5.09	15. ☉ Cuarto creciente , á las 4 y 23 m. de la tarde, en <i>Escorpio</i> .	
4.42	16. Lun. Nuestra Señora del Carmen, el Tránsito de la Santa Cruz, y san Estebano, diácono, mártir de Córdoba.	7.29	5.10	16. Miérc. Fiesta. LA ASCENCIÓN DE NUESTRA SEÑORA y san Alipio, ob.	6.88
4.43	17. Mart. San Alejo, confesor.	7.28	5.11	17. Juev. San Roque y san Jacinto, confesores, y el beato Juan de Santa Marta, mártir.	6.87
4.44	18. Miérc. Santa Sofía y sus siete hijos, san Federico, obispo, y santa Marina, virgen, todos mártires.	7.27	5.12	18. Vier. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mártires.	6.85
4.45	19. Juev. San Vicente de Paúl, fundador de las Hijas de la Caridad, santa Justa y santa Rufina, vírgenes y mártires, pa- tronas de Sevilla, y santa Ansea, virgen y mártir.	7.27	5.13	19. Sab. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montefalco, virgen.	6.84
4.46	20. Vier. San Elias, profeta, san Jerónimo Emiliano, fundador, y santas Librada y Margarita, vírgenes y mártires.	7.26	5.14	20. Dom. San Joaquín, esposo de santa Ana y padre de Nuestra Se- ñora la Virgen María, san Luis, obispo, san Magin, ermítano, y el beato Pedro de Zúñiga, mrs.	6.82
4.47	21. Sab. Santa Praxédes, virgen.	7.25	5.15	21. Lun. San Bernardo, abad y doctor.	6.81
4.47	22. Dom. Santa María Magdalena, penitente.	7.24	5.16	22. Mart. Sta. Juana Franc. ^a Fremiot de Chantal, fund. ^a de la Orden de la Visitación en compañía de san Francisco de Sales.	6.80
4.48	23. Lun. San Apolinar, ob. y mr., san Liborio, ob., y los santos her- manos Bernardo, María y Gracia, mrs.	7.24	5.17	23. ☾ Luna llena , á las 4 y 6 m. de la tarde, en <i>Auario</i> .	
4.49	24. Mart. Santa Cristina, vg. y mr., y san Francisco Solano, confe- sor.— <i>Ayuno.</i>	7.23	5.18	24. Miérc. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Simforiano, mrs.	6.48
4.50	25. Miérc. Fiesta. SANTIAGO APÓSTOL, patrón de España.	7.22	5.19	25. Juev. San Felipe Benicio, confesor, san Cristóbal y san Leovi- gildo, mártires de Córdoba.	6.47
4.51	26. Juev. Santa Ana, madre de la Santísima Virgen María.	7.21	5.20	26. Vier. San Bartolomé, apóstol.	6.45
4.52	27. Vier. San Pantaleón, san Onofre, santa Juliana y santa Sem- proniana, vgs. y mrs., patronas de Mascará, san Jorge, diácono, san Félix, san Aurelio y santa Natalia, mrs.	7.20	5.21	27. Sab. San Lito, rey de Francia, san Gínés de Arlés, san Geroni- cio, ob., y los beatos Pedro Vázquez y Luis Sotelo, mrs.	6.44
4.53	28. Sab. Santos Nazario, Celso y Victor, papa, mártires, san Ino- cencio, papa, y la beata Catalina Tomás, virgen.	7.19	5.22	28. Dom. San Cafarino, papa, y san Victor, presbítero, mártires.	6.43
4.54	29. Dom. Santa Marta, virgen, y los santos Félix II, papa, Sim- plicio, Faustino y Beata, mártires.	7.18	5.23	29. Lun. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, san Rafo, obispo, y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús.	6.40
4.55	30. Lun. San Adrián, san Benén y san Teodomiro, mártires, y el beato Mannede de Guzmán, confesor.	7.17	5.24	30. Mart. San Agustín, obispo y doctor, y san Hermos, mártir.	6.39
4.55	31. ☉ Cuarto menguante , á las 8 y 15 m. de la noche, en <i>Tauro</i> .	7.16	5.25	31. Miérc. La Degollación de san Juan Bautista, santa Sabina, y los beatos Juan y Pedro, mártires.	6.37
4.56	32. Mart. San Ignacio de Loyola, cf., fundador de la Comp. ^a de Jesús.	7.16	5.26	32. ☾ Cuarto menguante , á las 2 y 3 m. de la tarde, en <i>Géminis</i> .	
			5.26	33. Juev. Santa Rosa de Lima, vg., y san Félix y san Adancto, mrs.	6.36
			5.26	34. Vier. San Ramón Nonnato, cardenal, y sto. Domingo de Val, mr.	6.34

SEPTIEMBRE.

5.27	1. Sab. San Vicente y san Leto, mártires de Tolosa, los santos doce hermanos, vgs., san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.	6.33	5.41	16. Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, san Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufonia, santa Li- cia y san Ceminiano, todos mártires.	6.08
5.28	2. Dom. Ntra. Bea. de la Consolación ó Correa, san Esteban, rey de Hungria, y san Antolin, mártir, patrón de Palencia.	6.31	5.42	17. Lun. La Impresión de las llagas de san Francisco de Asís, santa Colomba, virgen y mr., y el bto. Pedro Arbués, mártir.	6.06
5.28	3. Lun. San Esteban, mr., san Ladislao, rey, y los beatos Francisco de Jesús y Gabriel de la Magliana, mrs.	6.29	5.43	18. Mart. Santo Tomás de Villanueva, arz. de Valencia, y san José de Cupertino, confesor.	6.05
5.29	4. Mart. Sta. Úrsula, Rosa de Viterbo y Rosalia de Palermo, vgs.	6.28	5.44	19. Miérc. San Jenaro, ob., y comps. mr., santa Composa, vg. y mr., y el beato Alonso de Orozco.— <i>Témpora.—Ayuno.</i>	6.03
5.30	5. Miérc. San Lorenzo Justinián, obispo, la Commemoración de san Julián, ob. de Gnesno, y santa Obdulia, vg. y mr.	6.26	5.45	20. Juev. San Basustano y compañeros mártires, san Rogelio y san Sierro de Dios, mártires de Córdoba, y el beato Fran- cisco de Posadas.	6.01
5.41	6. Juev. San Eugenio y compañeros, mártires.	6.25	5.45	21. ☉ Luna llena , á las 5 y 16 m. de la mañ., en <i>Pisces</i> .	
5.42	7. Vier. Santa Regina, virgen y mártir.	6.23	5.46	22. Vier. San Mateo, apóstol y evangelista.— <i>Témpora.—Ayuno.</i>	6.00
5.43	8. Sab. Fiesta. LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA., y san Adrián, mr.	6.21	5.47	23. Sab. San Mauricio y compañeros mártires.— <i>Témpora.—Ayuno.</i>	5.98
5.44	9. Dom. El Dulce Nombre de María, san Gorgonio, mártir, santa María de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, san Gregorio de Ost, y el beato Pedro Claver, conf.	6.20	5.48	24. Dom. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mártires, santa Justina y santa Pelicena.	5.96
5.45	10. Lun. San Nicolás de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el bto. Francisco de Morales y comps., mrs. del Japón.	6.18	5.49	25. Lun. Ntra. Era de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, cf.	5.95
5.46	11. Mart. San Probo y san Jacinto, hermanos, mártires.	6.16	5.50	26. Mart. San Lope, ob., san Formoso, mártir, y el santo niño Cris- tóbalo de la Guardia, mártir de la servicia judaica.	5.93
5.47	12. Miérc. San Leoncio y compañeros, san Vicente, abad, y los beatos Tomas de Zamarraga y Apolinar Franco, todos mrs.	6.15	5.51	27. Juev. San Cipriano y santa Justina, vg., mrs., y san García, abad.	5.91
5.48	13. ☉ Cuarto creciente , á las 9 y 48 m. de la noche, en <i>Sagitario</i> .	6.13	5.52	28. Juev. San Cosme y san Damian, hermanos, mártires.	5.90
5.48	14. Juev. San Felipe, mártir.	6.13	5.53	29. Vier. San Wenceslao, duque de Bohemia, san Adolfo y san Juan, mrs., eta. Escocia, vg., y el bto. Simón de Rojas, cf.	5.88
5.49	15. Vier. La Emalación de la santa Cruz, y santa Catalina de Gé- neva, viuda.	6.11	5.54	30. ☉ Cuarto menguante , á las 8 y 16 m. de la mañ., en <i>Cáncer</i> .	
5.49	16. Sab. San Nicomedes, presb. y mr., san Emila, diácono, y san Jerónimas, mártires de Córdoba.	6.10	5.55	31. Sab. La Dedicación del arcángel san Miguel.	5.86
			5.55	32. Dom. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofía, viuda.	5.85

Oros del Sol	OCTUBRE.	Oros del Sol	NOVIEMBRE.	Oros del Sol
5.56	1 Lun. El santo Angel de la Guarda, tutelar de España, y san Remigio, obispo.	5.43	1 Juev. Fiesta. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS	4.57
5.57	2 Mart. Los santos Angeles Custodios, san Ciriaco, obispo y mártir, y san Saturno, anacoreta, patrón de Soria	5.41	2 Vier. La Comemoración de los Fieles Difuntos, y santa Rustoquia, virgen y mártir.	4.66
5.58	3 Miérc. San Cándido, mártir, san Germano, abad, y el beato Juan Macías.	5.40	3 Sáb. Los Innumerables mártires de Zaragoza, y san Emongol, obispo.	4.55
5.59	4 Juev. San Francisco de Asís, fundador de la Orden de los Menores.	5.39	☾ Luna nueva, á las 11 y 48 m. de la noche, en Escorpio.	
6.00	5 Vier. San Plácido y compa. mrs., san Frolán y san Atilano, obs.	5.38	4 Dom. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agrícola, mártires.	4.54
6.01	☾ Luna nueva, á las 2 y 20 m. de la tarde, en Libra.	5.35	5 Lun. San Zacarías, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	4.48
6.02	6 Sáb. San Bruno, fundador de los Carvajos.	5.35	6 Mart. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	4.52
6.02	7 Dom. Nuestra Señora del Rosario, san Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martín Old, abad.	5.35	7 Miérc. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad.	4.51
6.03	8 Lun. Santa Brígida, viuda y fundadora de la Orden del Salvador de los Británicos, y san Pedro, mar. de Sevilla.	5.32	8 Juev. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victoriano, hermanos, mártires.	4.50
6.04	9 Mart. San Dionisio Areopagita, obispo, y santos Rústico y Eleuterio, mártires.	5.30	9 Vier. La Dedicación de la Basílica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma, y san Teodoro, mártir.	4.49
6.05	10 Miérc. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confesores.	5.29	10 Sáb. San Andrés Avellino, y los santos mártires Trifón, Respicio y Ninfa, virgen.	4.48
6.06	11 Juev. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5.27	☽ Cuarto creciente, á las 4 y 1 m. de la tarde, en Acuario.	
6.07	12 Vier. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Serafín de Montegrano, cf.	5.25	11 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, San Martín, obispo, y san Mena, mártir.	4.47
6.08	☽ Cuarto creciente, á las 5 y 14 m. de la mañ., en Capricornio.	5.24	12 Lun. San Martín, papa y mártir, san Diego de Alcalá, y san Millán, presbítero.	4.46
6.09	13 Sáb. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Jenaro y san Marcelino, mártires.	5.22	13 Mart. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Esteban de Kostka, y san Ilombono, confesor.	4.45
6.10	14 Dom. San Calisto, papa y mártir.	5.21	14 Miérc. San Scazio, mártir, y san Lorenzo y san Bato, obispos.	4.44
6.10	15 Lun. Santa Teresa de Jesús, virgen y fundadora de la Descalceada carmelitana, y patrona de las Españas.	5.19	15 Juev. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leopoldo, confesor.	4.43
6.12	16 Mart. San Gato, abad, y santa Adelaida, virgen.	5.18	16 Vier. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Inés de Asís, virgen.	4.43
6.13	17 Miérc. Santa Edwigis, viuda, y la beata María de Alacoque.	5.16	17 Sáb. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Anselmo y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Magna, vg.	4.42
6.14	18 Juev. San Lucas, evangelista.	5.15	18 Dom. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo en Roma, san Máximo y san Romano.	4.41
6.15	19 Vier. San Pedro de Alcántara, cf., patrón de Coria.	5.13	☾ Luna llena, á las 3 y 1 m. de la tarde, en Tauro.	
6.16	☽ Cuarto menguante, á las 1 y 41 m. de la mañ., en Leo.	5.12	19 Lun. Santa Isabel, reina de Hungría, y san Ponciano, papa y mártir.	4.40
6.17	20 Sáb. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virgen y m.	5.11	20 Mart. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	4.40
6.18	21 Dom. San Hilario, abad, santa Ursula y compa., vgs. y mrs.	5.09	21 Miérc. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, mártires.	4.39
6.18	22 Lun. Santa Salomé, viuda, santa Nuncio y santa Alodia, vírgenes y mártires.	5.08	22 Juev. Santa Cecilia, virgen y mártir.	4.38
6.19	23 Mart. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, y san Servando y san Germano, patronos de Cádiz.	5.06	23 Vier. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.	4.38
6.20	24 Miérc. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	5.05	24 Sáb. San Juan de la Cruz, san Orsógono, mártir, santa Flora y santa María, vírgenes y mártires de Córdoba.	4.37
6.21	25 Juev. San Crisanto y santa Daria, san Gabino, san Proto, san Jenaro, san Crispín y san Crispiniano, todos mártires, y san Felice, confesor, patrón de Segovia.	5.04	25 Dom. Santa Catalina, virgen y mártir.	4.37
6.23	26 Vier. San Ivarito, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valeriano y santa Encarnación, mártires.	5.03	26 Lun. Los Despeñaderos de Nuestra Señora, y san Pedro Alejandrino, obispo y mártir.	4.36
6.24	27 Sáb. San Vicente, santa Sabina y santa Crisoleta, hermanos mártires, patronos de Avila y de Talavera de la Reina.	5.01	☽ Cuarto menguante, á las 5 y 8 m. de la tarde, en Virgo.	
6.25	28 Dom. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.	5.00	27 Mart. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mártires.	4.36
6.26	☽ Cuarto menguante, á las 1 y 41 m. de la mañ., en Leo.	4.99	28 Miérc. San Gregorio III, papa.	4.36
6.26	29 Lun. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurión, mártires.	4.99	29 Juev. San Saburno, obispo y mártir.	4.35
6.27	30 Mart. Santos Claudio, Luperco y Victorio ó Victorico, mártires, y el beato Alonso Rodríguez.	4.99	30 Vier. San Andrés, apóstol.	4.35
6.28	31 Miérc. San Quintín, mártir, y la Comemoración de la batalla del Salado.—Ayuno.			

DICIEMBRE.

7.04	1 Sáb. Santa Natalia, viuda.—Cierrense las vacaciones.	4.35	7.10	15 Sáb. San Basilio de Vercelli, obispo y mártir.—Ayuno.	4.35
7.05	2 Dom. I de Adviento. Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisólogo, obispo y doctor, y santa Elba, virgen y mártir.	4.34	7.11	16 Dom. III de Adviento. San Valentín y compañeros, mártires.	4.36
7.06	3 Lun. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hilaria, mártires.	4.34	7.12	17 Lun. San Lázaro, ob. y mrt., y san Franco de Sena, cf., y santa Olimpia ó Olimpiades, viuda constantinopolitana.	4.36
7.07	☾ Luna nueva, á las 9 y 51 m. de la mañ., en Sagitario.	4.34	7.18	18 Mart. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo La Virgen de la O).	4.36
7.08	4 Mart. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gálvez, mártir del Japon.	4.34	☽ Cuarto creciente, á las 10 y 26 m. de la mañ., en Géminis.		
7.08	5 Miérc. San Sabas, abad, y san Anastasio, mártir.	4.34	7.19	19 Miérc. San Noneso, mártir.—Tempora.—Ayuno.	4.36
7.09	6 Juev. San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira.—Ayuno.	4.34	7.20	20 Vier. Santo Domingo de Silos, abad.	4.37
7.09	7 Vier. San Ambrosio, obispo y doctor.—Ayuno.	4.34	7.20	21 Juev. Santo Tomás, apóstol.—Tempora.—Ayuno.—Invierno.	4.37
7.10	8 Sáb. Fiesta. LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.	4.34	7.21	22 Sáb. San Demetrio y compañeros, mártires.—Tempora.—Ayuno.—Orléans.	4.38
7.11	9 Dom. II de Adviento. Santa Leonor, virgen y mártir, patrona de Toledo.	4.34	7.21	23 Dom. IV de Adviento. Santa Victoria, virgen y mártir.	4.38
7.12	10 Lun. La Tradición de la santa Casa de Loreto, san Melquíades, papa y mártir, santa Balala (ó Oiala) de Mérida, y santa Julia, vírgenes y mártires.	4.34	7.21	24 Lun. San Gregorio, presbítero y mártir.—Ayuno con abstención de carne.	4.39
7.13	☽ Cuarto creciente, á las 6 y 31 m. de la mañ., en Pleto.	4.34	7.22	25 Mart. Fiesta. LA NASTIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anastasia y 270 compañeros, mártires.	4.39
7.13	11 Mart. San Dámaso, papa.	4.34	7.22	26 Miérc. San Esteban, protomártir.	4.40
7.14	12 Miérc. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermógenes y san Donato y compañeros, mártires.	4.34	☽ Cuarto menguante, á las 5 y 46 m. de la mañ., en Libra.		
7.14	13 Juev. Santa Lucia, virgen y mártir, y el beato Juan de Marinoni, confesor.	4.34	7.22	27 Juev. San Juan, apóstol y evangelista.	4.41
7.15	14 Vier. San Nicasio, ob. y mrt., sro Epiridión y san Pompeyo, obispos.—Ayuno.	4.35	7.23	28 Vier. Los santos Inocentes, mártires.	4.41
			7.23	29 Sáb. Santo Tomás Cantuariense, obispo y mártir.	4.42
			7.23	30 Dom. La Tradición del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Eulalia, obispo, y compañeros, mártires.	4.43
			7.23	31 Lun. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4.44



EL P. MTR. FR. BENITO JERÓNIMO FEIJÓO.

SABIO POLÍGLOTO Y GRAN ERUDITO, QUE EMPLEÓ SU VIDA ENTERA EN LA VALEROSA DEFENSA DE LA VERDAD
CONTRA TODO LINAJE DE ERRORES Y PREOCUPACIONES VULGARES.

Nació en Casdemiro (Galicia), el 8 de Octubre de 1676. Murió en Oviedo, el 26 de Septiembre de 1764.

EL PADRE MAESTRO

FR. BENITO JERÓNIMO FEIJÓO

ESTUDIO SOBRE SU VIDA Y SUS OBRAS CIENTÍFICAS

Feijóo es por la extensión de sus conocimientos, por la noble libertad de su espíritu... el primer crítico de que puede gloriarse España: hasta hoy no ha sido igualado.

EMILIA PARDO BAZÁN, *Estudio crítico de las obras de Feijóo*.

I.

Fecha y lugar del nacimiento del P. Feijóo. — Decadencia de los estudios científicos en la España del primer tercio del siglo XVIII.

« En un tiempo en que gema la España bajo de la ignorancia, y las letras habían degenerado en una lastimosa serie de preocupaciones, nació D. Benito Jerónimo Feijóo, á 8 de Octubre de 1676, en Casdemiro, pequeña aldea de la feligresía de Santa María de Melias, en el Obispado de Orense, á las riberas del río Miño, poco más abajo de su confluencia y unión con el río Sil. » Así comienza la biografía de Feijóo que suele hallarse al frente de las antiguas ediciones de su *Teatro crítico universal*; así comienza el primer biógrafo de Feijóo afirmando que, al finalizar el siglo XVII, la ciencia y las letras españolas habían degenerado en una lastimosa serie de preocupaciones; y esta afirmación encierra una verdad histórica de innegable evidencia. ¡Qué comparación se puede hacer, tan triste para nosotros, entre España y los demás pueblos europeos al comenzar el siglo XVIII!

La ciencia despierta en la época del Renacimiento del largo sueño de la Edad Media. La autoridad indiscutible de Aristóteles es sustituida por la libre controversia de todos los grandes principios de la filosofía griega. Ábrense un certamen universal en cátedras y en libros donde se discuten los sueños del divino Platón, el psicologismo de Sócrates, las teorías éticas de Epicuro y de Zenón, el escepticismo de Pirrón y el sincretismo de la escuela de Alejandría; y dominando la erudición sobre la crítica, renacen todos los sistemas filosóficos de la antigüedad greco-romana como necesaria preparación de las nuevas doctrinas que aparecen en los libros de los pensadores modernos, en los libros de nuestro Luis Vives, donde ya se combate la idea de que la an-

tigua sabiduría no puede ser aventajada por nada ni por nadie.

Al lado de Luis Vives toman parte en los fructuosos trabajos de la época del Renacimiento otros muchos críticos y sabios españoles, Huarte, los dos Sánchez, el jesuita Suárez, Melchor Cano, el P. Mariana, Foxo-Morcillo, Servet; pero bien pronto parece que se agota la actividad intelectual de nuestra patria; y mientras el canciller Bacon afirma que la lógica no basta para descubrir la verdad en todo orden de conocimientos, y demuestra que la experiencia, que la observación de los hechos, es el fundamento más firme de la investigación de las ciencias naturales; y mientras Descartes, partiendo de su famoso *pienso, luego existo*, busca el principio de la ciencia en la certeza de una afirmación de carácter axiomático; y mientras Vico, desconocido por sus contemporáneos, descubre la filosofía de la historia, la ciencia madre que lleva en su seno el pavoroso problema del origen y del fin de la especie humana, y aun toda la creación por nosotros conocida; y mientras Newton, el immortal Newton, investiga las leyes que rigen el concertado movimiento de esos millones de soles que giran sobre nuestras cabezas y el reposo aparente de los granos de arena que hollamos con nuestra planta; y mientras en Alemania el profundo pensamiento y la asombrosa erudición de Leibnitz cambian la doctrina del antiguo sincretismo oriental en las amplias teorías del moderno eclecticismo; en suma, mientras en todos los pueblos europeos brillaba la luz del progreso que ha precedido á los grandes adelantamientos científicos del siglo próximo pasado y de la época presente, en España, en la patria de Alonso el Sabio y de San Isidoro de Sevilla, de Averroes y de Maimónides, se estudiaba la física de Aristóteles aprendiendo que la llama sube porque existe una *esfera de fuego* que la atrae; que la *antiperistasis* es la razón de que las cuevas estén más calientes en invierno que en verano, y más frias en verano que invierno; que por la *simpatía* ó la *antipatía* que un cuerpo inanimado siente por otro cuerpo también inanimado, se explica que el imán atraiga el hierro y no á la madera; y que el *horror al vacío* es la causa de que los líquidos se mantienen sin caer en los tubos que estando cerrados por un extremo tienen el otro extremo introducido en un recipiente lleno del mismo líquido. ¡Y esto se enseñaba en las aulas después de haberse inventado el termómetro, el barómetro y la máquina neumática!

Y el mismo vergonzoso atraso en que se hallaban las ciencias físico-naturales se podía notar en las más altas especulaciones del espíritu: la teología y la metafísica. Se creía buenamente que con ayuda del *ergo*, del *distinguo*, del *nego* y del *concedo* era fácil alcanzar el conocimiento de todo orden de verdades; y por tan errado camino se llegaba al descrédito de la ciencia y del estudio, descrédito que la sabiduría popular censuraba donosamente en aquel cuento del estudiante recién llegado de Salamanca, que, para probar su aprovechamiento en el estudio de la lógica, demostraba á sus padres que los dos huevos que habían servido para la cena eran tres huevos, diciendo: donde hay dos hay uno; dos y uno son tres; luego donde hay dos huevos hay tres huevos; á cuyo razonamiento contestó el padre, que estaba tan convencido de la existencia del tercer huevo, que se lo dejaba á su hijo para que cenase, mientras los padres tomaban los otros dos.

No ha guiado nuestra pluma el prurito de censurar á la España del siglo XVIII, prurito que podría tacharse de anti-patriótico, al escribir las consideraciones que anteceden; pero era necesario para aquilatar el mérito del insigne Feijóo trazar el cuadro de la decadencia intelectual en que se hallaba su patria cuando comenzó á publicar, *para desengaño de errores comunes*, su famoso *Teatro crítico*; preciso era indicar cuántos y cuán grandes eran los *errores comunes* de que pretendía desengañar á sus contemporáneos el humilde fraile que, encerrado en la pobre celda de un convento de Asturias, consagró su vida, su inteligencia y su voluntad al estudio desinteresado de las ciencias y de las letras.

Si, es cierto, y la Historia ha de consignarlo. Encerrado en la pobre celda del monasterio de San Vicente de Oviedo, comprende el P. Fr. Benito Jerónimo Feijóo el atraso científico de su patria; sabe que la fe es capaz de mover las montañas, y consagra todo su esfuerzo individual á la magna empresa de disipar las nieblas de la ignorancia que velaban el porvenir de la civilización española. No mueve su pluma el deseo de acrecentar sus intereses pecuniarios; humilde monje es y humilde monje morirá; no anhela tampoco que la gloria póstuma cubra con sus refulgentes alas la losa de su sepulcro, porque sabe que los reatos mortales del hombre son insensibles á todos los favores del destino, y que el alma vuela á las serenas regiones donde nada valen las grandezas de la tierra. Feijóo sirve á la verdad por desinteresado amor á esa misma verdad, afirmando que, *en cualquiera materia que se ofrezca al discurso, es utilidad bastante conocer la verdad y desviar el error; porque el recto conocimiento de las cosas, por sí mismo es estimable, aun sin respecta á otro fin alguno criado*. A quien tan altamente razona ¿que ha de importarle que sus escritos sean recibidos con mala voluntad y caigan sobre ellos impugnaciones de todas clases, en que no se olvida ni la injuria grosera, ni la solapada calumnia? El sabio benedictino, y quien dice verdadero saber también dice virtud, opone razones á injurias, y una vida sin mancha á socos y gratuitas exposiciones que no merecen recordarse. Siempre combatiendo, *siempre en la brecha*, como el mismo Feijóo dice, llega á muy avanzada edad, y puesta su esperanza en Dios, muere con la tranquilidad del justo que ha recorrido sin vacilaciones ni desanimientos el áspero camino de la vida, cumpliendo las obligaciones que le señalaba su conciencia

crisiana: trabajar por el bien de sus semejantes en la esfera á que era llamado por su clara inteligencia, buscando la verdad, diciendo la verdad y difundiendo la verdad conocida, según su criterio, como pensador en la ciencia y como creyente en la religión católica. Tal fué, compendiada en breves palabras y sin exageración retórica, la honrada vida y apacible muerte del P. Mtro. Fr. Benito Jerónimo Feijóo. Justo es que consagremos aquí algunas páginas á renovar la memoria de varón tan esclarecido por sus virtudes, como célebre en la historia de las letras por su erudición copiosa y su profunda sabiduría.

II.

Vocación religiosa del joven mayorazgo D. Benito Jerónimo Feijóo.—Su entrada en la comunidad benedictina.—Honores y dignidades eclesiásticas que obtuvo el P. Feijóo.—Cátedras que desempeñó en la Universidad de Oviedo.—La caridad del insigne benedictino.

Dice el biógrafo citado en el comienzo de este escrito que los padres de Feijóo, «D. Antonio Feijóo Montenegro y doña María de Puga, correspondiendo á lo ilustre de su nacimiento, educaron á este joven en los principios del verdadero temor de Dios, y le inclinaron á las letras, aunque era el primogénito de su casa; creyendo, con razón, que el derecho de la sucesión no les permitía descuidar en la enseñanza de este tierno hijo.»

«No es muy común en el Reino—observa dicho biógrafo—aplicar al estudio los primogénitos, y por eso también son menos los que salen útiles á la Iglesia y al Estado, persuadiéndose no pocos que esta cualidad les destina sólo á la propagación de su familia y al disfrute de sus rentas; sin advertir que la nobleza se adquiere con las acciones ilustres á beneficio de la nación, y se conserva con la continuación de ellas en los descendientes, no con la ociosa posesión de las rentas adquiridas por la virtud de los antepasados.»

Y después de consignar esta sensata observación, continúa el biógrafo su relato, y dice que Feijóo renunció al siglo á los catorce años, pues en el de 1688 recibió la cogulla de San Benito en el monasterio de San Julián de Samos, de manos de su abad Fr. Anselmo de la Peña, general que después fué de la congregación de España y arzobispo de Otranto en el reino de Nápoles. Esta vocación bien probada, porque no era el acomodo el que llamaba á nuestro joven, sino el retiro del bullicio secular, se acreditó en sus incorruptas é inocentes costumbres por toda la larga serie de su vida. La pasión declarada del P. Feijóo fué la del estudio. No sólo los monásticos ocuparon su desvelo; pues aunque en ellos siguió lucidamente su carrera dentro del claustro, también se extendió á la enseñanza pública en las cátedras de teología, que obtuvo por rigurosa oposición en la Universidad de Oviedo, y en que alcanzó del Consejo la jubilación por su mérito. Su religión le dispensó los honores de maestro general, en nada incompatibles con la humildad religiosa, que siempre resplandeció entre las virtudes de este literato.»

«Bastaría esta serie de sucesos para calificar á Fr. Benito Jerónimo Feijóo de un religioso recogido, estudioso y útil

á sí y á los demás en lo que se llama carrera regular de artes y teología escolástica, á que están reducidos los estudios monásticos en España. Su desprendimiento en solicitar otras dignidades eclesiásticas fuera del claustro, ni indicar deseo de lograrlas, demuestra que la vocación religiosa no decayó un punto en este ajustado monje.»

Hemos copiado los párrafos que anteceden, aunque no son modelo de elegancia ni siquiera de corrección gramatical, porque en ellos se puede notar la pequeñez de los elogios que se tributaban al P. Feijóo en días muy cercanos á los de su fallecimiento. Merecedor era de más calurosos encomios el mayorazgo que renunció desde los primeros años de su juventud á todas las pompas y vanidades mundanas y hasta á los licitos placeres de la vida social, para consagrar su inteligencia al estudio y su actividad polifera á la propagación de la verdad, combatiendo sin tréguva ni descanso contra todo linaje de errores, así los que se enseñorean de cátedras y academias con el prestigio de la tradición, como los que arraigan en el seno de las muchedumbres, transformados en ídolos por la ceguera de la preocupación y el servilismo de la ignorancia.

El relato de la vida de Feijóo se puede encerrar en muy pocas palabras. Nació en la aldea de Casdemiro é hizo su profesión religiosa en San Julián de Samos, como ya hemos dicho; estudió en Lerez, Salamanca y Oviedo; alcanzó los grados de licenciado y doctor teólogo en la Universidad ovetense, y en esta misma Universidad desempeñó la cátedra de Santo Tomás, la de Escritura, la de Visperas y la de Prima de la facultad de teología.

Feijóo residió la mayor parte de su vida en Oviedo. «La tradición—dice un catedrático de la Universidad de Oviedo—señala como vivienda del P. Feijóo, en el convento de benedictinos de esta ciudad, la celda que años después sirvió para despacho del Comandante general de la provincia, próxima al templo del monasterio y con vista á la calle y patio, hoy plazuela que lleva el nombre del famoso escritor por acuerdo de nuestro Ayuntamiento. Ocupa ahora tal habitación la Junta de Beneficencia, y no estará de más consignar aquí que no hay en aquel recinto lápida ni recuerdo alguno que indique el antiguo destino del local donde el ilustre pensador trazó sus impercederas obras, el *Teatro crítico*, las *Cartas eruditas* y la *Ilustración apologetica*, que casi desdeñaron Forner y Lista, pero universalmente celebradas dentro y fuera de España, y repetidas por la prensa con numerosas ediciones.»

El mismo autor de la noticia que acabamos de copiar, D. Fermín Canella Secades, refiere que cuando en 1725 estuvo en Madrid el P. Feijóo con motivo de la impresión de sus obras, personas de alta posición social, como el Conde de Campomanes, el P. Fr. Martín Sarmiento, el médico Casal y otros, le hicieron repetidas instancias para que trasladase su residencia á la corte; instancias que fueron secundadas por el abad de San Martín y sus compañeros en la orden benedictina; pero todo fué inútil, porque el sabio polígrafo resistió con modestia tan claras pruebas de singular aprecio, apresuró el despacho de sus negocios, habló con el impresor, arregló las cuestiones de la licencia y tasa de sus libros, y acompañado del lego servidor, montó en su mula de paso, despedida por numerosos amigos, y después de largas jornadas regresó á su pobre celda de Oviedo de un modo

muy semejante al que tan donosamente se describe en la vida y aventuras del célebre Gil Blas de Santillana.

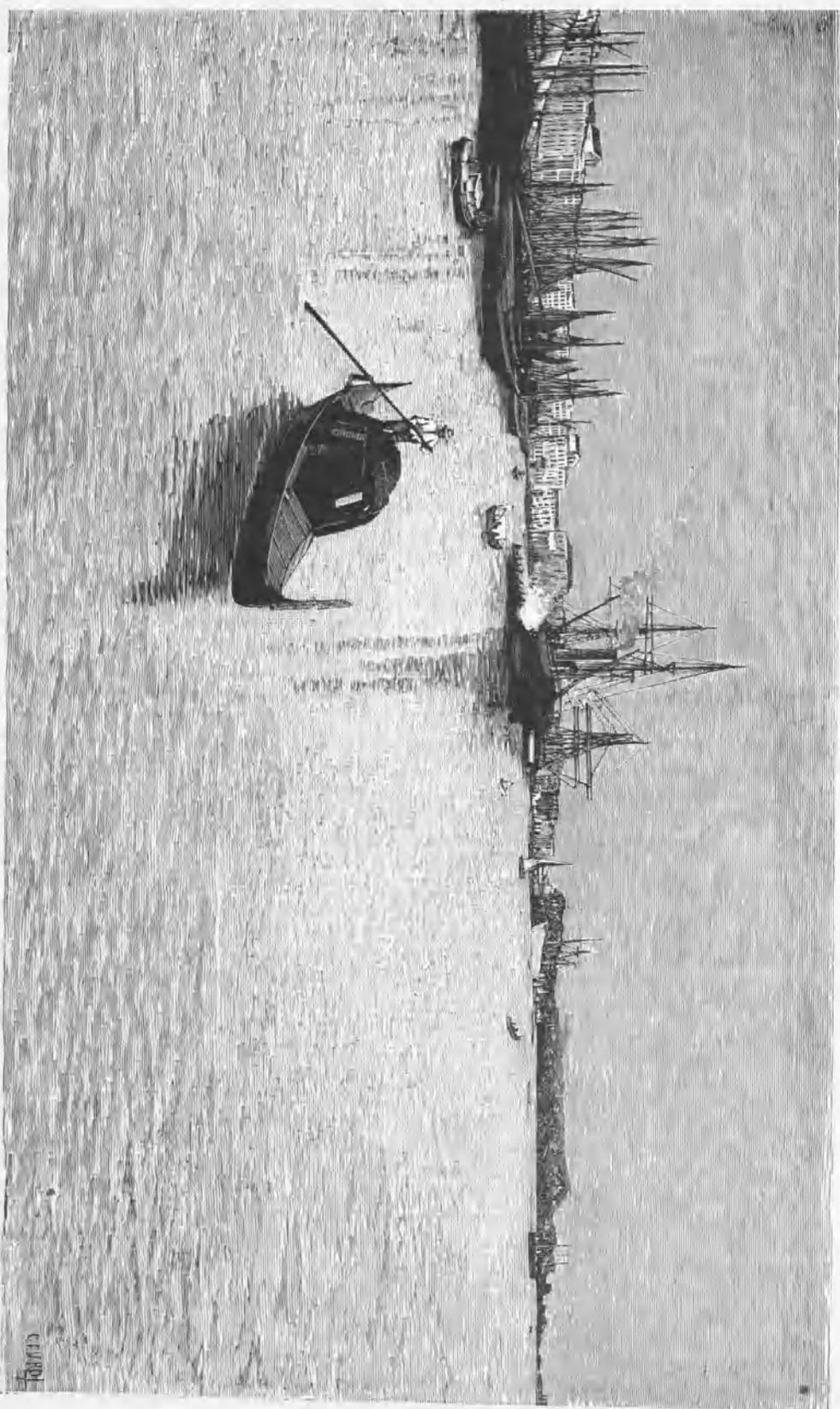
El P. Feijóo fué elegido tres veces abad del colegio de San Vicente de Oviedo; el rey D. Fernando VI le concedió los honores de consejero, y su hermano y sucesor D. Carlos III le manifestó su estimación regalándole un ejemplar de las *Antigüedades de Herculano*. A esto se redujeron todas las recompensas que alcanzó de los reyes y de sus compañeros en el claustro el preclaro autor del *Teatro crítico*.

Cierto es también que el pontifice Benedicto XIV y el Cardenal Querini tributaron elogios al gran polígrafo español; y sin embargo, un apologeta de Feijóo, tan bien intencionado como mal poeta, pudo escribir en el monumento fúnebre que se levantó en la iglesia del colegio de San Vicente el 17 de Diciembre de 1764:

¿De su siglo no fué Feijóo el más sabio?
 ¿El más hábil político y prudente?
 ¿No admiran de su pluma y de su libro
 Lo crítico, lo culto y lo elocuente?
 ¿Pues cómo, sin hacerle en ello agravio,
 No le dieron la púrpura eminente?
 Mas ¡oh! que su ambición fué tan sagrada,
 Que nada quiso ser, mas que ser nada.

Pasemos á otro asunto. Dice el catedrático de la Universidad de Oviedo Sr. Canella Secades, en un estudio biográfico que ya repetidamente hemos citado: «Fué el P. Feijóo espléndido y caritativo como pocos. En los años de 1741 y 1742, de gran escasez por las malas cosechas de Asturias, empleó en granos crecidas cantidades que repartió personalmente en la capital y por comisionados en la provincia. Los pobres de Oviedo—continúa diciendo el Sr. Secades—le conocían por sus limosnas, le salían al paso por las calles y extramuros de la ciudad, particularmente cuando se dirigía á la Universidad, siempore por igual camino y deteniéndose las más de las veces en el atrio de la iglesia parroquial de San Tirso, donde los prebendados de la catedral esperaban las horas del coro. Como por la noche no podía salir de la clausura, los mendigos se ponian bajo su celda y él les arrojaba por la ventana, envueltos en papeles, reales y pesetas, según el testimonio del Rector de la Universidad, su amigo. Para estos pobres vendió hasta cuatro cajas de oro para rapé, porque solta decir que lo mismo agradecía y recordaba á las personas que se las habian regalado. Y no obstante habia impetrado licencia del Papa para distribuir en actos de caridad los rendimientos de sus trabajos.»

La segunda entre las obras espirituales de misericordia, *dar buen consejo al que lo ha de menester*, se practica con más facilidad que las obras corporales de visitar á los enfermos, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y las otras que restan; pero aun así y todo, no falta en el manual del perfecto egoísta una reglilla en que, so capa de razonados miramientos, se afirma que nadie ha de meterse en vidas ajenas; y practicando esta reglilla con todo rigor se evitan muchos compromisos y se puede ganar fama de prudente y bien educado. El P. Feijóo, que se preocupaba más de los ajenos que de sus propios negocios, se metía en vidas ajenas y era el consejero universal de sus convecinos. De esto daba testimonio un señor José, sastre de oficio, que vivía en Oviedo en los primeros años de este siglo, y contaba que



«VENECIA.»—(Cuadro de G. Ciardi.)

Ciardi

á la celda del autor del *Teatro crítico* llegaban frecuentemente los señores de la ciudad para oír la lectura de sus escritos aun en borrador, ó para pedirle consejos en asuntos de familia, ya cuando se trataba del acomodo de la hija casadera, ó ya para conseguir la corrección del hijo poco aficionado á los libros, por que el abad de San Vicente era muy conocedor de los secretos móviles de la voluntad humana. Reflexionando sobre lo que el P. Feijóo podría decir á los que buscaban el consejo de su sabiduría y experiencia, se comprende bien que en ocasión análoga exclamase el Conde de Campomanes: «¿cuantos sucesos dignos de memoria se pierden en la vida de los varones ilustres porque no todos logran un Jenofonte que conserve sus dichos y hechos?»

III.

La publicación del Teatro crítico universal del P. Feijóo. — El Antiteatro crítico de D. Salvador José Mañer. — La Demostración apologética del P. Fray Martín Sarmiento. — Las ideas sobre medicina del P. Feijóo.

Si se desatender las obligaciones de la cátedra, ni los cuidados de la prelación del convento de San Vicente, el Padre Maestro Fr. Benito Jerónimo Feijóo halló tiempo suficiente para escribir las producciones científicas que han immortalizado su nombre en la historia de la civilización española, y, por lo tanto, en la historia del progreso humano en letras y ciencias.

A principios de Septiembre de 1726 salió á luz el primer tomo de una obra en cuya portada se leía: *Teatro crítico universal ó Discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*, dedicado al Rmo. P. M. Fray José de Barnuevo, general de la Congregación de San Benito de España, Inglaterra, etc., etc., escrito por el Rmo. P. Maestro Fr. Benito Jerónimo Feijóo, maestro general de la religión de San Benito, etc., etc. En la primavera de 1728 se publicó el segundo tomo de esta misma obra, y el tercero en el siguiente año de 1729. Se contrariaban en estos libros varias opiniones admitidas como verdaderas, no sólo entre el vulgo ignorante, sino también entre las personas que en aquel entonces pasaban plaza de cultas y aun bien instruidas. Natural era que las preocupaciones y la ignorancia no se dejasen vencer sin disputar el terreno palmo á palmo; y así fué, en efecto, porque, según afirma el P. Fr. Martín Sarmiento, se imprimieron más de cien papeles impugnando lo dicho por Feijóo en los tres primeros tomos de su *Teatro crítico*. El razonamiento fundamental de la mayor parte de estas impugnaciones es por extremo curioso. Observando que las opiniones expuestas en los discursos del *Teatro crítico* se apartaban de lo generalmente reputado como verdadero, se decía: «¿Es posible que sólo el P. Feijóo conozca la verdad y que todos los demás nos equivoquemos?» Y á vuelta de tan concluyente argumento se añadían unos cuantos dieterios, algunas suposiciones gratuitas sobre las ocultas intenciones del P. Feijóo, y tal cual imputación calumniosa, que no queremos repetir aquí, pero que puede verse en el tomo IV del *Teatro crítico*; y los autores de tan estúpidas críticas ganaban fama de inteligentes censores entre

los ignorantes y los envidiosos, que forman no pequeña parte del respetable público en todo tiempo y en todo pueblo.

Casi al mismo tiempo que salía á luz el tomo III del *Teatro crítico*, apareció un libro titulado *Antiteatro crítico*, en que ásperamente se censuraban los tomos I y II de la obra del P. Feijóo. El autor del *Antiteatro*, D. Salvador José Mañer, no carecía de erudición, pero su inteligencia rutinaria le llevaba á combatir como peligrosas las ideas novadoras que constituyen la sustancia vivificante del *Teatro crítico universal*.

Dudó mucho el P. Feijóo sobre si debía de contestar á la crítica de Mañer, y, por último, su amor á la verdad le impulsó á escribir un libro que tituló: *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del «Teatro crítico universal», donde se notan más de cuatrocientos descuidos del autor del «Antiteatro», y de los setenta que este imputa al autor del «Teatro crítico» se rebajan sesenta y nueve y medio*. Fuerza es confesar que el autor de la *Ilustración apologética* cumplió en el cuerpo de este libro lo que se ofrecía en su largo y burlesco título.

Se vendían en Madrid los tomos del *Teatro crítico* y de la *Ilustración apologética* en la portería del convento de benedictinos de San Martín; y era tal su pronto despacho y el favor que la obra mereció del público, que en el año de 1732 se habían hecho cuatro ediciones del tomo I, tres del II y III y dos de la *Ilustración apologética*. El tomo IV se publicó en el mes de Diciembre de 1730; la tirada fué de 2,250 ejemplares, según afirma un autor coetáneo; y al imprimirse el tomo V, en los primeros meses de 1733, ya fué preciso hacer la segunda edición del tomo IV.

No se abatía el espíritu de los adversarios de Feijóo al ver la buena acogida que sus escritos alcanzaban, y en la tertulia literaria que ellos llamaban, que se reunía en casa de D. Salvador José Mañer, resolvieron continuar la campaña emprendida contra el docto benedictino y hasta contra los aprobantes de su *Teatro crítico*. Tomó de nuevo la pluma el Sr. Mañer, y publicó el tomo II y III de su *Antiteatro crítico*, en que incluyó una llamada *Réplica satisfactoria á la Ilustración apologética*. En esta nueva producción del crítico Mañer, no sólo se censuraban las opiniones de Feijóo, sino que también se extendía la censura á los aprobantes de sus libros, entre los cuales se contaba el P. Mtro. Fr. Martín Sarmiento, lector de Teología moral en el convento de San Martín de Madrid, y gran amigo del P. Feijóo. Ciertamente que no era la aprobación del P. Sarmiento la que mayor censura mereció de los tertulios de Mañer; pero ya por impulso de la amistad, ó por razones de amor á la justicia, el hecho es que el aprobante tomó la pluma y escribió una obra intitulada: *Demostración crítica-apologética del «Teatro crítico universal» que dió á luz el R. P. M. Fr. Benito Jerónimo Feijóo, benedictino, con la cual se hace patente la evidencia de sus discursos, certeza de sus noticias, probabilidad de sus opiniones, verosimilitud de sus conjeturas, elección de sus autores, exactitud de sus citas, armonía de sus expresiones y propiedad de sus palabras, que en los tomos I, II y III y en alguna parte del IV pretendió contrariar el vulgo con diferentes papelonos, por no haber entendido hasta ahora la conexión y obvia significación de las voces*. Publicóse esta obra, compuesta de dos tomos, á fines de 1732. El Conde de

Campomanes, emitiendo su opinión acerca del P. Sarmiento y del valor de su defensa de Feijóo, dice: «La erudición y doctrina que reina en los dos tomos de la *Demostración* es superior á toda alabanza; y no puede negarse que dejó sólidamente afianzada en el concepto de los imparciales la utilidad del *Teatro crítico* y el mérito de su autor. El orden que guarda el P. Sarmiento en la *Demostración* es el mismo de los discursos del *Teatro*. ¿Cuánto podría escribir de propia invención quien siguiendo el método de otro ameniza y aclara la materia con la copia de doctrina que se lee en aquella obra?»

En 1734 publicó Mañer dos volúmenes, replicando á la *Demostración* del P. Sarmiento, á que dió el título, algo pretencioso, de *Crisal crítica*, obra á que ya no contestaron ni Feijóo ni su aprobante; y así terminó la primera y más importante polémica literaria de las que se suscitaron con motivo de la publicación del *Teatro crítico*.

El P. Feijóo creía poco ó nada en la sabiduría de los médicos, y la manifestación de sus opiniones en esta materia fué origen de otra empeñada polémica en que llegó á tomar parte hasta su grande amigo el doctor D. Martín Martínez, que trató la cuestión con gran conocimiento de la ciencia médica que profesaba, pero, en nuestro sentir, con menos fuerza de lógica que el docto autor del *Teatro crítico*.

Terminó la publicación del *Teatro crítico universal* en 1741. En 1734 se había publicado el tomo VI; en 1736, el VII; en 1739, el VIII; y en el dicho año de 1741 se publicó el *Suplemento del Teatro crítico*. En este tomo se hallan corregidos algunos errores imposibles de evitar en una obra de tanta extensión como el *Teatro*, y se añaden en algunos discursos varias noticias curiosas y eruditas que el autor ignoraba en el momento de escribirlos.

Así terminó el docto benedictino aquella obra notable, en cuya publicación invirtió estoreos años, tiempo bien pequeño si se compara con el necesario para reunir la inmensa suma de noticias que se hallan en sus páginas, y si se tiene en cuenta el método de escribir de la época en que floreció Feijóo, método que obligaba á poner al lado de cada uno de los argumentos que se dirigían á la razón, la cita de una docena de autores célebres que había pensado antes algo que estuviese conforme con lo que allí se decía; pues poco ó nada valía el razonamiento individual si los Padres de la Iglesia, ó cuando menos los grandes filósofos de la antigüedad, no estaban de acuerdo con sus lógicas conclusiones. Cierto es que el P. Feijóo había condenado como insuficientes los argumentos de autoridad, pero se veía obligado á debatir las cuestiones en este terreno, porque era á donde de continuo le llevaban sus encarnizados enemigos y apasionados censores.

IV.

Retrato físico y moral del P. Feijóo. — El estilo es el hombre. — Tres anécdotas referidas por el P. Feijóo.

El P. Mtro. Fr. Benito Jerónimo Feijóo era de elevada estatura, cortés y afectuoso en su trato, y se expresaba con suma facilidad, sazonando la conversación con chistes de

buena ley en que jamás se faltaba á los miramientos de la urbanidad, ni á los respetos de su estado como sacerdote y profesor de enseñanza pública. Él mismo lo dice en uno de sus últimos escritos: «Me ofende la escandalosa chocarrería de Marcial, pero tampoco me agrada la inalterable seriedad de Catoul.»

En la mirada de Feijóo, viva y penetrante, se traslucía aquel agudo ingenio que despojaba á las cuestiones controvertibles de las dudas y obscuridades que suelen rodearlas, y las reducía á sus términos propios, que es único medio para poder resolverlas. En sus labios vagaba una sonrisa dulce y amarga á la vez, sonrisa indefinible en que se reflejaba cierto escepticismo mitigado por las creencias religiosas, que formaba como la base del carácter moral del ilustre benedictino. Su frente ancha y despejada no se arrugaba nunca, ni aun al leer las disparatadas censuras de sus críticos, ni las calumniosas imputaciones que le ocasionaban la publicación de sus escritos. En su semblante, en sus acciones, en sus palabras, el P. Feijóo acertaba á demostrar cómo la ciencia sin dogmatismos y la religión sin preocupaciones producen la modestia en el sabio y la humildad en el creyente, que son barreras insuperables para todo género de fanatismos absurdos y de negaciones impías.

Tal era Fr. Benito Jerónimo Feijóo, en quien se juntaban las altas dotes de la inteligencia con las apacibles virtudes del corazón. No es Bossuet, el implacable perseguidor de la herejía literaria; no es Fenelón, el gran reformista social, alucinado por el misticismo de una mujer soñadora; no es el P. Luis de Granada, que atraviesa la vida terrenal con los ojos puestos en el cielo; no, Feijóo es el sacerdote cristiano que alcanza la sabiduría enciclopédica de los filósofos griegos, y su fe le salva de los horrores de la impiedad escéptica, y su ciencia le salva también de las aspiraciones á la perfección absoluta de todo punto inasequible en este que con motivo se llama valle de lágrimas.

No es excepción Feijóo de aquel profundo dicho: el estilo es el hombre. En sus obras, escritas con la sencillez del sabio, se halla mezclado el chiste decoroso con la árida exposición de los más abstractos razonamientos. La ignorancia de sus contemporáneos provoca á menudo la risa del docto benedictino. Como prueba de esto, copiaremos aquí dos anécdotas referidas por el P. Feijóo en la carta XII del tomo cuarto de sus *Cartas eruditas*. Dice así el sabio benedictino: «Hay quienes (cada uno de por sí), de un rasgo de pluma ó de lengua, condenaron ó por título de inútil ó por el de falso cuanto tengo impreso. Sobre lo cual referiré á vuestra merced dos chistes dignos de celebrarse. Un sujeto bastante doto en sagrada teología soltó en algunas conversaciones que era de ningún provecho cuanto yo escribía, y que era lástima que no emplease el tiempo en otra cosa. ¿Y en que empleaba el que le sobraba de sus precisas obligaciones? En buscar el movimiento perpetuo. Lo más de su vida lo dedicó á esta ridícula manía, en la cual consumió, no sólo tanto tiempo, más todo el dinero que tenía ó podía adquirir, tentando varios experimentos, ya por un camino, ya por otro. Yo tuve algún trato con él en tiempo que estaba encaprichado de hallar el movimiento perpetuo por medio de dos muelles opuestos y alternados en sus movimientos, estos, dispuestos con un tal mecanismo, que en uno fuese creciendo la fuerza elástica al paso que iba minorando en el

otro. En vano le representé ser imposible lograr su intento por esta vía, haciéndole reflexión de que dos fuerzas, una creciendo y otra menguando, habían de llegar á un punto que recíprocamente se equilibrasen, y en que, por consiguiente, había de cesar el movimiento de uno y otro muelle. En vano, como digo, procuré convencerle, ya con esta demostración, ya representándole que era una presunción temeraria esperar conseguir en esta materia lo que no pudieron lograr tantos agudísimos filósofos y matemáticos que trabajaron al mismo fin por espacio de veinte siglos. Él prosiguió en su empresa hasta que murió; y el que gastaba el tiempo en esto, me acusaba á mi de desperdiciarle en lo que escribía.»

«El segundo chiste es igualmente de reir, continúa diciendo Feijóo, y aun acaso más que el primero, aunque por diferente camino. Cierta amigo mío, que vive en provincia muy distante, tenía correspondencia epistolar con un eclesiástico de mi tierra. En una de las cartas que le escribió, el asunto de ella le condujo á preguntarle si leía ó había leído mis obras. Mi gallego le respondió que no las había leído, ni las leería jamás, porque había notado que todos los que leían las obras del P. Feijóo se *volvían locos*. Lo que resultó de aquí fué, que habiendo mi amigo comunicado esta bella sentencia á muchos del pueblo donde habita, y donde hay gran número de apasionados de mis escritos, tuvieron bien que reir á costa del autor de ella.»

En otro lugar, sosteniendo Feijóo que la sabiduría en una ciencia no da autoridad para juzgar en otro orden de conocimientos, dice así: «Me acuerdo á este propósito de lo que el año de 28 (1728) se me refirió en Madrid de un juriconsulto, colocado en alto puesto, que en conversación con otro de su facultad, con ocasión de dar este segundo algún elogio á los dos tomos que yo había publicado, le dijo el primero que no me negaba tener alguna habilidad, pero que era cosa insufrible el que mi confianza en ella presumiese persuadir al público con quimeras totalmente increíbles como que *el aire es pesado*.»

Después de leídos los *chistes* que acabamos de copiar, se comprende cuán necesario era el desengaño de errores comunes que se proponía el autor del *Teatro crítico*.

Un sacerdote, un teólogo, un maestro en la ciencia de las ciencias, la ciencia de Dios, reputando por perdido el tiempo empleado en escribir una obra de erudición y de crítica conforme en sus doctrinas con la fe religiosa y la sana moral; un eclesiástico, siquiera fuese un cura de misa y olla, creyendo que todos los que leían las obras de Feijóo perdían el juicio; y un juriconsulto, que ocupaba alta posición social, considerando como increíble la afirmación de que *el aire es pesado*.... Hubiéramos querido callar estos hechos por honra de la civilización española del siglo XVIII, pero la historia no tiene más patria que el cielo de la verdad; y mal podría avalorarse el mérito científico de los escritos del P. Mtro. Fr. Benito Jerónimo Feijóo, si desconociésemos el grado que alcanzaba la cultura de la época en que le tocó figurar; porque muchas de las que en aquel entonces eran atrevidas novaciones, hoy son ya respetables antigüedades que de puro sabidas puede decirse que están casi olvidadas. Ejemplo de esto la afirmación de que el aire es pesado; afirmación comprobada en los experimentos de Galileo y Torricelli y la invención de la máquina neumática; afirmación

que tanto y tanto asombraba al juriconsulto del siglo XVIII y que hoy se halla consignada hasta en los libros elementales de física experimental.

V.

Publicación de las CARTAS ERUDITAS del P. Feijóo.—Un libro del P. Fr. Luis de Plandes.—Polémica de Feijóo con el P. Soto Marnes y con los defensores de la filosofía italiana.—Enfermedad, muerte y epitafio del P. Feijóo.

Cuando comenzó la publicación del *Teatro crítico* en 1726 contaba el P. Feijóo cincuenta años de edad; y por consiguiente, al ver la luz en 1741 el último tomo de dicha obra, su autor había entrado en la vejez, puesto que viejo es el hombre que ha vivido más de sesenta años.

Pudo el insigne Feijóo entregarse al descanso al concluir la publicación del *Teatro crítico*, que á ello le autorizaban su avanzada edad y los sinsabores que le habían ocasionado los críticos de mala ley y la caterva de envidiosos é ignorantes que se conjuraron para desacreditar su persona y sus doctrinas; pero su amor á la verdad se sobrepuso á toda consideración egoísta, y en 1742 dió á la estampa el primer tomo de una nueva obra, que tituló: *Cartas eruditas y curiosas*, en las que, según reza la portada, *se continúa el designio del «Teatro crítico», impugnando ó reduciendo á dudosas varias opiniones comunes*.

El segundo tomo de las *Cartas* salió á luz en el año de 1745, y el tercero en 1750. Este tomo está dedicado al rey D. Fernando VI, y en la dedicatoria manifiesta el Padre Feijóo su profundo agradecimiento por los honores de consejero de S. M. que poco tiempo antes se le habían concedido. De cierto que si los honores que los reyes otorgan recayesen siempre en varones tan dignos como el autor del *Teatro crítico* ganaría no poco el servicio del Estado y la honra de la Monarquía.

Apareció el tomo IV de las *Cartas eruditas* en 1753. En la dedicatoria á la reina Doña María Bárbara de Portugal manifiesta nuestro autor que sus obras han obtenido mejor acogida en el vecino reino lusitano que en su propia nación. «Testimonio de esto es—dice—haberse dedicado un ilustre y docto príncipe portugués (el Excmo. Sr. Conde de Ericeyra) á la prolija obra de ilustrar con nuevas pruebas todas sus particulares opiniones; la que tenía muy adelantada para hacerla pública, cuando con gran dolor mío, común á toda la república literaria, le sobrevino la muerte. Testimonio de esto es haber otro noble de la misma nación (D. Diego Torres y Vasconcellos, caballero profeso en la orden de Cristo) tomado la trabajosa tarea de formar un índice general de mis obras, que impreso ya, corre por España en tomo separado. Testimonio de esto es que habiendo un religioso portugués, poco instruido en las materias que han sido objeto de mis especulaciones, dado á luz el año de 43 (1743) un libro que procuraba impugnar varias aseveraciones mías, reconoció luego una general displicencia en sus compatriotas á dicha obra. Parece que por esto no la ha continuado, aunque su intento era componer, no un solo tomo, sino algunos, como se colige en que al que dió á luz rotuló tomo primero.» En España los impugnadores del *Teatro crítico* no se desalenta-



OBREERA VENECIANA. — (Cuadro de Zonaro.)

ban tan pronto como este religioso portugués; y así vemos que en 1743 salió a luz un libro titulado: *El Académico antiguo contra el escéptico moderno*, donde su autor, el reverendo P. Fr. Luis de Flandes, fraile capuchino y ex provincial de la provincia de Valencia, se arrogaba el título de *académico antiguo*, en oposición al *escéptico moderno* Fr. Benito Jerónimo Feijóo. Sostentase en tan estupendo libro cinco proposiciones que decía se hallaban negadas sin bastante fundamento en varios discursos del *Teatro crítico universal*.

Las cinco proposiciones que el P. Flandes defendía como verdaderas eran las siguientes: 1.^a, la infalibilidad de la medicina; 2.^a, la esfera de fuego; 3.^a, la existencia de la antiperistasis; 4.^a, la verdad de la simpatía y antipatía de los cuerpos inanimados; 5.^a, la realidad de la piedra filosofal. El P. Feijóo, en el tomo III de las *Cartas eruditas*, se dolió de que todo un ex provincial de la Orden capuchina hubiese escrito en defensa de tan crasos errores como la existencia de la piedra filosofal, la esfera de fuego y demás antigüallas, y terminaba su réplica poniendo en duda que el P. Flandes fuese el autor del libro á que contestaba; pero es lo cierto que desde 1743, que se publicó *El Académico antiguo*, hasta el año de 1750, en que apareció el tercer tomo de las *Cartas eruditas*, tiempo había tenido el buen capuchino de negar la autenticidad de la obra que se le atribuía; y cuando no lo hizo, las palabras de Feijóo más parecen artificio de cortesía retórica que duda nacida en la intimidad de su pensamiento.

Controversia de mayor monta que la anterior fué la que suscitó el P. Fr. Francisco de Soto y Marne publicando en 1749 sus *Reflexiones crítico-apologéticas* en defensa del milagro de las flores de San Luis del Monte, de la admirable sabiduría de Raimundo Lulio, del sólido juicio de Fray Nicolás de Lira, de la veracidad histórica de D. Fr. Antonio de Guevara y de otros claros ingenios que ilustraron el orbe literario.

A los dos tomos en 4.^o que constituían la obra del P. Soto Marne, contestó Feijóo en un folleto que tituló *Justa repulsa de iniquas acusaciones*; y así en este folleto como en los libros á que respondía se usaba un lenguaje tan duro, que para terminar la polémica se dió en 23 de Junio de 1750 una Real orden donde se dice lo siguiente: «Quiere Su Majestad que tenga presente el Consejo que cuando el Padre Maestro Feijóo ha merecido á S. M. la noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva á impugnarlos, y mucho menos que por su Consejo se permita imprimirlos.»

De los puntos que tocaba en sus *Reflexiones* el P. Soto y Marne, sólo el referente á Raimundo Lulio merecía ser discutido amplia y sosegadamente. Ya en 1746 Fr. Bartolomé Fornés había escrito en latín una apología del sistema científico de Raimundo Lulio, y la misma empresa llevó á cabo en su libro *Examen de la crisis del P. Feijóo sobre el arte luliano* el monje de San Bernardo Fr. Antonio Raimundo Pascual, y en otros escritos Fr. Marcos Tronchón y Fr. Rafael de Torreblanca. El criterio de Feijóo para juzgar el gran *Arte* del famoso Lulio estaba más cerca de las modernas doctrinas positivistas, que del amplio pensamiento con que es necesario abarcar toda la historia de la ciencia para comprender los merecimientos relativos de cada sistema filosófico, según la época y según el pueblo en que fué propagado.

Raimundo Lulio vale mucho más de lo que Feijóo pensaba, y mucho menos de lo que le ensalzaban en el siglo próximo pasado los apasionados contradictores de todo lo que se decía en las páginas del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*.

Las polémicas con Mañer, Soto y Marne, los lulistas y los médicos ocuparon gran parte del tiempo que el P. Feijóo hubiera podido consagrar al desengaño de los errores comunes, objeto exclusivo de su *Teatro crítico* y de sus *Cartas eruditas*. El tomo V y último de estas *Cartas* salió á luz en 1760, y en su dedicatoria al gran rey D. Carlos III dice así el docto benedictino: «El año de 28 (1728) logré la dicha de ver y oír á V. M. en el palacio de Madrid el corto espacio de un cuarto de hora, y en tan breve tiempo me bastó para concebir las altas esperanzas que en el referido escrito (la dedicatoria del tomo IV del *Teatro*) manifesté; porque los que el cielo cria para héroes, desde la cuna salen con el sello de tales.... El que en la edad adulta ha de ser gigante, desde la infancia descubre mayor estatura que la que corresponde á aquella edad.»

Cuando publicó el tomo anterior de las *Cartas* había pensado el P. Feijóo que ésta sería su última producción literaria, puesto que su edad ya avanzada le prometía pocos años de vida; y así que en el prólogo del libro escribió lo siguiente: «Lector mío, como mis años y mis achaques me hacen sumamente verosímil que éste sea el último libro que pueda presentarte, permíteme que como por vía de despedida use, hablando contigo, de aquellas palabras de San Pablo escribiendo á su discípulo Timoteo; *Cursum consummavit, fulem servavi*. Llegué al término de mi carrera literaria habiendo observado siempre en cuanto he escrito la buena fe que debía como cristiano, como religioso y como hombre de bien. Esta misma protesta tengo determinado repetir delante de buenos testigos, cuando vea se acerca mi última hora, juntamente con otra de mayor importancia, si el Altísimo se dignara de conservarme el uso de la razón en su santa gracia hasta aquel término.»

Escribía el P. Feijóo lo que acabamos de copiar en 1753, y siete años después, á los ochenta y tres de su edad, todavía publicó, como ya hemos dicho, el tomo V de las *Cartas eruditas*. El último párrafo del prólogo de este libro dice así: «Y no tengo más que decirte por ahora, lector mío, sino que te ruego que me encomiendes á Dios, no para que me dé muy larga vida, que bastante larga ha sido ya (ojalá así como he vivido mucho, hubiera vivido bien), sino una buena muerte. Y ya que es segunda despedida, añado segunda vez.»

Reflejase en todas las palabras del P. Feijóo la tranquilidad del varón fuerte que ve acercarse el término de su vida como precisa condición de la naturaleza; condición que está lejos, muy lejos de ser una desgracia si se considera con ánimo sereno y reflexivo pensamiento.

En el día 25 de Marzo de 1764, cuando estaba comiendo, advirtió Feijóo los primeros síntomas de lo que el vulgo llama un accidente, que le privó de conocimiento, y aunque después lo recobró, atendiendo á lo grave de la enfermedad, recibió los santos sacramentos en el día 30 de Marzo; pero la dificultad con que pronunciaba las palabras le impidió hacer las dos protestas que tenía anunciadas en el prólogo del tomo IV de las *Cartas eruditas*, y así ha que-

dado sin saberse en qué consistía la que el docto benedictino consideraba como de gran importancia.

Prolongóse aún la vida del P. Feijóo durante algunos meses, y como su estado de parálisis no le consintiera salir de su celda, idearon sus amigos mandar construir un carrito ó sillón con ruedas que sirviese para poder pasearle por los claustros del monasterio. Llevóse á cabo este proyecto, y el Rmo. P. Abad de San Vicente, y los monjes de mayor graduación en el colegio, y los amigos de Feijóo en aquellos últimos días de su existencia, el señor de la casa de Quirós, el Conde de Marcel de Peñalba, el regente de la Audiencia D. Antonio Varcia, el letrado don Fernando Quirós Valdés, los maestros Fr. Felipe Carreño, Fr. Bernardo Cansá, Fray Pedro Regalado y Fr. Pedro Builes, y otras personas no menos calificadas, no se desdaban en arrastrar la silla de ruedas donde se hallaba postrado un *hombre medio muerto, un saco de tierra*, como decía el inmortal autor del *Teatro crítico*.

Sobrellevó Feijóo su largo padecimiento con varonil y cristiana resignación hasta las cuatro de la tarde del 26 de Septiembre del ya dicho año de 1764, en que falleció, cuando le faltaban sólo algunos días para cumplir los ochenta y ocho años de edad; y así parece que hasta en su muerte quiso dar testimonio de la verdad con que había dicho en su discurso titulado: *Desagravio de la profesión literaria*, que es errónea la suposición de que acortan su vida los que dedican asiduamente su inteligencia al estudio de las ciencias y de las letras.

«Si el P. Feijóo dió á Oviedo la gloria de su vida y sus memorables escritos—dice el Sr. Canella Secades—le dejó también el preciado tesoro de sus cenizas en la iglesia conventual, ahora parroquial de la Corte. En el centro del crucero, próxima á las gradas de la capilla mayor, se abrió su sepultura, cerrada por extensa piedra de jaspe, con esta sencilla y breve inscripción:

HIC YACET MAGISTER FR. BENEDICTUS HIERONIMUS FEIJÓO
OBIT DIE XXVI SEPTEMBERIS ANNO MDCCCLXIV
ÆTATIS SUÆ LXXXVIII.»

VI.

Dificultades que se presentan al analizar los escritos de los grandes polígrafos.—La celebración del centenario de Feijóo, y los estudios críticos de sus obras por las señoras Arceol y Pardo Bazán.

Atrevido propósito, empresa magna. Así dice Emilia Pardo Bazán al comenzar su *Estudio crítico de las obras de Feijóo*; y las mismas palabras habríamos de repetir nosotros ahora, atrevido propósito, empresa magna, si nos propusiésemos encerrar en los estrechos límites de este capítulo el análisis razonado de las doctrinas y opiniones que se exponen en los discursos del *Teatro crítico universal* y en los cinco volúmenes de las *Cartas eruditas*.

Feijóo, el gran polígrafo, escribió sobre la mayor parte de los conocimientos científicos y literarios que en su época florecían, y para juzgar de su mérito no basta la ciencia en-

ciclopédica, el saber de los eruditos á la violeta, que produjo la sátira del coronel Cadahalso, y que hoy ha llegado á ser lo que suele llamarse *cultura general humana*; no en verdad; para juzgar del mérito de Feijóo en el siglo XVIII era necesario un Feijóo del siglo XIX.

Estrecho el espacio de que disponemos, nos parece suficiente, no para examinar con la atención que merecen el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas*, pero sí para indicar algo de lo que acerca de estas obras pensamos, sin pretender erigirnos en *críticos de la crítica* del sabio benedictino.

Nosotros pensamos que el mérito de Feijóo, como el de todos los escritores modernos, más consiste en la fuerza de lógica que pone en sus negaciones, que en el vigor y realidad de las muy contadas afirmaciones que en sus escritos se hallan. Claro es que toda proposición negativa casi siempre puede transformarse en afirmativa; pero no es preciso gran esfuerzo de inteligencia para comprender que esta transformación es tan sólo en la forma, porque en el fondo la negación jamás puede revestir el carácter de amplitud que en sí llevan las proposiciones afirmativas.

No carece de excepciones lo que acabamos de decir acerca del predominio de la crítica que niega, sobre la razón que afirma, en los escritos de Feijóo, porque de vez en cuando también sabe afirmar vigorosamente el docto benedictino y así lo hace en las teorías sobre el *no sé qué* de la belleza, teorías tan justamente ensalzadas por D. Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Historia de las ideas estéticas en España*; y así lo hace en uno de los discursos de su *Teatro crítico*, donde opone al arte de gobierno fundado en las *mentiras útiles y supercherías provechosas* que Maquiavelo expuso en su famoso libro y que han practicado, y aun practican, muchos políticos y estadistas, la noble enseñanza de ir al bien por el camino del bien, de sustituir el disimulo con la sinceridad, los embrollados manejos de la diplomacia con los rectos procedimientos de la justicia y del derecho. Los admiradores de todo lo que no ha nacido en nuestra patria suelen alabar mucho al ilustre fundador de la república de los Estados Unidos, porque afirmó que la mejor política era la honradez; pero ya había dicho esto mismo nuestro Feijóo, muchos años antes que Washington, en su discurso *La Política más fina*, á que acabamos de referirnos.

Aunque sea de pasada, hemos de consignar aquí cierta observación que ha tiempo hicimos al leer con cuidado las obras del P. Feijóo. En los catorce volúmenes en cuarto que constituyen el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas*, donde se mencionan centenares de autores y de libros, ni una sola vez se halla citado el príncipe de los ingenios españoles, ni su inmortal novela *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Parece imposible que Feijóo, en la grandísima variedad de los asuntos de que trató, no hallase nunca motivo ni ocasión para recordar ni una frase elocvente, ni un pensamiento profundo del buen Miguel de Cervantes. Hoy no habría ningún escritor español que dejase de citar al autor de *El Quijote* en obras semejantes por su extensión y acierto al *Teatro* y á las *Cartas* del P. Feijóo. Lo hemos dicho en otras partes, y ahora lo repetimos: en España la consagración del singular mérito de Cervantes es debida al laudable esfuerzo de los críticos é historiadores de la presente centu-

ría. En el siglo XVIII, hasta para el eminente Feijóo pasaba inadvertida la trascendental grandeza de las creaciones cervantinas.

Algunas ideas de Feijóo han dado origen á obras voluminosas. En este caso se halla la tesis que se desenvuelve en su discurso titulado *Humilde y alta fortuna*, que es la misma que sirvió de base al filósofo francés Pedro Jacinto Azais para escribir su libro: *Compensaciones de los destinos humanos*. Hay que advertir que Azais se educó en una escuela donde explicaban los benedictinos, y por lo tanto es muy probable que no le fuesen desconocidas las obras del P. Feijóo.

En el discurso con que comienza el *Teatro crítico* se niega la exactitud de la frase: *Voz del pueblo, voz del cielo*. Ciertamente que ningún pueblo en el tiempo determinado puede aspirar á la infalibilidad de sus juicios; infalibilidad que sólo podría hallarse en el sentido común, ó mejor dicho en el sentido universal de todos los pueblos al llegar la consumación de los siglos.

Interrumpimos estas observaciones, porque nos parece oír la voz de algún severo censor, que nos habla de las grandezas del genio ante las cuales son pequeñeces, y nada más que pequeñeces, los aciertos de la crítica de Feijóo.

¡Los genios! Siempre que se habla de los genios recordamos aquel capítulo del mejor libro que produjo la pluma del ilustre D. Jaime Balues, *El Criterio*; aquel capítulo donde aparecen los genios como seres excepcionales, á quienes la preocupación de la ciencia ó arte que cultivan les hace ver el extenso campo de la realidad y de la vida al través del cristal ahumado de sus ideas y de sus sistemáticas y abstractas teorías. Se ha dicho que el genio es una locura sublime, y á la verdad que nadie, según esta definición, nadie más lejos que Feijóo de poder aspirar á ser clasificable en el número de estos sublimes locos, pero al fin locos, porque el equilibrio de sus facultades intelectuales era tan perfecto, que ni el entusiasmo le arrebatava, ni la tristeza le abatía, ni su negación crítica llegaba á la esfera de lo divino, ni su afirmación dogmática ontraba en el terreno de lo puramente humano, y por lo tanto, dudoso y discutible.

No es Feijóo aquel egoísta que nos pinta Fr. Luis de León, cuando dice parafraseando á Horacio:

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido,
Y sigue la escondida
Sendá por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

Feijóo no huye el mundanal ruido para entregarse al descanso; su vida es la batalla perpetua del pensador animado por la fe en el triunfo de la verdad, contra todo linaje de errores y de preocupaciones sociales.

Y sin embargo, ¡cuántos y cuántos de los errores, de las preocupaciones y de los vicios que Feijóo censuró, aún alcanzan en los tiempos presentes el aplauso de las muchedumbres, y hasta de las personas relativamente cultas! Sirva de ejemplo la afición á las corridas de toros, que Feijóo enérgicamente condenaba, y dos siglos después aún tiene que repetir

esta condenación, porque para ello hay sobrado motivo, la Sra. Pardo Bazán en la obra citada al comenzar este capítulo.

Feijóo comprende que los libros en folio no ejercen influencia en las muchedumbres, que viven en la esclavitud de la ignorancia, y adopta la forma del moderno artículo científico ó literario; cada tomo del *Teatro crítico*, ó de las *Cartas eruditas*, es como un volumen de las actuales revistas que estuviese redactado por un solo escritor.

Feijóo, ocupándose exclusivamente de la investigación y propaganda de la verdad, despreciaba en demasía la forma de sus escritos; quizá porque estaba de acuerdo con su amigo el P. Sarmiento, cuando decía: «No busco en los libros palabras, sino cosas», y cuando se burlaba de los que lujan con nimiedad el estilo, llamando á este trabajo *turnear cláusulas*. Como atinadamente dice la Sra. Pardo Bazán, el estilo de Feijóo es incorrecto, pero original; descaudado, pero dulce y grato; difuso á veces, pero claro siempre. Feijóo escribe lo que piensa; piensa con sencillez y grandeza; y redacta sin velar su pensamiento, ni torcerlo ó alambicarlo para que el vulgo no lo adivine ó lo entienda á medias.

Feijóo escribió no pocos versos en los cuales brillan de vez en cuando las dotes de su agudo ingenio, pero así y todo está lejos de merecer el nombre de poeta.

Es singular coincidencia que el primer escritor español á quien se han consagrado los honores de la celebración de su centenario, que es la forma novísima de conmemorar la gloria póstuma de los claros varones, haya sido el ilustre Fray Benito Jerónimo Feijóo, que por la índole de su talento y por la forma periodística que daba á sus escritos puede decirse que es un publicista de la época presente que vivió en el siglo XVIII.

La conmemoración del segundo centenario del nacimiento de Feijóo se verificó en Orense el año de 1876; y merece notarse que el autor del discurso titulado *Defensa de las mujeres*, que se publicó en el primer tomo del *Teatro crítico*; el pensador que dijo y demostró que la inteligencia de las mujeres no era necesariamente más pequeña que la de los varones, alcanzó en aquella ocasión los merecidos elogios de dos ilustres escritoras, honra y prez de su sexo, que por la grandeza de sus talentos han de obtener preeminente lugar en la historia de las letras castellanas del siglo XIX.

Realmente el mérito de Feijóo no había sido estimado en todo su valor hasta que el certamen que se verificó con motivo de la celebración de su centenario produjo el examen crítico de sus obras científicas, que con tanta maestría hicieron las señoras doña Concepción Arenal y doña Emilia Pardo Bazán. Los elogios que había tributado á Feijóo su primer biógrafo, el Conde de Campomanes, eran harto inferiores á los que merecía; y aun estos elogios habían parecido exagerados á los que, fijando su atención en los neologismos é incorrecciones que de continuo afean las páginas del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*, afirmaban que se debía de levantar una estatua á Feijóo, y al pie de este monumento quemar todos los ejemplares de todas las ediciones que de sus obras se han hecho.

En la *Biblioteca de Autores Españoles* encontró el P. Juan de Mariana un apologista de su mérito en D. Francisco Pi y Margull: otro tanto aconteció á Quevedo con D. Aureliano Fernández-Guerra, y á otros varios de nuestros an-

figuros prosistas y poetas con los respectivos colectores de sus obras; pero el académico y catedrático D. Vicente de la Fuente, que dirigió el tomo consagrado al P. Mtro. Fr. Benito Jerónimo Feijóo, analizó la valía de los discursos del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*, más con la severidad de crítico que con el entusiasmo de que tan pródigamente suelen usar y aun abusar los prologuistas y colectores de obras ajenas, si para ello hay motivo, ó cuando menos plausible pretexto.

Llegó el día de la celebración del segundo centenario del nacimiento de Feijóo, y entonces fué cuando el profundo pensamiento de doña Concepción Arenal y el brillantísimo ingenio de Emilia Pardo Bazán se consagraron á investigar lo que valen y lo que significan en la historia científico-literaria de la España del siglo XVIII esas dos obras magistrales que se titulan, *Teatro crítico universal* y *Cartas eruditas*, y de esta investigación resultó demostrado que *Feijóo es, por la extensión de sus conocimientos, por la noble libertad de sus juicios y por la elevación de su criterio, el primer crítico de que puede gloriarse España; hasta hoy no ha sido igualado.*

La señora Pardo Bazán dice, y dice con razón: «Asunto eterno de estudio, monumento imperecedero de gloria nos dejó Feijóo en las páginas de sus obras; pero lo más alto que en ellas puso fué su alma. Feijóo es de esos hombres de gran precio intelectual, que valen más todavía que su talento. Es de los escritores que á poco de manejarlos hacen del

lector un amigo. Al principio sorprende su ingenio, su erudición pasma, su perspicacia asusta; pero después su sinceridad enamora, su religiosidad y su elevación de miras penetra y edifica, y esa es la impresión última y dominante que deja en el espíritu.»

No es menos explícita la señora doña Concepción Arenal que la autora de *Los Pazos de Ulloa* al señalar la valía científico-literaria del insigne benedictino, cuando dice: «El mérito de Feijóo no es relativo respecto de su país y de su época, sino absoluto y con relación á cualquier periodo de la humanidad.... Si el libro que más enseña es el que hace pensar más, por lo que á nosotros toca, á ninguno debemos mayor instrucción que á los de Feijóo.... Hay hombres que aparecen con una aureola científica más brillante que la de Feijóo, pocos que hayan sido más útiles, y por eso debe ser contado entre los primeros dignos de consideración y de aplauso. Dejar al mundo un nombre, eso es la fama. Hacer al mundo un bien, esa es la gloria.»

Ni una palabra más. No queremos desvirtuar la impresión que habrá producido en el ánimo de los lectores las frases elocuentes y los atinados juicios que de copiar acabamos. Los relevantes méritos literarios de las señoras Arenal y Pardo Bazán requieren aquí el homenaje de nuestro silencio.

LUIS VIDART.

Madrid, 25 de Junio de 1887.



«BARCAS LLEVANDO FRUTOS Á VENECIA.»

(Acuarela de Oswald Briesly.)

ANTIGUOS ROMANCES

GERINELDO

I

Dice Kant, si mal no recuerdo, que la facultad figurativa se compone de la facultad formatriz y de la facultad imaginativa; por eso conservamos en la memoria imágenes de seres ú objetos que pueden ser ó no en el mundo real tales como nosotros nos los hemos representado.

Observa el ilustre filósofo, que tanto los seres como las cosas, tienen sus fases ó lados que es preciso conocer para figurárselos tales como son; de manera que la mayor parte de los objetos que conservamos en la memoria no sueñen quedar como vistos totalmente, sino como lograron impresionarnos; y de ahí el olvido que cae sobre lo que nos es indiferente, y la recordación de aquello que nos preocupó ó que nos fué grato y simpático.

Sucede con frecuencia que recordamos el perfil de una mujer hermosa, sus ojos y sus cabellos, la curvatura de su seno y la pequeñez de sus manos, mientras que se nos borra por completo el óvalo de su rostro, su estatura y su traje, y acaso, acaso la totalidad de sus contornos. Hay quien no conoce el paisaje que admiró otras veces, sólo porque cambió de punto de vista, y quien tiene idea equivocada del mar porque sólo lo contempló desde la playa y en días de bonanza.

Penetrando en las nieblas de mis primeros años, veo que mis remembranzas son pocas y estrambóticas. No recuerdo el rostro de mi nodriza que estuvo mucho tiempo á mi lado, y tengo muy presente la forma de la cabeza de un fiel podenco de oreja larga y de ojo vivo y cariñoso, que dormía á la cabecera de mi cama y que respondía al nombre de *No te fies*; apenas conservo trazos del primer chichuelo con quien anduve á la greña cuando en la escuela hacíamos novillos, y no he podido olvidar el eterno molín de un busto de barro que se hallaba colocado sobre el estante de mi maestro, y al que arrojé una tarde el tintero porque me era imposible soportarlo; he visto desaparecer para siempre las siluetas de muchas viajeras de la vida, con las cuales me detuve largas horas al borde florido del sendero, y tengo presentes de un modo pertinaz las de otras que pasaron á mi lado sin darse cuenta de mi vecindad, sin pensar que en mí vivirían hasta después de muertas.

Lo que ocurre con las cosas ó seres reales, acontece con los seres fantásticos é imaginarios. De los cuentos de la niñez, de los cantos de la primera edad, de las narraciones ó

historietas que escuchamos en la cuna ó al amor de la lumbre, persisten y quedan en nosotros, porque si, determinadas siluetas, formas pertinaces, conocidos y amigos de cuya intimidad y conexión no nos hemos dado cuenta. Entre ellos suelen pulular nuestras memorias; son como los habitantes de un mundo que se va hundiendo en el no ser y en el olvido.

Uno de esos fantasmas á quienes he deseado conocer en la edad de la razón, ha sido para mí el protagonista del romance *Gerineldo*.

La canción ó romance *Gerineldo*, que pertenece á las más antiguas cántigas españolas, había quedado en mis oídos de un modo vago, oscuro, como el arrullo de una armonía infantil, unido al recuerdo de mi madre y á la memoria de mis primeros juegos. Yo conocía á Gerineldo; era un paje gracioso y bellissimo que se paseaba por los jardines cogiendo flores y que hacía el amor á una princesa tan joven y tan hermosa como él; todas las mañanas, cuando comenzaba la algarabía de los pájaros en el jardín cercano, levantábase del lecho silenciosamente, y alzando la cortina de la ventana que caía al cenador, creía verlo entre los limoneros, al pie de los balcones de su amada, entonando la cancioncilla:

Tu amante te está esperando
al pie de un verde limon.

Si me hubieran preguntado, yo habría hecho la descripción del castillo de la princesa Enilda y de su delicioso lecho; podría haber pintado el fiero rostro del rey en el momento de desnudar la espada y colocarla sobre las sábanas; con la seguridad de un juglar ó un cronista, os hubiese puesto en autos de cómo los había encontrado al rayar el día, según reza el romance:

... Boca con boca
Como mujer y marido (1).

En su lecho descansando
En estrecho abrazo unidos (2).

¿Y en qué consistía el indefinible encanto que tenía para mí el romance de Gerineldo?

(1) Variante asturiana.

(2) Variante erudita.

Después de muchos años, y cuando mi razón despierta ha buscado en las grandes producciones del ingenio la nota estética y apasionada, otra historia de amores criminales ha venido á herir mi imaginación y á mortificar mi espíritu. La historia de Paolo y Francesca de Rimini, conservada en el maravilloso libro del Dante.

Como Gerineldo y Enilda, Francesca y Paolo han atropellado todos los respetos y faltado á todos los deberes; pero sus simpáticas sombras, arrastradas por el torbellino infernal, aparecen ante sus apasionados como la encarnación del amor y del deseo desprendiéndose suavemente del fondo negro de la culpa; en vano queremos traer á la memoria su grave falta y su gran pecado; se insinúan en nuestro ánimo de tal modo, que es imposible que nos causen horror ó desprecio.

Lo mismo acontece con Fausto y Margarita en el poema de Goethe. Nada más terrible que aquella seducción diabólica que ha causado tantas desgracias; si la razón fría y reposada medita en esa historia de culpa y de lágrimas, será imposible que los protagonistas nos sean simpáticos; y sin embargo, ¿á quién no atrae la figura de la apasionada Margarita?

Misterios del corazón y del arte, que en vano tratan de explicar la patología y la psicología; la facultad figurativa de que nos habla Kant acaso tenga en este fenómeno no pequeña parte; pero ni aun así podemos determinar qué género de proceso se establece dentro de nosotros para llegar á estas absurdas conclusiones.

Gerineldo, el hermoso paje, pasea por el jardín de su señor; contéplalo la Infantina y se enamora perdidamente de él. Conciértase una cita; la hermosa Enilda espera á que se duerma su padre y abre al pajecillo la puerta de su camarín, ofreciéndole su propio lecho. La noche transcurre rápida, llevando entre sus perfumadas auras dulce rumor de caricias y de besos. Como Julieta y Romeo, Gerineldo y Enilda no se dan cuenta del tránsito de las horas—la sublime sordera de los amantes;—el primer rayo del sol les halla sumidos en dulcísimo sueño.

—¿Dónde está Gerineldo?—pregunta el Rey, que tiene costumbre de que le ciña la túnica y le calce el botín plateado.

Nadie le responde, y una sospecha tan pronta como certera punza el corazón del buen monarca, que se dirige al dormitorio de la Infantina. Un rayo delator de luz del día cae sobre aquellos cuerpos hechos pavesas en un ardiente sueño de amor. A su vista, el Rey duda, tiembla, siente desgarrarse su pecho y no sabe qué partido tomar.

... ¡Válgame Cristo!
Si yo mate á la Infantina,
Está mi reino perdido,
Y si mato á Gerineldo, ...
La cité desde chiquitto (1).

No atraviesa el Rey de una estocada á Enilda y Gerineldo, como Lanciotto á Paolo y Francesca, sino que desnudando su brillante espada la coloca entre aquellas carnes pe-

(1) Variante asturiana.

adoras, pa que sirva de testigo, como dice la variante andaluza. El contacto del frío acero despierta á los culpables:

Levántate, Gerineldo,
Levántate, dueño mío,
Que la espada de mi padre
Entre los dos ha dormido (2).

Levántase el pajecillo atribulado, deshaciéndose de aquellos desnudos brazos que aun le estrechan amorosos, y vuelvo á perderse entre las florestas del jardín cercano, donde se encuentra al Rey.

—¿Dónde vienes Gerineldo?
Tan triste y tan abalfo?
—Vengo del jardín quien rey,
De cog. r. rosas y lirio;
La fragancia de una rosa
El color se m'ha comio.
—Es mentira, Gerineldo,
Con la princesa has dormido (3).

II.

Hasta este punto de la historietta convienen todas las variantes conocidas del romance de Gerineldo; pero después se separan en la solución final, lo mismo las eruditas que las populares. En las recogidas por el Sr. Menéndez Pidal, publicadas recientemente y tomadas de los cantos de la *Danza Prima* de los asturianos, Gerineldo, invitado por el Rey á que se case con la Infantina, replica á éste que su pobreza es tanta que no tiene ni aun para comprar el traje de boda á la Infantina:

— Señor, mi padre no tiene
Ni aun para ccharlo: un vestido.

A lo que replica el Rey:

— ¡Echase lo de sayal
Pues ella así lo ha querido

Después, en una segunda parte que se ve ingerida lo mismo en estas variantes que en la erudita, Gerineldo marcha á la guerra y acaba por casarse con la Infantina; la variante andaluza es más dura, más realista acaso, y termina castigando la debilidad de Enilda con el desprecio de Gerineldo; que al hallarla de nuevo en su camino disfrazada de romera, le dice lo siguiente:

—Tengo hecho juramento
Por er Cristo de la Estreya,
Que mujer que yo gozare
No me he casar con ella.

Muchos detalles solicitan la curiosidad del poeta y del erudito en este romance popular, y es el de más bulto la

(2) Variante erudita (Durán).

(3) Variante andaluza.

extraña resolución tomada por el Rey al encontrar á los culpables descansando en el mismo lecho. Si no tuviéramos más datos que éste para inducir la gran antigüedad del asunto, sin duda alguna que nos bastaría, porque el uso de colocar las espadas desnudas en los lechos nupciales se remonta á los primeros tiempos germánicos y es de los más curiosos.

La historia conserva un hecho célebre de este género que refiere Jacob Unrest: el matrimonio de Maximiliano I con Ana de Bretaña, que fué consumado por poderes y que no llegó, á pesar de esto, á confirmarse. El príncipe mandó á su embajador Hertolo de Polhain á Bretaña, y éste fué recibido en la villa de Rennes con los honores propios de la alta representación que ostentaba. Fiestas de todo género precedieron á la ceremonia nupcial, y el gentil Hertolo pudo llevar de la mano al templo á la noble desposada y cruzar con ella miradas y fuegos de prestado amor.

Después de las ceremonias de costumbre, entre las que se contaba la de acostar la novia ante los testigos, Hertolo Polhain tomó posesión del regio tálamo al lado de Ana de Bretaña con las formalidades debidas, sin quitarse las mallas, desnudo un pié y un brazo y colocando entre ambos una espada desnuda.

Los señores feudales de la primera época tenían en este punto ideas que recordaban las de la hospitalidad pagana, y cuando algún señor amigo venía á habitar á sus castillos consideraban gran honra ceder su tálamo al viajero, colocando su espada como guarda fiel de su honor entre la esposa y el huésped.

Acaso este exceso de confianza en la virtud de sus mujeres trajo más tarde los románticos devaneos que vulgarizó la poesía provenzal, permitiéndose á los trovadores escoger la señora de sus pensamientos aun entre las nobles casadas. El afecto de los amantes llevaba la pureza y la castidad al último extremo, y de ello es buena prueba la que mostró con la sin par Dalcinea nuestro andante caballero Don Quijote. Cervantes en este punto no hizo otra cosa que interpretar fielmente la tradición caballeresca. Comocidos de todos son los castos extremos del Peñafarca, ya sancionados por la costumbre; el marido de Laura, sólo después de escribir el vate un sinnúmero de sonetos se atrevió á poner límites á aquella pasión que tenía el abolengo de los Pedro Vidal y de los Utrícox, los cuales honraban á los esposos de sus amadas empleando los laudes en su obsequio.

A mi juicio, el asunto del romance de Gerineldo pertenece al ciclo borgoñón como *Las Nibelungos*, y no es, ni más ni menos, que un trozo ó episodio de alguno de aquellos cantos del Norte que, según afirma el erudito Müller, formaron poemas semejantes al atribuido al añinosinger anónimo de Kuremberg. Del episodio de las bodas de Brunequilda y de otros muchos de *Las Nibelungos* pudieron hacerse también romances parciales. Entre la serie de nombres que figuran en el poema referido podrían confundirse perfectamente los del antiguo romance que nos ocupa. Crimilda, Enilda, Brunequilda, Sindoldo, Handoldo y Gerineldo, parecen arrancados del mismo árbol genealógico. Habrá quien observe que lo mismo en los *Nibelungos* que en los cantos primitivos del Norte los tipos son más rudos y sanguinarios, y que no habría uno solo de ellos que pudiera ser padre tan débil como el de Enilda; pero esta no sería razón, pues una de las par-

ticularidades más características de estos cantos es el raro contraste de ferocidad y delicadeza que suele resaltar en las más culminantes escenas.

Que el romance de Gerineldo no está terminado, se ve claramente; no en la variante erudita, donde se procura en vano buscarle un final lógico y acomodaticio, sino en las populares asturianas y andaluzas.

¿F. é Enilda á un convento, como parece resultar del romance asturiano? ¿Se casó con Gerineldo, como se dice claramente en el romance erudito? ¿Despreció el paje ó el camarero pulido, como parece desprenderse con cierta honda grosería del romance andaluz?

Ninguna de estas soluciones está justificada en el discurso de la fábula, cuyas variantes conocemos, y por esto quizás el poeta erudito que hizo el arreglo inserto en el *Romancero general* por el Sr. Durón, no logró hacerse cargo del asunto ni pudo inducir la procedencia borgoñona del romance. Puesto en un mar de confusiones, convirtió al Rey en Sultán, hizo mora á Enilda y mandó á Tartaria á Gerineldo. Lo que no nos extraña en el refundidor citado, por la tendencia de los escritores del siglo XVI á cultivar el género morisco, nos debe llamar la atención más tarde: el pobre Gerineldo, como afirma un moderno colector, acabó en oficial ruso, y si no fué házar ó guardia de Corps, es porque no, les plugo á los romanceros.

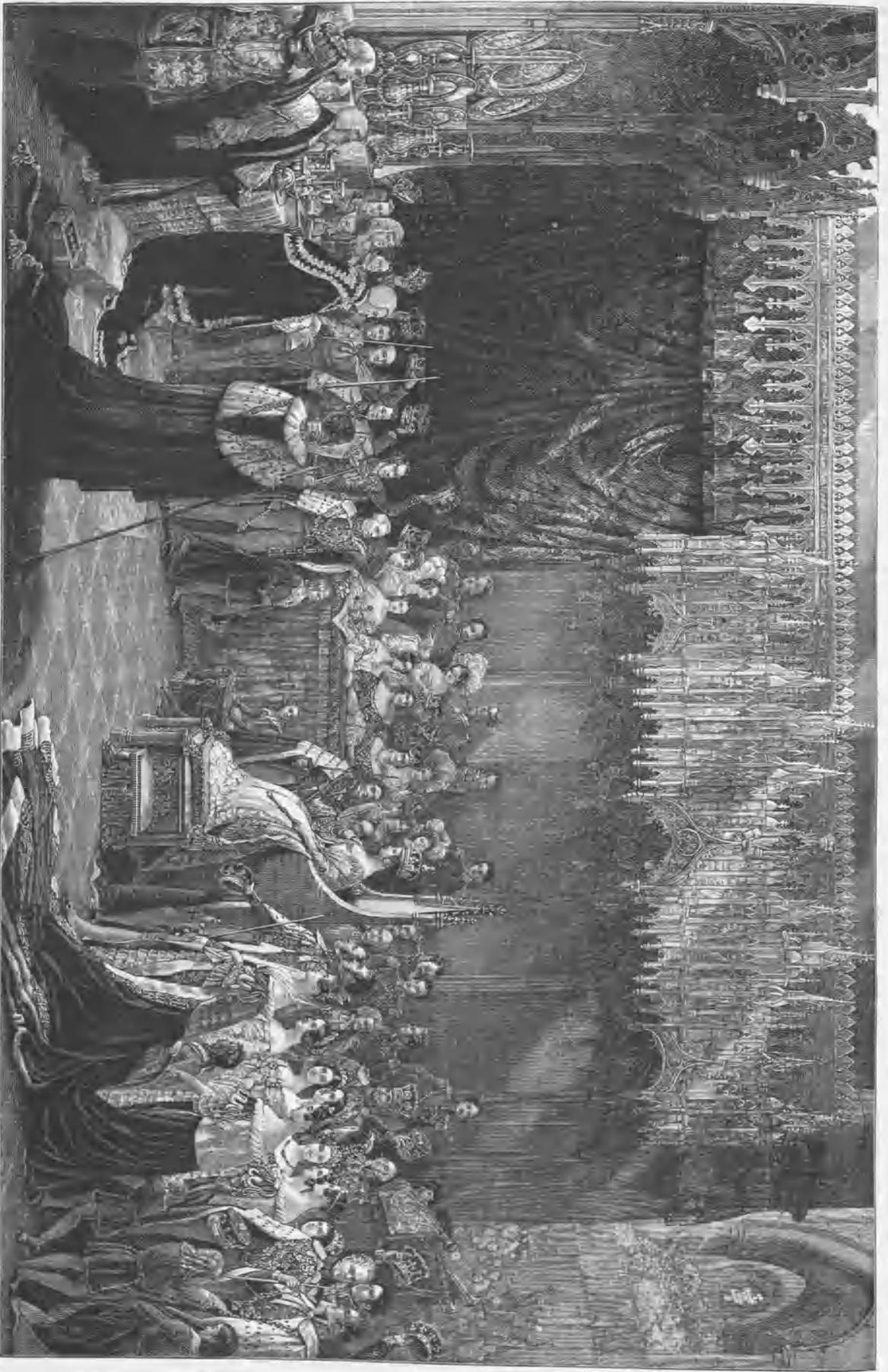
Son tantas las variantes que se conocen de Gerineldo, que sería larga tarea enumerarlas, lo mismo en el Mediodía que en el Norte; pero en ellas siempre palpita el episodio principal, y sólo se desvían después de la catástrofe indicada por el acto de poner la espada desnuda en el lecho. Cataluña y Portugal tienen romances similares, y cuantos escritores de ellos tratan, convienen en que Gerineldo es uno de los más viejos y curiosos que posee el romancero español. Almeida Garret quiere que la fábula sea portuguesa, pero ya hemos dicho nuestra opinión en el asunto: Reginaldo y Gerineldo no se parecen hasta el extremo de ser una misma persona, y el episodio del rey de los Hunos, citado por el Sr. Menéndez Pidal en sus notas, confirma el detalle principal en sus orígenes.

A mi juicio, las variantes ofrecidas por Durón y Menéndez Pidal son las mejores; sin embargo, respecto al primer colector hay que observar que el romance completo que nos presenta tiene su última parte mutilada y trastornada hasta el punto de no conservar de la antigua el menor concepto.

Como quiera que las siete variantes de los Sres. Durón y Menéndez Pidal pueden ser consultadas, pues las primeras se hallan en la *Colección de Autores Españoles*, que editó Rivadeneira, y las segundas en el libro titulado *Colección de los romances que se cantan por los asturianos en la Danza Prima, Esfójazas y Filudones*, que ha visto la luz hace poco tiempo, me concretaré á transcribir aquí una de mis variantes andaluzas. He la aquí:

GERINELDO.

—Gerineldo, Gerineldo
Mi camarero pulido,
¿Quién estuviera una noche
Tres horas en tu alcastrío!
—Como soy vuestro criado



CORONACION DE LA REINA VICTORIA. — (Pintado por G. Hayter.)

Burlaros queréis conmigo.
 —No me burlo Gerineldo,
 Que de veras te lo digo.—
 Han dao las once y media;
 Gerineldo va ar Castillo
 Con zapatijas de sea
 Para no meter rúido;
 Cada escalon que subia
 Le costaba un suspiro,
 Y cuando traspuo er último,
 La Princesa lo ha sentio.
 —¡Oh quien será est'alevoso
 Oh, quien será este atrevio!
 —Señora soy Gerineldo
 Que viene á lo prometio.
 Lo h'agarrado de la mano,
 En su cama lo ha metido
 Entre caricias y juegos
 Los dos se quedan dormidos.
 S'ha despertado el buen rey
 Dos horas del sol salido,
 Ha subido la escalera
 Y abrazados los ha visto.
 —No te mato Gerineldo,
 Que te crié desde niño,
 Y si mato á la Princesa
 Dejo mi reino perdido.
 Pondré mi espada por medio
 Pa que sirva de testigo—
 Despierta la Princesita
 Tres horas del sol salido.
 —Levántate Gerineldo,
 Mira que somos perdidos,
 Que la espada de mi padre
 Entre los dos ha dormido
 —¿Por donde me iré yo ahora
 Para no ser sentidiyo?
 —Por los jardines del Rey
 Cogiendo rosas y lirios.
 El rey, como lo salia,
 Al encuentro l'ha salio.
 —¿D'aonde vienes, Gerineldo,
 Tan triste y tan abatido?
 —Vengo der jardin, buen rey,
 De cojer rosas y lirios:
 La fragancia d'una rosa
 La color se m'ha comio.
 —Es mentira, Gerineldo;
 Con la princesa has dormido.
 —Dame la muerte, güen rey,
 Que bien me la he merecido.
 No te mato, Gerineldo,
 Que te crié desde niño,

Ha principiao una guerra
 Entre España y Portugal,
 Y nombran á Gerineldo
 De Capitan General.
 La princesa que lo supo
 Se ha puestesiyó á llorar.
 —Si no vuelvo á los seis años,
 Ya tú te podris casar.
 Han pasado los seis años
 Y alguna cosita mas;
 Se ha vestido de romera
 Y le ha salido á buscar.
 Al subir por un cerrito
 Y bajar á una caña
 S'ha encontrado un vaquerito
 Y le quiere preguntar
 —Vaquerito, vaquerito,
 Por la santa Trinidad,
 ¿De quien son estas vaquitas
 Con tanto perro y señá?

—Son der Conde Gerineldo
 Que para casarse está.
 —Tomayá un doblon da ocho
 Y yébaime donde está.
 Lo h'agarrado de la mano
 Y lo ha yevado al portal,
 Ha pedio una limosna,
 Et se l'ha salio á dar,
 L'echó los brazos ar cueyo,
 S'ha puestesiyó á yorá
 —¿Eres er diablo, romera,
 Que me vienes á tentar?
 ¡No soy er diablo, güen conde,
 Soy tu mujé naturá!

En la variante asturiana que tenemos á la vista, y que es casi idéntica á la andaluza en esta última parte, acaba así el romance sin variar de rima y de un modo más acomodado al interés del episodio:

Las bodas y los torneos
 Por doña Eloisa serán;
 La Princesa en un convento
 Su vida rematará.
 —Non será así, Princesina,
 Contigo quiero casar—
 Ya mandan á los criados
 Los coches aparejar;
 Desque emparejados fueron,
 Ya se parten, ya se van
 Para celebrar las bodas
 En Francia la natural.

La variante andaluza, desconsoladora como el final de un drama de Echegaray ó un capítulo de Zola, ya la hemos citado al comenzar estos apuntes; viéndose claramente que es posterior al romance primitivo, porque en la cuarteta se cambia el asonante de *a* en *ea*.

No podemos asegurar, sin embargo, si las variantes andaluzas tuvieron siempre esta tendencia un poco africana.

III.

Buscando la razón de la persistencia de tan antiguo romance en nuestra fantasía popular, hallámosla en el carácter del paje Gerineldo y en la relativa sencillez de la fábula.

Gerineldo es el tipo del paje de los tiempos caballerescos, que se perpetúa hasta llegar á nosotros, pasando por los cuentos de Boccaccio, por nuestras novelas picarescas, y en fin, por *El Casamiento de Figaro*. Educado en el palacio, joven, galán y atrevido, osa hasta á la hija del Rey, y no se detiene ni ante el peligro ni ante el escándalo. La versión popular, no la erudita, se grava en la imaginación de los jóvenes, que relacionan sus amores, sus victorias y el amor de la Princesina, con otras muchas historias similares, en las cuales el tipo no se presenta tan franco, tan personal, tan realista. En esta narración no distrae ni lo imprevisto ni lo maravilloso; la relación natural, sencilla de un hecho, las consecuencias más ó menos graves de una falta, se refieren sin el intento de separar al personaje de sus lectores por medios maravillosos y sutiles, como ocurre en otros romances; Gerineldo llega á ser rico y Conde después de haber

estado en la guerra; nada más lógico: la Princesina, al ver que no vuelve su primero, su único amor, vuela en su busca; nada más conforme con los relatos de cuentos, baladas y romances. La amada de Hildebrando, protagonista de una balada del Norte muy extendida, se viste de paje y acompaña á su amado á todas partes; cuida de sus caballos y duerme cerca de sus corceles y de sus perros.

Hay también otra razón poderosa para que este romance y otros similares, correspondientes al ciclo bretón, al ciclo borgoñón y al ciclo normando, renacieran después de la desaparición de los trovadores y juglares, y volvieran adornados de nuevas galas á tomar su puesto y á servir de contrapeso á las relaciones pobladas de hechos terribles y maravillosos que se habían puesto de moda con la influencia oriental, y que la literatura caballeresca logró llevar á increíble extremo.

Los árabes, al venir á España, habían traído con ellos su brillante y fantástica literatura, plagada de prodigiosos relatos y ardorosos conceptos, y la misma importación hicieron los cruzados en Francia é Inglaterra al volver de aquellas lejanas peregrinaciones. Los cerceos de aquellos héroes y caballeros venían henchidos de palacios fantásticos, de flores imaginarias, de monstruos nunca vistos; sus retinas empapadas en colores y en rayos de sol; su aliento y su paladar perdidos en el eterno deleite de la mirra y del cinamomo, del áloe y de la esencia del nardo, de las especias y de los frutos de Palestina, que no todos corrían parejas con las manzanas del mar Muerto.

Las noches del campamento, pasadas cerca de la tienda, á la luz de aquel cielo siempre estrellado y siempre diáfano, viendo á lo lejos perderse la sombra de las grandes ruinas y oyendo el acompasado bramar del torrente Cedrón ó la armonía levantada por los gigantesos cedros del Líbano, eran las más á propósito para aprender las raras historias á que se mezclaban los recuerdos del Gólgota y las tradiciones del monte Ararat, las remembranzas del Broken, poblado de furias, ó de los lagos encantados en que las valquirias del Norte mostraban sus senos de nieve y sus cabellos de oro puro, peinados por delirios con rostros de mancha y escamas de piedras preciosas.

En aquellas veladas apareció, por vez primera acaso, la rara leyenda del *San Graal*, fuente de tanta fabula y de tanta maravillosa narración; el *San Graal*, vaso sagrado de José de Arimathea, guardado por el príncipe Titarel en el Monte Salvaje, y en el cual se había recogido la sangre que brotara del costado de Cristo.

Para conocer hasta qué punto fantaseaban los cruzados del Oriente, basta recordar los prodigios del castillo en que se hallaba tan notable reliquia, cuya guarda, según algunos, dió origen más tarde á la Orden de los Templarios. En medio de un bosque inmenso elevábase el templo-castillo, flanqueado por cien torrecillas que guardaban una rotonda de seiscientos pies de diámetro. Sesenta y dos capillas octogonas se escalonaban en torno en apretado haz. Sobre la rotonda, y montada al aire en columnas de alabastro, veíase otra torre de seis pisos con bóvedas de zafiros, en medio de la cual despedía brillantes reflejos una gran esmeralda redonda de otras muchas piedras preciosas; esta esmeralda representaba al Cordero con el lábaro de la cruz. Coronaba la bóveda un sol de topacios y una luna de brillantes.

Había además otra torre de oro coronada por un águila con las alas desplegadas; la torre principal estaba dotada de un enorme carbunco que con su luz guiaba á los guardianes del templo en las horas nocturnas, y en el centro del edificio se hallaba la santa reliquia en una especie de custodia que reproducía en pequeño el modelo de tan maravilloso edificio.

A poco que meditemos en esta pintura, que recuerda vagamente la ciudad descrita en el Apocalipsis y las viviendas del Paraíso del Dante, veremos cuánto influjo tuvo en las imaginaciones de la Edad Media, y cómo fomentó las tendencias á lo sobrenatural y lo maravilloso; ¡qué más!, hubo hasta quien trató de reproducir en metal y piedras preciosas este fantástico edificio, que traía el sello de Oriente.

De la misma manera se imitaron por los señores de la Edad Media los votos de los guardianes del San Graal y se aspiró á realizar proezas y hechos de armas semejantes á las de los caballeros de la Tabla Redonda. La imaginación del pueblo se llenó de estas fantasías, y las leyendas caballerescas se derramaron por todas partes, con sus palacios encantados, sus xanas, sus hadas y sus valquirias, sus gnomos y enanos, sus merlines y sus loreleys; hecha la fusión típica de Oriente y de Occidente, y amasándose, en lo que á la imaginación tocaba, el Edda, el Corán y el Evangelio, cayó sobre España, como sobre los demás países civilizados, tal plaga de cuentos de las *Mil y una noches*, leyendas de santos, de héroes, historias de princesas encantadas y de caballeros invencibles, combates fabulosos y heroicos sacrificios amorosos, que fué imposible eximirse á la invasión, y se propagó hasta los días de Ludovico Ariosto y Torcuato Tasso, llevando el último mandoble del espadón del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

Para Alemania hubo las aventuras del galán Ulrico, que por complacer á su amada se vistió de lobo y anduvo algunas quincenas por las selvas; para Francia, las hazañas de Carlo Magno y de sus Doce Pares; para España é Italia, las raras variantes de Aladino y su lámpara maravillosa; para Inglaterra, los hechos de Ricardo Corazón de León y las leyendas de Merlin y Arturo, y para todas partes, en fin, las variantes y acomodamientos de Bernardo del Carpio y de Lanzarote, del San Graal y de los Doce Pares, de Santa Marta y de Santa Maria Egipcíaca, de la Leyenda de Oro y de los cuentos árabes.

La reacción hubo de hacerse sentir, y comenzaron á revivir los romances épicos y tradicionales. El romancero del Cid pertenece á este renacimiento, y los poetas eruditos que recogieron los primitivos cantos populares huyen ya desde la época de Timoneda, Lucas Rodríguez, Sepúlveda y otros, de las mentiras caballerescas y de los relatos maravillosos, que son sustituidos por nuestro romancero morisco y épico-histórico. A esta época pertenece la resurrección del romance Gerineldo y la variante erudita que se inserta en el *Romancero general*, y que está convertido en romance oriental y diluido lastimosamente en su parte primera.

Lástima que Garcilaso, Góngora, Lope de Vega ó otro cualquiera de los que cultivaron el romance en el siglo de oro de nuestra literatura, no hubieran tomado el asunto que nos ocupa, vistiéndolo, como vistieron otros, con las galas de su ingenio; es seguro que sería hoy uno de los más leídos y citados.

También se llegó á abusar de los romances históricos, moriscos y de entretenimiento, separándose el pueblo de las corrientes culteranas que los invadió por completo, y dedicándose á la lectura de algunos asuntos conocidos que se imprimían de antiguo en pliegos sueltos. En el siglo XVIII las jácaras, las tonadillas y los romances jocosos alternaron con los ya conocidos, hasta que á principios del siglo apareció la relación de las proezas de los bandoleros andaluces, que halagando la imaginación del vulgo y llevándola por nuevos derroteros, le hizo olvidar sus temas favoritos. *Los Siete niños de Écija*, *El Capitán Ojitos*, *Pedro Becerra*, *Diego Corrientes*, *El Guapo Francisco Esteban* y otros muchos asuntos de este jaez hicieron perder por completo el gusto y las propensiones naturales estéticas del pueblo bajo, y nació lo que podemos llamar el romance patibulario, que tan en boga estuvo en pueblos y aldeas hasta la revolución del 68, en que la afición por la lectura del periódico separó un poco al bracero y al artesano de tan nocivas lecturas y terribles ejemplos.

Sin embargo, aun están en predicamento esas historias en los pueblos pequeños, y el antiguo vendedor de romances no halla quien le compre *El Moro y el Cristiano*, ni *Las Mocedades del Cid*, sino las fazañas de *El Rey de Andalucía* y *El Bandido Generoso*.

Hace algunos años tuve ocasión de asistir á la feria de un pueblecito de Andalucía llamado La Luisiana, y como de costumbre, entre los puestos de juguetes y los despachos de furrón, al lado de los polichinelas y de los caballitos del Tío Vivo, en aquella calle larga y única semejante á un boule-

vard de menor cuantía, vi destacarse la tienda del romancero. Esta consiste invariablemente en varias cuerdas atirantadas por puntillas de París, de donde cuelgan los pliegos impresos, cuidando de que queden por fuera los grabados de las historietas y romances para que puedan despertar la curiosidad pública. Unos gatos de caña sujetan el pliego á la cuerda para que no se lo lleve el aire.

Acerquéme á examinar la colección, y no pude menos de sentir una impresión dolorosa. En aquellos pliegos impresos no aparecía ni uno solo de nuestros hermosos romances castellanos. En cambio un sinnúmero, de relaciones de crímenes, como *La Vida de Juan Portela*, *La Mujer de los siete maridos*, *Las Proezas de Cartucho*, y otros muchos de este jaez, completaban la colección de los que he citado más arriba. Sólo allá en un ángulo, en papel amarillento y manchado por la humedad, se veía una historieta titulada *Flores y Blanca Flor*, y el eterno cuento de las veladas orientales, *Aladino ó la lámpara maravillosa*.

—Dígame, amigo—dije al vendedor, que permanecía envuelto en su manta y acurrucado sobre el arquillo de pino en que conducía de feria en feria su biblioteca;—¿no tiene usted *El Desafío de Tarfe*, *La Jura en Santa Gadea*, *Angélica y Medoro*, *Los Siete Infantes de Lara*, ó el romance de *Gerineldo*?

El adusto viejo apenas me contestó; era sordo y ciego como el pobre pueblo á quien vendía sus estupendos abortos literarios, y siguió roncando y durmiendo.

B. MAS Y PRAT.

Julio 1887.



«LAS ARTES EN LA TAZ.»

(Fresco de Leighton, en el «South Kensington Museum.»)

LAS TRES HERMANAS

CUENTO EN VERSO

A MI ILUSTRE Y QUERIDO AMIGO

EL EXCELENTE POETA D. VICENTE RIVA PALACIO

I.

El buen poeta mejicano Peza,
Hombre de corazón y de cabeza,
A quien con noble inspiración auxilia
La musa del ingenio y la belleza,
Ha compuesto *El Consejo de familia*.
Yo soy observador (ya voy á viejo),
Y, si el lector un rato me concede,
Le contaré otra historia que bien puede
Llamarse *La Familia sin consejo*.

II.

Érase que se era — y callo nombres
De mujeres y hombres
Y fechas y lugares,
Para evitarme y evitar pesares —
Érase que se era un caballero
De edad proveyta, de carácter franco,
Entusiasta y leal, vivo y sincero:
Un volcán (como ha dicho el mundo entero)
Que cubren copos de cabello blanco.
Viudo de una mujer encantadora,
Honrada y virtuosísima señora
Que le dejó en tres hijas tres retratos
De su bondad, su gracia y su hermosura,
Se dió aquel buen señor muy malos ratos
Para mirar segura
Hacienda, si no enorme, respetable,
Y rentas moderadas, pero fijas,
Que aseguraran de manera estable
El porvenir de sus queridas hijas.

La mayor, rubia de dulzura llena,
De interesante faz, talle de palma
Y ojos de cielo, y tan hermosa y buena
Como de rostro, de alma;
Sin luchas, ni cuestiones, ni disgustos
Inútiles, estériles é injustos,
Y sin que su saliva malgastara
De familia el estúpido consejo,
Con un pobre escritor ir quiso al ara,
Llevándole de dote un millonaje.
Cuantos sabían bien que nuestro vate
No era de aquellos, por su casa ricos,
Que darse pueden vida de magnate,
Imaginaban que los pobres chicos
Habían cometido un disparate.
Y otras inteligencias incompletas,
—De esas que pensar suelen con residuos
De las demás chabetas,
Y juzgan que en España los poetas
Son y serán los solos individuos
Que nunca tienen juntas tres pesetas —
Con sensatez muy digna de Marcolfa
Y juicio del que usaba Cacaseno,
Se dispusieron á poner en solfa
La unión, en que el amor entró de lleno,
De una mujer de bien y un hombre bueno.
Pero Dios lo dispuso de otro modo,
Y como cuando Él habla calla todo,
La preciosa Sofía,
Ángel que tomó tierra en los jardines
De la hermosa y feraz Andalucía,
—Que Dios echó del cielo porque había
Muerto de envidia á veinte querubines —
Y Andrés, el mejor chico
De.... — Pero más no indico,
No vaya á caer alguno

De mis lectores, perspicaz y tuno,
En quién es ese amable matrimonio,
Y dé el ocioso dato inoportuno
Contra mi diplomacia testimonio.

III.

Vamos á lo esencial. Fueron felices:
Logró ella realizar sus ilusiones,
Y él disfrutó de paz tras los deslices
De antiguas desdichadas distracciones
Que en su alocada juventud primera
Le trajeron enormes desazones,
A cambio. ...—¿en qué no habrá compensaciones?—
De experiencia del mundo.....—¿Quién creyera
Que hay fuentes de virtud hasta en los vicios?
¿Que el mismo mal nos hace beneficios?

IV.

Andrés (Madrid entero lo sabía,
Y ni sus envidiosos lo negaban)
Era hombre de talento. A eso achacaban
Algunos el afecto de María....
—Que le quería más que le admiraba.
El caso es que, si bien era aún muchacho,
Empezaba ya á estar algo machucho,
Y, sin ser de figura un mamarracho,
No podía gustar tampoco mucho.
Por fortuna, á las hembras que discurren
No les gustan los hombres sólo bellos,
Y á otras los buenos mozos les aburren,
Y sobre todo aquellos
Únicamente guapos para ellos.—
Andrés tenía en toda su figura
Un no sé qué de fuerza y de dulzura
Que, agregado al prestigio de su nombre,
Le hizo ser, no un Tenorio, mas sí hombre
De los que corren más de una aventura
De esas por que se mueren los artistas....
(Sacando á veces las costillas rotas)
Y que callan, aun siendo novelistas,
Como los tontos lucen sus derrotas
Queriendo presentarlas por conquistas.

V.

—No se por qué, sospecho que divago.
Lector, perdona: hago
Aquí descanso y punto,
Y con tu venia volveré á mi asunto.—
Sofía, ya está dicho, poseía
Al año unos cincuenta mil reales;
Y Andrés, el compañero de Sofía,

Entre la renta de obras teatrales
Y trabajos ligeros ó formales
Á que, sin reposar jamás, se aplica
Todo hombre que tener honra presume
Y se llegue á casar con mujer rica,
Anualmente ganábase una suma
Que doblaba la renta de la chica.
Con esto vivirían sin apuros,
Claro está; pero seis ú ocho mil duros
Al año no consienten gran derroche,
Y niña acostumbrada á palco y coche
Y á trajes de París para mañana
Y para tarde y noche,
No se puede llamar una prebenda;
Y el hombre que se venda
En el caso del vate de quien hablo,
Se vende, sí, pero se vende al diablo.

VI.

Gracias á que Andresito dió á la escena
(Cuando ella daba á luz á Nicolasa,
Niña rubia con ojos de morena)
Una comedia buena, pero buena,
Que pueblo y prensa le aplaudió sin tasa,
—Hecha excepción de un suelto bala rasa
De un compañero, y que él (yo soy testigo)
Aun no conocería si otro amigo
No hubiese ido á leersele á su casa.

VII.

No fué en provecho la victoria escasa,
Presentáronlo al punto diputado;
Como era chico fresco y avispado,
Habló en las Cortes y tocó el registro
Que abre aquí las carreras del Estado,
Y de gobernador llegó á ministro.—
¿Y habrá quien, aunque tales cosas vea,
Se sienta listo y ánimos no cobre?
¿Aun habrá algún estúpido que crea
Que en nuestra España indispensable sea
Tener talento para verse pobre?
Cierto es que hay por el mundo muchos ricos
Que son unos grandísimos borricos;
Mas ¿de cuántos memoria no se guarda
Que carecieron siempre (¡pobreticos!)
Hasta de medios de tener albarda?
Poetas fueron Ayala y Escosura
Y Ríos Rosas y Vega (don Ventura)
Que, sobre todo, por nacer poetas,
Subieron á eminentes posiciones,
En tanto que otros nobles infanzones,
Tristes escorias de gloriosas vetas,
Perder supieron cinco ó seis millones
Y ganar no supieron dos pesetas.

VIII.

La hija segunda del señor anciano,
Morena encantadora,
Con un pie más pequeño que la mano,
Con dos ojos más claros que la aurora,
Y con unas pestañas
Donde, en un viaje largo y aburrido
En que durmió diez horas le seguido,
Fabricaron sus telas dos arañas;
Una mujer (en castellano propio
Del tiempo actual) de «las que dan el opio»,
Era, además de guapa y algo artista
Puesta al piano, una muchacha lista.
Tal fué siempre, expresada muy de veras,
La opinión de su casa y su tertulia,
Y de todas maneras
La que había de sí formado Julia,
—Que este era el lindo nombre,
Y el retraso en decirlo no me riñas,
Lector, de la segunda de las niñas
De aquel padre ejemplar, de aquel buen hombre,
Del viejo aquel tan entusiasta y franco,
Del alma joven y el cabello blanco.

IX.

Julia, siempre pensando en qué podría
Ser lo más conveniente para ella,
Su feliz juventud lozana y bella
Á fuerza de hacer cálculos perdía;
Achaque muy frecuente (y dolorosa
experiencia diciéndolo está en vano
Á los hijos del siglo de la prosa)
En quien sujeta á cifras cualquier cosa
En que interviene el corazón humano.
Tenia la Julita
— Por los sistemas que de puro obvios
Se ocurren á cualquiera señorita —
No sé si cinco ó seis ó siete novios;
Procedimiento honrado y oportuno,
Semejante á la *ländler* ó reserva,
Y que, si bien se observa,
Es inocente y simple cual ninguno,
Pues siete novios son ménos que uno.

X.

Había entre los siete
Un guapo y arrogante mozalbete
Más parlanchín que un loro,
Mich y *mich* de Tenorio y de bergante,
De rubicundo y plácido semblante,
De pelo en bucles rubios como el oro,

Y hombre que, aunque vestía con decoro,
Era un cursi con humos de elegante.
Este fiero matón de corazones
Adoptaba el aspecto más bucólico
Al andar por paseos y salones,
Y á muchos parecía en ocasiones
Un hortera *incompris* y melancólico.

XI.

Julia creyó jugar (¡fatal locura
De la presuntuosa, casquivana
É inocente criatura!);
Más vióse de la noche á la mañana,
Ya que no de amor loca por el tipo
Que á unos daba jaqueca y á otros hipo,
Con que Madrid entero,
Y familia y amigos á montones,
Pensaban que tenia relaciones
Con el inaguantable majadero.
Es decir, majadero no lo era,
Porque de hacer pensar halló manera
Que no era pobre el que el millón buscaba,
Y años y años detras de Julia andaba
Como.... como quién sigue una carrera.
Los seis novios antiguos se marcharon,
Sin que con otros seis se los supliera,
Los principes soñados se quedaron
En sus reines, los pobres se escamaron,
Y Julia pensó al fin: — «¿ Con cuál me avengo
De los novios que tengo? » —
Meditó breve rato, y luego dijo:
« ¿ Tengo un novio no más? Pues ese elijo. »
Que dudas de mujer han de ser cortas
Y ¡ ay! á falta de pan, buenas son tortas.

XII.

Casóse Julia, y, si decirse debe
Lo que pasó, *cansóse* muy en breve,
Porque quien cuando novio era un cordero,
Trocóse al ser marido en tigre fiero,
Más malo y más soberbio que un demonio,
Y demostró haber ido al matrimonio
En busca, no de esposa, de dinero.
Él no tenía ni ganaba un cuarto,
Y dijo: « A mí el trabajo me amedrenta,
Y hace tiempo estoy de él rendido y harto:
Vivamos, cara Julia, de tu renta. »
(¡ Cara llamaba el vil á la criatura
Para él de incomparable baratura!)
La vida de Madrid cuesta un sentido
Y á él no le gustó nunca pasar penas;
Ingresos, los del dote conocido,
Y gastos á docenas de docenas....
Judas Pérez González (he aquí el nombre



Del marido ejemplar y del buen hombre)
 Pensó: «Aquí hay que hacer algo;
 Hay que tomar con corazón hidalgo
 Una resolución que estos apuros
 Terminen y esta vida bochornosa.»
 Y ¿qué hizo? Fué y tomó veinte mil duros
 Sobre el millón de su infeliz esposa.
 Y jugó y derrochó sumas crecidas
 Y tuvo cuatro, cinco ó seis queridas
 —Tantas queridas como novios ella—
 Y cuando ya sin zumo vió á la uva
 La dijo «abur», la abandonó á su estrella,
 Y se fué al otro mundo. Se fué á Cuba.

XIII.

Julia quedó con cuatro chiquitines,
 Que eran sus exclusivas distracciones,
 Al tener que coserles calcetines,
 Y chambras, y camisas, y calzones.

Y esta es la historia, al menos en la esencia,
 De la segunda hija del anciano
 Á que al principio hicimos referencia,
 Para quien siempre fué blando verano
 El invierno helador de la existencia.

XIV.

¿Y qué fué de Rosita, la tercera?
 Pues la tercera se quedó soltera
 (Quizá algunos lo tomen por patraña),
 Aunque joven y rica y hechicera,
 Con un pelo hasta allí, colór castaña,
 Que á más de ciento se la dió en España.

Rosa, ante la fortuna diferente
 De sus dos queridísimas hermanas,
 Con reflexión más propia ciertamente
 De quien peinará canas
 Que de niña de quince no cumplidos,
 Pensó así: —«Esta cuestión de los maridos
 Es muy endemoniada, á lo que infiero.
 Poetas capaces de ganar dinero
 Hay pocos: había uno, y el que había
 Se lo llevó Sofia.

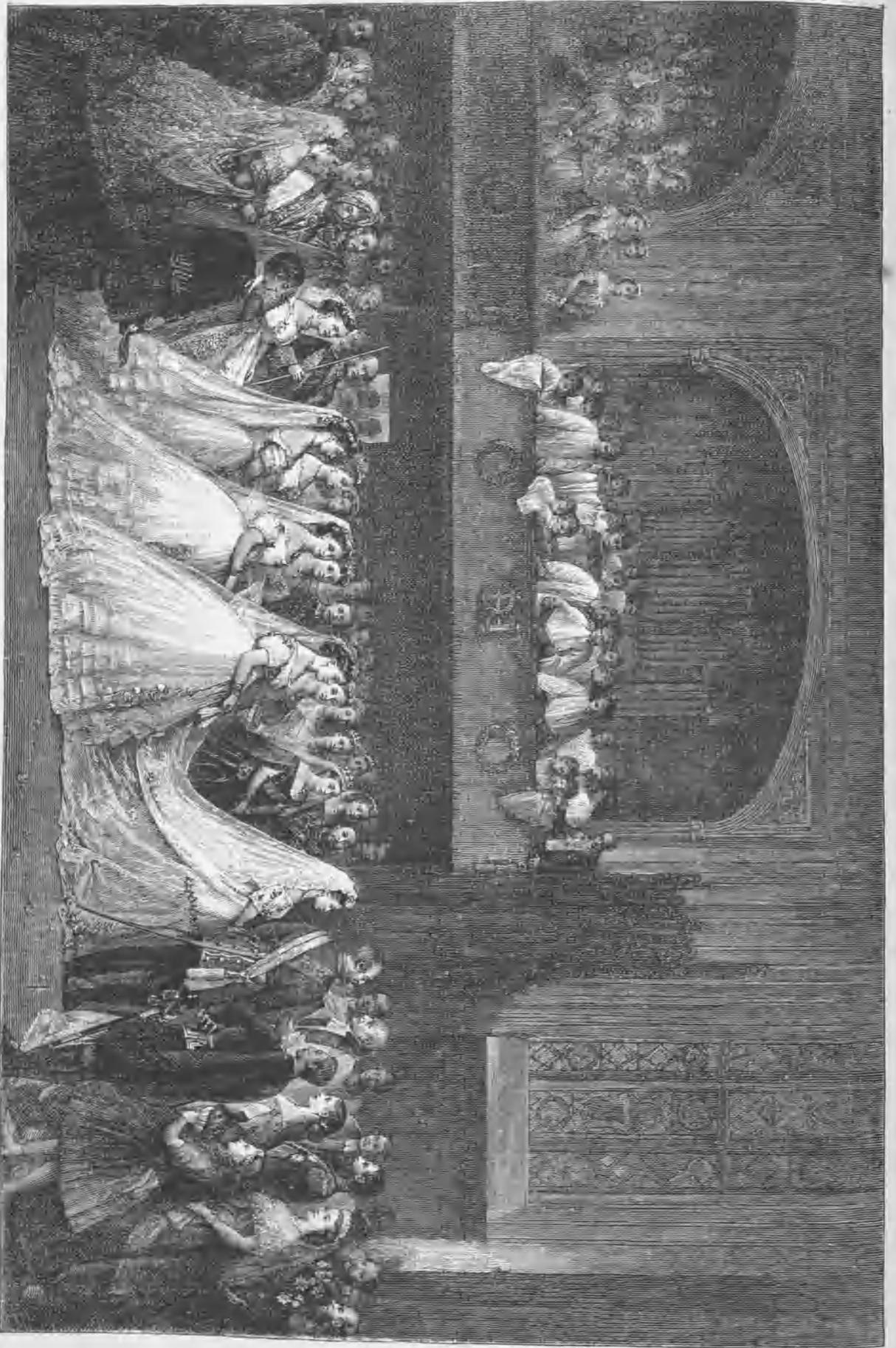
Los hombres que nos gustan por ser guapos,
 Que de aire tienen el caletre lleno,
 Son en su condición como los sapos:
 Por fuera, linda piel; dentro, veneno.
 ¿Con quién me caso yo? Pues por lo visto,
 El esposo mejor es Jesucristo.»

Y aunque su pobre padre se oponía,
 En un convento se metió, de extraños
 Recelos presa, y como no tenía
 Vocación, á los cuatro ó cinco años
 La mató una voraz hipocondría.

XV.

Moraleja del cuento, —y no es dislate,
 Aunque mi buen lector piense otra cosa:
 La única que hacer pudo un disparate,
 Fué de las tres hermanas la dichosa.
 Peza con gran talento y en su homilia
 Poético-social dicho lo deja:
 Nada sabe el consejo de familia,
 Y como el corazón nadie aconseja.

CARLOS COELLO.



CEREMONIA DE LA PRINCESA ELZKA (hija de S. M. la reina Victoria).
(Pintado por Magnusson.—Julio de 1866.)

ENTES IMAGINARIOS



FILOSOFEMOS por un momento.

No vamos á ocuparnos ahora en eso que el vulgo entiende por *ente*, ó sea «un sujeto ridículo, ó que en su modo y porte se hace reparable». No; remontando algo más nuestro vuelo, tratemos aquí del *ente* como *sér*, como individuo ú objeto que tiene existencia real y verdadera, si no ya en sí, al menos en la imaginación de quien le presta esa existencia, haciéndola extensiva á la imaginación de los demás seres reales, verdaderos y tangibles que componen la humanidad.

Pero, á todo esto, ¿qué se entiende por *imaginación*?..... Sigamos filosofando.

Imaginación, para lo que ahora nos hace al caso, es «una facultad especial del alma, distinta de la memoria, aunque menesterosa de su auxilio, mucho más que las otras potencias intelectuales, y cuyo ejercicio consiste en combinar de tal modo los recuerdos, que vengan éstos á formar un compuesto ideal y fantástico, y, por lo tanto, sin existencia efectiva en la naturaleza.»

Ya que hemos acreditado de un modo fehaciente el no haber dado al olvido las explicaciones que de nuestros maestros escucháramos al cursar Filosofía, vamos á hacer ahora unas cuantas aplicaciones de dichos principios, basadas en la práctica, gran maestro sobre los de todas las aulas habidas, habientes y por haber; por lo cual, después de haber filosofado un poco, procedamos á historiar algo, aunque tengamos que cortar sobrado repentinamente el hilo de nuestras disquisiciones filosóficas.



Hablan el *Dómine Lucas* y el *Dómine Gafas* (ó sea don Antonio Puigblanch con D. Joaquín Lorenzo Villanueva, doctores ambos), y entablan, ó, mejor dicho, continúan, después de varios otros particulares, el siguiente diálogo, diciéndole ésta á aquél:

«GAFAS.—..... ¿Cuál es, pues, el nombre del Caballo de Troya, si no es el de *Paladión*?»

LUCAS.—Le llamaron el *Caballo Durateo*, ó de madera, que á esto equivale el tal nombre griego. Para que V. se desengañe, *Dómine Gafas*, bastará la observación de que en Roma, adonde se llevó aquella reliquia, fueron las virgenes vestales á las que se encargó su custodia. Considere, pues, cuán extravagante no hubiera sido, dando de barato



que hubiese podido verificarse la traslación de un caballote como era aquél, del tamaño de una montaña,

Instar montis equus,

ponerle á cargo de unas doncellas delicadas, hijas de familias distinguidas; y en verdad que hubiera sido cosa de reirse los muertos, que se hubiese quedado trasconejado en las cavernas de su vientre alguno de los soldados que en él metió Ulises, y que á deshora de la noche, abriendo la compuerta de la máquina, se hubiese descolgado de ella en busca de.....

GAFAS.—Estaba yo ahora pensando que me parece puedo citar á usted más de un autor nuestro que dice lo mismo que yo digo.

LUCAS.—No hay para qué citar muchos; uno de los que lo dicen vale por todos. Lo dice el príncipe de nuestros poetas, Lope de Vega, bajo el nombre y disfraz de su condiscípulo y amigo Tomé de Burguillos: ¿y qué adelantamos con esto? ¿Ni qué otra cosa prueba esta equivocación en un tan gran poeta, y en un asunto poético tan común y trivial, sino la mucha verdad de aquel refrán: Nadie diga: «de esta agua no beberé»?—Por casualidad tengo aquí, encima de esta silla, el poema de la Gatomáquina, que es donde está la equivocación; voy á leerle á usted el pasaje, y verá su discordancia del que le ha citado de Virgilio. Dice, hablando del enojo de Micifuf celoso:

«No estuvo más airado
Agamenón en Troya,
Al tiempo que, metiendo la tramoya
Del gran Paladion de armas proñado,
Echaron fuego á la ciudad de Eneas
De ardientes hachas y encendidas teas.
Que Micifuf.»

Así, pues, *Dómine Gafas*, deben los académicos de la Lengua, en cuyo número se cuenta usted, atendido que un Lope de Vega padeció error en una materia tan propia de su profesión de poeta, no contentarse con leer nuestros autores clásicos, sino que deben examinarlos á la luz de la crítica, extendiendo también el examen á su estilo y lenguaje, en el que, si bien hay mucho oro (y es en lo que hay más), no siempre es oro lo que en él resuce. Aseguro á usted, amigo, que siento tanto este descuido en Lope, que por él solo quisiera poder negar, como niegan algunos, que sean suyas las poesías que publicó con el nombre de Tomé de Burguillos; pero estoy convencido de que es él, y no otra, el autor, no precisamente por las razones comunes de identidad de estilo,

y de que así lo dice Nicolás Antonio, sino por otras mucho más fuertes» (1).

Debemos consignar aquí, en honra y gloria de la Real Academia Española, que hasta la undécima edición de su Diccionario, ó scáse hasta el año de 1869, no dió cuenta de la voz *Paladión*, la que definió entonces por los siguientes términos:

«Objeto en que estriba, ó se cree que consiste, la defensa y seguridad de una cosa. El *Paladión* era una estatua de Minerva que hubo en Troya. Algunos escritores han dado el nombre de Paladión al caballo de madera de que se valieron los griegos para entrar ocultos en Troya.» La duodécima, y hasta hoy última edición de dicha obra, sólo se hace cargo de la primera cláusula de dicho párrafo, y omitiendo la última ó tercera, toca el particular referente á la segunda en el sitio correspondiente á la cuestión etimológica. Respecto á *Durateo*, nada dice, aunque no echó en olvido á *Babieca*, *Bucéfalo* y *Rocinante*.

Nuestro aragonés Gonzalo Pérez tradujo debidamente el nombre propio de dicho individuo del género caballar, si quiera *lígneo* ó leñoso, cuando dijo en su traducción de la Odisea:

Venció, pues, este voto, por que había
De ser así, y estaba ya ordenado
Que se perdiese Troya desta suerte,
Después que hubiese dentro recibido
Aquel caballo extraño *Durateo*,
A do estaban metidos los mejores
De todos los argivos, que tenían
De dar la triste muerte á los troyanos (2).

Costumbre generalmente recibida es llamar *Verónica* á la piadosa mujer que enjugó con un lienzo el rostro del divino Salvador, camino del Calvario, dejando estampada su sacrosanta imagen en los tres pliegues ó dobleces de que constaba dicho lienzo ó paño. En *El Averiguador Universal* (Madrid, 31 de Marzo de 1882), se contestó lo siguiente á la pregunta anteriormente hecha acerca de cómo se llamaba dicha piadosa mujer.

«Según la opinión más común, la mujer piadosa de que habla la tradición, pues en ninguno de los cuatro Evangelistas se refiere esta hecho, que enjugó con un lienzo el rostro del Salvador cuando iba en dirección al Calvario con la cruz á cuestas, consiguiendo que quedara estampada la santa faz en otros tantos sitios como dobleces ostentaba el lienzo, que eran tres, se llamaba *Berenice*, *Verónica* significa *ver-*

(1) OPUSCULOS GRAMÁTICOS O SATÍRICOS DEL DR. D. ANTONIO PUIGBLASCH CONTRA EL DR. D. JOAQUÍN VILLAKUYA, ESCRITOS EN DEFENSA PROPIA, EN LOS QUE TAMBIÉN SE TRATAN MATERIAS DE INTERÉS COMÚN. Londres, Imp. de Guillermo Guthrie, t. I, págs. 81-82. (Año de 1823, 2 vol., 12.^o—Es otra tan poco común cuanto curiosa.)

(2) DE LA VILLEXA DE HOMERO. NUN LIBROS, TRADUZIDOS DE GREGO EN ROMANOS CASTELLANOS POR GONZALO PÉREZ. Anábeas, Juan Salsio, 1566, pág. 177, un vol., 8.^o—El ejemplar que poseo yo de esta obra, bastante raro, pertenece al Marqués de Meneante, y antes á *Erder Böhemann*, cuya firma se ve en la guarda.

dadero retrato ó verdadera imagen, voz híbrida compuesta de la latina *vera* y de la griega *icon*, lo que manifiesta que por ella debe entenderse en rigor la *Santa Faz*, y nó la piadosa mujer que la estampó en el lienzo; pero, andando el tiempo, hubo de usurparse una palabra por otra, cometiéndose la figura llamada *metonimia*, una de cuyas múltiples manifestaciones consiste en tomar al agente por su hecho.

o o

Santo Ficelo y Doña Bisodia. Hé aquí igualmente dos personajes, de los cuales no tenemos más noticia que la que nos comunica en su *Crítica* el célebre filólogo D. Bartolomé José Gallardo, quien, refiriéndose á una epístola manuscrita del protonotario Juan Ramírez de Lucena, generalmente ignorada de los bibliógrafos (y existente en la Biblioteca Colombina, BB, 145, 5), copia lo que sigue, por lo que se relaciona con nuestro objeto:

«Preguntóme uno quién eran *Santo Ficelo y Doña Bisodia*; respondíle que *Doña Bisodia* era el asna de Cristo, y *Santo Ficelo* el pollino. Son cosas éstas muy de reír á nosotros, y á ellos muy más de llorar.»

La verdad es que la contestación del protonotario á quien se alude, es para dejar *patidifuso* á cualquier hijo de vecino, por cuanto nada prueba. Nosotros dirémos á los que no sepan latín, que los tales *Santo Ficelo y Doña Bisodia* (sólo existentes en la mollera vacía del pobre pueblo) son una perversa interpretación manuscrita de los pasajes de la oración dominical, *sanctificetur* (santificado sea) y *da nobis hodie* (dánoslo hoy), á la manera del *gracias á Ágere* (*gracias ágere*) tan chistosamente usado por Calderón en su comedia *El secreto á voces*, en contraposición al *gracias á Mucarandona*, ó al modo con que tan impropia como ridículamente emplea nuestro pueblo la locución un *nino-en-cruz*, para denotar la idea de un *liquor-en-cruz*.

o o

¿Y quién podría jactarse de hacer un inventario completo de cuantos ENYES IMAGINARIOS existen en nuestro suelo, y mucho menos en el universo mundo, ora pertenecientes al dominio público, ora al privado, consignando al propio tiempo su aboleugo? ... Por ejemplo:

En boca de los españoles todos anda *el Otro*, y sin embargo, nadie sabe quién es semejante personaje. Quevedo nos dice acerca de él, con su carácter socarrón, lo siguiente:

«Lei con admiración las cinco profecías de *Pero Grullo*, y estaba meditando en ellas, cuando por detrás me llamaron. Volvíme, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo: «Dnéleto de mí; y si eres buen cristiano, sacame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres.» Hincóse de rodillas, y despedazándose á bofetadas, lloraba como un niño. «¿Quién eres—dije—que á tanta desventura estás condenado?» «Yo soy—dijo—un hombre muy viejo á quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras; yo soy *el Otro*, y me conocerás, pues no hay cosa que no la diga *el Otro*, y luego, no sabiendo cómo

dar razón de sí, dicen: *como dijo el Otro*, Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latín me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando renglones y llenando cláusulas; y quiero, por amor de Dios, que vayas al otro mundo y digas como has visto *al Otro* en blanco, que no tiene nada escrito y que no dice nada, ni lo ha de decir, ni lo ha dicho, y que desmiente de aquí á cuantos lo citan y achacan lo que no saben, pues soy el autor de los idiotas y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman *Cierta Persona*, y en los enredos *No sé quién*, y en las cátedras *Cierto Autor*; y todo lo soy, el desdichado *Otro*. Haz esto, y sácame de tanta desventura y miseria» (1).

No puede negarse que en su *Visita de los Chistes* pintó Quevedo de mano maestra un cuadro de familia, aunque no completa, cuyos individuos vienen á ser en el terreno proverbial otros tantos ENTES IMAGINARIOS; pero Quevedo, como todo aquel que mucho habla y mucho escribe, tenía que equivocarse no poco. Esto le pasó cabalmente con la persona de Miguel de Vergas, sujeto fantástico en opinión suya, pero que realmente lo fué de carne y hueso, como se demostrará después. Mas antes oigamos qué nos dice acerca de este individuo:

«Venía tras él (en pos de *Vargas* el que todo lo averiguaba, personaje asimismo verdadero, pese al Señor de la Torre de Juan Abad)...., venía tras él Miguel de Vergas, diciendo: ¡Yo soy el Miguel de las negaciones, sin qué ni para qué, y siempre ando con un *nó* á las ancas: *Eso nó, Miguel de Vergas*, y nadie me concede nada; y no sé por qué, ni qué he hecho yo!»

Pues bien, según testimonio del docto médico cordobés D. Francisco del Rosal, quien floreció á fines del siglo XVI y principios del siguiente, he aquí el verdadero origen de esta locución proverbial: «Tuvo principio en Salamanca, donde fuera de la Puente está una ermita de la Trinidad, donde al pie de una imagen de Dios Padre se hizo pintar un devoto ciudadano llamado *Miguel de Vergas*, con una copla que decía así:

«Querría honra y provecho
Y que nada me faltase,
Y, cuando Dios me llevase,
Irme á la gloria derecho»

(1) VISITA DE LOS CHISTES.

Al pie de la cual copla escribió un estudiante:

«Eso nó, Miguel de Vergas.»

Aun existe en la parroquia de la Trinidad, *extra pontem* de Salamanca, la figura del Padre Eterno, ante quien está arrodillado aquel caballero, que no se quedó corto en pedir, el cual ostenta una larga túnica sobre la que ciñe el cinturón de que pende la espada; mas la inscripción no se conserva, ni aun quedan rastros de ella.

Por último, la *Mezzo* debió de ser alguna cantante, mejor ó peor, pero de carne y hueso, cuando, hallándose dos cursilonas en el paraiso de cierto teatro en ocasión de estarse ejecutando una ópera, le preguntó una á otra:

—¿Quién es esa que está cantando ahora?

—La *Mezzo*.

—No digo eso, sino cómo se llama.

—Pues bien: la *Mezzo de Soprano*.

¡Valiente matrimonio!

Según opinión de historiadores de monta y valía, la *Mezzo* era prima hermana de un caballero llamado *Bemol* de apellido, quien estuvo en un tris que no lo pusieran en chirona. Pasó así el caso:

Se estaba ensayando en una población subalterna una zarzuela que algunos querían representar para socorrer á los pobres impedidos de aquella localidad, y como no pasara día sin que faltase uno ú otro aficionado al ensayo, dijo el alcalde que llevaría preso al primero que dejase de asistir á dicho acto. Cuando se hallaban en lo mejor de la función, héte aquí que nota el director de orquesta el desentono de una de las partes, y blandiendo la batuta, pateando y accionando, exclama:

—¡Falta un bemol!!!

—¡Chico! ¡muchacho! —gritó como una exhalación el alcalde al alguacil; —¡á la cárcel con ese bribón!

—¿Quién es?

—¡El señor de Bemol!

En vista de todo lo dicho, no nos queda otro recurso que decir como el asunto *tiene tres pares de bemoles*, y, que en su consecuencia.... *apaga y vámonos*.

JOSÉ MARÍA SERRA.



EL GATO

Así como hay hombres desesperados que se dan á perros, yo quiero hoy sin desesperación alguna darne á los gatos, diciéndo de estos graciosos animalitos lo que ahora me ocurre, que no es poco; y para ello me servirá de musa ó número inspirador el Micifuz que á mi lado duerme ó figura dormir, acompañándome en mis vigiliás literarias con su amable presencia y monótono *run-run*, señal de que está contento.

¿Quién no conoce los gatos? ¿Quién no ha tenido alguno ó muchos en su casa, y no ha fijado á veces la atención en este animal tan flexible, ágil y fuerte, que parece formado de seda y acero, dócil ó arisco, blanco ó negro ó pardusco, seco y flacucho como un esparto,



ó lucío y gordo como un canónigo de los antiguos tiempos? Exceso, pues, la descripción de mi héroe, por demasiado conocido; sólo diré, para echarla de sujeto versado en las ciencias naturales y darle así un poco de lustre, que es mamífero, carnívoro y digitigrado, caracterizado como los demás felinos, entre ellos el león, tigre y pautera, por su

corto y redondeado hocico, sus fuertes quijadas y uñas retráctiles, y que los individuos de esta raza se hallan esparcidos por todos los lugares y zonas del globo, siendo en esto muy semejantes á sus eternos enemigos los perros, que en todas partes acompañan también al hombre.

Proviene la palabra *gato* del vocablo latino *catus*, que con

leves desinencias aparece en todas las lenguas neo-latinas. En italiano dicese *gatta*; en francés, *chat*; en catalán, *gat*; en provenzal, *cat*. Aun los idiomas célticos y germánicos emplean esta palabra: el irlandés, *cat*; el anglo-sajón, lo mismo; esto es, el *catus* latino con leve modificación. Como los etimologistas son tan ingeniosos en sus investigaciones, que á veces suelen quebrarse de puro sutiles, han pretendido que el nombre *catus* se derive del adjetivo *cautus*, el cual expresa las ideas de *precauido*, *astuto*, *receloso*, muy conformes sin duda con el carácter gatuno. Otros quieren que venga del verbo *capture*, que significa *asir*, *agarrar*. Y no han faltado quienes, tomando el origen de mucho más lejos, la traigan del árabe *Kit*, ó del siríaco *Katú*; del *gada*, *hadiska* ó *hadeskas* de algunos dialectos africanos, del celta *skau*, y aun del *cau* ó *caí* de los antiguos egipcios.

Por donde se ve que los gatos son animales nobilísimos, y que en alcurnia y vetustez de nombre nada tienen que envidiar á los más linajudos hidalgos de las montañas cántabras. ¿Qué eran estos fuchados hidalgos allá en los remotos siglos de los Faraones? Nada eran, ni aun habían aparecido sobre el globo; mientras los gatos lo poblaban por todas partes, y sus imágenes, de oro y plata, recibían culto y adoración en numerosos templos del Asia y del Egipto.

Cuenta la fábula india que al principio del mundo, cuando toda la creación, recién salida de las manos de Brahma, estaba hermosa y resplandeciente como una monedilla nueva de á cinco duros, cierto mono de carácter apasionado y volcánico se enamoró perdidamente de una leona. La dama, quiera decir, la leona, de un soberbio coletazo tiró rodando á diez ó doce metros de distancia al extraño Tenorio que la solicitaba; pero tanto hizo éste, tales fueron su finura, sus galanterías y rendidos obsequios, tales las gracias y pillerías de que se valió para interesar á su amada, que al fin la obligó á rugir de ardiente amor, y amor juntó la desigual pareja, y vivieron en paz largos años, y tuvieron numerosa descendencia. Descendencia, ¿de qué? ¿De leones? ¿De monos? De ninguno de ambos mamíferos; sino de gatos.

Como los antiguos indios eran personas de mucho talento, en nada semejantes á los ineptos indios de hoy, que en número de doscientos millones se dejan dominar cual borregos por un puñado de ingleses, quisieron expresar con la citada fábula ó tradición fantástica el carácter físico y moral del gato, y á fe que lo consiguieron por maravillosa manera. De su padre supuesto, el mono, parece haber heredado el gato la malicia, los movimientos graciosos, la flexible agilidad, el pie seguro con que se desliza impunemente por el borde mismo de los precipicios más terribles ó trepa á los árboles; y de su madre imaginaria, el instinto carnívoro, la configuración de la boca, la fuerza, que es muy grande relativamente á su tamaño, y la paciencia de cazador con que aguarda horas enteras la ocasión de lanzarse sobre su víctima y asegurarla entre sus afiladas uñas.

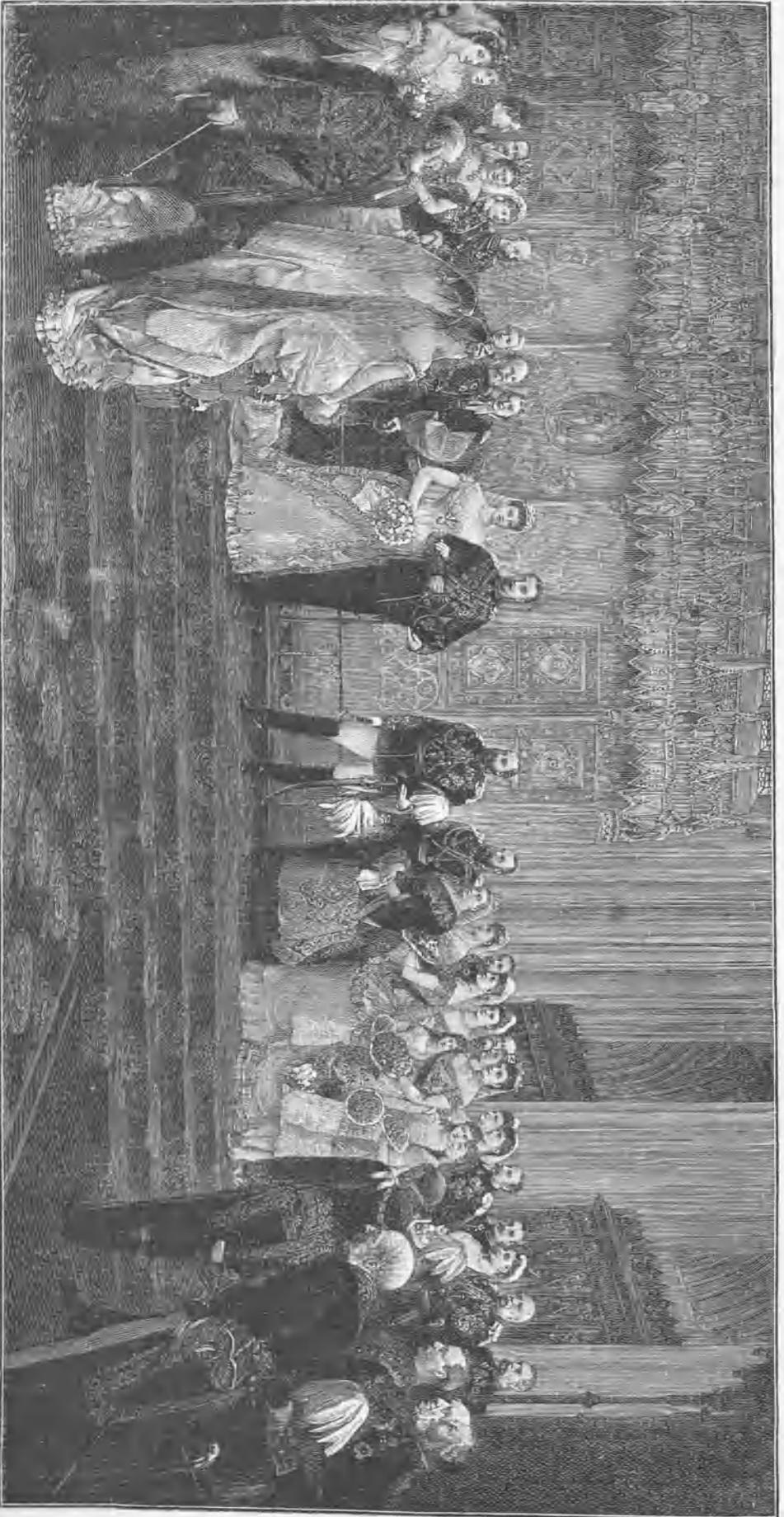
Hoy está de moda en las casas el tener gatos persas de Angora, notables por su mansedumbre y su largo y sedoso pelo (1); mañana tal vez les tocará el turno á los gatos chinos, de mirada triste y orejas colgantes; pero ni aquéllos ni

éstos pueden compararse al gato común en robustez, viveza y longevidad. El tipo más hermoso de esta raza entre nosotros es el de color negro, ó el aplomado con rayas negras; existiendo en España, y principalmente en Andalucía, la variedad llamada *morisca*, de tres colores, blanco, negro y rubio mezclados caprichosamente. Por un motivo que ignoro, no hay machos de esta pinta: todas son hembras y se hacen notar por lo inteligentes y cariñosas. Aunque los naturalistas dicen que *nunca* estos animales siguen á sus amos ni les tienen gran cariño, puedo asegurar que semejante regla sufre excepciones, de las cuales he presenciado algunas. Todo consiste en la mayor ó menor inteligencia del animal y en el modo de tratarlo. Si le asustan ó le pegan, claro es que se hace risco; si por el contrario, le miman y hablan á menudo, se encariña con quien le cuida, y es cada día más listo y más sociable. No faltará quien se burle de la idea de hablar á un gato; pero sepa que la palabra del hombre ejerce grande influencia en todos los animales. No sé si llegarán á entender el sentido de los vocablos, aunque de los perros y monos lo sospecho; pero de seguro entienden por el tono de la voz la intención de quien les habla, y distinguen si se les acaricia, amenaza ó riñe, así como conocen perfectamente el valor del hombre ó su miedo el perro y el caballo.

De estos cuadrúpedos, tan útiles para nosotros, se han verificado numerosas exposiciones en casi todos los países civilizados; pero á los Estados Unidos corresponde la gloria de haber inaugurado la primera y solemne Exposición de Gatos, en la cual se presentaron varios tan hermosos y arrogantes, que, según los periódicos, fué vendido uno de ellos en 12.000 reales, con cuya cantidad hay para comprar tres hombres y enviarlos enganchados al ejército de Cuba. Y advierto aquí á mis lectores que reserven la noticia; pues si los demás gatos se enterasen de ella, podrían llenarse de vanidad y creerse muy superiores á sus amos. Aun más, mucho más todavía creciera su amor propio, siendo capaces de leer, y por tanto, de saber lo que dicen de ellos las antiguas historias.

Pues ¿qué dicen? ¡Ahí es nada! Cuentan que los egipcios adoraban al gato como emblema y representación del Sol, ó de Osiris; y á la gata como símbolo de Isis, ó la Luna; que los árabes tributaban culto á un gato de oro; que los alanos, suevos, vándalos y otros pueblos venidos del Norte expresaban la idea de la libertad por la figura de un gato; que este animal es considerado puro en Turquía, donde se le respeta y cuida con el mayor esmero, mientras el perro es menospreciado como impuro; finalmente, una tradición oriental asegura que Mahoma era por extremo aficionado á los gatos, según lo prueba este hecho. Hallábase el Profeta reclinado sobre unos almohadones, y en la ancha manga de su túnica estaba tendido un gato, inmóvil, con los ojos abiertos y al parecer entregado á una meditación profunda. Llegada la hora de la plegaria y abluciones, no quiso molestar al animal y cortó la manga de la túnica que le servía de alfombra. Cuando volvió de su piadoso ejercicio, hizo mil caricias al gato como dándole gracias por su consideración y afecto. Entonces el Profeta le pasó tres veces la mano por el lomo, le prometió un lugar en el Paraíso y le concedió la virtud de caer siempre de pie desde cualquier altura. Así los mahometanos le respetan mucho, y hasta en algunas poblaciones, como en el Cairo, han fundado hospitales

(1) Los primeros ejemplares de esta especie en Europa fueron traídos por un italiano á mediados del siglo xvi.



CASAMIENTO DEL DUQUE DE ALBANY CON LA PRINCESA ELENA DE WALDECK PYRMONT, EL 27 DE ABRIL DE 1832.
(Cuadro de Sir James D. Linton.)

para curación y alimento de los gatos enfermos ó abandonados.

No sólo Mahoma, sino otros muchos hombres ilustres han profesado el mayor cariño á la raza gatuna, pese al naturalista francés Buffon, que tan mal la trata. Homero, Platón y Plinio hablan del gato con elogio: el gran Julio César lo estimaba: Newton lo tenía en su escritorio mientras verificaba sus cálculos y descubrimientos sublimes: Enrique III de Francia, Richelieu, Fontenelle, Montaigne, el hacendista Colbert lo acariciaban y mimaban: Torcuato Tasso, el épico autor de *La Jerusalén libertada*, le dedicó versos: Lope de Vega le hizo protagonista de su *Gatomaquia*: el Maestro González lo pinta admirablemente en su canción titulada *El Murciélago aleoso*, y uno de nuestros mejores fabulistas nos lo muestra discutiendo nada menos que casos de conciencia, lo cual supone un entendimiento asaz despejado y culto.

Los refranes ó adagios populares, donde dicen que se halla concentrada y en extracto, como el de la carne Liebig, la sabiduría y experiencia de las naciones, nos presentan al gato bajo de un aspecto siempre favorable: *gato escaldado, del agua fría huye*; es decir que el daño pasado le sirve de lección para evitar males futuros. Si esto no es prudencia, no sé cómo se llame. Iba *como gato sobre ascuas*; como si dijésemos, volando para no quemarse. Veremos *quién lleva el gato al agua*, en sentido de realizar una empresa difícil: *se defendió como gato panza arriba*, ó sea valerosamente, con todas sus fuerzas; pues cuando este animal se ve acosado por el perro, su tradicional enemigo, pone contra la tierra la cerviz y el lomo, que son sus partes vulnerables, y saca sus diez y ocho uñas y afilados colmillos. ¿Sucede lo mismo con otros cuadrúpedos? No. Se llama *tiempo de perros*, al tiempo muy malo; *pan de perro*, al más negro y peor; *alma de caballo*, al desalmado ó duro de corazón, etc.

Mientras el gato es pequeñito, es muy juguetón, gracioso y ágil: nadie hay tan ceñudo que no haya sonreído alguna vez con sus carreras, bríncos y monadas; pero llegado á su mayor edad, esto es, á los diez y ocho meses, recibe ciencia infusa y varia, y héle aquí físico, filósofo, político, moralista, músico y otras muchas cosas más, como puede probarse con indudables razones.

¿Veis ese Mizifuz que, sin más agua, ni peines, ni toalla que su áspera lengua y sus patas delanteras, se lava y pule y acicala con tanto esmero y tan graciosos ademanes? Pues no hay barómetro que anuncie con más seguridad el cambio de tiempo: si hace sol claro, indica lluvia; si llueve, un cielo despejado y sin nubes. ¿Encrespa su pelo para que lo penetre el aire? Los fuertes calores se acercan. ¿Lo alisa contra la piel para resguardarla? Es que vienen los fríos. ¿Avanza por el caballete de un tejado? Ningún equilibrista de oficio guarda mejor el centro de gravedad. ¿Resbala y cae alguna vez? Lulla el vientre y le sirve de contrapeso: extiende el tubo y le sirve de timón: contrae los fuertes músculos de sus cuatro patas, y sobre ellas cae como sobre cuatro resortes de acero; donde otro animal quedaría estrellado, él sale ileso y escapa. Véase ahora si en toda esto no hay física y astronomía y meteorología, y si no están fielmente observadas las leyes de la estática.

Pues como filósofo puede dar quince y raya á platónicos y aristotélicos, á realistas y nominalistas, á los enconado-

res del espíritu y á los que sólo admiten y confiesan la materia y sus propiedades. Porque el gato busca y goza la corriente fresca de aire en el estío, el calorito del brasero ó de la hornilla en el invierno; huye de los traviesos chiquillos que le molestan, y se acerca y hace el *run-rún* á quien le mimas y regala; esconde y saca las uñas cuando y como le conviene; no se sabe dónde se mete, y sin necesidad de reloj se presenta infaliblemente á la hora de comer; parece sumido en profundo sueño; pero que se descuide la cocinera, ó pase cerca algún incauto ratoncillo, y ya despertará el que duerme, para caer como un rayo sobre su presa. Trata amistosamente á veces con su enemigo el perro, y hasta le ayuda á desocupar el plato; en suma, sabe vivir, que es la esencia, méfala y compendio de la filosofía y la política.

Si se halla en la obscuridad, ó camina por algún paraje sombrío, dilata su ancha pupila, con lo que presenta mayor superficie y recoge y aprovecha los más tenues rayos de luz: si, por el contrario, se halla en sitio alumbrado vivamente, la contrae y disminuye de modo que el excesivo resplandor no le moleste. Y que digan los sabios si tal proceder está ó no conforme con las leyes de la óptica.

Conoce las plantas gramíneas, y de ellas come para purgarse cuando su salud lo requiere: ama los olores de la valeriana y la cataria (por esto llamada hierba de los gatos), y al encontrar estas plantas en campo ó jardín esponja su cola, enarca el lomo y hace el *run-rún*, manifestando así el gran contento que le proporciona el olerlas. ¿No hay algo en esto de médico y de botánico? Y cuando huye de los animales fuertes á quienes teme, y se lanza con ímpetu sobre el débil ratoncillo que no puede resistirle, y sin piedad lo devora, ¿no es un perfecto moralista al estilo y manera de los conquistadores antiguos y modernos?

Bajo del aspecto musical son extraordinarios sus merecimientos. Dos sabios de fama, Grew y Le Clerc, dicen que los gatos se hallan muy ventajosamente organizados para la música, como lo demuestran las variadas inflexiones que dan á su voz para expresar sus diferentes afectos, alcanzando desde el tono grave y profundo hasta el grito más agudo que puede lanzar de su garganta una primera tiple del teatro Real. Cierto que para nuestros oídos resulta discordante la música gatuna; pero esto cabe explicarse ó porque no estamos educados para ella, y así no comprendemos bien sus excelencias y armonías, ó porque sea la verdadera música de lo porvenir, la música futura de que tal vez disfruten y se apasionen nuestros ilustrados descendientes. Y si no basta lo dicho, añádase para probar la aptitud musical del gato el hecho de que hasta después de muerto la manifiesta, pues de sus tripas se hacen las mejores cuerdas de violines.

Enseñan los naturalistas que el tiempo de gestación del gato es de cincuenta y cinco á cincuenta y seis días, y su vida de nueve á diez años. Lo primero es verdad; pero lo segundo un error patente. ¿Quién no ha visto gatos de diez y seis y aun de veinte años? Esta última edad para el gato es como la de ochenta años para el hombre: pocos la alcanzan; pero de ella todos conocemos ejemplares. El infrascrito, como dicen los escribanos, ha tenido uno en su casa.

Ostenta el gato cierta majestad, como todos los individuos de la raza felina, león, tigre, pantera, onza, jaguar, leopardo, etc., á la cual contribuyen sus hermosos bigotes, donde principalmente reside su sentido del tacto: su oído es

finísimo, y admirable la agilidad y seguridad de sus saltos. Su piel es eléctrica: frotándola, brilla en la obscuridad, y la industria la aprovecha con ventaja para muchos usos: en la Edad Media y hasta el siglo pasado solían curtirla y adobarla para hacer talegos ó grandes bolsas donde meter la moneda; y así, y hablando del dinero, dice Quevedo en una de sus lotrillas, que

gatos le guardan de gatos

por ser de piel de gato las bolsas y llamar entonces gatos á los ladrones.

Nunca espontáneamente rabia el gato; ventaja que lleva al perro y á otros muchos animales. Suele ser limpio como el oro, huye de los malos olores, su figura en el simbolismo heráldico representa con razón la independencia y libertad, cosas ambas las más queridas para el hombre; y digo con razón, pues el gentilismo y aun la misma religión cristiana nos muestran varios de sus dioses y santos servidos y acompañados por diversos animales, v. gr.: pintaban ó esculpían griegos y romanos á Júpiter con el águila, á su esposa Juno con el pavo real, á Venus con las palomas, á Minerva con la lechuza; y hoy día se pintan ó esculpen juntos San Marcos y el león, San Lucas y el toro, San Roque y el perro, San Antón y el cerdo, San Jorge y el caballo, etc. De suerte que todos estos y otros animales figuran en el Olimpo antiguo ó Paraiso moderno como servidores y siempre al amparo y sombra de algún dios ó algún santo; pero el gato entra solo y por derecho propio, no porque en el cielo haya ratones, sino según la mencionada promesa de Mahoma. En vista de tales y tantas excelencias, ¿habrá quien extrañe la simpatía y cariño con que muchos hombres eminentes, sabios, artistas, políticos, guerreros, de todas épocas y naciones, han mirado al gato, divinizándolo en la antigüedad, y luego en la edad moderna haciéndolo objeto y asunto de sus plumas y pinceles? Uno de los buenos cuadros del Museo de Madrid representa la *pelea de varios gatos en una cocina*; el gran Teniers pintó un *concierto de gatos y monos*; Hamilton, un *gato robando la caza*; David de Nöter, *el gato y los dos gorriones*, tomando el asunto de una fábula de Lafontaine; M. Frennet esculpió en mármol un grupo delicioso que representa *una gata dando de mamar á sus hijuelos*; y para no incurrir en prolijidad eslabonando obras de arte sobre la vida y costumbres gatunas, añadiré sólo la magnífica del pintor inglés Barlow, titulada *el águila y el gato*, re-

producción de un hecho presenciado por el mismo autor en Escocia, y es el siguiente. Un águila asió entre sus garras á un gato y lo levantó por los aires con el piadoso fin de soltarlo desde gran altura y comérselo después de estrellado y convertido en tortilla; pero el Micifuz no era lerdo, y revolviéndose al punto contra su poderoso enemigo, se aferró á él, le sacó ambos ojos y cayeron juntos en el campo, siendo vencida la reina de los aires por el que había juzgado fácil presa para saciar su apetito.

Mas no todo es glorioso y próspero en la vida, ni hay medalla que no tenga su reverso. Para celebrar ciertas solemnidades en la Edad Media, señaladamente la fiesta de San Juan, varias ciudades acostumbraban quemar vivos algunos gatos, sujetos á un mástil por collares y cadenas de hierro. El estúpido populacho y también los señores se divertían y gozaban con las aullidos y saltos de los infelices animales atormentados de este modo, hasta que una cultura menos atrasada hizo caer en desuso tan bárbaro espectáculo. Aun subsiste la crueldad de mutilar los gatos, castrándolos ó cortándoles rabo y orejas so pretexto de que así se hacen más dóciles y están más bonitos. Tales mutilaciones, singularmente la castración, verificábanse en las naciones antiguas por esclavos: después y sucesivamente han logrado el triste honor de hacerlas los caldereros, memorialistas, zapateros remendones y esquiladores de perros. Hoy son los aguadores quienes monopolizan casi exclusivamente tan noble ejercicio. Aun resultan peores ciertos bodegoneros, fondistas, pasteleros, arrieros, campesinos y soldados, para quienes la carne de gato es motivo de especulación ó delicado manjar; enemigos implacables de la raza felina, y merecedores de un cólico cerrado que los llavase al cementerio.

Finalmente, nueva desdicha se presenta en lejananza para la grey gatuna en esta re-coronada villa. El Ayuntamiento de Madrid, según declaración propia, anda apuradillo de recursos, y para proporcionárselos no deja piedra por mover, estableciendo impuesto sobre impuesto: carros, caballerías, coches, vendedores fijos y ambo'antes, cédulas de vencidad, etc., todo paga su cuota, ó mejor dicho, todos las pagan. Un esclarecido concejal, cuyo nombre deberían perpetuar las historias y quedar grabado en mármoles y planchas de bronce, tuvo la felicísima idea de imponer una contribución sobre los perros: ¿no saldrá mañana algún otro con la ocurrencia de hacerla extensiva también á los gatos?

Madrid.

NARCISO CAMPILLO.



EN EL ALBUM

DE LOS HIJOS DE MI QUERIDO AMIGO EL POETA

JUAN ANTONIO CAVESTANY

Yo sé que vuestro padre, que os ama con exceso,
Si exceso caber puede en el paterno amor,
Para alegrar sus ocios y entre uno y otro beso
Cantares os dedica de clásico sabor.

Muy pronto, cuando pase la edad de la inocencia
Que vuestro sueño guarda, y alienta en vuestro ser,
Os llamará á la vida la voz de la experiencia,
Del padre los cantares ansiando comprender.

Leedlos, sí; ninguno más grato á los oídos
De cuantos en la tierra pudierais escuchar;
Del corazón amante sus notas son latidos,
Dulces como la llama serena del hogar.

Pero si en otra humilde y oscura melodía
Contraste váis buscando que aumente su valor,
Pensad que está en las suyas el germen de la mía,
Y que también me ufano de ser vuestro cantor.

Leed, pues, mis renglones; y plegue á Dios que os sean
Lo que es la fresca brisa de plácido verjel
Para los que en la arena del Africa sestean
Sin que una amiga palma les preste su dosel.

Lo que del sol los rayos para la mustia planta
Que el despiadado invierno condena á sucumbir;
Lo que á la selva virgen el ave que la encanta
Dejándola sus trinos magníficos oír.

Mi musa no es la musa que del dolor amiga
Dolores busca sólo y encuentra en derredor;
La que con duro azote la sociedad fustiga
Creyéndola juguete del vicio y del error.

Mi musa es la tranquila y eterna soñadora
Que alegre y perezosa por los espacios va,
Fingiendo inacabables las dichas de una hora,
Gozando en la pasada la dicha que vendrá.

—
Mi musa es cual la abeja que roza indiferente
La flor que no le sirve para libar su miel,
Y sabe de dulzura nutrirse solamente
Sin que el veneno tema, y hasta dudando de él.

—
Por eso en mis cantares, sin pompa y sin aliño,
Revneltas y mezcladas veréis en confusión
La risa del poeta, las lágrimas del niño,
La fiebre del anhelo, la paz del corazón.

—
Altar es mi conciencia donde en ofrenda pura
Devuelvo en beneficios los que al Señor debí;
La envidia y el sarcasmo y el odio y la impostura
Son olas que se rompen al estrellarse en mí.

—
Oiréis decir mil veces, cuando al pasar los años
Podáis mirar en calma la vida tal cual es,
Que en ella se encadenan traición y desengaños,
Y la virtud más alta, del vicio está á los pies:

—
Que el fraude y la codicia, la vanidad y el dolo,
Del siglo corrompido los atributos son;
Que el bueno vive mártir, y muere triste y solo,
Mientras alcanza el malo fortuna y galardón.

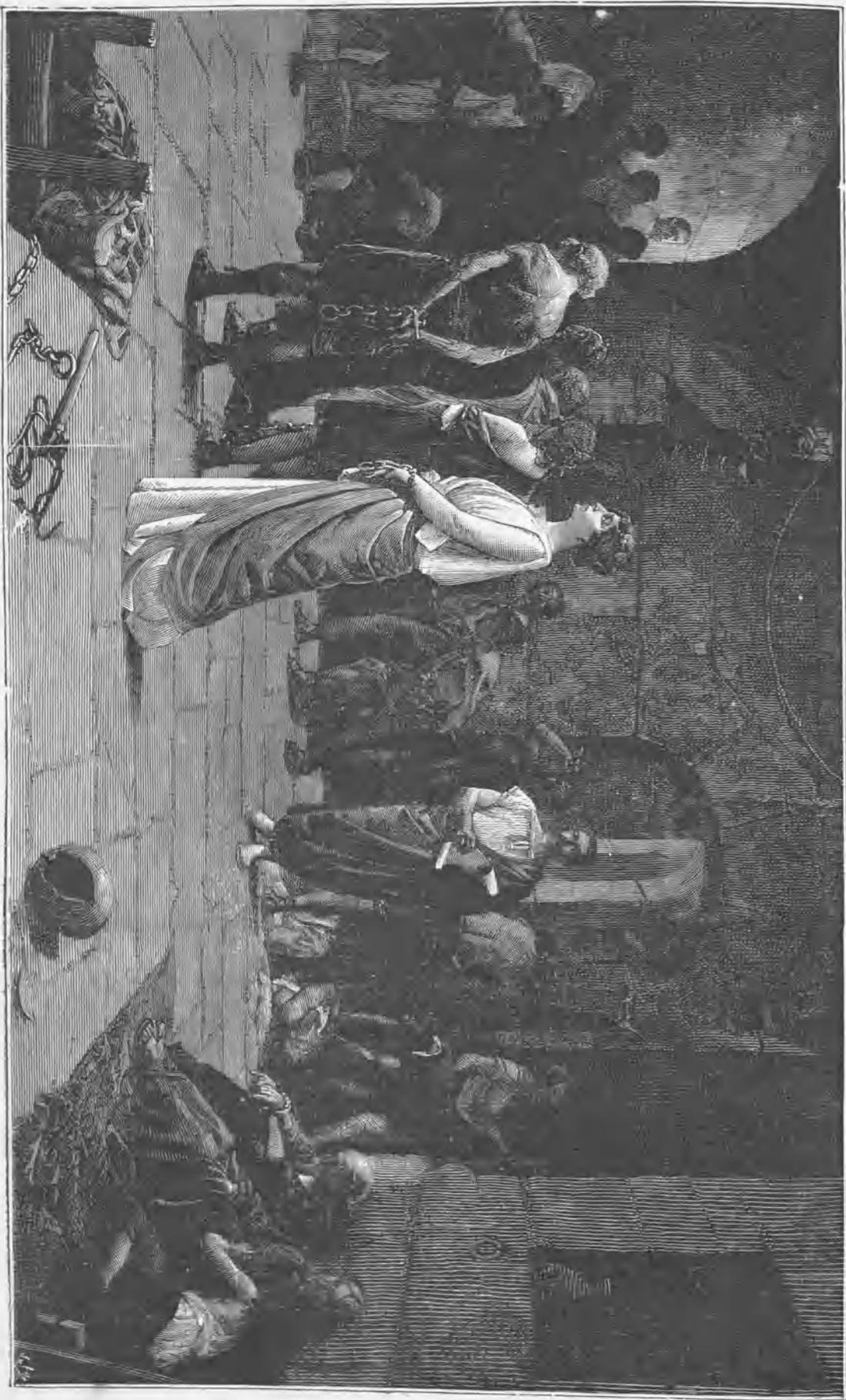
—
No lo creáis; por mucho que la maldad se agite
El fondo nunca deja donde sumida está,
Y aunque con sus reflejos los del diamante imite
Jamás á ser diamante el vidrio llegará.

—
Si alguna vez parece triunfante la malicia,
Si alguna vez sucumbe desesperado el bien,
Dejad que su camino recorra la justicia,
Dejad que Dios y el mundo su veredicto den.

—
Y si la duda intenta clavar en vuestro seno
Su ponzoñoso dardo que envenenó el rencor,
Mostradle á vuestros padres en el hogar sereno
Do habitan la esperanza, la dicha y el amor!

MANUEL DEL PALACIO.

Madrid, 1887.



« A LAS FIERAS. » — Cuadro de Silvio Fernández.
(Medalla de 3.ª clase, en la Exposición de Bellas Artes de 1887.)

SEÑOR Y DON

POR EL

DOCTOR THEBUSSEM

A MI SEÑOR DON ANDRÉS FORZUELO; EN MADRID

Mi querido señor y amigo :
 En el ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA Y AMERICANA correspondiente al año pasado de 1887 publiqué un ligero artículo sobre *Fórmulas de cortesía*, del cual Vm. y otras personas han tenido la bondad de ocuparse, ya por medio de cartas firmadas ó ya de honrosos y laudatorios anónimos, á cuyos autores envío toda la expresión de mi reconocimiento.

Diré en primer lugar, á causa de los defensores que han salido á la palestra en pro del *Muy señor mío*, que debemos respetar la frase por lo vulgar, por lo eufónica que ya nos parece, y porque donde caben *pelón, rabón, á ojos vistas* y otras locuciones por el estilo, bien puede colar el *Muy señor mío* para ingreso de cartas mercantiles y de negocios, ó para fórmula hablada con que enderezamos nuestro discurso al sujeto que acaban de presentarnos.

Propone Vm. en su citada discretísima carta otra cuestión de la cual me haré cargo en los siguientes renglones. Vm. pregunta si hay redundancia en la frase SEÑOR DON, cuyas palabras, como Vm. acertadamente dice, no tienen completa sinonimia.

SEÑOR viene del latín *senior* (más viejo) comparativo de *senex* (viejo).

DON tiene también su raíz latina en *dominus* (dueño de casa), cuya voz se deriva de *domus* (casa).

Aunque las palabras *señor* y *dueño* sean sinónimas en varios casos, conviene no perder de vista el origen de cada una de ellas. La voz *señor* existe en muchas lenguas para designar á la persona de respeto, al jefe, al superior, á aquel á quien se le debe rendimiento y deferencia. El *herrn* alemán, el *wach* árabe, el *sir* y *lord* inglés, el *signore*, *monsignore*, *sire*, *siri* y *messere* italiano, el *senhor* portugués, el *sire*, *messire*, *seigneur*, *monseigneur*, *sieur* y *monsieur* frances, el *micer* de Aragón y el *mosen* lemosin, abonan dicha opinión.

El respeto que han inspirado los años, la antigüedad ó la vejez, parece que ha sido la causa de que el nombre del *anciano* se haya convertido en voz de sumisión y cortesía. Los indios filipinos llaman hoy *matundá* (viejo) al jefe de la casa, y en los almanaques católicos basta decir la *Natividad de Nuestro Señor* ó la *Purificación de Nuestra Señora*, para

que se entienda que hablan de Jesucristo ó de la Virgen. A San José, en vista de lo generalizado que su culto se halla en España, y á causa quizá de ser Patrón de la Iglesia universal, le dan también muchos calendarios tratamiento de *señor*. Si no me engaño, es clara y patente la afinidad ideológica que existe entre dicha palabra y las voces arcángel, arcediano, arcipreste, arzobispo, decano, patricio, prior, príncipe, primado, patriarca, primogénito, senador, etc.

Desde Dios y el Rey, pasando por los *señores* diputados, académicos, marqueses, brigadieres y generales, hasta llegar al *señores viajeros, al tren!*... con que los mozos de los ferrocarriles avisan al público de primera, segunda y tercera clase la próxima partida del vagón, no hay quizá quien no tenga derecho á recibir el dictado de *señor*. En las saladísimas juntas que celebran los caballeros demagogos y socialistas llamándose ciudadanos ó compañeros, se contestan *no señor* ó *si señor* en vez de *si compañero* ó *no ciudadano*, supuesto que tales dictados son los que ellos prefieren á fin de borrar cuanto huelga á pícara antigüedad ó tiránico señorío. ¡Lástima que haya tanta contradicción entre lo que predicán y lo que hacen!

Aun cuando las leyes de España prohíben llamarse *señor* de vasallos, quedan vestigios señoriales oficialmente reconocidos y equiparados en categoría á los barones, en el *Señor* de la Higuera de Vargas, el de Sonseca, el de la Casa de Rubianes, el de Lezcano y quizá algunos otros que de seguro no cambiarían sus títulos por ducados, diciendo como los Señores de Rohan:

Roy, je ne puis,
 Prince, ne daigne,
 Rohan je suis;

ó bien con otros nobilísimos caballeros :

Je ne suis Roy ni Prince aussy;
 Je suis le Sire de Coucy.

Dejando á los señores de horca y cuchillo y volviendo á nuestros señores lisos y llanos, citemos ejemplos de su aplicación y uso.

El soldado que pidió limosna á Gil Blas apuntándole con

una larga escopeta, le dijo: «Señor pasajero, tenga Vm. piedad de un pobre estropeado y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero.»

Señor Rolando llama dicha novela al capitán de ladrones, y con igual dictado nombra á Manuel Ordóñez, Pedro de la Membrilla, Maten Meléndez, Arias de Londaña, Jerónimo Miajadas y otros, así como á la señora Jacinta, la señora Leonarda, la señora Lorenza, etc. Al mismo Gil Blas le dijo señor el arzobispo de Granada cuando lo despidió de su servicio deseándole—«todo género de prosperidades con algo más de gusto.»—

El ventero del Quijote declaró que al mismo Duque de Alba le quitaría posada para dársela al señor Maese Pedro, el cual, terminado el destrozo del retablo, manifestó que el señor ventero y el gran Saucha serían los apreciadores de las deshechas figuras de Melisendra y comparsa. En la cédula de los pollinos manda Don Quijote á su señora sobrina que entregue á Sancho tres de los cinco que dejó en la casa. Las frases señor rey, señora reina, señora infanta, señora ama, señor barbero, señor huésped, señor rapista, señor caballero, señor bueno, señor galán, señor canónigo, señor cura, señores clérigos y otros, son frecuentes en el Ingenioso Hidalgo. En la *Adjunta al Parnaso* se nombra al señor Apolo, al señor Pancreacio de Boncesvalles y al señor Miguel de Cervantes, y barto sabe todo el mundo que un *seor* soldado fué quien dijo aquello de

Voto á Dios que me espanta esta grandeza
Y que diera un doblón por describilla...

Uniendo á estas indicaciones las frases hoy tan vulgares como en tiempo de Cervantes, de señor D. Quijote, el señor Don Quijote, mi señor D. Quijote, nuestro señor D. Quijote, vuestra señor D. Quijote, mi señora Doña Clara, mi señora Dulcinea, mi señora la Duquesa, el Duque mi señor, etc., y notando que actualmente se escribe la reina *nuestra señora*, el obispo *mi señor* etc., creo que se ve con claridad el origen, valor y significado de la palabra *señor* como término de cortesía. La acepción de esta voz se ha desviado ya tanto de su raíz, como lo prueba la frase de *señor mayor*, con la cual designamos al hombre de edad avanzada, ó sea lo que *señor* por sí solo debiera significar.

Los formularios de cortesías del siglo XVI advierten (y aunque no lo indicasen se comprendería con facilidad) que es más críansa decir al ilustre señor al señor Falano, que al ilustre señor ni señor Falano. Algo de esta fórmula subsiste hoy entre los militares. Al hablar el subalterno dice llanamente *mi coronel* ó *mi general*, locuciones que se tienen por más respetuosas y que son más agradecidas por el superior, que si le nombrasen, como en rigor debieran, *señor coronel* ó *señor general*. Y se halla tan vulgarizada esta manera de tratar á los soldados de alta graduación, que hasta los particulares extraños á la milicia hablan á los generales nombrándoles *mi general*, y las damas ó personas de intimidad *general á secas*; mientras que ni sus mismos servidores y dependientes dicen *mi Ministro* ó *mi Obispo* á sus respectivos jefes.

El DON es harina de otro costal. Fué convertido en título honorífico y de dignidad, y se dió por la costumbre ó por el príncipe como galardón á señalados servicios, á la alta no-

bleza, ó al mucho dinero. Creo que el *Don* aplicado á Don Pelayo, Don Rodrigo, Don Julián y otros individuos de renombre histórico, se lo han concedido las crónicas de tiempos muy posteriores á los de aquellos personajes.

En la cédula de almirante, visorrey y gobernador de las islas y tierra firme, expedida por los Reyes Católicos en Abril de 1492 á favor de Colón, se lee que vos podades *dena en adelante llamar é intitular DON Cristóbal Colón*. Lo que prueba el enorme valor del *Don* en aquella época, tanto que á pesar del desgaste de los tiempos, siguió teniendo alguno en los de Cervantes.

En el *Viaje del Parnaso* y en su *Adjunta*, se antepone el *Don* á Don Francisco de Quevedo, Don Luis de Góngora, Don Antonio de Paredes, Don Francisco de la Cueva, etc., y se le omite á Juan de Ochoa, Miguel Cid, Hernando de Herrera, Francisco de Figueroa, etc.

El *Don* otorgado por el Hidalgo Manchego á las dos mozas del partido que le ciñeron la espada y le calzaron la espuela al tiempo de armarse caballero, es la burla más sangrienta que se ha podido imaginar contra el *Don*. Los tratamientos ridiculos que abundan en el Quijote, tales como *vuestra altívez* y *grandeza*, *vuestra gran celsitud*, *vuestra altanería*, *vuestra pomposidad* y otros, son á mi juicio tortas y pan pintado, si se comparan con la terrible ironía que encierra el llamar *Doña Tolosa* y *Doña Molinera* á aquellas mujeres hijas del remendón y del molinero, que no pudieron tener la risa al oírse llamar doncellas, por ser cosa tan fuera de su profesión.

Cervantes conocía el gran valor del *Don*, y esto lo demuestra claramente en todo el discurso del Quijote. El mozo de mulas dijo á Don Fernando y á Cardenio que llamaban *de Don* á Don Luis (el amante de la hija del oidor), y por esta causa e vinieron en gran deseo de saber más particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer.»

Cuando Don Quijote intentó averiguar en qué opinión lo tenía el vulgo y en cuál los hidalgos, le manifestó Sancho que el vulgo lo juzgaba por grandísimo loco y que los hidalgos notaban que no conteniéndose en los límites de la hidalguía, se había puesto *Don* y arremetido á caballero. Teresa Panza ignoraba quién le puso á Don Quijote el *Don*, que no tuvieron sus padres ni sus abuelos. Al famoso escudero no pudo menos de sorprenderle que el Bachiller Sansón Carrasco elogiase la honestidad y continencia en los amores del hidalgo y de la Señora Doña Dulcinea, y lo interrumpió diciéndole: «Nunca he oído llamar con *Don* á mi señora Dulcinea, sino solamente la Señora Dulcinea del Toboso.»

Al asegurar el Duque á Sancho el gobierno de la Insula después que terminase la aventura de Clavileño, le dice: «Y no pongáis duda en esta verdad, Señor Sancho, que será hacer notorio agravio al descao que de serviros tengo.» Sancho, persuadido de que le correspondía el dictado de *Señor*, no hizo observación alguna; pero cuando llegó á la Barataria y se enteró de aquel epíteto que rezaba «hoy día, á tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión de esta insula el Señor Don Sancho Panza, que muchos años la gozó», fué cuando exclamó: «Yo no tengo *Don*, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de *Dones* ni *Donas*, y yo ima-

gino que en esta insula debe haber más *Dones* que piedras; pero hasta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro días, yo escardo estas *Dones*, que por la muchedumbre deben enfadar como los mosquitos.»

Y este mismo gobernador que tan justiciero y democrático aparece al querer escardar los *Dones* de la insula, este mismo Sancho era el que deseaba (tal es la condición humana) que su hija Sanchica tuviese un *Don* y una *señorita* á cuestas, y que su mujer se llamase *Doña* Teresa Panza y se sentase en la iglesia sobre alcáfila, al nobadas y arambales, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo!!!... Teresa respondió que siempre fué amiga de la igualdad; que Teresa le pasieron en el bautismo sin añadiduras de *Dones* ni *Donas*, y que con este nombre se contentaba sin que le pusiesen un *Don* encima de tanto peso que no lo pudiese llevar.

Vemos que la conducta del gobernador de la Barataria es igual á la de los gobernantes de nuestros días, que predicán una cosa y hacen otra, y que si vociferan justicia y legalidad no la quieren por su casa.

Al recomendar Sancho inoportunamente su rucio á una de las dueñas de la Duquesa, le dó tratamiento de *Señora*, y la interpelada contestó que se llamaba *Doña* Rodríguez de Grijalba.

Creo que lo dicho basta para justificar las diferencias, no solamente etimológicas sino sociales, que median entre el *Señor* y el *Don* en el habla castellana, y que hacen desaparecer la sinonimia que pudiera relacionarlas. He aquí algunos ejemplos de lo que resultaría del trueque de ambas voces:

Don Pedro Calderón fué gran poeta.

Señor Pedro Calderón fué gran poeta.

El Señor Fernández tiene la palabra.

El Don Fernández tiene la palabra.

El Excelentísimo Señor Ministro de Estado.

El Excelentísimo Don Ministro de Estado.

Señor Marqués y Señor Conde.

Don Marqués y Don Conde.

Muy querido Señor mío.

Muy querido Don mío.

¿Va Vm. de paseo? No, Señor.

¿Va Vm. de paseo? No, Don, etc., etc., etc.

Basta conocer medianamente el español, para distinguir en estas frases las absurdas de las correctas.

¿Y desde qué época se estableció el maridaje del *Señor* con el *Don*? Entiendo que no pasa de fines del siglo xiv y principios del xv.

Al otorgar el rey el dictado de *Don*, parece que no debió entenderse anulado el vulgar de *Señor* que las gentes daban al mismo sujeto, y que no era por cierto merced ni concesión del Príncipe. Se comprende y explica que en la iglesia y la milicia, por ejemplo, el párroco elevado á canónigo ó el almirante ascendido á capitán pierdan el derecho de intitularse *Señor* el uno y subteniente el otro. Los nuevos cargos anulan

y destruyen los anteriores. Pero al obtener la cruz de San Juan el que tiene la de San Pedro, ó al nombrar Marqués del Monte al que era Conde del Valle, reúne el primero dos cruces y el segundo dos títulos. Una cosa parecida acontece con el *Don*. Si este honor recae en quien se nombra *Señor Juan*, llega á convertirse en *Señor Don Juan*. Capricho del uso debe ser que el *Don* vaya detrás del *Señor*, cuando en buena lógica habría de ponerse delante, como sucede en *Don Fray Fulano de Tal*, ó en los tratamientos de *Ilustre Señor* y *Excelentísimo Señor*. Pero en tales menudencias estratégicas tanto monta la vanguardia como la retaguardia.

Gil Blas refiere que hallándose con Fabricio Núñez, llegó un gentilhombre y dijo: a *Señor Don Fabricio*, vengo en busca de Vm. para decirle que el Duque mi señor quisiera hablarle, y espera á Vm. en su casa.... Yo quedé muy admirado de haber oído tratarle de *Don* y de mirarle así convertido en noble, á pesar de ser su padre maese Cristóbal el barbero.... — ¡Buenos días, le dije, *Señor Don Fabricio!*.... — Al oírme, se echó á reír y contestó: — ¿Conque has notado que me han tratado de *Don*?.... En verdad que si he tomado este dictado de honor, no es tanto por satisfacer mi vanidad como por acomodarme á la de los otros. Tú conoces á los españoles: maltrato el caso que hacen de un hombre honrado si tiene la desgracia de ser pobre ó plebeyo, y ante diré que veo tantas gentes.... que hacen las llamen *Don* Francisco, *Don* Gabriel, *Don* Pedro, ó *Don*.... como tú quieras llamarle, que es preciso confesar que la nobleza es una cosa muy común, y que un plebeyo que tiene mérito la honra cuando quiere agregarse á ella.

Esta indirecta del buen Santillana me recuerda un suceso completamente verdadero, acaecido en la catedral de Sevilla á fines del siglo xviii. Parece que los caballeros sevillanos (vanidad y pobreza todo en una pieza, según el Duque de Rivas) profesaban entonces el principio de *gustar cuanto se deba, aun cuando se deba cuanto se gaste*. Formaban el cabildo dos grupos: uno de canónigos jóvenes de lo más ganado de la nobleza sevillana, que tentan sus benditas por gracia del monarca, y que observaban escrupulosamente la aristocrática costumbre de tutearse; y otro grupo, compuesto de hombres llenos de mérito y de ciencia, que debían sus puestos, ganados por oposición, á la más estricta y rigurosa justicia. De éstos era el sabio Don Pedro de Vera, quien, al pasar junto á tres canónigos de la nobleza que alegre y familiarmente departían tratándose de tú por tú, se paró, y con cara humilde y tono suplicante dijo:

— ¡Cuánto y cuánto daría yo por ese tú!....

— Pues se vende, contestó con desdén el más avisado del corro.

— Pues está comprado, replicó Vera con prontitud y arrogancia. ¿Cuánto vale?

— ¡Mil pesos!

— Tratado hecho, añadió Vera con gran sorna; venga esa mano.... Y ahora que soy caballero, hago *prueba positiva* de nobleza diciendo que te deba mil pesos.... pero que no te los pago.

Y después de hacerles una cortés reverencia, volvió la espalda á sus compañeros y remató la plática.

Torruando á la nuestra, conviene no perder de vista que el *Señor* nio ó *Muy señor mío* de las cartas hace al que escribe, por razón de cortésia, vasallo de aquel á quien se dirige.

Nada, pues, tiene que ver, según entiendo, el tratamiento oficial de *señoría* con este otro *señorío* nacido de la urbanidad. Son cosas diversas.

El secretario Gabriel de Zayas tuvo el dictado de *Ilustre señor*, y ese le daban en el ingreso de las misivas. El sobrescrito decía: *Al Ilustre señor mi señor Gabriel de Zayas*. En las cubiertas de cartas de los siglos XVI, XVII y XVIII se ven las siguientes leyendas:

«Al señor Juan de Aranda, mi señor, prospere Dios muchos años».

«Al ilustre señor el señor duque de Alcalá, guarde Dios muchos años».

«A mi señor D. Pedro de Mendoza, guarde Dios».

Los sobrescritos de las misivas de Teresa Panza eran éstos:

«Carta para mi señora la Duquesa Tal».

«A mi marido Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria, que Dios prospere más años que á mi», etc., etc.

Opino que el *Señor Don* de nuestros sobres en la correspondencia particular hay que considerarlo como variante, elipsis ó corruptela del *A mi Señor Don*, corruptela aprobada y sancionada por el Gobierno, que imprime *Señor Don* en las tarjetas postales, con cuyo sistema confirma que á cuantas personas se le dirijan son acreedoras á semejante cortesía. Bien es verdad que este privilegio no pasa los límites de la correspondencia privada, y viene á ser como el *Usia ó Excelencia* que algunas gentes se otorgan á sí mismas y que reciben de sus criados, porque solamente de servidores á quienes pagan pueden exigirlo. Vanidad casera, limitada y humilde, con la cual á nadie perjudican ni ofenden. En resolución: que ni el *Usia* ni la *Excelencia* compradas, ni el *Señor Don* de los sobrescritos, tarjetas, fajas de periódicos, etc., quitan su peso y autoridad á la *Guía oficial de España*, la cual fija, arregla y distribuye los tratamientos del molo que las leyes previenen, dándole *Usia*, por ejemplo, á los maestrantes y á los académicos, y cercenando el que suelen arrogarse los jueces de primera instancia y hasta los secretarios de los gobernadores civiles.

Dicen que el renombrado comediante Garrido no ponía en los carteles más que Fulano Garrido; que Maiquez escribió el señor Isidoro Maiquez; Latorre puso Don Carlos Latorre, y Roman, por sus cargos y condecoraciones, se nombró legalmente el Señor Don Julián Roman.

En las esquelas mortuorias y en otros papeles semejantes que se publican en letras de molde, es donde hallo algo ridículo, cuando no lo tuvo el difunto ó no lo tiene el vivo, el tratamiento de *Señor*. Y es de notar que esta *señoría*, tan usada contra toda ley en repetidos casos del trato social, no se halle en las portadas de los libros. Frecuentes son los publicados por el *Excelentísimo ó Ilustrísimo Señor Don Fulano*; pero no recuerdo obra alguna en que su autor se nombre el *Señor Don Mengano*.

Parece que las letras y las ciencias rechazan la *usaria*; yo también, con furor de rey y con intento de enaltecer y no de rebajar á los autores, omito sus dictados al hacer citas literarias, y atestiguo con Martínez de la Rosa, Cánovas del Castillo ó Bretón de los Herreros, tragándome, en obsequio al laconismo, á los *Excelentísimos ó Ilustrísimos Señores Don Francisco, Don Antonio y Don Manuel*.

Fueros de rey acabo de decir, porque los reyes, según

creo, no dan más tratamiento que el de *Santidad* al Pontífice, el de *Reverendo* á los obispos y el de *Señores* á los enviados diplomáticos al recibirlos oficialmente, ó á los miembros del Parlamento en la apertura de las Cámaras ó otro acto semejante. Justa y acertadísima hallo la pragmática en que esto se funde, porque ella eleva y enaltece la superioridad y prestigio que debe disfrutar la Corona. Pero no alcanzo la razón que tengan los *señores del margen* (como suelen decir á los magistrados) para llamar de *Don* al último quidam y omitir el tratamiento á los Grandes de España ó á otros sujetos de alta posición social. ¿En qué ley se fundará semejante descortesía? Si alegan la razón de pie de banco de que la justicia se administra á nombre del rey, diremos que la Hacienda, y el Ejército, y la Armada, y la Instrucción pública, y todos los ramos del Estado, también se administran, rigen y gobiernan á nombre del monarca.

Gil Blas de Santillana confiesa su fatuidad de hablar de los grandes como si él fuese de la misma esfera, y declara que al citar al Duque de Alba, al Duque de Osuna ó al Duque de Medinaceli, decía con llaneza Alba, Osuna y Medinaceli.—¿Se regirán por el código de Gil Blas los tribunales de justicia?—Y si á dicho texto se arreglan, ¿por qué diablos ponen *Don* á los litigantes *Don José López y Don Juan Pérez*, que no pasan de simples tagarotes, y dicen con toda llaneza el Duque de Abrantes, el Marqués de Astorga ó la Condesa de Teba, sin darles siquiera una triste *señoría*?—¿Serán, por ventura, los golillas más realistas que el rey y negarán también la *santidad* al Papa, el *reverendo* á los obispos y el *señor* á los diputados? ¿Fluctuarán por eso los modernos tribunales, llamados vulgarmente de *perro chico*, entre dar al reo y testigos ya tratamiento *impersonal*, ya de *vos* ó ya de *merced*, diciendo unas veces *recuerde* otras *recordáis* y otras *recuerda usted*? Quiza la economía de dictados sea para tenerlos en conserva á fin de consumirlos en casa poco á poco ó mucho á mucho, diciéndonos por boca del escribano que el *Señor Don Juan* votó por escrito, ó que la sentencia fué leída y publicada por el *Excelentísimo ó Ilustrísimo Señor Don Pedro*, presidente de tal Sala en el tribunal de justicia, cuyos inclitos magistrados quizá ignoren que, según el código de la buena crianza, la cortesía es moneda que enriquece más á quien la da que á quien la recibe.

Los jueces de las modernas Audiencias de lo criminal, que no se desdiseñan de usar americana, hongo y colores claros en sus vestidos, ni de asistir á paseos, casinos, teatros ó cafés, ni de estar en contacto con el mundo, porque lo cortés no quita á lo valiente, escriben en sus sentencias el *Excelentísimo Señor* Ministro de Gracia y Justicia, el *Ilustrísimo Señor* Presidente de la Audiencia territorial, el *Señor* Gobernador civil, el *Señor* Delegado de Hacienda, etc. En cambio, sea por la época de transición ó por la lucha que siempre existe entre lo nuevo y lo viejo, resulta que en el mismo documento, pronunciado, mandado y firmado por los alcaldes del crimen de Jerez de la Frontera (31 Mayo 1887), se le llama á un juez *Señor Don José Arcos*, *Don José Arcos* y *Señor Arcos*, y tratándose de un notario se le nombra del mismo modo, ó sea *Señor Don José Puente*, *Don José Puente* y *Señor Puente*.—Dando tiempo al tiempo cesarán tales variedades y vacilaciones (barto injustas en quienes de administrar justicia se ocupan) y se fijará una jurisprudencia



«PRIMAVERA».
Cuadro de Eduardo Pelayo y Fernández. — (Medalla de 2.^a clase, en la Exposición de Bellas Artes de 1887.)

uniforme, tanto para estos dictados como para la manera de hablar á los reos y testigos.

Difícil es desarraigarse de los peninsulares de esta casi insula el instinto y sentimiento de la vanidad y la hambre de honores y distinciones que, lejos de marchitarse, cobra vigor y lozanía á la sombra de los cacareados principios democráticos del siglo XIX.—De los cadáveres de regidores perpetuos, familiares del santo oficio, caballeros veinticuatro y alcaides de castillos, han recolectado tantos honores, cruces, medallas, cargos y condecoraciones, y tantas presidencias de comités, sociedades, juntas, gremios, cofradías, academias, casinos, círculos, cuadriláteros y ateneos, que fuera difícil enumerarlos. Hay personas tan sedientas de cargos, que no contentas con decir los que disfrutaban de presente, recurren al futuro para avisar que son diputados ó académicos electos y aspirantes á la toga, ó bien que tienen nada menos que merced de hábito en Alcántara ó Santiago. Otros reman hacia atrás y nos cuentan que son ex ministros, ex intendentes, ex diputados, ex comisarios regios, ex subsecretarios, ex consejeros, ex presidentes, ex inspectores, ex directores, ex embajadores, ex gobernadores.... y que sé yo cuántas cosas más todavía. El Príncipe de la Paz y el Duque de la Victoria, que tan genuinamente personificaron en sus respectivas épocas el tipo del pueblo español, necesitaban cada uno más de quinientas palabras y el mágico influjo de las etcéteras, para poder medio declarar sus cargos, empleos, honores, condecoraciones, armas, colores y divisas.

Desde el año de 1700 hasta hoy se han creado y autorizado más duques, condes y marqueses que en los cuatro siglos anteriores.—Suelen verse juntas ó congresos numerosos, donde se distingue y llama la atención el individuo que carece de un marquesado ó de una gran cruz.—La sentencia de *universa vanitas omnia homo vivens*, no contenta con invadir al hambre, ha contagiado á los pueblos en masa. Cuando nada importa ni aprovecha ser lugareño ó ciudadano, las aldeas pretenden, cohechan, importunan, solicitan y logran al cabo ser elevadas á villas, y las villas á ciudades. Éstas y aquéllas expiden pintorrescos diplomas de hijo adoptivo á favor de la persona que les ha alcanzado el puente, la feria, la baja de consumo ó la venera para el alcalde, y la favorecedora y el favorecido se muestran ufanos y vanagloriosos con esta falsa maternidad. Los municipios que no tienen más que *merced*, suplican la concesión de *señoría*; los de *señoría* mendigan la *ilustrísima*, los *ilustres* imploran una triste *excelencia*, y los *excelentísimos* que se rodean de maceros, trompeteros y timbaleros con trajes de oropel y lentejuelas, piden cintas, fajas, moños y bordaduras que embellezcan ó por lo menos engalanen á sus gentiles alcaldes y regidores. Las mismas calles públicas parece que ceden gustosas sus antiguos nombres de la *Muela* ó del *Río*, para cambiarlos por los de *O'Donnell* ó *Bailén*.—Entre los adjetivos encomiásticos con que oficialmente se honran y enorgullecen las capitales de provincia de España, se cuentan los de noble, ilustre, leal, insigne, heroica, magnífica, ejemplar, invicta, coronada, notable, imperial, egregia, benemérita, decidida, vencedora, siempre la primera en el peligro de la libertad, impertérrita, celérrima, inmortal, excelentísima, ilustrísima, nobilísima, fidelísima.... y otros *ejusdem furfuris* que darían envidia á todos los portugueses pasados, presentes y futuros.

Pero volvamos á nuestro *Don*, que ya se prolonga demasiado esta carta y es necesario concluirla.—Quevedo, el Padre Juan Benito Guardiola, Virgilio Cordato y otros escritores, censuraron el abuso que se hacía de dicho dictado, el cual tomaban los judíos y la gente infima y plebeya. Cervantes notó esta costumbre de su tiempo y la retrató de mano maestra en el Quijote, del mismo modo que pintó allí todos los rasgos salientes de la sociedad de su época. Pero Cervantes, que debió sentir por intuición ó por estudio la belleza, mérito, galanura y eufonía del *Don*, y comprender que era el título apropiado para el carácter de los españoles, lo popularizó, fijó é inmortalizó, que digamos, en la fábula del Ingenioso Hidalgo. Allí se da el *Don* á Don Felipe II, Don Juan de Austria, Don Alvaro de Bazán y Don Alonso de Ercilla, al mismo tiempo que á Don Antonio Moreno, Don Diego de Miranda, Don Alonso de Marañón y Doña Mencía de Quiñones; es decir, á cuantas personas reales ó imaginarias, pero acreedoras en justicia al tratamiento, se mencionan en la historia del célebre manchego. Y allí mismo se vulgariza el título haciéndolo llegar no solamente á Don Sancho Panza y á Doña Teresa Cascajo, su mujer, que al fin eran gentes honradas, sino rebajándolo para que alcanzase al galeote Don Ginés de Paropillo y á las ex doncellas de marras que asistieron á la armazón de caballería de Don Quijote.

El Manco de Lepanto, con su prerrogativa de ilustrar al mundo y de influir en la reforma de las opiniones y costumbres de sus semejantes, parece que dijo á los españoles:

☞ Todos los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes; los que se alegran en los olivos jerezanos prados; los manchegos ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la manjedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; y finalmente, cuantos toda España en sí contiene y encierra, ya sean caballeros, magníficos, generosos y altamente nacidos, ó ya del linaje plebeyo que sólo sirve de acrecentar el número de los que viven; todos, vuelvo á decir, podéis usar el *Don*, porque el *Don*, anterior á las constituciones y formas de gobierno, se cuenta entre los sagrados derechos individuales é *ilegislables* del pueblo soberano. Y para predicaros con el ejemplo, ahí tenéis ese retrato; miradlo bien; frisa su edad en los cincuenta años; es de complexión recia; seco de carnes; enjuto de rostro; alto de cuerpo; estirado y avellanado de miembros; entrecano; la nariz aguilada y algo corva; de bigotes grandes negros y caídos....; se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante...., y sin embargo, se ha puesto *Don* y se llama y se firma....

DON

QUIJOTE DE LA MANCHA.

Y el pueblo español en junto, ó sean altos y bajos, grandes y chicos, gobernantes y gobernados, todos acogieron el

Don con entusiasmo y afecto. Resulta por consecuencia el título más aristocrático al par que el más democrático de cuantos existen en el mundo. Si *Don Quijote* es á un tiempo mismo cuerdo y loco, el *Don* se le parece en ser á un mismo tiempo noble y plebeyo. Creo que el tratamiento durará en España mientras dure el Ingenioso Hidalgo, á quien de seguro debe toda ó gran parte de su universalidad y de su prestigio. Sospecho que *Don Quijote* sin *Don* y sin *Yelmo de Mambrino* pierde mucho de su quijotismo y queda convertido en una especie de buque sin lastre, de órgano sin fuelle ó de campana sin badajo. Tiene el *Don* tal autonomía y orgullo, tanta aspereza y torquedad y tanto amor á la independencia, que no obedece ni se amolda á los aditamentos y terminaciones gramaticales. Se burla de todos los aumentativos, diminutivos, comparativos, superlativos y despectivos, sin doblegarse á ninguno, de la misma manera que el *Caballero de los Leones* se burlaba de toda sumisión y vasallaje, sin atenerse á más ley que su espada, ni á más fueros que sus bríos, ni á más premáticas que su voluntad.

El *Don* lo mismo vive mojado y hirviendo en *Don Pedro* de Castilla, *Don Jayme* el Conquistador y *Don Alvaro* de Luna, que apegado y como embutido en los tratamientos de majestad, alteza, serenísimo, eminentísimo, ilustrísimo y excelentísimo. Abarca desde el bundel y el presidio hasta la mitra y la corona. El monarca recibe el *Don*, y devuelve el *Don* en los diplomas y nombramientos que expiden las oficinas y cancellerías. Los recibos de gabelas é impuestos, las cédulas personales y electorales, las libranzas del giro mutuo y otros papeles de la misma estofa y de uso general que se aplican lo mismo al primer magnate que al último chisgarabís, llevan impreso el *Don* junto al escudo de armas de España, y además los sellos, firmas y rubricas de los funcionarios que los autorizan. El *Don* acompaña al criminal en la galera y en la horca, porque en las inhabilitaciones y suspensiones que como castigo marcan las leyes penales se respeta y considera, como mereco, el título honorífico de que nos ocupamos. Aquella ilustre y poderosa República que en 1873 tuvo corazón y bríos, ella sola, para arrollar y extinguir á enemigos tan poderosos y temibles como los condes, duques, marqueses, comendadores, hijosdalgo, maestrautes, damas nobles de María Luisa y otros campeones del mismo temple, se detuvo como Atila, y quitándose el gorro en señal de respeto, dejó vivir el título de *Don*. El día que penetre en las ordenanzas militares y éstas se lo den á los pobres argentos, cabos y soldados (aun cuando no sean hijos de oficiales), en ese día el *Don* habrá conquistado cuanto hay que conquistar en España y en sus Indias.

Con los datos apuntados podría formarse el siguiente resumen:

☞ Que las voces SEÑOR y DON tienen diversa raíz y etimología; que carecen de sinonimia; que pueden ir juntas sin redundancia ni pleonismo, y que juntas las usaron y las usan respetables autoridades del habla castellana.

☞ Que el SEÑOR DON del sobrescrito de las cartas, consecuencia lógica del *Señor mío* ó *Muy señor mío* del ingreso de las mismas, no implica tratamiento de *usaría*.

☞ Que la definición de SEÑOR que da el Diccionario de la Academia, diciendo que es—«término de cortesía,

»hablando con uno, aunque sea igual ó inferior»,—parece perfectamente clara y completa.

☞ Que Cervantes al vulgarizar el DON poniéndolo al alcance de todo el mundo, creó un lazo, marca ó emblema que uno, así como é identifica al pueblo castellano con su inmortal prototipo *Don Quijote de la Mancha*, flor de la andante caballería, luz resplandeciente de las armas y honor y espejo de la nación española.

☞ Que si las corrientes democráticas no han amenguado el deseo de honores y privilegios de nobleza, han disminuído los tratamientos por medio de apócepos, contracciones y abreviaturas, hasta llegar á convertirlos en letras peladas y mondadas, lo cual no deja de ser un buen adelanto económico-liberal. Por eso desde

Vuestra señoría,

Vuesa señoría,

Vues señoría,

Su señoría,

Us señoría,

Usaría,

y *Usía,*

se ha llegado á V. S.; y por eso también desde

Vuestra merced,

Vuesa merced,

Vosa merced,

Vuesarced,

Su merced,

Usarced,

Usarced,

Vusted,

Voucé,

Usted,

Ucé,

Vmd,

Vm,

Vd,

y *V,*

hemos venido á parar con la V sola y seña, en punta y nonada como pirámide.

☞ Que el Diccionario, al tratar de la voz DON, escribe que es—«título honorífico y de dignidad que se daba antes á muy pocos, aun de la primera nobleza; que se hizo después distintivo de todos los nobles, y que ya no se niega á ninguna persona decente.»

☞ Y por último, que como es público y notorio que existen muchísimas *personas indecentes* y muchísimos *canallas* á los cuales no se niega el *título honorífico*, resultaría verdadera la definición redactándola en estos ó parecidos términos: «**DON.**—Título honorífico y de dignidad, que se daba antes á muy pocos, aun de la primera nobleza; que se hizo después distintivo de todos los nobles, y que hoy se otorga á todo bicho viviente y muriente.»

He procurado escribir esta carta amparándome con el *Don* del acierto; pero si la torpeza me ha conducido al *Don* de errar, sea Vm. generoso y tolerante, como lo tiene de costumbre, con su devoto amigo q. b. l. m. de Vm.,

EL DOCTOR THEUSSEM,
Cartero honorario.



GABINETE DEL PRINCIPE DE BISMARCK, EN VARZIN.

EL CIELO EN 1888

No hay en España ninguna publicación que, con carácter popular, dé una reseña anticipada de los fenómenos celestes que han de tener lugar durante el año. Verdad es que en un país donde el progreso científico es casi nulo, y donde ocurre todavía el caso de que las pocas personas que cultivan las ciencias experimenten trabas de todo género para dar cumplida cima á sus estudios, el hecho antes consignado no es sino la triste y lógica consecuencia de un atraso inconcebible. La fuerza de los tiempos es tanta, sin embargo, y de tal naturaleza la atmósfera que se respira en los países afortunados en que la civilización alcanza máximo esplendor, que, á pesar de aquellas trabas, no puede menos de sentirse la influencia de esta fuerza y de esta atmósfera en los países limítrofes, y así se explica la afición creciente á la Astronomía que en el nuestro se ha desarrollado en estos últimos años, debido únicamente á la versión á nuestra lengua de las obras de Flammarion y otros vulgarizadores extranjeros, resultando, en suma, un progreso real, aunque defectuoso y estéril por no estar informado en los sólidos principios directores que deben presidir en toda evolución intelectual. Como quiera que sea, el hecho es que el número de admiradores del firmamento crece entre nosotros, y reclama, por lo tanto, una reseña que responda á la necesidad de conocer con antelación los movimientos celestes. El presente trabajo tiene por objeto responder en lo posible á esta necesidad.

El lector asiduo de LA ILUSTRACIÓN y de su Almanaque tiene, sin duda, noticia de los artículos que sobre las diversas ramas de la Astronomía he dado á luz en ambas publicaciones, y posee cuando menos, por consiguiente, nociones generales y suficientes acerca del universo y de los globos que flotan en sus espacios, como también sobre los instrumentos más esenciales que hoy se fabrican al alcance de todas las fortunas, y adecuados al grado de iniciación que trate de adquirirse en la teoría de la ciencia astronómica y en la práctica de la observación. No es, pues, necesario insistir en la descripción detallada de los astros, bastando tan sólo dar idea de su aspecto, de la posición que han de ocupar en la celeste bóveda durante el año 1888, y de los fenómenos que han de originarse de sus movimientos relativos. Y puesto que el Sol es el astro-rey de nuestro sistema, y el centro de donde se derivan la luz, el calor y la vida, justo será consagrarle la prioridad de lugar en la presente noticia.

SOL.—Sabido es que la envoltura luminosa del gran lumínar se halla en continua agitación, la cual experimenta notables recrudescencias periódicas que se traducen por un aumento en el número de manchas y protuberancias. Los últimos meses de 1886 y primeros de 1887 han correspondido á una fase de relativa tranquilidad, hasta el punto de haber transcurrido meses enteros sin que la superficie del astro se viese sensiblemente empañada por mancha alguna. En los momentos en que redacto estas líneas (8 de Junio de 1887) parecen haberse despertado ya las grandes actividades solares, según lo atestigua la presencia de una enorme mancha situada á 8° de latitud heliográfica austral, y cuyo mayor diámetro aparente subtende un ángulo de 50", lo cual acusa una dimensión de 35000 kilómetros. Puede, pues, preverse que durante el año 1888 aparecerán otras manchas, ofreciéndose así abundante materia á la investigación, sobre todo para descifrar el enigma de los movimientos ciclónicos que afecta la penumbra de las manchas, y la sombra que sobre las mismas arrojan las fáculas ó arrugas brillantes de la superficie del astro.

En estas observaciones hay que tener mucho cuidado en atornillar previamente al ocular del antejo ó telescopio un vidrio obscuro, para no exponerse á lastimar gravemente la vista si por descuido se mirase sin aquella precaución. Si se tienen vidrios de diferentes intensidades, conviene elegir la que mejor se adapte al género de observación de que se trate, á saber: las tintas oscuras para juzgar del conjunto, con oculares de poco aumento y ancho campo, y las claras para percibir los detalles de las manchas y la granulación, con oculares de aumento medio. El ocular de mayor aumento rara vez puede emplearse en la observación del Sol (1). Adviértase que para percibir con toda claridad la granulación y la sombra arrojada de las fáculas es necesario un buen instrumento que no baje de 95 á 108 milímetros de abertura.

MERCURIO.—Este planeta se hallará en las mejores condiciones para verse en forma de media luna en el día del

(1) No será inoportuno recordar que el aumento de un antejo es la relación que existe entre el ángulo que subtende una línea ó dimensión dada del objeto, el ancho, por ejemplo, mirada á la simple vista, y el que subtende la imagen de la misma línea, dada por el instrumento. El valor numérico del aumento máximo útil de un antejo ó telescopio es el doble del número de milímetros que mide el diámetro de su objetivo ó espejo. Por ejemplo, para un antejo cuyo objetivo mide 75 milímetros, el mayor aumento útil no puede exceder de 150. El aumento medio de este antejo será 75. Conviene escribir sobre cada ocular el número de su aumento, supuesto que no lo llevan marcado por el mismo fabricante.

cuarto, ó sea cuando esté situado á la mayor distancia angular con el Sol, en las épocas siguientes: por la madrugada á Oriente, 30 de Marzo, 29 de Julio, 17 de Noviembre; y después del ocaso del Sol, á Occidente, 16 de Febrero, 11 de Junio, 8 de Octubre. De estas épocas serán las más favorables á causa de alcanzar aquella distancia valores máximos, el 30 de Marzo y el 8 de Octubre. En ambas épocas el diámetro aparente será de $7''{,}6$.

Para ver Mercurio puede utilizarse el ocular de mayor aumento del antejo. Su observación es bastante difícil por razón de la escasa distancia angular que lo separa del Sol, lo cual hace que nunca se halle bastante elevado sobre el horizonte para que el centelleo producido por las fluctuaciones de la atmósfera sea insensible y permita obtener imágenes tranquilas y bien definidas.

VENUS.—El planeta Vénus no se encontrará en todo el año en las mejores condiciones para la observación. Serán, sin embargo, bastante buenas en Enero durante el crepúsculo, y en Diciembre durante la aurora. En ambas épocas aparecerá en forma algo más adelantada que la media luna, y podrá verse todavía el borde dentado que separa el hemisferio oscuro del iluminado, la gradación en la luz del mismo por efecto de la absorción de la atmósfera del planeta, y las circunstancias que ofrezcan las manchas blancas polares. A primeros de Enero el diámetro aparente será de $18''{,}4$.

Como la luz de Venus es blanca y vivísima, permite ser percibido en pleno día ó apenas puesto el Sol, lo cual facilita mucho la observación, porque hallándose el astro bastante elevado sobre el horizonte, el efecto del centelleo está siempre aminorado. Puede emplearse el ocular de mayor aumento.

MARTE.—Este planeta, cuya luz anaranjada le diferencia de todos sus congéneres, se encontrará en excepcionales condiciones para la observación desde Marzo á Mayo, por efectuarse su oposición el 11 de Abril. Se dice que un planeta exterior á la Tierra se halla en *oposición* cuando está situado en la prolongación de la recta que une el Sol á la Tierra, prescindiendo en esta definición elemental de la inclinación de las órbitas. De esta alineación resulta que la distancia del planeta á nuestro globo es entonces la menor posible, y que el paso de aquél por un meridiano cualquiera se efectúa á media noche, circunstancias ambas que favorecen su visibilidad, pues por una parte interviene la mayor proximidad, y por otra su presencia sobre el horizonte durante la noche es lo más prolongada posible.

Por efecto de la forma elíptica de las órbitas terrestre y marciana, y de la dirección del espacio en que aquella alineación ocurre, la mínima distancia varía de unas oposiciones á otras. Una de las más favorables fué la de Septiembre de 1877, en cuya época la distancia mínima no excedió de 56 millones de kilómetros, y lo será más todavía la de 1892. La de 1888 no lo será tanto, pues la expresada distancia no descenderá más que á 89 millones de kilómetros el 17 de Abril. El diámetro aparente medirá á la sazón $18\frac{1}{2}''$.

Desde el 1.º de Enero á principios de Marzo el planeta correrá dentro de la constelación de la Virgen, con movimiento directo, como lo indica la figura 1.ª. Á partir de ésta

época retrogradará, pasando bastante cerca y al Norte de la *Espiga* ó estrella más brillante de la misma constelación.



Fig. 1.ª

El estudio de Marte reviste mucha importancia, por ser el planeta que más analogías tiene con el nuestro; por manera que el próximo acontecimiento de acercarse tanto á la Tierra no dejará de aprovecharse por astrónomos de profesión y aficionados. Entre los diversos detalles de su superficie, que serán objeto de preferente atención, figuran: los famosos *canales* ó líneas dobles paralelas y entrecruzadas, cuya longitud suele llegar á 5.000 kilómetros, con un ancho de más de 100 kilómetros, descubiertas por el eminente Schiaparelli, Director del Observatorio de Milán, con su excelente ecuatorial de 21 centímetros de abertura. También la observación de los dos satélites, Fobos y Deimos, el mayor de los cuales tiene un diámetro apenas superior al de París, será sumamente interesante; mas hay que tener en cuenta que tan diminutos astros sólo pueden distinguirse con los grandes instrumentos. Asaph Hall los descubrió con la monstruosa ecuatorial de Washington; Paul y Prosper Henry han llegado á distinguirlos con un antejo de 25 centímetros, y hasta pueden percibirse, aunque con alguna dificultad, con uno de 17, pero no con instrumentos de menos fuerza.

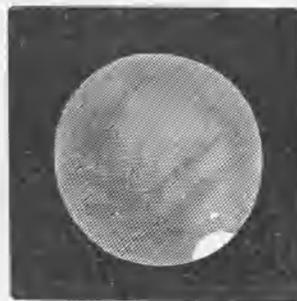


Fig. 2.ª

En las observaciones de Marte puede emplearse el ocular de mayor aumento. Para percibir el polo nevado suele ser

suficiente un anteojo de 81 milímetros. Para ver bien las principales manchas, se requiere un instrumento de 108 milímetros por lo menos. La figura 2.^a representa uno de los aspectos del planeta, fácilmente perceptible con un anteojo de 95 á 108 milímetros.

JÚPITER.—Hablar de Júpiter es hablar del coloso entre los mundos que ejercen mayor preponderancia en el equilibrio del sistema solar. Todo es allí grande: volumen, masa, velocidad de rotación y trastornos; y si á impulsos del asombro que el estudio de su evolución produce quisiera aseverarse que los fenómenos de que está siendo teatro son los más interesantes de la creación, habría argumentos para dar á la tesis apariencias de legítima, pero apariencias nada más, porque ¿qué criatura racional se atreviera á ponderar la importancia absoluta de un hecho celeste, entre los innumerables que se suceden en el inmenso Kosmos? Mejor se dijera que de un confín á otro confín del firmamento, desde las ignotas playas de las formaciones galácticas hasta la del ínfimo átomo sublunar, todos entrañan equiparada importancia, puesto que todos son solidarios y conspiran en providencial concierto á mantener la armonía y el orden impresos desde el principio de las cosas por su Supremo Autor.



Fig. 3.^a

Júpiter se encontrará en la constelación de Escorpio, deslizándose con movimiento directo desde 1.^o de Enero á mediados de Marzo, y retrógrado á partir de esta época, pasando muy cerca, al Sur, de la estrella β de dicha constelación el 24 de Enero y el 21 de Mayo, todo lo cual va indicado en la figura 3.^a (1) En esta segunda época la distancia aparente de los dos astros será tan sólo de 2'. La oposición del planeta ocurrirá el 21 de Mayo, posición que marcará, como queda explicado en el ALMANAQUE del año anterior, la época en que terminan para la Tierra las inmersiones visibles en los eclipses de los dos primeros satélites, y comienzan las emer-siones. El diámetro ecuatorial aparente medirá 46' en la oposición.

Los eclipses de los satélites y pasos de sus sombras sobre el disco del planeta, observables á horas bastante cómodas,

van indicados en las dos tablas adjuntas. El paso del 31 de Enero, aunque tendrá lugar á una hora algo molesta de la madrugada, lo he incluido no obstante en la lista, por ser el más interesante del año. Como de costumbre, los satélites se indican con números romanos, según su orden de distancia al planeta, empezando por el más cercano. Los eclipses del cuarto no comenzarán hasta principios de 1889. Las horas son de tiempo medio civil y se refieren al meridiano de la capital de la Península.

ECLIPSES.

1. ^o Abril....	I	á	12 ^h	19 ^m	26 ^a	inmersión.
3 Idem....	I	»	11	53	4)	idem.
5 Mayo....	II	»	11	28	42	idem.
6 Idem....	III	»	11	11	39	idem.
9 Idem....	I	»	10	44	33	idem.
23 Idem....	II	»	8	21	27	emersión.
25 Idem....	I	»	11	8	57	idem.
30 Idem....	II	»	10	57	22	idem.
10 Junio...	I	»	9	25	51	idem.
11 Idem....	III	»	8	45	39	idem.
17 Idem....	I	»	11	20	11	idem.
18 Idem....	III	»	11	1	5	inmersión.
24 Idem....	II	»	8	5	35	emersión.
1 Julio....	II	»	10	42	38	idem.
3 Idem....	I	»	9	37	45	idem.
10 Idem....	I	»	11	32	10	idem.
19 Idem....	I	»	7	55	38	idem.
24 Idem....	III	»	9	43	15	idem.
26 Idem....	II	»	8	53	5	idem.
26 Idem....	I	»	9	33	20	idem.
11 Agosto...	I	»	8	8	33	idem.
27 Idem....	II	»	7	43	38	idem.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

21 Enero....	III	á	5 ^h	26 ^m	entrada (1).
		»	6	56	salida (1).
10 Abril....	I	»	8	3	idem.
11 Idem....	III	»	11	8	entrada.
		»	12	48	salida.
17 Idem....	I	»	7	49	entrada.
		»	9	57	salida.
24 Idem....	I	»	9	42	entrada.
		»	11	50	salida.
10 Mayo....	I	»	7	58	entrada.
		»	10	6	salida.
17 Idem....	I	»	9	52	entrada.
		»	12	0	salida.
24 Idem....	III	»	8	54	entrada.
		»	10	37	salida.
26 Idem....	I	»	8	23	idem.
2 Junio...	I	»	8	9	entrada.
		»	10	17	salida.
18 Idem....	I	»	8	34	idem.
25 Idem....	I	»	8	20	entrada.
		»	10	28	salida.
6 Julio....	III	»	8	44	entrada.
		»	10	33	salida.
11 Idem....	I	»	8	46	idem.
18 Idem....	I	»	8	33	entrada.
		»	10	41	salida.
25 Idem....	I	»	10	28	entrada.

(1) Debo advertir que donde dice 1.^o de Enero, en la figura, ha de leerse 1.^o de Julio y viceversa.

(1) Horas de la mañana.

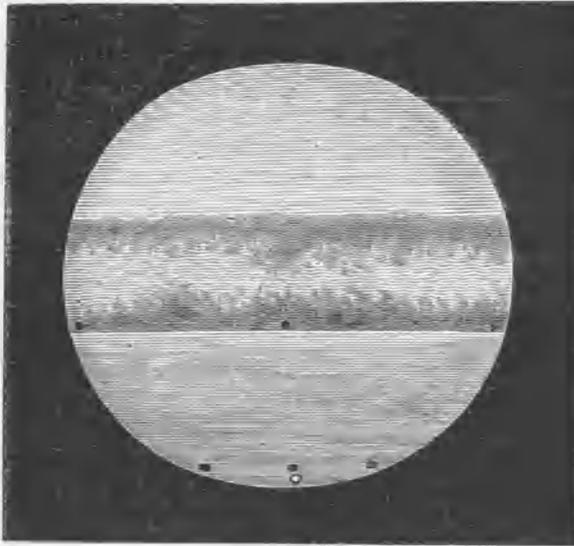


Fig. 4.ª

Recuérdese que en anteojos inversos las sombras corren de Occidente á Oriente, paralelamente á las bandas. La del primer satélite correrá por encima de la banda boreal, que será la menos elevada sobre el horizonte, como se indica en la figura 4.ª, y la del tercero muy próxima al polo del mismo nombre, como se representa en la parte inferior de la misma figura, que se refiere al paso del 31 de Enero. En este paso la cuerda del disco descrita por la sombra será sensiblemente la más corta de todas las descritas en los pasos ocurridos desde hace medio siglo y en los que ocurrirán en los seis años venideros; y digo *sensiblemente*, porque, en rigor, la más corta será la del paso del 18 de Diciembre de 1887. La diferencia entre una y otra será, por lo demás, inapreciable. En el medio de su travesía el satélite mismo se proyectará sobre el disco, casi en contacto con el borde polar. Desgraciadamente no hay que esperar ver desde España esta travesía, por efectuarse cerca de cuatro horas después que la de la sombra, y hallarse ya, por consiguiente, á aquella hora el Sol sobre el horizonte.

Debe, en fin, advertirse que á causa de la grande declinación austral del planeta, su máxima altura sobre nuestro horizonte en el mes de Mayo llegará tan sólo á 30°; de que se sigue que los pasos que se verifiquen en épocas algo separadas de la oposición se observarán con dificultad, á no ser que la atmósfera se presente despejada y completamente tranquila. Los eclipses no reclaman condiciones atmosféricas tan excepcionales, y podrán en consecuencia observarse bien hasta el 27 de Agosto, en cuyo día el ocaso del planeta tendrá lugar á 10 horas 14 minutos de la noche.

La luz de Júpiter no suele permitir el empleo del ocular de mayor aumento; el de aumento medio es ordinariamente el más adecuado.

SATURNO.—Á causa de su grande declinación boreal, la observación de Saturno desde nuestro hemisferio se encontrará en inmejorables condiciones durante toda la primera mitad del año, y especialmente hacia el 23 de Enero, época de la oposición. Á primeros de dicho mes aparecerá junto al magnífico montón de estrellas llamado el *Pesebre*,

de la constelación de Cáncer, y sin salir de la misma constelación caminará luego con movimiento retrógrado hasta pri-



Fig. 5.ª

meros de Abril (fig. 5.ª), en cuya época quedará ya perfectamente visible la sombra que el planeta arroja sobre su anillo, y éste se presentará con el aspecto representado en la figura 6.ª

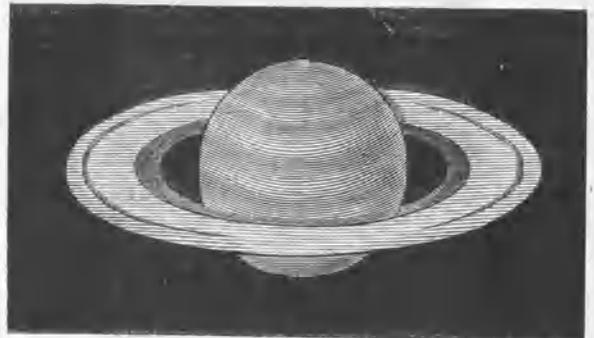


Fig. 6.ª

No puede menos de recomendarse la observación asidua de este astro, en atención á las variaciones que se notan en su superficie y en los anillos constitutivos del gran anillo total. El 1.º de Abril su diámetro aparente ecuatorial medirá 19'', pasará por el meridiano á 7h 25m de la noche, llegando á una altura sobre el horizonte de 70° 24', y se pondrá á las 2h 43m de la madrugada. Puede emplearse el ocular de mayor aumento.

URANO Y NEPTUNO.—Estos planetas, cuya observación resulta siempre infructuosa con los instrumentos usuales de los aficionados, se encontrarán, el primero en la constelación de la Virgen, muy cerca de las posiciones que Marte ha de ocupar á primeros de Enero y en Mayo; y el segundo en la de Tauro, al Sur de las Pléyades, á una distancia aparente de las mismas que variará de 6° á 8°.

LUNA.—Las circunstancias más favorables para la observación de nuestro satélite á horas cómodas, ó sea durante el crepúsculo y primera mitad de la noche, tienen lugar, como se comprende fácilmente, en los dos ó tres días que

preceden ó siguen al del cuarto creciente. Esta fase sucederá en los días y horas que á continuación se expresan:

21 Enero.....	á	4 ^h	35 ^m	de la mañana.
20 Febrero.....	»	1	45	» » idem.
20 Marzo.....	»	8	29	» » noche.
19 Abril.....	»	11	38	» » mañana.
18 Mayo.....	»	10	50	» » noche.
17 Junio.....	»	6	35	» » mañana.
16 Julio.....	»	11	58	» » idem.
14 Agosto.....	»	4	29	» » tarde.
12 Setiembre...	»	9	45	» » noche.
12 Octubre...	»	6	14	» » mañana.
10 Noviembre...	»	4	1	» » tarde.
10 Diciembre...	»	6	31	» » mañana.

De todas estas épocas la más abonada será el 14 de Agosto, por coincidir el día del cuarto con el del perigeo, ó sea cuando la Luna se encuentra en el punto de su órbita más cercano á la Tierra. Sin embargo, como en dicho día la máxima altura del astro sobre nuestro horizonte no excederá de 35°, no podrán obtenerse imágenes claras y tranquilas si la atmósfera no lo está igualmente. Puede emplearse el ocular de mayor aumento.

La observación de nuestro satélite reviste mucho interés, pues su proximidad á la Tierra es tanta, astronómicamente hablando se entiende, que basta un modesto anteojo de 55 milímetros de abertura para distinguir con toda claridad los principales circos, cráteres y montañas de que está profusamente sembrado su suelo, y para dar de los paisajes de aquel mundo una idea por todo extremo instructiva. Con un anteojo de 75 milímetros se distingue además la extensa y profunda grieta ó ranura de Hyginus, así llamada por atravesar el pequeño cráter de este nombre. A los aficionados que dispongan de anteojos de 95 á 108 milímetros se les recomienda que estudien el fondo del gran circo de Plátón, cuando se halle en la línea divisoria entre luz y obscuridad, para seguir los cambios que en estos últimos tiempos se están verificando en su topografía.

ECLIPSES DE SOL Y LUNA.—En 1888 habrá tres eclipses parciales de Sol, invisibles en España, y dos totales de Luna, el primero de los cuales será completamente visible, y el segundo tan sólo en mínima parte, por lo que no merece ser detallado. Tendrá lugar aquél en la noche del 28 al 29 de Enero, y las principales circunstancias sucederán á las horas que á continuación se expresan:

Primer contacto con la penumbra.	á	8 ^h	11 ^m	de la noche.
Idem id. con la sombra...	»	9	16	» » idem.
Principio del eclipse total.....	»	10	16	» » idem.
Medio del eclipse.....	»	11	5	» » idem.
Fin del eclipse total.....	»	11	54	» » idem.
Ultimo contacto con la sombra...	»	12	55	» » idem.
Idem id. con la penumbra.	»	1	57	» » idem.

Si se imagina una línea vertical que pase por el centro del disco de la Luna, la entrada de la sombra hay que esperarla en un punto del borde situado á la izquierda de dicha línea y distante del mas bajo como una sexta parte de la semicircunferencia. La salida, á la derecha y en un punto distante del mas alto como una mitad. Tomando como unidad el diámetro lunar, la magnitud del eclipse total estará representada por 1, 6, lo cual significa que la Luna pene-

trará por completo en el cono de sombra de la Tierra, atravesándole no lejos del centro mismo.—Por donde se ve que este eclipse será muy notable y permitirá estudiar de nuevo la coloración del borde de la sombra y la que presente la Luna al hallarse totalmente eclipsada, dado que pueda distinguirse en esta fase, en lo cual conviene también fijar la atención. El ocular que debe emplearse en estos casos ha de ser de poco aumento y ancho campo, pues no son principalmente los detalles, sino el conjunto, lo que se trata de apreciar.

MEDIDA DEL TIEMPO.—La exacta medida del tiempo es un factor importante en la observación de todo fenómeno celeste; por manera que lo primero que deba hacer el aficionado es arreglar la marcha de su reloj, para que marque el tiempo medio, ó sea el que se refiere al sol de este nombre, sol ficticio que va delante ó detrás del Sol verdadero, según la época del año que se considere, y cuyas diferencias ó *ecuación del tiempo* se dan en tablas especiales para cada año. Cuando no se trata de una precisión rigurosa, basta la tabla de un año para muchos, pues la ecuación del tiempo para un día dado varia poco de un año á otro. Si además se tiene trazada la curva de la ecuación del tiempo, siguiendo los preceptos que para ello di en el Almanaque de 1884, será fácil obtener una hora aceptable, dada la índole de las observaciones.

Si se desea mayor exactitud, puede emplearse otro procedimiento muy sencillo, que estriba en el conocimiento de la longitud geográfica del lugar con relación al meridiano de Madrid; dato que puede obtenerse con bastante aproximación, en la mayor parte de las provincias de España, por los mapas de Coello, y mejor aún por los del Cuerpo de Estadística, tan dignamente dirigido por el sabio general Ibáñez, si bien son todavía muy pocos, por desgracia, los que van editados. Conocida la longitud y, por lo tanto, la hora local á que han de efectuarse los eclipses del primer satélite de Júpiter, no hay más que anotar el momento á que este fenómeno se observa, para poner el reloj en hora. Se elija el primer satélite porque, en virtud de su mayor rapidez, la inmersión y la emersión son fenómenos más instantáneos que con los otros tres.

En la mayor parte de las grandes capitales de Europa, y aun en muchas de importancia secundaria, los relojes públicos están arreglados al tiempo medio, con lo cual los actos de la vida ordinaria se hallan regulados sin apercibirse, y el astrónomo aficionado tiene medio de poner en hora su reloj sin dificultad alguna. En España se está todavía lejos de tanta normalidad, y no es raro, por consiguiente, encontrar capitales de primer orden, como Valencia, donde los relojes públicos discrepan á sus anchas de todos los soles imaginables. Hay, pues, que resignarse á tomarse aquél trabajo siempre que se desee entrar en relación con esos mundos del espacio, donde el espíritu amplio se oduca y se enaltece. Tómesele el paciente lector, y haga, haga propaganda en favor de otra instrucción y otros hábitos de estudio y de trabajo que coloquen nuestro país al nivel á que le hacen acreedor su raza y su suelo, su historia y el porvenir cuya aurora despunta ya para las naciones más cultas del planeta Tierra.



S. A. R. VÍCTOR MANUEL DE SABOYA,
PRÍNCIPE HEREDERO DE LA CORONA DE ITALIA.

LA AZOTAINA

TRADICIÓN POPULAR MADRILEÑA

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA

I.

Si yo fuera erudito ó aficionado á parecerlo, cómo me había de lucir en la introducción de este cuento, tradición ó lo que sea, probando con multitud de citas histórico-jurídicas, aunque no viniera á cuento ninguna de ellas, que en la Edad Media, y aun después, era costumbre, cuando menos en Castilla la Nueva, siempre que se hacía algún amojonamiento de tierras ó de jurisdicción, echar mano á unos cuantos muchachos y ponerles el tafanarío como un tomate para que se acordasen en toda su vida de aquel amojonamiento!

Pero como no soy erudito ni aficionado á parecerlo, me limitaré á citar un memorial que obra en mi poder, sin fecha ni lugar de impresión, del pleito que el Conde de Casarrubios y la villa de este nombre tuvieron con la ciudad de Segovia sobre propiedad del lugar de Navalcarnero y su exido viejo.

En dicho pleito se presentó una probanza hecha en 1508, en que se declaró por el testigo Miguel Sánchez que hacía de quince á diez y ocho años asistieron él y otros al amojonamiento de los términos de la villa de Casarrubios, llevando muchachos que azotaron allí para que se acordaran de los mojones que habían visto poner; y el testigo Pedro Sánchez á su vez declaró que había veinte años presencié el amojonamiento entre términos de Casarrubios y tierras del Duque del Infantado, y vió que *nalgueaban* allí á cuatro ó cinco muchachos de Villamanta para que se acordaran del dicho amojonamiento.

Cuando yo fui á Madrid á fines de 1836, aun no había escrito el Dr. D. Pedro Mata su *Nmolecía ó Arte de ayudar la memoria*, pero la suplían las madres de familia madrileñas con una operación que acaso sería reminiscencia de los nalgueamientos de fines de la Edad Media y principios de la Moderna, atestiguados por Miguel y Pedro Sánchez. Cuando había reo de muerte fuera de la puerta de Toledo, un poco á mano derecha saliendo, veía yo bajar por la calle del mismo nombre muchedumbre de mujeres con chiquillos en brazos ó de la mano, siguiendo al reo, y en el momento de maniobrar el verdugo en el horrible instrumento, se levantaba gran lloriqueo de muchachos en torno del patibulo.

¶ Era que á los muchachos se nalgueaba de firme por sus madres, para que se acordaran toda su vida de la terrible justicia que habían visto hacer en un criminal, y por virtud de este recuerdo se abstuvieran de serlo.

Si es que algún rey de la Edad Moderna abolió la ley consuetudinaria de los nalgueamientos infantiles de la Edad Media, con el hecho atestiguado por mí se podría probar que el refrán que dice «*allá van leyes do quieran reyes*» se debiera modificar diciendo «*allá van leyes do madres quieren*».

II.

Érase hacia los tiempos del señor rey D. Felipe el segundo, y entre las tiendas de espaderos y cuchilleros establecidas en Madrid en la calle que en tiempo de los señores reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel había sustituido á la muralla que iba desde la Puerta Cerrada á la de Guadalajara, descollaba por lo rica y concurrida de parroquianos y paseantes en corte la de maese Antón del Pozuelo, espadero de la Real Casa, como lo denotaba el escudo de armas Reales que campeaba sobre la puerta de la tienda.

La de maese Antón era, como ahora se diría, especialidad en Madrid en el concepto de mentidero, y lo era porque para asistir á ella sin ser considerado como intruso, y por tanto sin que los asistentes ordinarios y aun el mismo maese Antón le pusiesen cara seria é interrumpiendo la conversación al verle entrar se abstudiesen de proseguirla, era necesario ser algo más que simple paseante en corte.

También era especialidad entre los mentideros de la corte la tienda de maese Antón, porque para saber todo lo que pasaba ó se suponía pasar en el Real Palacio, todos los mentideros no valían una higa comparados con el de la calle de los Cuchilleros, y esto se explica lógicamente teniendo en cuenta que casi toda la gente que asistía á la tertulia de maese Antón era palaciega más ó menos alta.

Si, más ó menos alta, porque el covachuelista de palacio más empingorotado no llevaba á mal que allí el palaciego de escalera abajo, con poder llamarse criado de Su Majestad, se tomase la libertad de dejar á un lado el vuesa merced y aun el vuesa señoría para sustituirle con un vos liso y llano.

¶ El buen maese Antón del Pozuelo era sencillo y modesto

á maravilla, y daba constantemente ejemplo de moderación é indulgencia en las porfías más ó menos discretas y acaloradas que se suscitaban en la tertulia por él presidida: pero aun así, llevaba muy á mal que en su tienda se diese ocasión á confundirla con los demás mentideros de la villa y corte, como que más de una vez, viendo que en su tienda se contaban cosas increíbles ó indiscretas, interrumpía al narrador con un severo y ceremonioso «perdone vuesa señoría ó «perdone vuesa merced», para advertirle que tales nuevas ó tales indiscreciones podían ser dignas de mentideros como el de los representantes de comedias ó el de las gradas de San Felipe, mas no en modo alguno de su tienda.

Tal sucedió una noche que comentándose las grandes compras que había hecho Su Majestad de tierras con que ampliar el Real bosque empezado á formar con la casa de de Campo no hacia mucho comprada por el mismo señor rey D. Felipe á los de Vargas al ocaño de Madrid, uno de los asistentes osó suponer que Su Majestad trataba de convertir en siervos de gleba, no obstante ser hijosdalgo muchos de ellos, á los vecinos de Húmera, el Pozuelo de Alarcón, los Meaques y otras aldeas comprendidas en los aldeaños del Real bosque, y exentas hasta entonces de toda pecha y dominio señorial.

Maese Antón del Pozuelo no pudo oír sin indignarse que á rey tan cristiano, justiciero y benigno como era el señor D. Felipe el segundo, á pesar de su severidad exterior, propia de quien llevaba sobre su cabeza la corona de dos mundos, se atribuyesen propósitos de convertir en siervos á hombres libres; y en prueba de que lo benigno interior de Su Majestad desmentía lo severo exterior del mismo poderoso monarca, refirió, no sin emoción, muy dada á asomar en los ojos del maese, un caso de que él fué testigo y parte.

—No ha mucho—dijo—honróme Su Majestad llamándome á hora determinada del siguiente día á su Real presencia, y esperando yo la salida de Su Majestad en la antecámara, ofrecióseme involuntariamente ocasión de cerciorarme de que Su Majestad holgaba en la cámara con Su Alteza el señor Príncipe de Asturias D. Felipe, que como niño provocaba las caricias de su Real y amoroso padre. Cuando Su Majestad salió á recibirme, víle enjugar con disimulo los ojos, que no dudé haber humedecido la ternura paternal; y como Su Majestad me hubiese preguntado si me creía apto para labrar á la medida del cuerpoceño de Su Alteza una armadura completa de guerra, y yo le respondiese afirmativamente encareciendo lo donoso que el señor Príncipe estaría con tal arreo, vi brotar de nuevo lágrimas de ternura en ojos de Su Majestad.

Conque digname ahora vuesa merced, añadió el maese, si á Rey de naturales sentimientos tan benignos como los que atestiguan esto de que yo mismo certifico, se puede sin insensatez suponer capaz de convertir en siervos á hombres libres, cuyos inocentes hijos habrían de heredar la servidumbre paterna.

Todos los asistentes á la tertulia de maese Antón, incluso el que se habla hecho eco de los falsos propósitos que se atribuían al rey, convinieron en la falsedad de estos propósitos, y en que si podían hallar asenso en mentideros vulgares, no así en aquel que con dificultad podía reportar nombre de tal mentidero.

III.

Ya conocemos á maese Antón del Pozuelo en la vida semiexterior, y ahora necesito darle á conocer en la puramente interior.

En esta vida era el maese dechado de hombres felices y dignos de serlo. No recuerdo qué gran autoridad ha dicho que los hombres llevamos el bien ó el mal en nuestro corazón. No ha mucho, uno de los sabios de nuestro tiempo (D. Antonio Balbín de Unquera, que lo es, aunque él ni siquiera lo sospecha) me honraba contándome en el número de los escritores españoles que, sin dejar de adquirir fisonomía literaria propia, han seguido la huella de Mesonero Romanos, y añadía que soy entre todos el de existencia más apacible y serena. Si esta última afirmación es cierta, la dicha será mía, pero la obra es puramente de Dios, y debo imitar é imito á maese Antón del Pozuelo, que diariamente, antes de abrir su tienda y dar instrucciones á los muchos oficiales que ganaban el pan en su casa, se solazaba buen rato con su hacendosa y enamorada compañera y sus hermosos hijos, y luego, alzando corazón y ojos al cielo, exclamaba:

—¡Gracias, Dios mío, porque habéis puesto el bien y no el mal en mi corazón!

Maese Antón, hijo de pobres labradores, salió tan ingenioso y honrado oficial de espadería y todo lo conexas con este arte, que no faltó quien le ofreciese y diese los haberes y crédito que necesitase para establecer por cuenta propia tienda y oficina con que granjear más de lo que granjeara por cuenta ajena, y en pocos años adquirió crédito y dineros bastantes para ser tenido por el más rico de su gremio, que á la sazón era numeroso en la corte.

Viéndose rico, aun mozo y de natural inclinado á los gozes familiares, pensó que le convenía casar, y pensando esto sin que le quedase duda de que pensaba bien, pasó á pensar otra cosa más difícil de resolver con acierto, que era la calidad de la mujer que debía elegir, y después de larga y sana meditación se dijo:

—Como nacido y criado en las lomas que señorean el curso del Guadarrama, pláceme todo lo que huele á mejorana y tomillo en los campos, más que lo que huele á esencia, y no de rosas, en las ciudades y villas. A los campos, pues, he de ir á buscar compañera de mi vida y madre de mis hijos. Sólo la encontraré allí un tantico rústica y como Dios la hizo, que será sana, robusta y con el corazón en la mano; pero más la quiero así que como podría encontrarla en la villa, que sería rica y con pretensiones de entendimiento discreto y de cuerpo alfenicado y señorial, como sería el de los hijos que me diese. A los campos iré á buscarla, y si allí encuentro pobre á la que ha de ser partícipe de mi haber y mi amor, tanto mejor, porque cuanto en más tenga lo que de mi haya recibido, tanto más obligada se creará á ser liberal en darme.

Tras de discurrir así, maese Antón fuere el disunto inmediato, como tenia de costumbre, por aquellas lomas que parte por medio el rústico Guadarrama entre Villaviciosa de Odón y el difunto Sacedón de Canales (llámole difunto, porque ha treinta años conoció octogenario al último de sus cuatrocientos vecinos) y tornóse á la noche con la brujaca de caza,

si no llena de codornices anunciadoras de buen pan, llena de pericas de San Juan, guindas y albaricoques con que una pobre mas gentil hortelana de Odón (sólo así llamado hasta que andando el tiempo, con razón le añadió el Villaviciosa el rey D. Fernando el sexto que allí finó) había respondido afirmativamente á sus finzas y proposiciones de amor mutuo y santificado.

Ocho años después de esto, ó sea cuando maese Antón se indignaba de que hubiera quien atribuyese al señor rey D. Felipe el segundo propósitos de tornar en siervos de gleba á los naturales y vecinos de la ribera izquierda del Guadarrama, la hortelana de Odón ya había dado al honrado y querencioso maese Antón cuatro muchachos, dos de ellos del sexo masculino, como cuatro pinos de oro, que eran dejicia del maese y la hortelana.

IV.

Gustaba el buen Antón del Pozuelo de contraer lazos de amistad y parentesco con gentes de los campos donde él y su compañera hablan nacido y criádose, y eran aquellos campos uno de los más sabrosos asuntos de sus pláticas familiares, y aun punto de sus frecuentes excursiones campestres, que amaban hasta por lo mucho que los muchachos que iban en su compañía se solazaban con ellas.

Tanto por esto, como por efecto del parentesco, holgáronse él y su mujer en tener en la pila bautismal de Santa Maria del Pozuelo el primer niño que dió á luz una prima de su mujer, nacida y criada como ésta en Odón y casada en el susodicho Pozuelo.

Nacido el niño fiesta del señor San Bartolomé, pusieronle en la pila, á instancia de su madre, por nombre el del santo Apóstol y mártir, y así maese Antón como su mujer le dedicaron amor más de padres que de padrinos, y Bartolico, conforme crecía en cuerpo, crecía en inteligencia y gracia.

Marica (que así se llamaba la del Pozuelo de Alarcón) era hortelana como lo había sido su prima la que casó con el maese, y toda vispera de disanto asistía al mercado de Madrid, llevando á vender en un asnico frutas cuando las daba la estación, y cuando no, verduras.

Así que Bartolico tuvo edad para acompañar á su madre, ora á pie, ora de sobrecarga en el asnico, en las dos leguas escasas que median entre la corte y la aldea, ningún día dejaba de hacerlo, y por nada de visitar á sus padrinos, que le despedían cargado de caricias y confituras, y aun más de una vez regocijado con tal enal juguete infantil que el padrino ideaba y labraba para él, de paso que ideaba y labraba otros para sus propios hijos.

Un sábado, á hora de la mañana en que ya empezaban á asistir á la tienda algunos de los que no tenían paciencia para esperar á saber más tarde las nuevas que por la corte habían corrido la noche anterior, y el primero de ellos un hidalgo que pretendía hacia dos años la encomienda del soplillo y era blanco de malquerencia por parte de los conchuelistas de Palacio, á quienes molía con sus diarias visitas y aun indignaba con sus insinuaciones de cohecho, pasó por la puerta de maese Antón la hortelana del Pozuelo, y se detuvo, según su costumbre, á saludar á su compadre.

Sorprendido y alarmado éste viéndola llegar sin su ahijado

Bartolico, preguntóla la causa de esto, y la aldeana, echando á llorar sin consuelo, le respondió:

—¡Ay cuitada de mí, en mal hora quise que al angelico de Dios dieran por nombre el del santo Apóstol desollado, que sin duda fué agüero de que lo había de ser el angelico!

Maese Antón, no menos alarmado é inquieto que ella, insólita á que explicase lo que al muchacho había pasado, y Marica se lo explicó entre lágrimas y sollozos que partían el corazón.

Según ella, la justicia del Pozuelo de Alarcón y los que tenían comisión del rey para deslindar y amojonar tierras entre las comunales y las adquiridas por Su Majestad para ensanche del Real bosque, estaban practicando aquella operación, cabecera del vallejo de los Meaques, y como se les hubiesen escapado los muchachos que allí tenían para ser nalgueados al terminar la postura de los mojonos, fuéronse en busca de otros hacia el Pozuelo, y como á mitad de camino topasen con Bartolico y otros cuatro de su edad que por allí holgaban, tomáronlos por fuerza y llevándolos á los mojonos recién puestos, los nalguearon hasta ponerles en carne viva las asentadericas, para que mientras viviesen recordasen aquel amojonamiento.

—Iniquidad es esa que ni la justicia del cielo ni la justicia de la tierra pueden dejar sin castigo—exclamó el maese en el colmo del dolor y la indignación.

—Vea vuesa merced lo que dice—le observó el pretendiente de la encomienda del soplillo,—que el nalgueamiento infantil es ley consuetudinaria en Castilla, y cuando la católica Majestad del Rey nuestro Señor no la ha abolido, fuerza es cumplirla y obedecerla por todo buen vasallo.

—Su Majestad—replicó Maese Antón cada vez más indignado—puede desconocer esa bárbara ley, por no ser posible en lo humano que monarca cuyos dominios son tan vastos que en ellos no se pone el sol, conozca todas las de su monarquía sin necesidad de que sus ministros y consejeros cumplan con el deber de suplir este desconocimiento; pero de todos modos Su Majestad no puede mandar que se obedezcan y cumplan leyes inicuas sin pecar de tirano ante Dios y ante los hombres.

El pretendiente en corte abandonó la tienda, no sin advertir al maese que lo hacía porque no podía tolerar que en su presencia se ofendiese á la sacra Majestad del señor Rey don Felipe el segundo como el maese hacía, á pesar de blasonar de buen vasallo y leal servidor de Su Majestad.

V.

Maese Antón del Pozuelo requirió inmediatamente ayuda de uno de los cirujanos más afamados de la corte, y cabalgando ambos en sendas mulas, se encaminaron al Pozuelo de Alarcón para que el físico viese la desolladura del muchacho y curase de ella con cuanta sabiduría y empeño le fuese dado.

Los dos tornaban del Pozuelo aquella misma tarde, muy consolado el maese con la esperanza que le había dado el cirujano de que Bartolico sanaría pronto de la fiera azotaina con que en efecto le habían desollado las asentadericas los bárbaros amojonadores, cuando á la altura de Sumasaguas topáronse de improviso con dos alguaciles de casa y corte,

que yendo de Madrid en caballos corredores y armados como para descomunal batalla, les preguntaron si alguno de ellos era maese Antón del Pozuelo.

Respondióles ésta que él era, y no les respondió sin extrañar la pregunta, porque sabía que de ellos era conocido y no le ocurría la sospecha de que quisieran probar su sinceridad para en caso de que hubiese faltado á ella alegar méritos de haber burlado su evasiva.

Los alguaciles le intimaron de orden del Rey que les siguiese, y le dijeron que no encontrándole en su casa y sabedores en ella de que había salido para el Pozuelo de Alarcón, habíanse apresurado á buscarle por esta vía, tanto en cumplimiento de las órdenes que se les habían dado de que le condujesen de grado ó de fuerza al Real alcázar, como sospechosos de que su ida al Pozuelo hubiera sido intento de huida.

Llegados el maese y los alguaciles á Palacio, condujose al primero á presencia de Su Majestad el Rey, en cumplimiento de las órdenes que éste había dado.

Había ya no pocos palaciegos que sabían la desgracia que amenazaba al espadero, y justicia, no adulación, es en mí el aullar que la lamentaban en el concepto de inmerecida, conocedores como eran de la bondad y la lealtad á Su Majestad que eran proverbiales en el maese, en quien extrañaban hubiese olvidado aquello de «con el rey y la inquisición, chitón.»

Mandóse al espadero esperar en la antecámara, y á poco salió á ella el Rey con semblante severo cual nunca había visto el de Su Majestad maese Antón, que estaba acostumbrado á que el Rey, acaso simpatizando con la blandura de sentimientos familiares que adivinaba en él constantemente, deponía al darle audiencia aquella terrible severidad que se achaca al Sr. D. Felipe el segundo, al menos en sus funciones de monarca de dos mundos, abrumado de grandes y múltiples cuidados que debieran tenerse en cuenta al aplicarle el calificativo de sombrío que parece obligado al nombrarle.

Hannue asegurado—le dijo el Rey—que habéis osado acusarme de tirano ante Dios y ante los hombres si no inapido el obediencia y ejecución de determinada ley consuetudinaria de estos reinos. No obstante esta osadía vuestra, os creo bastante sincero para fiar en que habéis de responder con verdad á lo que voy á preguntaros. ¿Es cierta la acusación que sobre vos pesa?

—Eslo, señor—contestó el maese;—pero....

El rey interrumpió al espadero diciéndole:

—Bástame saber eso para proceder con vos como enmienda al Rey, que á veces tiene que sacrificar á los deberes de tal los sentimientos de hombre y aun los de padre.

Y al decir así, indicó con la mano al espadero que se retirase. Hizolo maese Antón sin atreverse á pronunciar otra palabra, y apenas desapareció de presencia del Rey, vióse rodeado de ministros que sin permitirle, por más que lo solicitó con entrañables súplicas, tornar á su casa para dar un abrazo de despedida á los seres queridos que en ella le esperaban, fué conducido á una de las cárceles destinadas á los reos de Estado.

Algún tiempo después, las gentes que pasaban por la calle de los Cuchilleros dirigían la vista con tristeza á la casa que fué rica tienda y animado taller de maese Antón de Pozuelo, y entonces estaba silenciosa y con puertas y ventanas cerra-

das, murmuraban todos por lo bajo y como temerosos de ser oídos:

—¡Oh cuitado y buen maese, y no menos cuitados y buenas mujer é hijos suyos, qué habrá sido de vosotros!

VI.

En una fuente saludable y caudalosa que mana al Noroeste del Pozuelo de Alarcón, originase una honda y estrecha arroyada que después de correr con inclinación al Este entre zarzales, vides silvestres y arboleda tal cual lozana y frondosa por espacio de algunos millares de pasos, se desvanece donde la cerca de treinta años se estableció, viniendo de Madrid, la primera estación del ferrocarril del Norte.

Casi al pie de aquella estación, á la parte de abajo de la misma, existían entonces, y no sé si aún perseveran, algunas ruinas ya poco perceptibles, y entre ellas una masa cuadrilonga de mampostería que era objeto de tal cual veneración por los moradores de Aravaca y el Pozuelo de Alarcón, entre cuyas poblaciones y casi á igual distancia de una y otra cae aquel punto.

Era tradición que allí había existido, con el nombre de el Torrejón de Aravaca, un pueblo que se despobló hacia el siglo XVI, y también lo era que aquella ruina correspondía á la mesa de altar de la iglesia de aquel pueblo, en cuyo concepto el clero, la justicia y el vecindario de Aravaca iban allí procesionalmente cada año en determinada festividad para celebrar algunas solemnidades religiosas.

También suponían algunas de las personas instruidas que aquel era el sitio de la mansión romana de *Miacum*, colocada en el itinerario de Antonino Augusto entre Segovia y Tí-tulcia; pero esta suposición caía por tierra con la sencilla observación de que el nombre de Meaques que lleva desde muy antiguo un vallejo comprendido en la Real Casa de Campo á bastante distancia de allí, reclama en todo caso la correspondencia con la mansión romana de *Miacum* (1).

Hacia el tiempo en que las gentes que pasaban por la calle de los Cuchilleros suspiraban pensando en el buen maese Antón del Pozuelo y su mujer y sus hijos, al ver su casa cerrada y amenazando ruina, se estaba procediendo al deslinde entre las tierras que el rey D. Felipe el segundo había comprado á los de Vargas para la formación del Real bosque y las que habían pertenecido al común del Torrejón de Aravaca, cuya despoblación se había completado recientemente.

Habían pretendido y obtenido los vecinos y justicia de Aravaca que se les adjudicase el despoblado del Torrejón, y terminado el susodicho deslinde por comisionados del Rey y del concejo de Aravaca, era ya llegado el momento de terminar la operación con la postura material de mojoneros entre la tierra del Rey y la del concejo.

Entonces los deslindadores y amojonadores de una y otra parte recordaron que era ley consuetudinaria y constante-

(1) En *La Ilustración Española y Americana* publiqué en 1872, con el título de *Miacum*, una nota que tengo por un tanto curiosa, por cuanto en ella se hace la observación de que en la desembocadura del vallejo llamado hoy Meaques y en la Edad Media *Miacco*, brota una abundante fuente cargada de óxido de hierro, mineral muy raro en aquella comarca, y este mineral tiene el nombre de *mias* ó *meis* en la lengua euskara, considerada como restó milagrosamente conservado de la antigua lengua ibérica.

mente observada en tales casos, el nalgueamiento de algunos muchachos que mediante este nalgueamiento recordasen mientras vivieran la postura de los susodichos mojonos, y echando de menos los de una y otra parte muchachos en quienes ejecutar aquella cruenta pero indispensable operación, convinieron en que era de todo punto necesario adquirirlos.

Así entre los comisionados de Aravaca como entre los comisionados del Rey, los había con hijos pequeños apropiados para el nalgueamiento; pero todos ellos se excusaron de suministrarlos para el cumplimiento de la ley, alegando que aquella misma mañana, imitando el ejemplo de todos los demás muchachos de aquellas aldeas, los suyos habían huido al campo, temerosos de que se hiciese con ellos lo que á sus madres habían oído contar se hizo años atrás con Bartolico, el ahijado de maese Antón del Pozuelo.

Con esta dificultad no prevista se hallaban los deslindadores, sin ocurrírseles medio de salir de ella, cuando oyeron lloro de muchachos hacia la espesura del Real bosque, que empezaba á corta distancia, y se apresuraron á ir hacia donde el lloro se oía, dando gracias á Dios porque les proporcionaba medio no esperado de terminar la tarea del amojonamiento, sin faltar á una de las prescripciones legales de uso y costumbre.

Los muchachos cuyo lloro oían, pronto se ofrecieron á su vista, desgarrados los vestidos, llenos de lodo y con cara, manos y pies ensangrentados por las zarzas y los abrojos, que sin duda habían tenido que atravesar, buscando salida á sitio descampado.

Eran dos los muchachos, y su edad la que se requería para el nalgueamiento, por lo que se apresuraron á apoderarse de ellos y sujetarlos de firme, no fuera que se escapasen al barruntar la azotaina.

Inspiraba compasión á los amojonadores el estado en que venían los dos muchachos, y vacilaban en proceder al nalgueamiento; pero como les preguntasen quiénes eran sus padres, y en su confusa contestación barajasen, entre amenazas por la detención de que eran objeto, nombres que ninguno de los amojonadores oía nunca sin apresurarse á descubrir la cabeza, cesó su vacilación, no dudando ya que aquellos rapaces eran descarados pilluelos de Madrid que habían entrado á merodear en el Real bosque y se habían desorientado y extraviado en la espesura del mismo.

Llevados por fuerza los dos muchachos á los mojonos próximos acabados de poner, se procuró hacerles comprender el objeto de aquel amojonamiento y se les anunció que para que se acordasen de él mientras viviesen, iban á ser azotados.

Hecho y dicho esto, sendos hombres de los más fornidos tomaron y pusieron trasero arriba á los muchachos, y empezaron á nalguearlos tan de firme, que los amojonadores que tenían hijos pequeños tomaron la fax por no verlo.

Los muchachos, como es de suponer, ponían el grito, si no en el cielo, tan lejos que se podía oír allende el Manzanares; pero el nalgueamiento cesó de repente con la aparición de dos hombres con librea de criados de Su Majestad, que salieron del Real bosque, anunciando la llegada del Rey, y reconociendo en uno de los muchachos nalgueados á Su Alteza Real el señor Príncipe de Asturias D. Felipe, echaron mano de los estoque para castigar de muerte el inaudito crimen de los nalgueadores.

VII.

Así los nalgueadores del Príncipe de Asturias y de su pajeico ó menino (que tales eran los dos muchachos fieramente nalgueados) como los que habían presenciado y autorizado el nalgueamiento, hubieran muerto inmediatamente á impulso de la indignación de los criados de Su Majestad, si el Rey y su acompañamiento, que hacía tiempo buscaban en vano en la dilatada espesura del Real bosque á Su Alteza y el pajeico, extraviados y desaparecidos en ocasión de andar en la susodicha espesura entregados á sus juegos y travesuras infantiles, no hubieran impedido con su inmediata llegada aquel castigo.

Contristado el Rey hasta el punto de no poder contener las lágrimas viendo el lastimoso estado en que encontraba á su amado hijo, pidió explicaciones al alcalde de Aravaca de lo que allí había pasado, y el alcalde le contestó, creyéndose ya á punto de ser ahorcado:

— Señor, acabábase de amojonar los linderos de las tierras de Vuestra Majestad y las que pertenecieron al común del Torrejón de Aravaca, hoy despoblado, cuando careciendo de muchachos á quien azotar según uso y costumbre en tales casos, por haber huido al campo todos los de estas aldeas, temerosos de que se hiciera con ellos lo que sus madres les contaban haberse años atrás hecho con un ahijado de maese Antón del Pozuelo....

El Rey se estremeció al oír este nombre, é impuso silencio al alcalde diciéndole que no necesitaba más explicaciones, y dirigiéndose á sus criados que habían mantenido á los dos nalgueadores, añadió:

— Soltad á esos hombres y que nadie ose maltratar ni perseguir en justicia ni á ellos ni á los que han sido testigos y consentidores de su proceder.

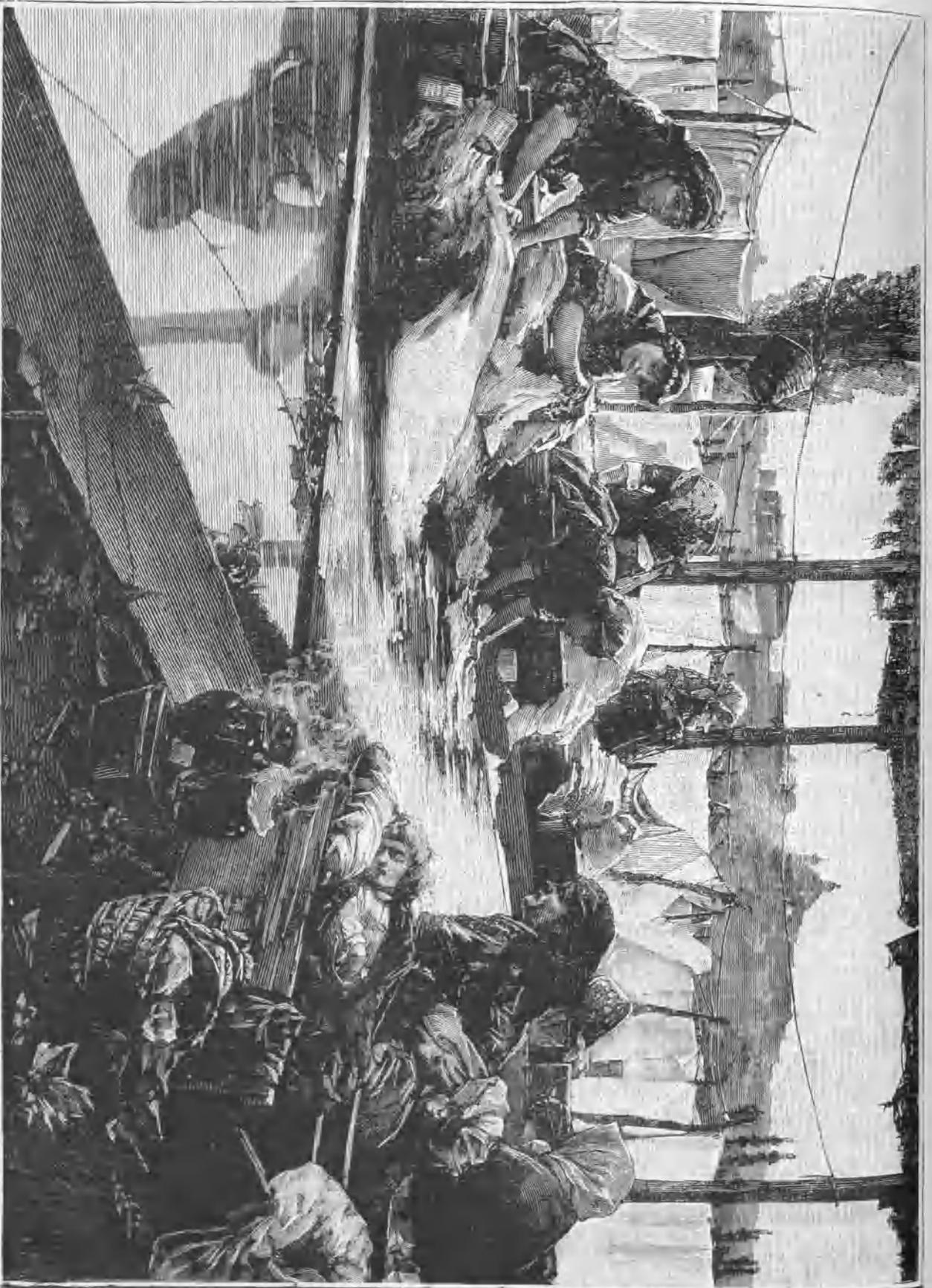
— Ved, señor— se atrevió á decir uno de los cortesanos que luego insignias de comendador— que el crimen es enorme.

— Dios tenga misericordia del responsable de ese crimen, que por cierto no es ninguno de los que suponéis— contestó el rey alzando los ojos al cielo como pidiéndola para sí propio.

Y Rey y su acompañamiento se apresuraron á tornar á Madrid, así que en el Real bosque se prestó al Príncipe y al menino el auxilio y reposo que allí eran posibles.

Al día siguiente el señor rey D. Felipe el segundo hizo traer á su Real presenca, de la cárcel donde gemía, al espadero maese Antón del Pozuelo, le colmó de honras y riquezas, diciéndole que en él veía el instrumento de que Dios se había valido para advertirle de un gran error y castigarle por él, y le anunció que acababa de dar dos pragmáticas, una de ellas suprimiendo la encomienda del soplillo y agregando sus rentas á un hospital, y la otra aboliendo para siempre y bajo severas penas la ley consuetudinaria de los nalgueamientos infantiles en casos de amojonamiento y deslinde de tierras.

Ó no tenían conocimiento de esta última pragmática las madres madrileñas á quienes vi suplir la *Nmoteenia* del doctor Mata con los nalgueamientos infantiles en casos de reo de muerte, ó se puede decir con toda verdad más bien que «allá van leyes do quieren reyes», allá van leyes do madres quieren.»



«LA VADERO EN EL MANZANARES.»
Cuadro de E. Pérez Valluera. — (Medalla de 3.ª clase en la Exposición de Bellas Artes de 1887.)

VANITAS VANITATUM...

«31 DE DICIEMBRE: 12 DE LA NOCHE»

MEDITACIÓN

Es media noche: la campana suena
Del vecino reló triste y pausada:
Parece que habla con profunda pena
Al alma del mortal atribulada.

De esa campana el último sonido
Marcó de un año el último momento,
De un corazón el último latido
Y el último fulgor de un pensamiento.

Cada instante devora una existencia
Y otra produce de la especie humana:
El tiempo, con tenaz incontinencia,
Por destruir y por crear se afana.

¡Las doce son!..... ¡Un año la memoria
Llena dejó de grandes amarguras!.....
Tal es del mundo la constante historia:
Tal la misión en él de las criaturas.

Pasó el año que fué, la edad sumando
Del viejo tiempo, rey de los vestiglos,
Y pasará este siglo, coronando
La suma misteriosa de los siglos.

Desde Adán hasta mí, ¿qué es lo que media?
Un instante no más: ¡yo soy su hijo!
Del Paraíso á la fatal tragedia
Dióse en Patmos á Juan término fijo.

Historia, la una, fuente de dolores:
Visión, la otra, río de venganzas:
Horror son de los torpes pecadores,
Y de los justos dulces esperanzas.

Lo pasado y futuro representan
El momento no más que los enlaza,
Y aun orgullosos los mortales cuentan
Por siglos la existencia de su raza;

Y al porvenir se entregan confiados,
Como si de él tuvieran ciencia y llave;
Ó se mofan de Dios desesperados
Con torpe insulto y con blasfemia grave.

¿Adónde van? ¿qué son?.... Átomos leves
Que la insondable inmensidad absorbe,
Ó de la eternidad alientos breves
Que con rápido afán cruzan el orbe!

Miríadas de ellos, á los cuatro vientos
Del cielo, edificaron mil ciudades
Fuertes, maravillosas..... ¡Ni cimientos
Quedaron que admirar á otras edades!

Menfis, Cartago, Atenas, Macedonia,
¿Dónde están? ¿Y Nembrod y el fiero Ciro?
Ninive, la Caldea, Babilonia,
Polvo son ya, como Segor y Tiro.

De Betulia los muros derrumbados;
El templo de Salem, haz del desierto;
Los pueblos de Pentápolis, quemados,
Limo y fétida escoria del Mar-muerto!

Moisés, Confucio, Budha, Tao, Mahoma,
Teógonos son, y senidioses fueron!
Los templos de Irminsul y aras de Soma
Como niebla aventada se perdieron!

Dólmenes, circos, acueductos, termas,
Repúblicas, imperios, leyes, ritos,
Escombros son de las campiñas yermas,
Ó nombres vanos y olvidados mitos.

La voz de los soberbios Faraones
Fué ley del mundo, y derogóla Grecia.
Roma tornó en provincias las naciones,
¡Hija de lobos, madre de Lucrecia!

Atila, desde el alto Boristenes,
Trajo hasta el Tiber su salvaje tropa,
Y de su triunfo conservó en rehenes
Las mil ciudades de la esclava Europa.

Del Atlas y el Mogreb las atezadas
Razas bajaron, con brutal encono,
Y á Don Rodrigo, en Guadalete, airadas,
Hundieron con su raza y con su trono.

Del Corán y el magnífico Evangelio
La formidable lucha se prolonga,
Hasta llegar radiante al perihelio
El astro celestial de Covadonga!

Desde Pelayo hasta Isabel primera
Guerra sangrienta de exterminio y muerte:
Cae el Islam y el Cristianismo impera:
¡Triunfa el humilde del soberbio y fuerte!

— ¡*Non plus ultra!*— el orgullo grita, vano,
De Alcides en el pórtico leyendo:
Borra Colombo el *Non*, y el Océano
Cruza — ¡*Plus ultra!*— altivo repitiendo.

Y la América brota de los mares,
Como el sol al nacer, virgen y hermosa:
Ciencias, costumbres, idioma, altares
Recibe para hacerse poderosa:

Y la América en lides intestinas
Consuma su poder y su riqueza;
Y en hecatombes fúnebres y ruinas
Ve convertida su feraz grandeza!.....

¡Humanidad! ¡Humanidad! ¿Qué loco,
Qué turbulento frenesí te exalta?
Para tu perdición te falta poco.....
Para tu salvación ¡cuánto te falta!

¡Humanidad! ¡Humanidad! Evita
Que Satanás te venza y asalarie;
Que si al mundo ves sólo, irás, maldita,
De progreso en progreso á la barbarie!

Espíritu y materia, fundamentos
Son de tu ser; la esencia y la substancia:
Fe, razón y organismo: ¿qué elementos
De estos tres menosprecia tu arrogancia?

¿La fe? ¡Pues irás de horror y tedio!
¿La razón? ¡Pues vendrás al fanatismo!
¿El organismo? Y ¿cómo? ¡si es el medio
De tu existencia real ese organismo!

Sujeta estás, humanidad finita,
A esas tres condiciones: son tu esencia:
Si no, fueras eterna é infinita,
Y cómo la de Dios tu omnipotencia!

Fueras libre y perfecta: de ti hechura
El Universo todo: tú, infalible:
Ser y abstracción: creador y criatura:
Dios de ti misma..... ¡Sacrilégio horrible!

¡Humanidad! ¡Humanidad! La tierra
Y el cielo en pos conforman tu destino:
Para algo vives, y por algo encierra
Tu ser el rayo de intuición divino.

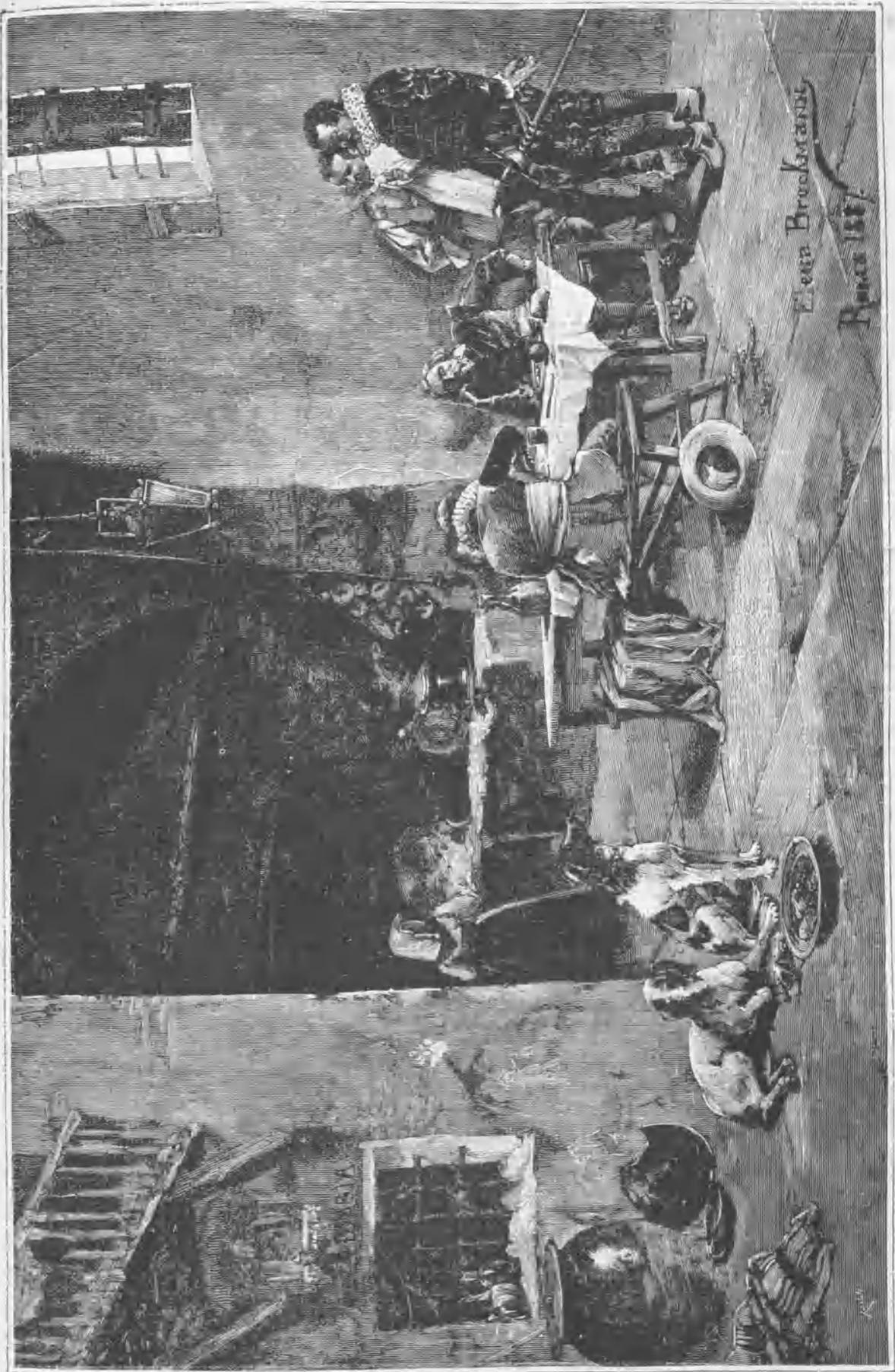
Piensa, analiza, estudia, perfecciona
Tu manera de ser, la ley del mundo;
Mas espera y cree en Dios, ama y perdona,
Y Dios tu sacrificio hará fecundo.

Que no hay verdad contra Él; no hay existencia
Contra la suya: no hay fuera de Él mismo
Ni luz, ni fe, ni paz, ni amor, ni ciencia!
Vanitas vanitatum. ¡El abismo!

¡Humanidad! ¡Humanidad! La vida
Es un valle de lágrimas: la muerte
Es la restitución de la pérdida
Paz de las almas para el alma fuerte.

Depón tus iras: tu soberbia mata:
¡La luz del cielo y el favor implora!
¡Trabaja y sufre, y la Verdad acata
Del Invisible, que tu ciencia ignora!

JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.



« DE VUELTA DE LA CAZA. »
Cuadro de D.^a Elena Brockmann. — (Mención honorífica en la Exposición de Bellas Artes de 1887.)

EL RECIEN NACIDO

HISTORIA INCREIBLE

UNA tarde de Agosto del año pasado, 1870, llegué rendido de correr por las montañas, á la barriada de Berunegui, en las minas de San Blas, cerca de la villa de Legutiano, á la sazón en que marchaba hacia el cementerio un cortejo de aldeanos acompañando al cadáver de un niño que, rodeado de flores y recostado en una almohada, era llevado por una anciana, en un cunacho sobre la cabeza, á estilo de aquella tierra.

—¿De quién es la criatura?—pregunté.

—Nadie lo sabe, señor—me contestó un aldeano.—¡Cosa más rara no se ha visto nunca! Lo hallaron vivo, desnudo, allá en la cañada, hace como cosa de dos años; lo recogieron en la casa de Gusurrandi, y poco á poco se ha ido encojiendo, dejando de mamar y poniéndose colorado como si acabara de nacer. ¡Cosa más rara! Tiene arrugas en la cara como un viejo y los dedos de las manos quemados y manchados como los que fumamos en pipa.

Excitada sobremanera mi curiosidad, me fui al acompañamiento con objeto de ver el cadáver. Antes de depositarlo en la fosa, mientras las mujeres rezaban y lloraban, lo examiné. El aldeano tenta razón: aquella criatura presentaba un aspecto incomprensible. Suponcos un recién nacido con la frente y las mejillas tostadas y llenas de arrugas duras y callosas, con una expresión marcada de inteligencia en sus ojos entreabiertos, y con las yemas de los dedos índice y pulgar de ambas manos amarillentas y ennegrecidas cual las de los fumadores viejos.

Enterróse al niño, hicieron mil aspavientos las mujeres, y volví á Berunegui con los del entierro, para pasar la noche en la casa de Gusurrandi.

—¿De qué ha muerto ese niño?—pregunté á los caseros.

—¡Ah, señor Ricardo!—contestó el ama de la casa,—eso debe ser cosa de *sorguñás* ó brujas, porque cosa más rara nunca se ha visto en el mundo entero. Cuando lo recogimos en el campo, comía bien pan de maíz, carne picada y potaje; después se le cayeron cuatro dientes que tenía, y dejó de comer, y dejó de conocernos y de fijarse en las personas, y tuvimos que darle de mamar, y hasta eso se le olvidó en estos últimos días que ha vivido. Antes era bastante grandecito y poco á poco se ha ido quedando en la mitad. Lo más raro es que miraba como un hombre, y se movía como si

quisiera hablar, y estaba siempre agitado y parecía que entendía todo lo que hablábamos.

—Y ¿no sospecha usted de dónde pudo venir?

—No, señor. Un día, al volver del trabajo, le hallamos desnudo entre un montón de ropas viejas. Nos dió gran lástima y le recogimos. Entre las ropas tenía un rollo de papeles y una pipa.

—¿Dónde están esos objetos?

—En un baúl los tengo—añadió el casero;—pero como yo no sé leer, jamás he pensado en sacarlos de allí. Además, un día se los enseñé al señor cura y me dijo que estaban escritos en un vascuence que él no entendía.

—¡Vengan, vengan!—exclamé yo lleno de gozo.

—Los traeré, sí, señor; pero nos los leerá usted á todos, ¿eh?

—Sí, amigo Gusurrandi, á todos, y todo lo claro que pueda.

—Cenemos primero—dijo el ama levantándose de su asiento.

Así lo hicimos, durante el crepúsculo, bajo el hermoso emparrado de la huerta. Cuando anocheció, encendieron un candil, lo pusieron á mi lado, cargaron y encendieron también los hombres sus pipas, se arreglaron las mujeres las puntas de las tocas y los pliegues de los delantales, hicieron todos un ancho corro, sentándose en las sillas de madera alrededor de mí, y yo, desarrollando el atado de papeles que me dió el casero, y que estaba compuesto de múltiples hojas de diversas épocas, tamaños y letra, los puse en orden y leí, con creciente curiosidad y asombro mío y de cuantos me escuchaban, lo siguiente:

«*CABABA* de cumplir mis ochenta y cinco años el 20 de Agosto de 1785, y me hallaba en la cocina de mi hermoso caserío, sentado á la mesa con D. Juan Manuel de Ursúbil, afamado curandero del país, hombre de muchos estudios, y al cual desde joven traté con intimidad.

Mis hijos y mis nietos se habían retirado ya á su casa, después de celebrar aquella noche el aniversario de mi nacimiento, y solos estábamos en mi vivienda el curandero y yo y una criada vieja, que me servía. Era la una de la mañana, y llevábamos fumadas ya treinta y cuatro pipadas y bebidos cinco jarros de sagardúa ó vino de manzanas. Era yo entonces fuerte y valiente como un roble; animoso y de pri-

vilegiada constitución, y sin embargo, con tanto beber y tanto fumar, empezaba mi cabeza á tambalearse y mis ojos á ver visiones. El curandero se encontraba aún peor que yo. Más de una hora hacía que no cesaba de hablar de humores, clavículas, sistemas, emplastos y otras cosas, de las cuales yo no entendía una palabra. Yo le escuchaba callando.

—¿No me contestas?—me preguntó.

—¿Qué te he de contestar?

—Dime algo, hombre. ¿En qué piensas?

—En que ya soy muy viejo y duraré poco.

El curandero dió un puñetazo en la mesa; se echó á reír y exclamó:

—¡Poco! ¡qué barbaridad! ¡poco! tú puedes vivir todo lo que te se antoje.

—¿De veras?

—De veras; yo tengo un secreto seguro para no morir nunca; pero temo á la Inquisición y á los frailes; si lo supieran, me tendrían por bruja y no lo pasaría bien.

—Juan Manuel, ¿me lo dices de veras?

—Y tan de veras; ¡oh, si encontrase yo uno que no se quisiera morir!

—Muchos hallarás.

—Estás en un error. Los hombres son muy raros en su modo de discurrir; temen á la muerte, pero temen más la operación que tienen que sufrir para no morir; es decir, que aun sabiendo que no van á morir, quieren mejor morir-se que no padecer por algunos días. ¡Son unos bárbaros!

Mi cabeza ardía. Aquel hombre sabio se expresaba con tal convicción, que se me figuraba que la muerte no existía ya. Sentía dentro de mí una satisfacción incomprensible. Los ojos de beodo del curandero me parecían los destellos de un ser superior y maravilloso que iba á lanzarme en una existencia sin fin.

Bebimos algunos vasos más. El humo de nuestras pipas llenaba la habitación. La criada dormía sentada en el suelo, junto al fogar, habiendo dejado caer á un lado la calceta que tenía en las manos, y con cuyo ovido jugaban alegremente los gatos.

—¿Y por qué no haces la prueba contigo?—pregunté al curandero.

—¡Vaya un disparate! ¿Cómo me he de operar yo mismo si necesito para hacerlo el concurso de toda mi observación, de toda mi salud y de toda mi fuerza?

Callamos otro breve rato. Mis ochenta y cinco años me pesaban demasiado; conocía que me llamaba irremediamente una vida nueva; me decidí.

—¡Yo quiero no morir!—exclamé levantándome de repente;—¡dispón de mí!

—¡Corriente!—contestó Juan Manuel, frotándose placenteramente las manos.—De aquí á otros ochenta ú ochenta mil años, volveremos á beber sagardúa el 20 de Agosto.

Después se levantó tambaleándose, me cogió del brazo y dijo:

—¡Vámonos!

—¿A dónde?

—A mi casa; esta misma noche quedará hecho todo.

—Vámonos.

Y en mangas de camisa, conforme me hallaba, nos dimos del brazo, y pegando tropezones en todas partes, nos dirigimos á su casa.

Abrió la puerta de un empujón, encendió lumbre con un pedernal, dió fuego á la mecha de un candil que había colgado en el primer poste de la escalera, y subimos á su habitación. El curandero colgó el candil, se quitó el sombrero y la chaqueta, tiró del cajón de una mesa, del cual sacó un aparato compuesto de gruesos alambres, vendas y vejigas con llaves de madera, y arremangándose los brazos, trajo una cama desde la alcoba inmediata al centro de la estancia, puso en el suelo, al lado de ella, una enorme caldera de cobre, y me dijo sonriendo:

—Échate largo en esta cama y.... no te muevas.

Apagué mi pipa, sacudiéndola boca abajo contra la pared, la guardé en la faja y me tumbé en la cama, estirándome todo lo que pude. El curandero sacó una lanceta, me tanteó el brazo izquierdo y me hizo una ancha incisión en una vena.

Empecé á oír el ruido del chorro de sangre que caía en el caldero. Mientras tanto Juan Manuel preparó su extraño aparato. En esta operación debió transcurrir más de un cuarto de hora. Mi sangre continuaba saliendo, y yo me sentía horriblemente desfallecido. La borrachera del sagardúa se me había despejado por completo. De cuando en cuando el curandero me tomaba el pulso y decía, prosiguiendo su trabajo:

—¡Más! ¡más!

¡Y volvió á pasar qué sé yo cuánto tiempo!

Llegó al fin un instante en el que noté que no podía moverme: tenía sed; no acertaba á articular una palabra, y sólo continuaba oyendo el monótono ruido de la sangre que caía en el caldero. Veía bien; veía extraordinariamente; tal era la extraña claridad que había acudido á mis ojos. El curandero volvió á pulsarme.

—¡Bueno! ¡Un poco más.... y basta!—exclamó.

Y se quedó mirándome por un buen rato.

Después ligó la herida, me puso su mano sobre el corazón, se sonrió, y tomando unos trozos pequeños de lienzo empapados en agua, me los introdujo en la boca hasta la garganta, empujándolos con el mango de una cuchara de palo. Luego me tapó las narices con unos pedazos de estopa húmeda.

—¡Así!—decía—¡así estamos bien! Ahora, á respirar poco, muy poco, casi nada; que no se mueva apenas el corazón; llegaremos hasta un paso de la muerte, pero sin tocarla.

Yo me encontraba en un estado indescriptible: no sentía dolor alguno; se me figuraba que no tenía cuerpo, porque sólo en la cabeza notaba calor y vida, y sufría una gran opresión en el pecho, como si las costillas se me desgajaran y como si me punzasen en todas las articulaciones, cuando cada cinco minutos aspiraba un poco de aire al través del trapo humedecido. Mi cabeza abrasaba y las tardías pulsaciones del corazón se reflejaban en mis sienes y en mis oídos como golpes de martillo.

Juan Manuel, después de contemplarme, trajo un jarro lleno de sidra y bebió de él un gran trago.

—Es preciso—añadió—que mi pulso no tiemble. ¡Oh, amigo! ¡Cuántos robles de doscientos años tendrás que ir echando al fuego después de haberlos plantado tu mismo! Luego que hayas vivido algunos años, yo te enseñaré mi secreto y me operarás y seré también inmortal. ¡Oh, los frailes! Esos lo oyen todo. ¡Si habrá por aquí alguno que me escuche!

Y al decir esto, miró por todos los rincones de la habitación, abrió y cerró cuidadosamente la ventana, y volvió á poner su mano sobre mi corazón.

—No te falta para llegar á la muerte más que el grueso de un pelo, pero ese grueso no lo hemos de pasar.

Salió de la habitación, y volvió al poco rato con un niño suyo, de cuatro años, en los brazos. El hermoso niño parecía estar completamente adormecido.

Lo acostó junto á mi, se hizo la señal de la cruz y me tapó los ojos con un pañuelo. Luego debió sentarse en el borde de la cama, y mientras nos contemplaba, dijo con voz gangosa y entrecortada:

—¡Esto va muy bien!.... ¡Pues es clara!.... El armazón de mi amigo es viejo, está carcomido por el tiempo; tiende á la muerte; no en los huesos, que duran siglos y siglos, sino en la sangre, que está completamente gastada. Pues bien, renovemos el armazón con otro nuevo, bien patrado, que tienda á la vida. Buena savia y buen jugo producen buena planta; la riqueza es la vida, la pobreza es la muerte; en el hombre viejo el caudal está agotado y se muere de pobreza. Si yo voy sin dinero á la taberna, no me dan ni un sorbo; pues es claro, si la carne y los huesos no cobran, se contraen, se arrugan y se secan. La vida no cabe en un cuerpo estrecho, roto y acartonado. ¡Tú vivirás, amigo mío! Mi plan se les habrá ocurrido á muchos, ¡pero!.... Este ¡pero! es la fórmula de la ignorancia y de la flaqueza de la humanidad. Yo soy un hombre muy grande; es verdad que no he leído ningún libro, ni he estudiado con nadie, ¡pero!.... ¡dale con el pero! La sangre en movimiento es como el virus generador: si le toca el aire, se esteriliza; es como el pez: si se le saca al aire, murió. Este es el problema actual; que el aire no toque á la sangre regeneradora; que pase pura, caliente, llena de vida, latiendo poderosa, desde el corazón del niño al del viejo próximo á la muerte. ¡Ah! esto es prodigioso y no ofrece ningún peligro; el viejo pierde su sangre; ahí está en el caldero y parece barro; esos son ochenta y cinco años, con todas sus picardías y dolores; ese es el armazón carcomido. El niño va á transmitirle la suya casi en totalidad; mas no importa; permanecerá débil por ocho días, y, al cabo de ese tiempo, la poca que hoy le queda se habrá multiplicado y el niño vivirá robusto. La sangre es fuego: una sola gota sirve de base á una vida, y ésta á una generación entera. ¡Qué somos nosotros, más que una gota de sangre transformada!.... Yo ya sé que hay doctores en Salamanca, en Oñate y en Alcalá que se reirían de mí. Ese es uno de los privilegios de los hombres de ciencia: el poderse reír impunemente de las demás, tengan ó no razón. Cuando mi amigo cumpla los dos mil años, ¿dónde estarán los doctores de Salamanca? ¡Entonces sí que nos reiremos de ellos!....

Puso de nuevo la mano sobre mi pecho. Mi corazón apenas latía, el ruido de mis oídos se había amortiguado.

—¡Ya es hora! — exclamó — Ya no sentirá nada.

Y después de descubrir mis ojos, tomé el extraño aparato que tenía sobre la mesa, y me envolvió el cuello con sus vendas, haciendo la misma operación con el niño, que continuaba inmóvil á mi lado. Sacó de un puchero un unto negruzco, con el cual dió á todas las llaves, y con el cual me circundó también la garganta, excepto por un costado, donde por medio de una ventosa hizo un cucurucho con mi piel. Las vejigas estaban completamente estrujadas, y los tubos en

que terminaban se habían adherido fuertemente á mi cuello y al del niño. El unto negruzco adquirió pronto la consistencia de la goma seca. De entre los alambres que constituían el aparato salían dos muy gruesos, largos y reforzados, los cuales agarró el curandero con ambas manos. Dió al fin un tirón como queriendo separarlos, y entonces senti en el cuello, en el lado de la ventosa, un dolor agudo como si me hubieran herido profundamente. El niño hizo al mismo tiempo un terrible estremecimiento (1).

Después, ya no vi más. Una nube pasó por mis ojos y me cegó. Sólo oí que Juan Manuel se frotaba las manos y decía:

— ¡Ya late, ya late! ¡ Veinte años de pensar y discurrir en ello! No entra el aire; el aire está vencido; también vencerá á los frailes y á los doctores. ¡ Ya late! Aquí hay dos cuerpos confundidos en uno solo; una vida joven que resucita á otra ya caduca. ¡ Oh placer! ¡ Una hora y cinco minutos bastan!

Y cuando calló, sentí que cogía el jarro y volvía á beber.

Al día siguiente me hallé tendido en el mismo lecho y muy cuidadosamente tapado. Al abrir los ojos ví ante mí al curandero que se sonreía; quise hablar y no pude; mi amigo se llevó el dedo índice á los labios y meneó la cabeza como indicándome que me era imposible pronunciar una palabra. Luego me dijo:

— ¡Somos felices! Ya tienes dentro de ti la savia regeneradora; ahora empiezas á vivir como si tuvieras sólo cuatro años.

Me pulsó con mucho detenimiento y continuó hablando:

— ¡Calentura terrible! La sangre nueva late en ese cuerpo como el torrente en el canalón carcomido del molino. ¡ Ciento diez y ocho pulsaciones! ¡ Oh, cuánta vida! La fiebre durará quince días; hasta entonces sólo tomarás leche, que te empezará á dar pasado mañana. Mi aparato es una maravilla, y mi saber un portento; mi pobre nieto también descansa, y aun tardará seis días en volver á recobrar su salud y su fuerza.

Llamaron á la puerta, y entró mi criada vieja, Mari Antón.

— ¿Qué ha sido de mi amo? — preguntó.

— Aquí le tienes: está un poco indispuerto, porque anoche se empeñó en acompañarme, dió un tropezón y....

— ¡ La sagardía maldita!

— No, señora; la obscuridad tuvo la culpa.

— ¡ Pues ustedes bien alumbrados debieron venir! ¿ Y es cosa de cuidado lo de mi amo?

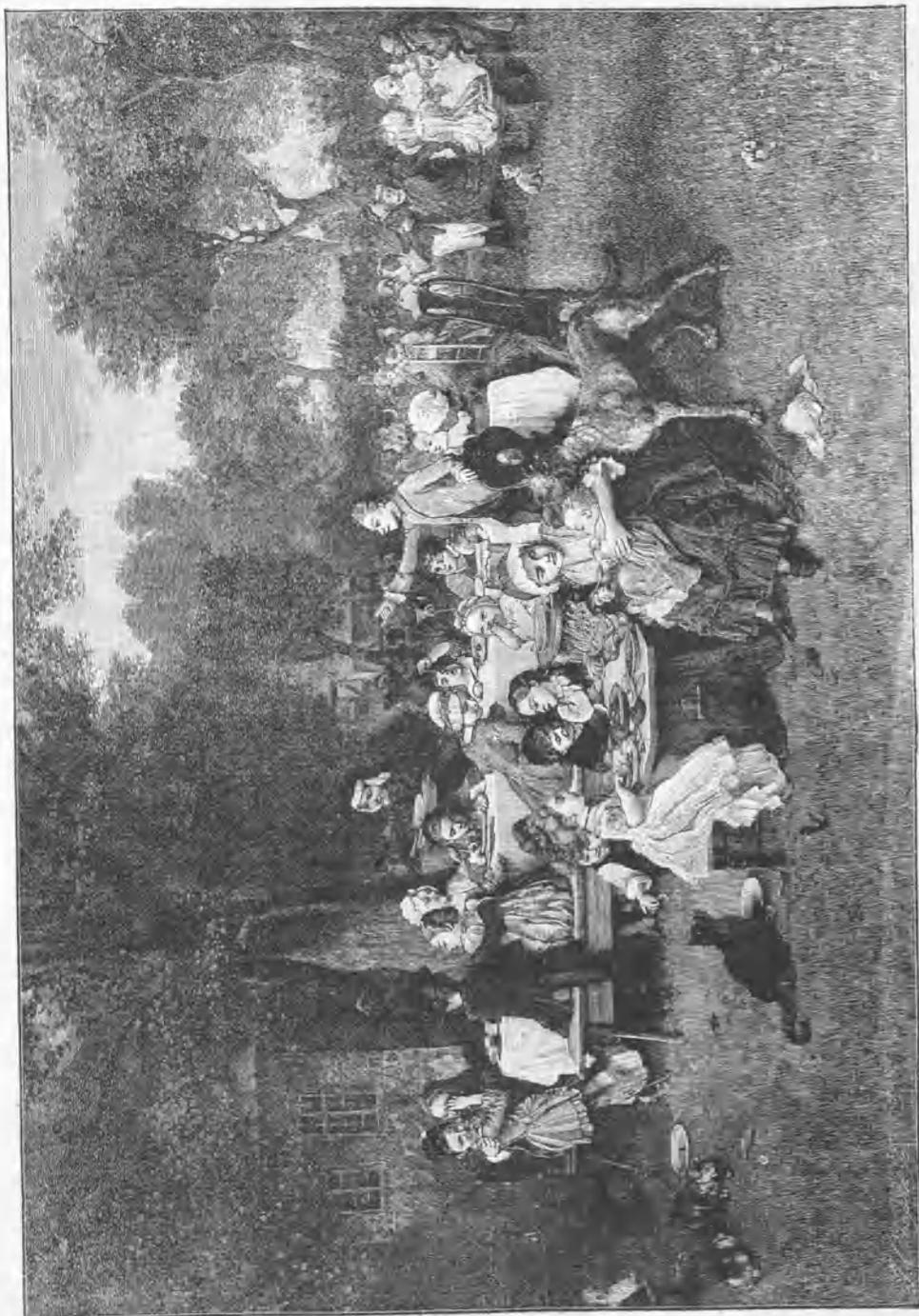
— ¡ Poca cosa! Se le salieron dos costillas de su sitio. Dentro de unos quince días estará ya bien. No te apures, porque ya ves, ¿ qué puede temer á mi lado?

Mari Antón se fué tan conforme.

— ¡ Pobre vieja! — dijo Juan Manuel — ¡ Cuántas nietas tuyas tendrán que servir á tu amo! ¡ La sagardía! ¡ je! Ya se puede convertir en sagardía el mar de Bermeo, porque si nó, no vamos á tener bastante para los dos.

Marchó á hacer sus visitas, y por espacio de muchos días volvía de hora en hora á pulsarme, á hablar consigo mismo y á darme leche, poniéndome en la boca un trapo bien em-

(1) Un año después de escrita esta historia, practiqué por primera vez en París, el doctor Alfonso Guerin, la transfusión de la sangre, por el nuevo sistema de transmitirla de un niño á un hombre de edad.



«EL FESTIVAL DE LOS NIÑOS». — Cuadro de L. Kanam.
(De la galería Stewart.)

papado, que yo chupaba con avidez. Mi estado era extraordinariamente raro; sentía gran calor en todo el cuerpo; me aquejaba un estremecimiento general cuando aspiraba el aire, con ligeros dolores en el pecho, en los costados y en la espalda, y quedaba descansado y satisfecho cuando lo espiraba. Poco á poco pude hablar y me incorporé en la cama. A los veinte días volví á mi casa, acompañado de Juan Manuel. En el camino me dijo:

—Creo que tu vida está ya asegurada para otra nueva época; pero cuídala mucho de no echarla á perder, porque ahora estás expuesto, lo mismo que antes, á que cualquiera enfermedad ó accidente violento te mate. Yo no he hecho más que prolongar tus días renovando la causa ó el sostén de la vida. Lo que nos conviene es callar y aguardar.

Pasó algún tiempo; mi salud y mi robustez eran envidiables, por más que continuaba persistente aquel extraño padecimiento del pecho, el compás de la respiración. Jamás podía convencirme de que Juan Manuel hubiera acertado en sus proyectos; así es que consideraba la operación como una grave imprudencia cometida por ambos durante la embriaguez, y esperaba morir á la edad en que mueren los ancianos.

Cinco años más adelante, mi rostro estaba más sonrosado, mi pulso más fuerte, y ¡cosa extraña! la porción calva que tenía antes en la cabeza se había vuelto á cubrir de hermosos cabellos blancos. Yo estaba asombrado; mis fuerzas y mi apetito se reduplicaban, y las arrugas que tenía en las manos desaparecieron.

Juan Manuel, que entonces acababa de cumplir sesenta años, mostrábase loco de contento; pasaba conmigo horas enteras fumando y me contemplaba con todo el interés y cariño con que un artista mira á su obra predilecta.

—Lo que me asusta—le decía yo—es este raro y constante malestar de mi pecho.

—Y á mí también;—añadió—hace cuatro años que estoy pensando en ello y no atino la causa. Cuando un hombre muda de casa le extraña la nueva habitación por unos cuantos días, pero al fin se acostumbra á ella y vive perfectamente. ¡Hombre, qué diablo! Al cabo de cinco años ya podía la sangre de mi nieto haberse acostumbrado á correr por tu cuerpo.

Transcurrieron otros tres años, y mi rostro aparecía más colorado y mi salud y mi fuerza eran mayores. Mi vida espantaba á cuantos me conocían, porque á mis noventa y tres años iba á cazar corzos con todo el brío de un joven. El día que cumplí los cien acudieron á mi mesa mis parientes, menos unos diez y ocho que habían fallecido, de los que asistieron al convite de mis ochenta y cinco. El curandero había avejetado mucho; su salud decaía visiblemente, y tan sólo en sus ojos brillaba una expresión de vivacidad y de satisfacción marcada, por la que calculaba yo cuánto era lo que gozaba y lo que esperaba al contemplarme. El pobre apenas bebía ya sargadúa; yo continuaba apurandola á vasos sin cuenta.

Una mañana, muy temprano, vino á mi casa, se encerró en mi cuarto y me dijo:

—¿Te has convencido ya?

—Sí, amigo, estoy completamente convencido.

—Pues bien; si aguardamos más tiempo, se malagra todo. Yo me siento muy débil, y si te he de decir la verdad, no me conformo con morirte, teniendo en mi mano la vida. Pero hay una dificultad: aquí no podemos continuar viviendo

para repetir y explotar mi descubrimiento. Nos perseguirán sin tregua. Es, pues, preciso que hagas un gran sacrificio por mí: vámonos á Francia.

—¿Á Francia?

—Sí, allí gozaremos de nuestra maravillosa conquista; allí te iniciaré en mi secreto, me harás la operación, y si nos tiene cuenta, la daremos á conocer de aquí á cien años.

—Yo debo esta segunda vida y te obedezco.

Recogí unos cuantos celemines de onzas de oro que tenía guardadas, compramos dos soberbias mulas, y con excusa de que íbamos á cumplir un voto á la Virgen de Arrate, tomamos el portante hacia la frontera.

Establecimos en Burdeos nuestro pabellón, y Juan Manuel empezó á instruirme en su secreto. Mi inteligencia, lejos de irse perdiendo, aparecía más clara, y mi vista, de presbíta que había sido, se convirtió en serena y regular. Por lo demás, á la verdad, sentía yo así como una pena íntima al pensar que no me moriría nunca, y cuando divisaba algún entierro, me ocultaba en una puerta ó cambiaba de calle, como considerándome culpable de no haber indicado, al que llevaban á tuestas, la manera de no morirse.

Mis cabellos se iban poco á poco volviendo negros, y mi apetito era cada día mayor. Juan Manuel estaba completamente asombrado. Yo parecía á mis ciento seis años mucho más joven que él, y su espanto subió de punto cuando le confesé que me era muy simpática la hija de nuestra ama de huéspedes, Mlle. Basurt, y que me inclinaba á casarme con ella.

Como en el mundo todo se sabe, la ciudad entera se alarmó cuando corrió la noticia de que iba á tomar esposa un hombre de ciento seis años. Me acosaron, me sitiaron, me dibujaron, y mi casa se convirtió en una Babel.

—Tu locura puede costarnos cara—me dijo con gran tristeza el curandero.—Ahora que me disponía á que me operaras, se ha divulgado por todo el pueblo la noticia de tu edad; y en toda la Francia se hablará muy pronto de tí. Estoy profundamente disgustado, y me he dispuesto á abandonarte y á morirme de pena si no me escuchas.

El pobre viejo se puso á llorar y continuó:

—¿Quieres oirme?

—Sí, soy todo tuyo.

—Pues bien; abandona á Mlle. Basurt; olvida ese amor insensato, y huyamos, huyamos de aquí.

—¿Á dónde?

—Á cualquiera de nuestros Estados de América. En cuanto lleguemos, me operas, y viviremos en aquella tierra tanto como el río Marañón.

Me despedí de mi acongojada madamita todo lo diplomáticamente que pude, dejándola un injoso regalo, y, casi en secreto, partimos en un buque inglés para Veracruz.

Durante la travesía, mientras los marineros charlaban en su lengua, nosotros, tendidos en nuestro reducido camaroté, departamos amistosamente, siempre ocupados en el mismo tema.

—Lo que yo no me explico, lo que á mí me vuelve loco, es—decía el curandero—esa completa regeneración que se opera en tí, porque después de mi maravilloso trabajo era muy natural que se conservaran tus facciones de viejo; que tu pelo canoso y tu calva continuaran; que vieras lo mismo, y que tu estómago y otros órganos no aumentaran en activi-

dad, ya que, por mucho que pueda hacer la nueva sangre, podrá ir sosteniendo indefinidamente tu actual estado; pero ¡Dios mío! ¡si sucede todo lo contrario! ¡Si tú cada día estas más joven, más robusto y más lleno de vida!

—A mí—dije yo—lo que me tiene con cuidado es esta revolución completa que tengo en el pecho.

—No creas que lo echo yo en olvido, y muchas noches, cuando me pongo á pensar en ello, tanto y tanto revuelto con mi cabeza, que creo llegar á la locura.

Y por no variar, empezaba á hablarme de nuevo de su aparato, de su plan, de sus esperanzas y de su gloria.

Una tarde, mientras dormía yo la siesta, tendido en mi angosto lecho, vino á mí con los ojos desencajados, me sacudió fuertemente, me hizo levantar, me llevó sobre cubierta á uno de los costados solitarios, y cogiéndome del cuello, empezó á examinar atentamente la cicatriz, que conservaba en él, desde la noche famosa de la operación. Al cabo de un rato se dejó caer en mis brazos como anonadado, y enjugándose una lágrima con el revés de la mano, me dijo:

—¡Buena la hemos hecho!

—¿Por qué?

—¡Maldito vino!

—¿Por qué?

—¡Horror! ¡horror! ¡horror! ¡y mil veces horror! Eres muy desgraciado, amigo mío.

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Qué has descubierto en mí?

—Ven, ven.

Y cogiéndome con sus manos convulsas, volvimos á bajar á nuestro camarote.

—Al fin—exclamó—he dado con la explicación de tu dolor, del estado anormal de tu respiración y de tu regeneración asombrosa! ¡Horror! Cuando en aquella inolvidable noche te inyecté la sangre de mi nieto con mi maravilloso aparato, estaba yo un poco.... ¡vamos! así, un poco....

—¿Mirilis, eh?

—¡Eso es, mirilis! ¡Maldito sagardúa! Tú estabas casi vacío; tus venas y tus arterias, después de la gran sangría, estaban plegadas como un paraguas mojado, é iban á recibir por inyección el torrente restaurador de la sangre de mi nieto. ¡Maldita cena! Al verificar la operación, yo herí con mi aparato á mi nieto en una arteria, y á ti, ¡oh efectos de la borrachera! ¡y á ti te abrí una vena! Por tus venas corre sangre arterial, y por tus arterias sangre venosa. ¡Qué hacer sino regenerarte! ¡Qué ha de suceder sino dolerte el pecho cuando respiras! Tu circulación marcha al revés. Tú vives también al revés que los demás hombres. Tu organismo se va reconstruyendo, al contrario de lo que nos sucede á los demás. Tú vas para joven y los demás caminamos hacia la vejez. Toda la humanidad marcha hacia el día del juicio; tú al contrario, tú caminas hacia el sexto día de la creación. ¡Ajustemos la cuenta!

Y se puso á contar con los dedos.

—Estábamos en un error—añadió—tú no tienes hoy ciento seis años, tienes sesenta y cuatro nada más, porque es preciso contar hacia atrás desde el día de la operación: eres doce años más joven que yo. ¡Maldito sagardúa! Tu corazón y tus pulmones funcionan al revés; cuando aspiras el aire es, como si lo expiraras, y vice versa.... ¡Jesús! ¡Jesús! Yo me vuelvo loco; perdóname!

—Pero, hombre, y eso ¿qué importa?...—le dije.—Yo me siento bien; ¿qué puede sucederme?

—¡Infeliz! ¡Qué ha de sucederte!.... Que cumplirás sesenta años, y luego cincuenta, y después cuarenta.... y....

—Pero ¿no se puede corregir eso?

—Imposible; tú eres un caso que nadie ha estudiado, que ningún doctor ni médico han previsto, que ninguna obra refiere, que nadie ha imaginado siquiera, y del cual ningún hombre ha hablado, ni ha oído hablar jamás. De tí se puede escribir lo más original que se ha escrito en el mundo. Para tí no hay práctica científica; tú eres una paradoja viviente, un absurdo positivo, un imposible real; ¡perdóname!

—¿De modo que!....

—De modo que para mí eres un caso malogrado. Tú me operarás, ¡sin beber sagardúa, ni vino, por supuesto! después de dos días de agua clara ¿entiendes? y luego, veremos si observándote bien puedo curarte. Pero ¡quién! ¡imposible! ¡imposible!

—Y ¿qué haremos?

—¿Qué hemos de hacer? ¡Llorar!

Y Juan Manuel se puso á soltar lágrimas como puños, y yo creí deber llorar también y lloré.

Una noche, poco antes de llegar á Veracruz, una horrible borrasca hizo pedazos nuestro buque. El curandero, abrazado al cajón que contenía su aparato, se ató á un madero que yo pude coger, y por espacio de dos horas fuimos juguete de las enfurecidas olas.

—¡No puedo más!—exclamaba el pobre viejo;— ¡no puedo más!

—¡Animo!—le gritaba yo;—no te mueras ahora que estás á punto de pasar el umbral de la nueva vida; ¡ánimo! ¡mañana llegaremos á la playa, y pronto serás inmortal!

—¡Imposible!—me contestó—sé feliz; toma!—y me alargó la caja.

—¡Animo, que aún es hora!—añadí yo, al mismo tiempo que un golpe de agua nos sepultaba en los abismos.

Cuando volví á flotar, agarrado al madero, habían desaparecido para siempre Juan Manuel y su caja.

Poco después una lancha de Veracruz recogió á todos los naufragos que sobrevivíamos.

Al día siguiente me hallaba sentado en una taberna de la ciudad, con mi pipa entre los colmillos y con la cabeza sostenida entre las manos, discurriendo tristemente.

—¡Pobre de mí! ¡ciento seis! digo, no, sesenta y cuatro años, y cada vez más joven; y Juan Manuel y su secreto en el fondo del mar! Solo en esta tierra desconocida.... es decir, solo no, porque aun conservo, ceñido al cuerpo, un cinco lleno de onzas de oro. ¡Si me volveré loco! El curandero tenía razón; yo vivo al revés que todos los hombres; mi imaginación y mi modo de pensar deberán ir también al revés. Consultaré á un médico; pero no me entenderá, no me creerá. ¿Volveré á mi caserío? Imposible; me tomarán por una alma en pena.

Así estuve luchando largo rato conmigo mismo, hasta que, muerto de sueño, caí dormido sobre el mantel lleno de migajas, que tenía delante.

Algunos días después me ajusté con una caravana de arrieros y salí para Méjico. ¿A qué? A nada; á vivir pensando en mi triste fortuna. ¡Cuántas veces, al atravesar de

noche aquellas hermosas y fértiles cañadas llenas de vida y de vegetación, mientras mis compañeros de viaje cantaban al compás de las campanillas de la recua, pensaba yo, al vislumbrar en el horizonte los primeros fulgores del día, enjugándome una furtiva lágrima!

—¡ Ah, el sol! cuando vuelva á salir, será un día más joven; mañana será para mí ayer, y el año que viene el año pasado!

En Mejico compré una hacienda y dos criados, y viví quince años entretenido en la lectura y en la contemplación. Jamás trabajé en nada. ¿Para qué había de trabajar? Yo oía decir constantemente á mis vecinos: «Cuando yo llegue á viejo habré reunido un capitalito, que hoy formo con mi trabajo, y lo pasaré bien»; y en cambio, pensaba yo para mí: «Cuando yo llegue á joven no faltará un ciego á quien servir de lazarillo, y cuando sea muy niño también encontraré alguna buena mujer que me dé de mamar.»

A mis cuarenta y nueve años, es decir, á mis ciento veintuno, mi transformación era completa. Hermosa barba negra me caía hasta el pecho; mis ojos brillaban llenos de color y animación; mi musculatura redoblaba en fuerza y actividad, y mientras que mis criados indios se iban envejeciendo, había yo perdido por completo mi joroba naciente de anciano y mi arrugado conjunto.

—¡ Amo español se tñe el pelo y se plancha la cara! — decía un criado que me conoció de sesenta años.

—El señor vizcaino *parece* que está cada día más joven y más gnapo— repetían á menudo las vecinas de mi barrio.

Había por cierto, entre ellas, una morena de treinta años, que me tenía muerto con sus encantos. Nos obsequiábamos de cuando en cuando con regalitos, y al fin descubrí que nos teníamos amor, que nos queríamos mucho. Pensé en casarme, y ¡triste de mí! me declaré vencido, como siempre.

— De aquí á poco tiempo—discurría yo—tendré su edad, y ella la mía, y poco después nuestros hijos serán más viejos que yo! ¡ Si ella conociera mi verdadera edad! Pero mi verdadera edad ¿cuál es? ¿Tengo la que se cuenta desde que nací? ¿Tengo la que tengo hoy, ó la que me falta para volver á empezar? ¿Cómo se cuenta esto? ¡No puedo amar, ni casarme, ni tener ilusiones, ni vivir! Mi tormento moral es insufrible, y es preciso que termine.

Decidido á hacerme matar, partí, en calidad de voluntario, con los soldados que envió el virrey, en 1821, contra los indios insurrectos del río Guirrimani. Peleé siempre en los puestos de mayor peligro; pero las flechas, las balas, los lazos y las piedras del enemigo me respetaron.

Terminada la insurrección, hice amistad con los indios y me dediqué á la vida de cazador, con otros cuantos compañeros, en aquellas selvas. Bien pronto aquellas pobres gentes me tuvieron por un sabio. Mi larga experiencia, mis aventuras, mis recetas y conocimientos, y sobre todo mis muchos años, que yo les demostré tener, sin explicarles el secreto de mi vida, les maravillaban en extremo. Mirábanme, sin embargo, con mucha desconfianza, porque no acertaban á entender cómo sabía tanto, y cómo daba tantas noticias de todo, y cómo siendo tan viejo aparecía yo tan joven y tan robusto. Entre ellos, cada cual llevaba su mote y á mí me lo aplicaron pronto; llamáronme: Yhokerr-oytcho; esto es, *¡El gran mentiroso!*

Veinte años permanecí en las selvas. La extraña mezcla de emociones de aquella vida salvaje, que si la escribiera formaría un libro admirable, y mis continuas abstracciones contemplativas sobre mi estado fisiológico, habían variado completamente mi carácter. Se agriaba en demasía mi genio conforme me iba haciendo joven; vivía en creciente impaciencia y excitación nerviosa y en perpetua calentura, á juzgar por el estado de mi pulso.

Había reunido sin trabajo cerca de medio millón de duros, y los miraba con la misma indiferencia que si fueran una fanega de castañas. Sólo en una ilusión hallaba complacencia, porque me ligaba con el entretenimiento y con la historia de toda mi vida: en la costumbre de fumar en mi vieja y mugrienta pipa del caserío de Gusurrandi.

Aburrido del mundo salvaje, determiné trasladarme á los Estados Unidos, presentarme al médico más sabio, explicarle todo lo que yo recordaba del aparato de Juan Manuel, y someterme á una nueva inyección, bien hecha, en cuanto diéramos con el secreto. Me despedí de mis buenos compañeros de las selvas, que me llenaron de regalos, abrazos y recuerdos; dejé los hermosos é inolvidables horizontes del Keshu, atravesé Arkansas, Kentucky, el Ohio y la Pensilvania, y el día 5 de Junio de 1841 tomé posesión de un lujoso cuarto en el Newhaven-Street-hill, sección 8.ª, calle 18 de New-York.

Tenia entonces, contando hacia el juicio final, ciento cuarenta y un años, y contandó hacia la creación del mundo, veintinueve.

Me presentaron al doctor Ph. R. Clerk-Maxwell, quien, al oír el objeto de mi consulta, puso la cara más extraña que puede ofrecer un yankee cuando le dan un puntapié. Examinó todo mi cuerpo, mis papeles, mis recuerdos de tantas edades; me palpó mi cicatriz de narraz; hizo que le dibujara una semejanza del aparato del curandera, y concluyó por quedarse contemplándome extático por espacio de un cuarto de hora. Después, se encogió de hombros, arqueó las cejas, estiró los labios, sacando la lengua al mismo tiempo, y concluyó diciéndome:

—¡Vuelva usted mañana!

Volví en efecto, y hallé en su gabinete otros dos graves doctores, que al verme entrar, clavaron en mí sus ojos, mirándome al través de sus dorados lentes. Les expliqué de nuevo mi historia, mientras uno de ellos tomaba notas, y cuando terminé, se miraron unos á otros haciendo gestos de extraordinaria admiración. El dibujo del aparato de Juan Manuel fué el objeto predilecto de su discusión. El honorable Clerk-Maxwell me ordenó que quedara en su casa para verificar la observación y las experiencias acerca de mi estado.

Duraron éstas quince á veinte días, durante los cuales me alimentó, ya con agua sola, ya con manteca y pechugas de pichón, ó ya con féculas y grandes trozos de carne asada, que me hacía tragar casi á la fuerza. Practicó en mis brazos tres grandes sangrías y sometió la sangre á un número de análisis y pruebas. Cada día venían á verme cinco ó seis doctores nuevos. Clerk tenía en su casa un verdadero anfiteatro, al cual me conduja al cabo de los veinte días, y en él encontré reunido una especie de Congreso médico que presidía un mister viejo y respetable.

Me senté frente á ellos como un reo en un tribunal, y

Clerk leyó un informe científico declarando que realmente mi existencia era un misterio y que debía someterse a una observación de cinco ó seis años en obsequio á la ciencia. Un murmullo confuso acogió sus últimas palabras. Después se levantó el venerable sir Down-Sehouard y dió lectura de otro contrainforme, sosteniendo que yo estaba loco de una clase de demencia no determinada todavía, y que mis noticias y mis recuerdos eran producto de una imaginación enredada y fatal.

Protestaron varios doctores; apoyó el presidente el último dictamen; discutieron por espacio de dos horas, y después de una algarabía infernal de gritos, campanillazos, insultos, amenazas y alguno que otro coscorrón, se votó el punto, y.... fui declarado loco, y conmigo el doctor Clerk, por ocho votos contra cinco, en esta forma:

Dijeron que sí: G. Klein, Ross, Nilbwer, Pretswich, Shun, Thomson, Down y Ghothars.

Dijeron que no: Clerk-Maxwell, Fhrist, Williams, Fegel y Thieppe.

Y no dijeron nada: Freffield, N. Feeldt y Turglion.

Al llegar á la fonda me encontré con la cuenta del doctor.

Sus experiencias, tratamiento, alimentación y dictamen estaban valuados en ocho mil pesos. Las visitas, consulta y dictamen de sus colegas, lo mismo de los que habían votado en pro que en contra, que de los que se callaron, importaban en suma (apareciendo en esta cuestión perfectamente unánimes), veinte mil pesos. ¡Me había descuidado en confesar á mister Clerk que era millonario! Le pagué religiosamente, y me encontré peor que antes de la consulta, con mi estado más abatido, con mi existencia anormal sin remedio alguno y con mi bolsillo algo más exhausto. Tomé pasaje en un buque para España, convencido de que el pobre errandero Juan Manuel sabía más que todos estos doctores juntos, y no pensé en otra cosa que en realizar mi sueño de toda la vida: el de morir en mi patria, en mi caserío de Gusurrandi.

Cuando puse el pie en el puerto de G...., me rodearon dos agentes y me condujeron á la cárcel.

¿Por qué?

Un compañero de viaje, cumplido caballero al parecer, y al cual presté durante la travesía algún dinero, intimando con él, me había delatado al capitán del buque, diciendo que yo era un famoso ladrón que me venía á España con los fondos de una gran sociedad americana. Protesté ante el tribunal y di pruebas de mi inocencia; pero como no pude presentar testigos, y como en cambio me encontraron mucho dinero, cerró la justicia los ojos, ó los abrió demasiado, corrió por entre la curia el hallazgo del gran filón, me encerraron en un calabozo, empezaron á amontonar papel sellado, no me oyeron, mientras envían inútiles exhortos á todas partes y continué sepultado por largo, muy largo tiempo.

Contáronse de mí cien aventuras supuestas, y hasta los ciegos cantaron en las coplas la mentida procedencia de los millones que traía conmigo. El ruido que metió mi causa al principio fué enorme, y tomaron parte en ella, yo no sé para qué, tantos juriscónsultos como médicos me habían estudiado en New-York. Pensé algunas veces en escribir á mi tierra á fin de que se presentaran algunas personas que respondieran de la mia.... pero ¿quién viviría de los que yo conocí! Y si vivía alguno, ¿cómo había de conocerme! El carcelero me miró siempre con gran prevención, y á duras penas logré que me

diera papel y útiles para escribir mis memorias. Llevó los primeros pliegos de ellas al juez, y como estaban redactadas en vascuence, no logró ni aun empezar á leerlas, y me las devolvió, diciendo á mi severo guardián que allí no decía nada y que aquello era la obra de un loco. Concluyó el carcelero por redoblar sus medidas de precaución, poniendo dobles puertas á mi calabozo y haciéndome el servicio por un agujero situado al nivel más bajo de la entrada.

Yo no sé á quién se le ocurrió mandar hacer una visita de cárceles. Cuando llegaron á mi estancia, el carcelero, dando un grito de asombro, retrocedió asustado. Él había encerrado á un hombre de treinta años, alto, colorado y con toda la barba, y se encontró á un mozalbete de unos diez y ocho á veinte, sin un pelo casi en la cara, y envuelto en los harapos de su antiguo traje, que, á la verdad, me estaba muy holgado!

Lleváronme de nuevo ante el juez, y entonces supe que había estado encerrado más de diez años y que de mi dinero de América ya no quedaba un ochavo. La justicia lo había empleado todo en depurar la verdad. La que resultó de la nueva investigación hecha con motivo de esta oportuna visita, fué: que yo, no era yo, y que el preso de los millones se había escapado, dejándome á mí en su lugar. El carcelero fué declarado cómplice de tal sustitución, y le encerraron, dejándome á mí en libertad, después de no poder averiguar quién era aquel nuevo yo que encontraron en mí. Mandaron requisitorias á todas partes para encontrar á aquel yo que había desaparecido, y no le hallaron.

¿Qué le habían de hallar!

A pie, y casi pidiendo limosna, vine á mi tierra.

Pregunté, sin decir quién era, por los que debían ser mis hijos, y me enseñaron á mis nietos, ya casados. Recorrí mi casa y mi huerta, y besé cien veces aquellas piedras, que hacia un siglo fueron testigos de mis alegrías.

Lleno de profunda tristeza, y como avergonzado, hui. Si hubiera dicho y sostenido quién era yo, ¿quién lo hubiera creído? Seguramente al hacerlo hubiera dado de nuevo en la cárcel ó en la casa de locos, perseguido por los míos.

Volví á Madrid, donde por espacio de doce años fui criado, monaguillo, fosforero, vendedor de periódicos, limpia-botas, arenero, y no sé cuántas cosas más. Durante ese tiempo continué escribiendo mis memorias y fumando en mi querida pipa de barro. Mi inteligencia se conservó y se conserva aún clara, pero cada día tengo peor forma de letra, y creo que concluiré por no saber y por no poder escribir: es natural.

En 1863 tenía yo siete años, ó sean ciento sesenta y tres. Hoy tengo seis; me he reducido á mucho menos de mi altura total; se me han caído los dientes de adulto y me han salido los primeros. Hermosos cabellos rubios cubren mi cabeza, y el poder de mi entendimiento se va aniquilando con mis fuerzas y mis tendencias de niño....

Andando, andando y sufriendo mucho, he vuelto á mi país; digo que soy huérfano y pobre, y me dan limosna en todas las casas. Pero estoy contento, porque aun pidiendo limosna, ¿cuán consolador es el vivir al lado de la casa donde uno ha nacido! »

(Aquí estaba muy emborronado el manuscrito, y más adelante decía, en una letra apenas inteligible):

« Me es imposible sostener la pluma ni acertar á escribir

unas letras al lado de otras. No sé lo que será de mí. Sólo ruego al que me encuentre algún día, cuando ya no pueda pedir ni comer, que, si lee estos papeles, me recoja y me lleve á mi casa de Gusurrandi, porque deseo morir en ella.

JOSÉ ANTÓN.»

Mientras yo leía se habían puesto en pie, como espantadas, las mujeres que me rodeaban, y haciendo signos de admiración y de horror, se santiguaban á menudo. Cuando terminé, exclamaron en coro:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Santa Bárbara bendita! ¡Imposible es creer eso! ¡Imposible!

El ama de la casa se había desmayado en brazos de su marido.

—¡Satanás era esa criatura, señor!—me dijo Gusurrandi en su lengua semivascongada.

—No, amigo mío—le contesté;—era su bisabuelo de usted, y al cual su mujer de usted ha dado de mamar!!!

Las mujeres se santiguaron de nuevo y echaron á correr. Gusurrandi me consultó acerca de lo que procedía hacer.

—¡Pues nada!—le dije;—tranquilizar á su esposa y dar todo al olvido.

Al día siguiente me despedí de ellos.

Todas las mujeres de la reunión habían soñado aquella

noche que Juan Manuel el curandero, completamente embriagado, les había puesto su aparato á la garganta.

Me llevé los papeles y prometí á mis buenos amigos de Gusurrandi no darlos á conocer jamás. ¿Por qué los he publicado?

La literatura de las maravillas y de los cuentos estupendos está de moda hace algún tiempo. De Alemania y de Inglaterra nos envían volúmenes celeberrimos, que ponen los pelos de punta y que demuestran que allí se pasa el tiempo y se entretiene la imaginación gustando manjares fuertes. Yo que tenía en mi poder, entre otros tan originales y raros, este legajo de increíble historia, no he vacilado en cambiar en él los nombres de los caseríos y de sus dueños y en darlo á luz, por seguir la moda.

Nuestra tierra tiene, como la del Rhin y la del Elba, sus noches tristes, sus patriarcas «que fuman en pipa», sus filósofos y sus bodegas de sidra, de chacolí y de tiuto de la Rioja, en vez de las de cerveza y de aguardiente de cerezas. También tiene sus historias incomparables. ¿Por qué no he de contar sus narraciones excéntricas? ¿Nos han enviado esos extranjeros alguna más original que ésta?

Ya os iré relatando algunas, tan nuevas y tan increíbles como ella. Y nadie se atreva á poner en duda su certeza, porque aun tengo en mi poder el rollo de manuscritos y la pipa de José Antón de Gusurrandi.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.



MOSÁICO.

(INDUSTRIA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)

GOMIS

VIVE en París, ya hace algunos años, un profesor, natural de Valencia, de nombre José Melchor Gomis. Hombre es éste de raro genio y laboriosidad suma. Mucho hemos dicho ya con esas palabras en su elogio, pero no envuelven la menor exageración. Luchando siempre con su mala suerte, su poca salud, y aun, á veces, con su escasa fortuna, este alma de fuego no ha cesado, sin embargo, de producir continuamente bellas cosas. Nuestro objeto, al presente, es sólo dar noticia de la última ópera suya, que con gran aceptación se ha ejecutado en el teatro Feydeau de París. *Le Portefaire*, que así se llama, y cuya gran partición, que hemos recibido no ha mucho tiempo, y estamos examinando con extrema curiosidad y aun mayor extrema satisfacción, ha llamado la atención del mundo músico de París. Los papeles franceses la han prodigado grandes encomios; en Alemania es probable que se haya ejecutado ya, según noticias del estado en que llevaban los ensayos; y en España, país nativo del autor, ¡ni aun se sabe casi que tal obra existe! ¿No es de sentir, repetimos, y no nos cansaremos de repetirlo, este abandono, esta frialdad, tan profunda indiferencia?»

Esto decía por el mes de Febrero de 1836, en *El Artista*, notable periódico que publicaban en la coronada villa una pléyade de jóvenes que ya por entonces honraban á su patria con sus escritos y con sus obras, un hombre cuyo severo juicio, en lo que al arte musical atañe, aparte de sus virtudes personales (que han hecho envidiable su nombre), he tenido la dicha de poder apreciar; el sabio y virtuoso D. Santiago de Masarnau.

Cierto es que en los presentes tiempos no corre el bello arte los malos trances que por aquella época en nuestra patria, en la cual andaban las cosas de manera, que el mismo Masarnau exclamaba, en otro artículo de la misma revista: «¿Qué ha de hacer aquí un afeitado á música para alimentar su pasión? Como no se contente con los melodiosos ecos de los ciegos de la Puerta del Sol ó de la Red de San Luis, y tal cual banda militar, que pueda seguir, no sin peligro de sus pies, necesariamente ha de ir á la ópera italiana, sea cual fuere el estado en que se encuentre ésta.» Cierto también que hoy no son entre nosotros tan ignoradas como entonces lo eran, salvo contadísimas excepciones, las obras de los grandes maestros del arte clásico; ni reina, en general, el depravado gusto de que el mismo Masarnau se dolía en sentidas frases, y de cuya contagio pocos eran los que se velan libres; pero aun así, nuestro amor patrio no se inflama gran cosa, que digamos, al menos en lo que á la

música se refiere, en exhumar las glorias nacionales y reivindicar el alto puesto que á España corresponde de derecho en la historia del arte.

Hasta la publicación de la *Lira Sacro-Hispana* por el sabio Eslava, harto más apreciada y buscada por los extraños que por los propios, la generalidad de los que al bello arte se dedicaban no sabían, y quiera Dios que muchos hoy lo sepan, que en los pasados tiempos hubo un Ramos de Pareja, un Cevallos, un Victoria, un Morales, un Comes, un Ortells, y tantos otros verdaderos genios de la música. Hoy mismo, el erudito musicólogo Barbieri tiene à *fortiori* guardadas en sus carteras las famosas *cauligas* del Rey Sabio, magistralmente traducidas á notación moderna, y no pocas joyas de nuestros antiguos maestros, faltó de la protección necesaria y debida para darlas á la estampa; y no ha mucho que ha sido necesario mostrar que en nuestro mismo siglo ha habido un bilbaino, Juan Crisóstomo Arriaga, que en edad bien temprana por cierto escribió obras que podían ponerse en parangón con las de los célebres maestros de su tiempo, que fueron admiración del extranjero, y de las cuales el mismo Cherubini, no muy dado á tributar y prodigar elogios, hablaba siempre con frases encomiásticas.

¿Qué mucho, pues, el que Masarnau se doliera de la frialdad é indiferencia con que, por los tiempos en que escribía, eran miradas las obras de Gomis, si hoy mismo, en que el arte ha tomado más ancho vuelo entre nosotros, el gusto se ha depurado, y hay, como se ha visto, cierta tendencia á hacer renacer nuestras antiguas glorias (si bien la noble iniciativa individual no encuentra, hasta ahora al menos, el apoyo que de desear fuera), es seguro que el nombre del notable maestro valenciano que encabeza este artículo ha de coger de nuevo á no pocos? A recordar su memoria y consignar su nombre en este libro, que siempre consagra algunas de sus páginas á los españoles que honraron su patria, se encamina este escrito, en el cual poco hemos de poner de cosecha nuestra. La muerte del por tantos títulos respetable Masarnau, fiel y cariñoso amigo de Gomis, dió ocasión para que pudiéramos leer las cartas que éste dirigiera á aquél en la época más interesante de su vida. Ellas son los materiales de que en primer término hemos de valerlos, á más de algunos escritos de la época (y que la misma triste causa ha puesto en nuestras manos), para trazar las presentes líneas; dejando de librar al dominio público, como el mismo Masarnau cuidó también de hacerlo en la necrología que escribió del maestro valenciano, á raíz de su muerte, ciertos secretos y detalles de intimidad, que si bien en nada amenúan el carácter caballeroso de aquél, antes bien le avaloran, no es lícito al biógrafo revelar, so pena de

ser tachado, y con sobrada razón, de indiscreto; con tanto más motivo, cuanto que crecíamos hasta faltar á la memoria y al respeto de Masarnau, que en el artículo que acabo de citar estampaba estas palabras: «Algunos de sus secretos no ceden en interés á los que la imaginación más viva y exaltada puede figurarse....., pero no saldrán de nuestra pluma ni de nuestros labios. Él supo conservar algunos nuestros hasta la tumba; justo será que los suyos bajen también con nosotros á aquella mansión.»

Nació el 6 de Enero de 1791 D. José Melchor Gomis en la villa de Onteniente, del reino de Valencia, de una familia de labradores tan honrados como escasos de fortuna. A la edad de ocho años entró en el colegio de Seises de la catedral de Valencia, cuya capilla música dirigía por entonces el célebre José Pons (famoso por sus *villancicos*, que alcanzaron gran fama y eran verdaderas obras maestras de su género), quien desde luego cobró gran estimación á su discípulo, al punto de llevarlo á vivir á su lado y hacerle, cuando sólo contaba catorce años de edad, profesor de aquella escuela, cargo que conservó hasta la muerte de su protector y maestro.

Las sabias lecciones de éste, y el provechoso estudio que por su consejo hizo Gomis de los tesoros musicales que guardaban los archivos de aquella catedral y los de los conventos é iglesias de la ciudad del Turia, le hicieron adquirir en breve tiempo gran caudal de saber y no poca fama, al punto de que bien joven aún, en 1817, fué nombrado músico mayor de artillería, sus lecciones se buscaron con empeño, y no mucho después vió acogida con ruidoso aplauso en aquel teatro la primera de las composiciones que libró al juicio público: un monólogo ó grande escena, con acompañamiento de orquesta, que escribió para una discípula suya.

Renunciando luego la modesta posición que en Valencia tenía; lleno su corazón de juveniles esperanzas, y su maleta de gran número de particiones de operetas (de las que, dice Petis, tan sólo pudo conseguir que se pudiese en escena una que llevaba por título *La Aldeana*, que obtuvo honjera éxito), trasladóse á Madrid en 1821, donde nombrado primero director de una música de Alabarderos, que no llegó á formarse, y después músico mayor de un batallón de la Milicia Nacional, vivió oscurecido, sin que por eso se viera libre de la enemiga de algunos de sus colegas en el arte, que por cierto le eran deudores de beneficios. El natural disgusto que esto le produjera; la ruina de las instituciones que más se acomodaban á sus ideas y carácter; el temor, no infundado, de que le hicieran pagar barto caro el haber puesto en música varias canciones patrióticas, que publicó en Valencia el librero Caherizo en 1823, en un libro que hoy no deja de tener cierta curiosidad; y sobre todo, el natural deseo de buscar más ancho campo donde poder desplegar su genio y su talento, le decidieron á emigrar á Paris, abandonando para siempre su patria.

Y á la verdad, si como español podía entristecer su ánimo el trocar por tierra extraña aquella en que vió la luz primera, como artista no debía sentirlo gran cosa. Al pasar que España se encontraba, en punto á música, en el lastimoso estado que hemos descrito, en Francia comenzaba la época en que, merced á propios y extraños, el género lírico-dramático se elevó á gran altura; Bellini y Donizetti hicieron sus nombres inmortales; Rossini llegó al apogeo de su fama, y

Bioldien, Herold, Halevy y Auber dieron días de gloria á la ópera nacional.

Reducido, dice Masarnau, á un cuartito que le costaba quince francos al mes, y á la mesa de un estudiante de la Sorbona, comenzó Gomis á trabajar en Paris con asiduidad y constancia admirables, ganándose la vida con algunas lecciones de canto que le proporcionó su compatriota el célebre tenor Manuel Garcia. Por entonces publicó algunas de las canciones que escribía para sus discipulas, así como dos cuartetos vocales, *La Primavera* y *El Invierno*, con letra escrita *ad hoc* por el Marqués de Azeglio, en los que ya se descubria, sobre todo en el último, que en su autor abundaban el genio y la inspiración, y que merecieron los elogios de los inteligentes. Más tarde, en 1825, dió á la estampa su *Método de solfeo*, escrito con el propósito de que al propio tiempo que esta elemental y esencialísima parte de la educación musical se aprendiese el canto, respondiéndolo á esto el que, según el sabio maestro antes citado, no haya en él lección alguna en que no se encuentre la melodía más pura y delicada, realizada por un bajo sabiamente manejado al punto que la misma escala sea de grandísimo efecto.

El cumplimiento de una promesa en mal hora arrancada de sus labios, á más del deseo de vivir al lado de amigos á quienes quería como á hermanos, le hicieron pensar en trasladarse á Londres precisamente cuando la fortuna comenzaba á serle más propicia: bien que la lectura de sus cartas, por más de un concepto curiosas, dé claramente á entender que por entonces era más honra que provecho lo que iba adquiriendo. «Yo sigo, decía á Masarnau (que se hallaba ya en Londres) en carta de 14 de Enero de 1826, como un loco, trabajando y deseando salir de aquí; sólo porque no puedo me encuentro sin usted. Espero dinero, sin lo cual nada puedo hacer, y estoy sin poder pagar á grabadores ni á nadie.» Su preocupación en aquel momento, el áncora de salvación en que todas sus esperanzas se fundaban, era el *Método de solfeo*. «Mi *Método*, decía en otra carta escrita pocos días después, se concluyó, gracias á Dios; se lo llevé á Rossini; éste lo ha encontrado muy bueno; me ha hecho los mayores elogios, en términos que la adusta de su señora (que hace algunos días está conmigo más amable) me ha pedido con el mayor interés cuándo podrá tener un ejemplar, pues piensa enseñar á sus discipulas por él. Rossini ha estado amabilísimo conmigo hasta el extremo; hace dos días que debía haberme dado la carta para el *Método*, pero no le ha sido posible á causa de sus infinitas ocupaciones; la espero de un momento á otro. Me ha ofrecido darme él mismo una porción de cartas para esa; entre otras, me ha dicho que me daría una para un gran personaje que es el todo del príncipe Leopoldo, marido de la difunta princesa Carlota, heredera del trono; también me dará otras muy interesantes, pero que para esto necesita algún tiempo, por el poco que él tiene.» Suspende aquí su carta; va, por lo visto, á casa de su Mecenas, y lleno de alegría escribe á la vuelta á su íntimo amigo: «Acabo de venir de casa de Rossini y tengo en mí poder su carta; estoy muy contento y muy vanidoso; voy á ver si me es posible copiársela, para que gace también de los honores que se le dispensan al pobre de mí. Lo que es la carta que yo le escribí, la verá usted á mi llegada; está escrita por el Marqués de Azeglio, y no hay más que decir.» Copia, en efecto, la que del inmortal autor del *Guillermo* se lee al

frente del *Método*, y añade después: «El Sr. Rossini me ha hecho escribir una carta para Boieldieu, que él la tomó, y me ha dicho que le hará ver mi *Método* y le hará escribir otra; por lo cual, Rossini no es tan pícaro como generalmente se tiene entendido, y yo no puedo sino decir bien de él. Yo pienso litografiar su carta, porque, en España sobre todo, habrá mucha gente que sólo por ver letra de Rossini será capaz de comprar el *Método*, y al cabo, yo creo que esto no cuesta gran cosa.»

Rossini cumplió su promesa como bueno, dando a Gomis la carta prometida de Boieldieu, en la que éste honraba tanto como aquél el trabajo del maestro valenciano; y para colmo de alegrías de éste, un ilustre español á quien nuestras vicisitudes políticas tenían alejado de su patria, D. Joaquín María Ferrer (que más tarde fué viceprotector del Conservatorio de Música y gran amigo del sabio Esclava), le compró cien ejemplares del *Método* en cuestión, para sacarle de apuros, no siendo esta la única vez que, en honra suya sea dicho, le tendiera su mano generosa.

Nada de esto, sin embargo, apartaba á Gomis de su idea de marchar á Londres, y bien lo prueban los siguientes renglones que en 5 de Febrero siguiente dirigía al amigo de siempre, y á quien miraba como un hermano. «Las buenas noticias que recibo, unido todo á la venta de los cien ejemplares á Ferrer, á la hermosa casa, las cartas que yo esperaba de Rossini, con quien como mañana, y á quien pienso mañana mismo hacer escribir alguna, todo esto tendría mi corazón alegre hasta el extremo; pero...» por lo cual, añadía: abandono decididamente á Paris, en cuanto tenga las cartas de Rossini y de la Colbrand. Lo que siento es que, como pienso sacarle al primero unas cuantas, y esto no es fácil lograrlo sin muchísima paciencia, por los poquitos momentos en que está libre, no podrá ser mi desgraciada salida de ésta tan pronto como yo quisiera, que cierto desearía fuese mañana.»

Gomis no se descuidó, en efecto, ni Rossini anduvo reacción en complacerle, cuando aquél, pocos días después (13 de Febrero) escribía: «Rossini me ha dado tres cartas, y aun me dará alguna otra. Ayer comí con él, y lo embotellé ó abotellé (no sé este verbo cómo irá mejor; su papá nos sacará de la duda). Después de comer me escribí las cartas y aun quiero ver de sacarle alguna otra.... Pero ¡qué cartas llevo! Rossini sólo, hasta ahora, me ha dado cinco, pero de primera clase. Voy todos los días que no hay teatro á verle, y me cobro la visita tomando café y una copa á cuenta de las botellas de marras. Es muy guapo sujeto, y no creo nada malo de lo que han dicho de él.»

Doce días después anunciaba su inmediata salida para Londres, y no estará demás el decir, para formar idea de la estrechez en que vivía (aun á riesgo de que alguna de nuestras lecturas frunza el ceño), que el equipaje que llevaba no había de preocuparle gran cosa, cuando en una de las epístolas que he citado confesaba que, de retardar algo su viaje, llegarla hecho un Adán, porque todo su ajuar lo constituían dos camisas y unos calzoncillos, que de presumir es estuvieran como bandos después de una larga campaña.

Instalado Gomis en Londres desde Febrero de 1826, claro es que su correspondencia con Masarnau hace punto; pero suplen su falta los apuntes de éste, el artículo necrológico que escribió, al cual ya hemos hecho referencia, y el que

sobre el mismo maestro vió la luz, sin firma alguna, en el *Semanario Pintoresco Español*, que dirigía el festivo y castizo escritor conocido con el pseudónimo del *Curioso Parlante*, el inolvidable Mesonero Romanos; á más de las *Efemérides de músicos españoles*, del respetable maestro Saldoni. De todos ellos se deduce que las recomendaciones que llevó, merced á las cuales obtuvo desde luego una favorable acogida, y su infatigable laboriosidad, le proporcionaron bien pronto gran número de discípulos, llenando su bolsa, por demás escuálida, de libras esterlinas; á lo que hubo de agregarse, al poco tiempo, la merecida reputación que le dieran las varias composiciones que hizo oír, y algunas de las cuales dió á la estampa. Y que su mérito era real y positivo, bien lo prueba el que una Sociedad de la importancia de la Filarmónica hiciera figurar en sus programas el cuarteto *El Incienso*, de que antes hemos hablado, haciéndolo oír por vez primera, con gran aplauso, en el concierto que dió á fines de Abril de 1827, y el que el *Harmonicon*, periódico que llevaba por entonces la batuta en punto á crítica musical en las orillas del Támesis, dijera, entre otras cosas laudatorias de Gomis que la obra dicha «era de lo mejor que en su género se había oído.»

Tan buena suerte no fué parte, sin embargo, para que en Gomis se menguara el constante deseo que tenía de escribir para el teatro, que era adonde su inclinación y sus aficiones artísticas le llevaban. Así, aprovechaba todos los instantes de que podía disponer para perfeccionarse en el estudio de la instrumentación, y así mantenía activa correspondencia con Viardot, acerca de una ópera cuya música escribía en colaboración de Masarnau (y cuyo bosquejo tal vez sea uno que hemos visto, y hoy forma parte de la Biblioteca de la Escuela Nacional de Música), según lo manifiesta en carta de Mayo de 1829 dirigida á su amigo, á la sazón en Paris. «Dije á usted que creía conveniente el que no supiese Viardot que usted tenía parte en la ópera, para que no le fastidiasen haciéndole tocar trozos de ella. Sobre esta materia no puedo decir nada; y usted que conoce mis intereses y mi carácter mejor que nadie, puede decir en todas aquellas materias aquello que juzgue mejor, avisándome para que marabemos acordes. Viardot me dijo que debía ir á ver á Scribe, para que éste se encargara con él del poema; esto me parece, como ya dije á usted, el único medio para que nuestra ópera vaya viento en popa; de otra manera irá muy mal, porque Viardot no entiende nada de esto, y con la mejor intención hace y dice cosas que hacen mucho daño.»

En 12 de Junio siguiente, el desaliento se ha apoderado de Gomis al ver desvanecidas, como lo fueron en efecto, las ilusiones que se había hecho respecto á la ópera que traía entre manos: «Viardot me ha escrito una carta que me incomodó muchísimo, y su contenido me asegura que ha conducido el asunto de mi ópera al estado de no ejecutarse jamás, sino cambiando el argumento á gusto de Ducir, lo cual yo jamás permitiré; y se quedará esta ópera para tenerla guardada hasta que Dios quiera que pueda colocar su música en alguna otra; porque no hay duda que leyendo á unos y á otros dicho poema, no faltará quien tome de memoria el asunto y haga un *vaudeville* ó lo que se le antoje...» A pesar de todo, en su naturaleza impresionable aun le queda algún rayo de esperanza, que va aumentando á medida que la pluma se desliza por el papel, cuando al final de la carta se lee

AGUAMANIL DE CRISTAL DE ROCA. (Museo del Prado.)



los siguientes párrafos: «No tengo ninguna copia de la ópera, ni la menor apuntación; pero, por lo que usted me dice, creo haber encontrado la falta, que supongo no es otra, y no es pequeña, y la envío corregida en un pedazo de papel, sólo para que usted me diga si ese es el yerro, ú otro por añadidura. Estimaría que, si no le es de grande incomodidad, me escribiese en un pedazo de papel, puestos para piano, los seis ú ocho compases del primer dúo entre Ramiro y Blanca, y el pedacito de orquesta que hay en el *allegro*, porque, sobre todo para esto último, se necesita conocer mucho el piano; entonces yo escribiría el resto del dúo.... Haga usted por que Viardot no haga tonterías; que trabaje mucho para que la ópera pueda ejecutarse en el mes de Octubre; pero que oculte cuanto le sea posible la necesidad que de ello tengo y los deseos que por mí puede el tener.... Ya verá usted por la apuntación que mando que hay algunos compases aumentados; pero así creo está mucho mejor; dígame usted su parecer.»

Tal vez aluda Fetis á esta obra al decir que Gomis fué llamado en 1829 por el director de la Ópera Cómica para dirigir los ensayos de una partición que habia enviado desde Londres, y los cuales á lo mejor se interrumpieron bruscamente, por la negativa del último á ponerla en escena, lo que dió lugar á un largo pleito, que terminó con abonar al compositor una indemnización de tres mil francos. Que Gomis, abandonando el año audodicho la holgada posición que á fuerza de trabajo se habia conquistado en Londres, y cargado de mamotretos, marchó á París en busca del ideal á que con tanto ardor aspiraba, es cierto; que fuera llamado para dirigir los ensayos de la ópera á que hacia referencia en las cartas que quedan copiadas, posible es también; pero que sufriera el desaire que el célebre musicólogo cuenta, eso no es exacto, toda vez que la verdad de lo sucedido la sabemos por él mismo. He aquí la carta en que lo relata, plagada, como casi todas las suyas, de galicismos, y que aunque sin fecha, por todos los antecedentes está, á no dudar, escrita en aquellos días: «Yo no quiero hablar á usted, dice, con respecto á mis asuntos, porque es una cadena de rarezas tan grande, que ni sería posible hacerlo en una carta, ni en media docena de ellas. Usted decla en la suya, si no se habia podido encontrar ningún influxo para los directores; últimamente; hubiera sido necesario buscarlo para mí, porque ellos ya hubieran fixado una época segura para ejecutar mi ópera; pero, amigo mio, usted no sabe en qué estado se halla este teatro. Si me ofrecieran dinero (que me hace mucha falta), y dejar ejecutar mi ópera, no lo consentiría. Soy yo quien la ha retirado, y estoy muy contento de ello, porque prefiero estar sin ser conocido, que hacerme mal conocer. Yo quisiera darla en el teatro Italiano, pero lo dado mucho, á causa de madame Malibran, una bribona del peor corazón que existe, y en su clase un I.... mujer. Me han hablado para arreglar una ópera en el teatro de *Nouveautés*, en donde hay una orquesta magnífica, pero pocos y no buenos cantores; esta ópera debe ser compuesta de mi música ya publicada. Ha dicho que sí, y están trabajando en el poema. Veremos qué sale de esto, aunque, la verdad, me hallo ya tan desanimado, que veo que nada en que ponga yo la mano ha de salir bien. Yo no sé cómo he escrito, alimentándome hace diez meses de penas y disgustos los más atroces, saliéndome mal todo. Me parece que está en el orden que esto deba cambiar; sin embargo,

yo no sé cómo ni cuándo. Para mayor abundamiento de disgustos, yo esperaba que la obra de Martínez de la Rosa hubiera sido ejecutada á fines del mes pasado, como habian ofrecido; pues no, señor, porque si así hubiera sucedido, del mal el menos; era una época en que todos se hallaban en París, la pieza hubiera obtenido un gran suceso, y yo me hubiera ido á Inglaterra y hubiera aprovechado aún tres meses de ganar algo; y ahora, que al primer actor le ha dado la humorada de ponerse muy malo, lo más pronto que puede esperarse es que sea ejecutada á fines de este mes, época en que la mayor parte han partido para la campaña, en que hace un calor excesivo, nadie gusta de teatros, y, en fin, todo lo que sigue de malo. ¿Y qué hacer? Sufrir.... no hay más remedio, y ver qué quiere Dios ó el diablo hacer de todo esto.»

Al fin y al cabo, el *Aben Humeya* se representó en el teatro de la Puerta de San Martín, y las piezas de canto que Gomis intercaló en el drama gustaron sobremanera, causando grandísimo efecto, sobre todo, al decir de los críticos de entonces, un coro de musulmanes, al punto que uno de los diarios más importantes de la prensa parisiense, después de decir, tal vez con exagerado entusiasmo, que en el trozo dicho habia rasgos de valentía que sólo pudieran haber inventado Händel y Haydn, terminaba su juicio sobre la parte musical del drama diciendo: «que si no estuviera ya demostrado, probaría aquel primer rasgo que su autor estaba destinado á ser uno de los apoyos y gloria de nuestros teatros, cuando tengan directores capaces de apreciar talento tan notable.»

Aun así, pasaron dos años en los cuales Gomis tan sólo fué apreciado de algunos artistas y de un corto círculo de amigos, conocedores, en el seno de la intimidad, del secreto de sus trabajos y de sus ingeniosas inspiraciones, la mayor parte de las cuales eran cantos nacionales, coros religiosos y pintorescas melodias, ecos de la patria, de la cual estaba desterrado; hasta que á poco de verificarse la revolución de 1830 se le presentó á nuestro maestro ocasión de escribir una ópera, pero con las desfavorables condiciones de ser un *libretto* detestable el que le dieron, y fijarle un brevisimo plazo para que lo pusiera en música. A todo, sin embargo, se avino Gomis, en su afán de darse á conocer en el género á que su vocación le llamaba, y al fin, el 29 de Enero de 1831, se estrenaba en el teatro Ventadour su ópera *Le Diable à Seville*, letra de su amigo y protector Cavé y de Hurtado, en la cual, á pesar de que lo disparatado del asunto envolvió á la partición en el naufragio, el compositor aludido sintió la para él nueva y siempre profunda emoción de los aplausos, quedando en la memoria de las personas de buen gusto y saber el recuerdo de las grandes cualidades que á aquél adornaban, y de la originalidad é inventiva de que habia dado gallarda muestra.

Años después se ve á Gomis aspirar á que su nombre figure en los carteles de la Academia Real de Música, *desideratum* de todos los compositores de su tiempo, que miraban aquella escena como la meta de todas sus aspiraciones y deseos. Aparte de la ligera referencia que de ello hace Masarnau en sus apuntes, hay la siguiente carta, fechada el 28 de Julio de 1833, que lo demuestra de modo claro: «Bustos estuvo en mi casa á traerme la carta de usted, pero yo no estaba. Aun no le he visto, porque tengo poco tiempo; pues habiéndose ejecutado *Alí-Babá* (ópera, entre paréntesis, de

Cherubini, que por vez primera se cantó en aquel teatro seis días antes de la fecha que Gomis pone á su epístola), es llegado mi turno, y estamos ahora en una delicada discusión entre el director y yo, con motivo de la repartición de los papeles de mi ópera, en los cuales no hay dificultad sino en el de la principal mujer, que yo he escrito para Madlle. Dorus, con quien el director se halla medio en pleito, y quisiera que yo se lo diera á madame Dumoreau. Esto es imposible, á causa de ser el papel muy dramático, y madame Dumoreau no lo es nada, ni tiene bastante voz..... Cuestiones fueron estas que debieron, sin embargo, terminarse por una avenencia, cuando en 14 de Agosto del mismo año decía: «Yo estoy muy ocupado, porque he empezado una nueva ópera, cuyo poema es casi enteramente mío, y el cual está ya recibido, y quisiera que esta ópera fuese ejecutada antes de Navidad. Las repeticiones de la ópera van bastante despacio; yo no he estado aún á oírlos, porque sólo repiten los coros.»

Sin embargo, y sin que por los papeles que nos sirven de guía pueda traslucirse la causa de ello, la ópera destinada á la Academia Real no llegó á cantarse, como tampoco aquella de cuyo poema reclamaba la paternidad, y que, según nos dice el insigne artista D. Federico de Madruza, testigo presencial muchas veces de las consultas de Gomis á Masarnau y de las sesiones al piano que ambos tenían, debía llevar por título *La Revolte au Sérail*. En cambio, el 31 de Diciembre de aquel año se puso en escena en la Ópera Cómica *Le Revenant*, cuyo libro había escrito Calvimont; ópera fantástica, en dos actos; notable por la riqueza armónica que tiene, y en la cual Gomis, que había hecho cantar tan bien á los frailes en *Le Diable à Seville*, hizo en ella hacer otro tanto á los demonios y al infierno mismo. Jamás—dice un crítico de la época—Belzebú y sus endiablados súbditos, en sus festines, dominados por un báquico humor, habían entonado canciones más á propósito para alegrar los antros infernales. Pero aquella bella música, que, salvo los rasgos característicos y genuinamente españoles que tiene, bien podría confundirse con la de una de las mejores particiones de Auber, á las que se asemeja mucho, tropezó también con un poema detestable; el público aplaudió al músico y silbó al fabricante de prosa, durante treinta noches seguidas, y Gomis—dice el escritor aludido,—permaneciendo en pie sobre las ruinas de sus libretos, adquirió con tan honrosas caídas gran estimación y renombre.

Buena prueba de ello es que Scribe, de quien otro afamado crítico decía por entonces que era un excelente hombre de negocios, que no colocaba sus versos sino sobre buenas y seguras hipotecas, no sintiéndose jamás inclinado á correr la suerte de una asociación cuyos beneficios no estuviesen garantidos por un mérito auténtico y ya probado: Scribe, repetimos, no vaciló en unir su nombre al de Gomis y entregarle uno de sus poemas para que le pasara en música; en lo que, á la verdad, no fué perdiendo, pues que, como añade el escritor aludido, aquél resultó dender al compositor de toda la diferencia que hay entre una deliciosa partición y un mediocre libretto.

La historia de ello es curiosa por más de un concepto, y el mismo Gomis nos la va á contar: «En mi última carta, escribía en el mes de Octubre de 1834, le hablaba á usted del asunto de la ópera, del cual nos había hablado Scribe á Cavé y á mí. Yo, impaciente y malhumorado, no dejaba

sosegar al pobre Cavé, de suerte que el 20 de Septiembre nos fuimos ambos á la casa de campo de Scribe, el cual nos dió mil excusas verdaderas, pero que para mí nada me servían. Por último, dió su palabra formal de que para el 15 de Octubre, ó bien habría escrito el primer acto del asunto consabido, ó en su defecto, que iba á escribir á Meyerbeer para que le devolviera un poema que tenía suyo, y el cual tenía derecho á pedirselo. Nos añadió que el poema de Meyerbeer, en su concepto, era el mejor que había hecho: luego, volviéndose á mí, me dijo que podía estar seguro que el 15 me pondría á trabajar. Desde el 20 de Septiembre hasta el 15 de Octubre lo he pasado de la manera que usted pueda pensar, usted que me conoce; añadiendo al tiempo la desconfianza que yo tengo ahora de todo; pero como no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague, llegó el 15, y yo, á pesar de hallarme en cama, no por eso dejé de levantarme, tomar un cabriolé, irme al Ministerio, coger á Cavé y llevármelo á la casa de campo de Scribe. Llegamos, y tuvimos la dulcísima satisfacción de oír estas encantadoras palabras: «El Sr. Scribe no está en casa; ha mareado á París, y no estará de vuelta hasta las diez de la noche.» La interjección que yo solté fué muy redonda, aunque muy *sotto voce*, á causa de mi carraspera. Le dije á Cavé que tuviese la bondad de escribirle una carta muy corta y muy al alma. Así se hizo, y ambos nos fuimos; yo muy desconsolado y empezando á dudar de la buena fe de Scribe; y el pobre Cavé consolándose y diciéndome que aquél era muy formal y que nunca faltaba á sus palabras, y que estaba cierto que el poema lo tenía hecho y que quería sorprendernos.—He aquí la carta que Scribe le ha escrito hoy á Cavé, y que este excelente amigo me ha mandado por un ordenanza en el momento mismo: «*Mi querido amigo: He sentido mucho no haber estado ayer en Montalasi.—Me encontraba en París, ocupado en las visitas de académicos, y había olvidado que estábamos á 15, y sin embargo, tenía usted razón en contar con la palabra que le había dado. El manuscrito de Meyerbeer está á la disposición de Gomis, ná quien se lo enviaré cuando guste; la cuestión es que nos encontremos, porque estos días estoy siempre yendo y viniendo. Sin embargo, mañana viernes, á las cinco de la tarde, estaré en mi casa, rue Olivier, y como el manuscrito está en París, allí se le dará; mas como no puedo leerle, me alegraría mucho que usted tuviera una media hora libre, y lo pudiésemos leer juntos.—Su afectísimo de corazón, E. Scribe.*» Mañana por la noche vendrá Cavé á mi casa para leer el manuscrito (que ya puede usted creer que yo no aguardaré á las cinco para ir á buscarlo), y cuando lo hayamos leído concluiré esta carta, diciéndole lo que me parezca.....» Así lo hizo, como lo demuestran los siguientes párrafos con que aquélla termina: «Lémos el poema Cavé y yo; ambos hemos quedado contentísimos; es magnífico, tiene situaciones muy buenas y muy variadas; el único pero que yo le encuentro es que creo que tiene demasiada música. Yo voy á estudiarle mucho, mucho, á ver si se puede hacer algún corte, porque temo mucho á la pesadez. Un compositor aguarda á hacer estas cortaduras á las repeticiones generales, porque su música puede cortarse por donde quiera; pero, desgraciadamente, mis particiones tienen el defecto (si lo es) de no poderse cortar nunca sin estropear el pedazo. La escena pasa en España, en Granada ó en Valencia, como se quiera. Esta par-

tiularidad me disgusta un poco; pero hago por hacer desaparecer estas pequeñas susceptibilidades de mi cabeza.»

Mucha desgracia, dice Masarnau en su artículo, tenía Gomis con los poetas, pero también, añade, preciso es decir, en obsequio á la verdad, que su misma imaginación tenía parte en estos petardos. Él creía á veces una escena sublime, donde la generalidad veía solamente el ridículo, uno de los más grandes escollos de los que escriben para el teatro; y si alguna duda pudiera quedar de la verdad de tal aseveración, el *Portefuile*, que fué al fin la obra de Scribe que Gomis puso en música, y que, por lo que el lector verá, no fué ya el libro que á los dos amigos llenó de gozo, sino otro que entusiasmó no menos á aquél, la confirmaría por completo. Antes veremos, sin embargo, cómo, de qué manera y bajo qué impresiones iba el compositor, cuya salud comenzaba á decaer, escribiendo su música.

«Las noches, decía en 11 de Septiembre de aquel año, las paso solo como un porro en mi cuarto, fastidiado hasta no más, porque Scribe aun no me ha dado nada. Hace tres semanas que le vi; me dijo que tenía toda la pieza en la cabeza; me dijo el asunto; me explicó el primero, segundo y tercer acto; pero me añadió que todo esto necesitaba acabarlo de madurar para ponerlo sobre el papel; que en cuánto tuviese el plan escrito me haría el primer acto, el cual espero de día en día, y cada uno de ellos se me hace una eternidad. El asunto no es el que él había indicado de L. B. Noire; pero es otro que él cree dará mucho dinero, y yo lo creo también, porque es muy nuevo y al mismo tiempo conocido. Usted dirá: ¿qué quiero decir eso de nuevo y conocido? Yo responderé como el labrador de Valencia: *mysterium.....*»

Gomis, sin embargo de que cada vez se sentía más débil y más enfermo; que había perdido la voz y estaba aburrido con tanto remedio como le propinaban los doctores y con el encierro absoluto á que le tenían sometido, seguía, sin embargo, trabajando con ardor en su obra, á medida que el poeta le daba materiales; y ya en 30 de Noviembre del mismo año, después de decir que empezaba á perder el ánimo y se encontraba hacia dos días muy abatido, añadía: «Trabajo en mi nueva ópera cuanto puedo, y muchísimo más de lo que hubiera creído, porque no tocando apenas el piano, todo mi recurso era el canto. No obstante, parece que Dios, viendo la necesidad que tengo, me inspira, porque á estas horas estoy instrumentando el final del primer acto, que es enormemente largo de escribir, aunque corto de duración. Procuero hacer cuanto malo me es posible, sin escandalizarme yo mismo, y veremos si de este modo no dicen que *c'est trop sevré*. Lo malo es que el segundo acto es casi todo serio y trágico; veremos cómo soplarles alguna contradanza, venga ó no á pelo, sin perjuicio de tanto en tanto sacar las uñas, porque usted sabe que las contradanzas vienen siempre á pelo á los franceses, y mucho más á ellas, que luego se las ve en los palcos batiendo el compás con las plumas de los sombreros, y *charmant, charmant*. Esto es un demonio, y no hay que decir: ó hacer contradanzas, ó no gustar sino medianamente, y además vender mal la partición. Hoy día sabe usted que los editores de música no sacan el coste de las particiones que de las cuadrillas; así que *La Prison d'Edimbourg*, música de Carafa, no se representó mas de diez ó doce veces; el editor ha dado nueve mil francos, y se ha salvado con las cuadrillas; y mi partición no le

costó á Schlesinger sino tres mil, y creo que debe perder mucho».

El 30 de Enero de 1835 anunciaba á su constante amigo que, á Dios gracias, había concluido la ópera, la cual le tenía muy consolado, porque había temido morirle antes; y á pesar de que su situación nada había de tener de lisonjera, su espíritu activo y laborioso le hacía ya pensar en procurarse un nuevo poema, cuya música había de escribir en un viaje que proyectaba, y para el cual invitaba á Masarnau, en busca de la salud perdida. Sin embargo, vésele no muchos días después volver á retocar su obra, escribir la introducción de ella y aplazar su marcha á Italia, porque á fin de mes (carta de 23 de Febrero siguiente) tenía que presentarla para que hicieran las copias, y los ensayos iban á principiar luego que se pusiera en escena *Le Cheval de Bronze, opera chinoise*, de Auber y Scribe, lo cual debía tener efecto, lo más tarde, á mediados de Marzo. Y por cierto que, como dato curioso, no hemos de privar al lector del final de la citada epistola. Dice así: «Rossini siempre aquí tan goapo. Últimamente se ha dado una ópera de Bellini, nueva, *I Puritani*. ¡Gran sucesos! Yo no la he visto, porque no salgo de noche. El lunes 23 se da la *Juice*, de Halévy, en la Gran Ópera».

Los ensayos del *Portefuile* comenzaron, en efecto, en la época anunciada, y la carta en que da cuenta de ellos es la prueba más concluyente del lamentable estado en que el desgraciado maestro se encontraba ya: «Las fuerzas me faltan (23 Abril 1835); mi mal ha anodado mi físico, en términos que no vale dos sueldos, aunque el semblante es mejor que nunca; y si la voz me volviese, cierto que yo no me quejaría; pero no vuelve, y su falta ha irritado tanto mis nervios, que estoy intratable. Ello es cierto que á pocos podría fastidiar, porque paso mi vida como un lobo, solo, leyendo cuanto puedo, y lo restante fastidiándome hasta el infinito. Hace algunos días que principian las repeticiones, en las cuales acabo de perder la poca paciencia que me queda; gracias aún que los actores, tanto hombres como mujeres, tienen por mí ciertas consideraciones que á mi mismo me asombran, porque hay días que porque las cosas no van á mi gusto (lo que yo mismo esozco luego que es imposible) me levanto maldiciéndolo todo, me voy y la dejo todo con intención de no volver más. Afortunadamente, llega la noche, duermo, mis nervios se calman algún tanto, y al otro día me hallo dispuesto á principiar de nuevo á rabiár. Ya ve usted que es un gusto. Pues más tarde, cuando vengan las repeticiones á grande orquesta, ¡yo que no tengo ánimo ni para corregir una nota! ¡Dios me asista, que bien lo necesito!»

Le Portefuile, deliciosa partición de Gomis, se representó con gran éxito para éste, por vez primera, en el teatro de la Ópera Cómica el 16 de Junio de 1835. Hago gracia á mis lectores del argumento, tomado, según leo en una de las críticas que á raíz del estreno de la obra se escribieron, de un drama titulado (y no se vaya á creer que es errata de imprenta) *Peblo, ó el Jardinero de Valencia*, y en el cual hay un D. Rodrigo Melendes, marqués de Villamayor y capitán general de Granada (la acción pasa en 1823); un Gaspatillo, cuya mujer es gitana, y la Sibila á la cual acude todo el señorío de la ciudad de Boabdil á contar sus cuitas y pedir consejos, mediante un *por quanto vos contribuis-*

GALICIA PINTORESCA. — KENA CORREDOIRA. (Dibujo de Casanova.)



teís, etc.; un Don Rafael, hijo del Virey (*sic*); y pasan y se dicen cosas, que prueban una vez más el ya tradicional y profundo conocimiento que de los hombres y de las costumbres de España, han tenido la mayoría de los literatos de allende el Pirineo, uno de los cuales, y de los de más nombradía, sabido es que mostró su suficiencia en la materia en su novela *Piquillo Alíaga*, donde la verdad del fondo corresponde en todo y por todo con la de la porriada.

En cuanto á la música que escribió Gomis, es bella, elegante, graciosa, rica de combinaciones armónicas, y en momentos dados, eminentemente dramática, dejando traslucir toda la influencia que en él ejercía Weber, de quien era apasionado; no faltando crítico, como el del *Journal du Commerce*, cuyo artículo tenemos á la vista, que llegara á decir que en el *Portefeuille* había trozos que podían soportar la comparación con los más bellos cantos del *Roberto el Diabolo*; siendo tanto más de notarse las cualidades que en la obra resaltan, cuanto no es posible que el poema inspirara gran cosa á Gomis, al punto de que ya por entonces se dijera, que si la misión del genio es vivificar un asunto que por sí es infecundo, revestir de ciencia y de melodía una mala prosa limada, y hacer escuchar hasta con placer una obra, que entregada á sus propias fuerzas hubiera caído pronto en el olvido, el maestro valenciano había llevado á cabo ya por tres veces tan difícil tarea.

Buena prueba de la estimación y aplauso con que se acogió el *Portefeuille*, fué que, según Gomis participó á su amigo, varios teatros de Alemania se apresuraron á pedir la partición, y en Stokolmo comenzó á ensayarse á muy luego. Todo era gloria para aquél, y sin embargo, la amargura rebotaba en el corazón del artista, que no teniendo á su lado á quien comunicar sus penas más íntimas, al cabo de algún tiempo (en 9 de Septiembre de 1835) escribía á Masarnau: «Ya escribí á usted á los quince días, poco más ó menos, de haberse dado el *Portefeuille*. Decididamente creo que es una fatalidad, lo cual hará que yo haré una música muy buena y no ganaré una peseta. El *Portefeuille* me ha producido muchísimo menos que el *Revenant*, con la particularidad de que mi última ópera tiene una canción, un aria de Chollet, que ha hecho un efecto indecible; dos romances muy populares, de los cuales el peor ha tenido un grandísimo suceso; un dúo entre Chollet y Muelle. Prevost; una ronda cantada por Chollet, que ha gustado mucho, muy popular y muy fácil. Pues á pesar de todo esto, de no haber habido en solo diario que haya hablado mal, la partición se graba á mis costas, pues no he podido venderla á ningún precio. ¿Qué pensar de esto? Yo no sé nada; mi última ópera ha tenido más suceso que las anteriores, y no me ha valido nada. El poema era de Scribe, que es el mejor poeta francés; el poema se ha vuelto malo desde el momento que debía servirme á mí. Ello es preciso ser de mármol para hacerse superior á todo; en el día estoy peor, si es posible estarlo; no sé qué hacerme. Afortunadamente, Dios no abandona jamás á los hombres. ¿Cómo hubiera podido yo creer que sin poder hablar una palabra, sin tocar el piano, hubiese podido hacer una ópera? Jamás lo hubiese creído; sin embargo, Dios me ha dado medios para hacerlo, sin lo cual, ¿qué sería de mí, si, como Boieldieu, no pudiera escribir una sola nota? »

Sin embargo del abatimiento que esta carta revela, y para

el cual se amaban su mala suerte con los poetas, y su postración física, mayor de día en día, aún se ve al espíritu de Gomis cobrar ánimos y prepararse á nuevas luchas. Así aparece en carta de 21 de Diciembre del propio año:

«Hace un mes que firmé un contrato con el director de la Grande Ópera y con Scribe. Este último debe darme el primer acto (de una ópera en tres) á fin de Diciembre, y los dos restantes á fin de Enero. Yo debo presentar mi partición á la fin de Agosto de 1836, y el director debe hacerla ejecutar después de tres que hay antes de la mía, de las cuales una es la *Saint Barthelemy*, de Meyerbeer, cuyas repeticiones hace seis meses que andan. Todas estas cláusulas van aseguradas con una multa de veinte mil francos al que faltare á su *enganchamiento*. Como ya no me fio de palabras, y sólo si de asuntos escritos en papel sellado, y con una multa gorda al canto, estoy en este momento en arreglo con la Ópera Cómica, donde quisieran hacerme trabajar á su beneplácito, y que yo me fiase de las palabras, á las cuales me han faltado cien veces. Si el nuevo contrato se verifica, se lo avisaré á usted; por ahora ya sabe usted que el principal es el de la Grande Ópera. Scribe me ha contado el asunto; es magnífico: los amores del rey D. Rodrigo con la Cava y la entrada de los árabes en España. Scribe manifiesta gran interés en darme una cosa buena, para lavar su mancha pasada del *Portefeuille*....»

El contrato con la Ópera Cómica se llevó á cabo á mediados de Enero de 1836, y por él se comprometió Gomis á escribir dos óperas, una en un acto, cuyos trabajos comenzó desde luego, y otra en tres, que se proponía hacer en cuanto terminara la que traía entre manos para la Academia Real de Música. Destinada la primera, para la cual le habían señalado un brevísimo plazo, que él acortó, para Mlle. Dornas, artista de fama en aquel entonces, no pudo al fin cantarla, siendo sustituida por Mme. Casimir, que la estrenó el 13 de Mayo de 1836. *Rock le Barbu*, letra de Duport y Desforges, fué el canto del cisne del célebre autor, cuya azarosa y corta vida, mezcla de glorias y de tristezas infinitas, hemos en gran parte revelado, y cuya última carta, comenzada á escribir el 7 de dicho mes y terminada el 14, al paso que da cuenta del éxito que la obra tuvo (y confirman los periódicos de entonces), anuncia el merecido premio que había recibido su autor, y sobre todo, revela el estado de postración en que se encontraba. He la aquí: «Acabo de salir de una enfermedad que no lo cré; he estado diez y seis días con calentura, sufriendo lo que no es decible; hace otro tanto tiempo que estoy convaleciente; pero no puedo aún tomar fuerzas. Además, el tiempo ha sido tan malo, que si no en coche, me ha sido imposible salir, y eso me ha hecho mucho mal. Hoy ha hecho muy buen tiempo. Dios quiera que siga, y espero restablecerme. El objeto principal de esta carta es para decirle á usted que el sábado 30 de Abril me nombró el Rey *chevalier de la Legion d'honneur*. Sabiendo el gusto que á usted y á los demás amigos les causaría esta noticia, yo hubiera querido escribir en el momento; pero las fuerzas me faltaban absolutamente, y al fin me he decidido á escribir, bien que mal, porque la cabeza se me va un poco.... Aquí suspendí la carta, y esperé para concluirla á que se ejecutase una ópera en un acto, cuyas repeticiones generales se habían hecho ya las primeras. En fin, ayer viernes 13 se dió la primera representación, y tuve un gran suceso. El poema no es

un *chef d'œuvre*, pero no es malo y ha gustado. La música, que yo he hecho en menos de un mes, ha tenido mucho, mucho suceso, según me han dicho todos los que han venido después de la representación á mi casa, pues yo todavía

estoy muy débil. La ópera se llama *Roch le Barbu*. Adiós; no puedo más.»

Y así era. Su extrema sensibilidad, el cúmulo de contrariedades que sufrió en su vida privada, y su laboriosidad admirable, convirtieron en pocos años aquel joven, lleno de animación y de vida, en un viejo achacoso, decrepito y macilento; y víctima de una tisis laríngea, cuando iba á recoger el fruto de las inmensas fatigas á que había sacrificado su existencia, cuando el porvenir le sonreía, y soñaba con la gloria que habían de darle las sublimes inspiraciones que su genio le había dictado en *El Conde don Julián*, con que le abría sus puertas la Academia Real de Música, objeto único de sus esperanzas y deseos, Gomis rindió el último aliento el 4 de Agosto del ya citado año de 1836, cayendo, como dice uno de sus biógrafos, en el umbral del templo, y sin que una mano amiga cerrara sus ojos, añadiremos nosotros, á ser cierta la versión de

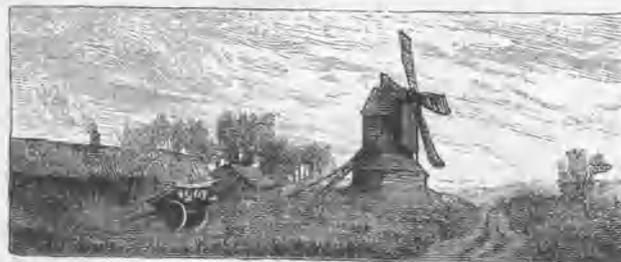
que, chocando el silencio que reinaba en su vivienda, y abierta á viva fuerza la puerta de ella, encontróse al célebre compositor tendido en el lecho y con evidentes señales su cadáver de haber muerto algunas horas ha.

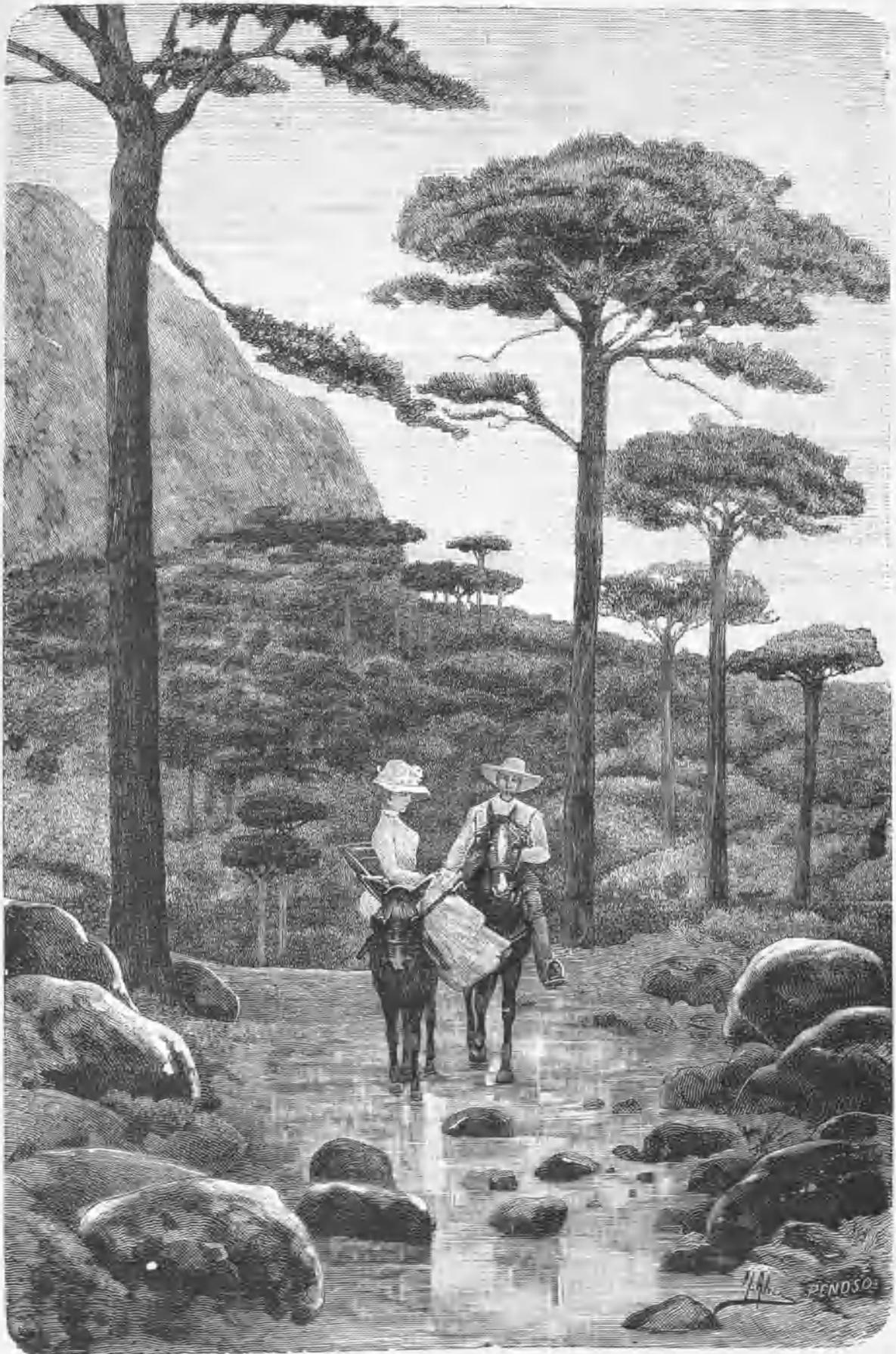
Y si el artista que á su muerte dejaba inéditas, como única herencia, las bellas particiones de *La Damnée*, *Botany-Bay*, *Leonore* y *Le Favori*, era de tan gran valer, que supo hacer brillar su nombre al lado de los grandes genios del arte lírico-dramático que por entonces estaban en todo su apogeo, el hombre no era menos digno de alabanza; y como á pesar del espíritu recto é imparcial que tanto distinguía á Masarnau, pudieran parecer exagerados los elogios que de él hacía, y que en más de una ocasión le oímos, creyéndolos inspirados en la estrecha amistad que le había ligado con aquél, acudiremos al testimonio de los extraños, y sean sus palabras el término de nuestro trabajo.

«El elogio de Gomis —decía Viardot en *Le Siècle*— sería bien incompleto si se limitase á sus obras. Al admirar el artista, ¿podía uno dejar de amar al hombre? Apelo á cuantos le han conocido. Con aquella imaginación ardiente, viva, llena, no de recuerdos, como otras muchas, sino de ideas propias, Gomis tenía un entendimiento lleno de fuego y de las más felices ocurrencias. Su conversación era original y picante como sus composiciones. Tenía, además, un alma hermosa, noble y tierna; era altivo sin menosprecio; generoso sin apariencia; sensible, servicial y reconocido; hombre de una rectitud inalterable, de una franqueza sin igual, que sorprendía al pronto, y hería, quizá, á las almas mezquinas, pero que luego seducía y se hacía estimar como una cualidad preciosa y rara. Gomis no ha hecho, ni dicho, ni pensado mal; era bueno en toda la extensión de esta palabra, que se ha hecho demasiado común; y si no tuvo más que un pequeño número de amigos, pues vivía lejos del mundo y satisfecho con la casa de Sócrates, al menos estaba seguro de ser querido eternamente por ellos, y de vivir mucho tiempo en su memoria.»

No es de extrañar, pues, que á quien tan bellas cualidades reunía, dedicase, al dar la triste nueva de su muerte, en la *Gaceta musical de París*, el severo y austero Berlioz, estas sentidas frases: «Gomis ha hecho bastante para que su patria se glorie de haberle dado á luz, y se afija de no haber adivinado el mérito de tal hijo. Si alguna cosa puede, sin embargo, mitigar la aflicción de la España al saber la muerte de Gomis, son, sin duda, las lágrimas sinceras que el ilustrado público francés vierte sobre su tumba, y el homenaje que rinden á su memoria los artistas de todas las escuelas.»

J. M. ESPERANZA Y SOLA.





PASO DE «CUELGA-MOROS» (GUADARRAMA). — (Dibujo de Manuel Albázar.)

Á MIS HIJOS

EPÍSTOLA

Hijos míos, mi gloria, mi alegría,
Que en la senda del mundo fatigosa
Sois alma y luz de la existencia mía:

La edad de la inocencia venturosa
Os sonríe feliz y placentera,
Pues la vida en su albor siempre es hermosa.

Disfrutadla tranquilos. ¡Quién pudiera
Detener en su curso apresurado
Del insaciable tiempo la carrera,

Y veros siempre niños á mi lado,
En la santa ignorancia bendecida,
Ajena al sufrimiento y al cuidado!

¡Oh dulce edad, tan rápida y querida,
Feliz mil veces tú, pues aun ignoras
Las sombras y tristezas de la vida!

¡Cuán raudas pasan las risueñas horas
En que el alma, sin odio ni recelo,
Sólo sueña con ángeles y auroras,

Y aunque sin alas para alzar el vuelo,
Conserva la memoria en su regazo
Reminiscencias místicas del cielo!

Pero inútil afán. En corto plazo
Llamará la razón á vuestra puerta,
De la infantil edad rompiendo el lazo,

Y á vuestra vista deslumbrada, abierta,
Veréis del mundo la anchurosa vía,
Alegre para el alma que despierta,

Porque es, al fin, el comenzar de un día,
Y ni en el mismo invierno hay alborada
Sin un rayo siquiera de alegría.

Antes de que empecéis vuestra jornada,
Consagrad de esta carta á la lectura
De vuestros ojos la primer mirada;

Mi voz'oid, aunque os parezca dura,
Que jamás otra alguna en vuestro oído
Resonará tan llena de ternura.

Juzgando estrecho del hogar el nido,
Saldréis al mundo, dirigiendo el paso
Por frondoso verjel llano y florido,

Y, como todos, pensaréis acaso,
Que es la vida perenne primavera
Que alumbra un sol sin límites ni ocaso

¡Terrible decepción la que os espera!
El odio infame, la ambición temida,
La ingratitude, del hombre compañera,

Todos los torcedores de la vida,
Os acechan al borde del sendero
Con la sangrienta garra apercebida.

Bajo su golpe, rápido y certero,
Bien pronto sentiréis la mordedura
Inolvidable del dolor primero.

Que no os parezca vuestro mal sin cura;
Todo pesar, al fin, lleva consigo
El consuelo eficaz de su amargura.

Es el primer dolor un fiel amigo
Que, al encuentro saliéndonos, nos lleva
La nueva infausta de que fué testigo.

¿Qué culpa tiene quien nos da la nueva
Del rudo golpe ó la contraria suerte
Con que el destino nuestro temple prueba?

Nunca ha de vacilar el alma fuerte:
Lo que la mente no, la fe lo alcanza
Y no hay mal sin remedio ni en la muerte;

Pues si á su abismo lóbrego nos lanza,
Sus sombras ilumina y sus horrores
La dulcísima luz de la esperanza.

Espinas halla dondè sueña flores,
Quien la felicidad busca sin tino
Del mundo ó de la suerte en los favores.

¡Cuántos en pos de su fulgor divino
Corrieron sin descanso y con vehemencia,
Consumiendo la vida en el camino,

Sin sospechar ni un punto, en su demencia,
Que está en nosotros mismos la ventura
Y consiste en la paz de la conciencia!

Ella el único bien nos asegura:
Poned constantes vuestro fijo anhelo
En conservarla cual la nieve pura,

Sin odios, sin envidia, sin recelo,
Transparente y dormida como el lago
En cuyas aguas se retrata el cielo.

No de la humana gloria en el halago
Busquéis felicidad, dicha ilusoria,
Cuyos placeres truécense en estrago.

No es ya deidad purísima la gloria
Que nos muestra en la lucha de la vida
El preciado laurel de la victoria;

Es cortesana impúdica vendida
Que revuelca en el fango su belleza
Desgreñada, procaz y envilecida,

Y sin alas, ni encanto, ni pureza,
En vez de alzar el vuelo hasta la altura,
Se arrastra cual reptil por la maleza,

Ni menos la ambición soberbia y dura
Derrame en vuestras almas su veneno
Con falaces promesas de ventura.

Sitio es su cumbre de peligros lleno
Y no siempre, hijos míos, quien lo toca
Es el más venturoso ni el más bueno.

¡A cuánto crimen la ambición provoca
Con su anhelar eterno y afanoso
Que el instinto del bien hiere y sofoca!

¿Y es por esto feliz el ambicioso?
Lleva consigo su tenaz empeño
Largas noches, sin tregua ni reposo,

En que visiones mil, de torvo ceño,
Con su vago clamor y su presencia
Turban la paz benéfica del sueño.

Vale más, como bien de la existencia,
Dormir en lecho duro y olvidado,
Sin temores que turben la conciencia,

Que revolcarse insomne y agitado,
Por extraños fantasmas perseguido,
Sobre lecho de plumas y brocado.

Odia la dicha el mundanal ruido;
Que para ser feliz no busca el ave
Sino la oculta soledad del nido.

Mas no siempre es la vida peso grave;
También ofrece á nuestro noble anhelo
Un atractivo mágico y suave.

El amor, alma y luz, gloria y consuelo,
Bálsamo del dolor, fuente de vida,
Emanación purísima del cielo.

A su mirada hermosa y bendecida
Disipase el pesar, todo florece,
Y vuelve al alma la ilusión perdida;

Como ante el alba, apenas aparece,
Cobra savia la flor y el viento aroma,
Cantan las aves y la vida crece,

Hasta que, al fin, tras la encendida loma,
Con noble majestad el rey del día
Deslumbrador y fulgurante asoma.

Sólo el amor á la ventura gula;
Y ninguno tan grande, tan profundo,
Tan lleno de ternura y de poesía,

Como el que inspira Dios, sabio, fecundo,
Poderoso, magnífico, clemente,
Alma del orbe y redentor del mundo,

Su soplo anima cuanto vive y siente;
Él encendió la idea abrasadora
Que surge, como el rayo, de la mente:

A su voz, potentísima y creadora,
Tras una noche eterna y sin medida
Brilló en el cielo la primer aurora;

La tierra despertóse estremecida,
Fructificaron las campiñas bellas,
Movióse el mar y palpité la vida,

Y al luminoso rastro de sus huellas
La lóbrega extensión de lo infinito
Se tachonó de innumerables estrellas.

Dios salvador y pródigo y bendito,
Que por amor hacia el linaje humano
Vino á vivir al mundo cual proscrito,

Más grande cuando al pobre llama hermano
Y ensalza la humildad, y oye al creyente,
Y al llanto y al dolor tiende la mano,

Que cuando, con su soplo omnipotente,
Saca de los abismos de la nada
La creación inmensa y sonriente.

¡Oh religión dulcísima y sagrada,
Que al nacer nos recibes placentera
Cual cariñosa madre alborozada!

Tú acompañas al hombre en su carrera;
Tú le entregas después honrada y pura
Á aquella que buscó por compañera;

Tú endulzas de su muerte la amargura,
De otra vida mejor con el anhelo,
Y por fin, al abrir su sepultura,

En ella, como signo de consuelo,
Pones la cruz que tiende suplicante
los brazos redentores hacia el cielo.

Otro amor, á la vez tierno y constante,
Que endulzará también con su belleza
Cualquier dolor que os hiera y os quebrante,

Lo inspira la feraz naturaleza,
Nuestra madre común, santa y querida,
Faro en el hondo mar de la tristeza.

La tierra, que devuelve agradecida
En tiernos frutos y pintadas flores
El germen que en su seno toma vida;

El continuo trajín de las labores;
El arroyo que corre y culebrea
Donde su sed aplacan los pastores;

La mies dorada, que en el llano ondea,
Ofreciendo á la vez pan y ventura
Al labrador que en ella se recrea;

La vid, con su pomposa vestidura,
Que en racimos sin fin encierra y cria
Del generoso vino la dulzura;

La clara noche y el sereno día,
Todo es en tí, naturaleza hermosa,
Vida y calor y encanto y poesía.

¡Y cuánto tu lección es provechosa!
El zumbador enjambre, que padece
En continua labor, larga y penosa,

Enseñanza y ejemplo nos ofrece
Del redentor trabajo en el sendero,
Que dignifica al hombre y lo ennoblece.

El ruiseñor, enamorado y fiero,
Que canta venturoso cuando anida,
Enmudeciendo al verse prisionero,

Á gozar nos enseña, sin medida,
La dulce libertad, don soberano,
Acaso el más precioso de la vida.

La pobre hormiga, que conserva el grano,
¿No da también ejemplo conocido
De orden y previsión al hombre vano?

¿Y quién, en fin, tan tierno y tan rendido,
Que no pueda tomar lección de amores
De la paloma cuando forma el nido?

Y á un mismo tiempo pájaros y flores,
El mar y la montaña y la llanura,
Con olas y perfumes y colores,

Al hombre todo, sin cesar murmura;
«Cuanto á tu vista ansiosa se derrama
Dios lo formó pensando en tu ventura;

»La tierra entera por su rey te aclama;
Goza tu dicha en paz, tuyo es el mundo;
Bendice al Hacedor, y vive y ama.»

También el patrio amor santo y profundo,
Cual religión sagrada y amorosa,
En vuestras almas crecerá fecundo

¿Y quién no te ha de amar, oh patria hermosa,
Tan envidiada ayer, hoy tan hundida,
Y siempre tan bendita y generosa?

¿Qué importa que, gozándose en tu herida,
Te contemplen enferma y desangrada
Tus hijos, con instinto parricida?

Tú serás siempre noble y respetada,
Y tu gloriosa historia la primera,
Cuando por grande no, por desgraciada.

Vuelve á tu antiguo ser; álzate fiero
Y lleva por doquier á la victoria
Amarrada otra vez á tu bandera.

No más, haciendo feria de la gloria,
La distribuyas entre oscura gente
Que ni el desdén merece de la historia.

No consentas de nuevo, indiferente,
Que el charlatán cual sabio se levante,
Ni cual artista el necio ó el demente;

Ni menos, tan audaz como ignorante,
Encumbres la plebeya medianía,
Sólo en su empeño de medrar constante.

Hacer de los honores mercancía,
Es quererlos matar; que en la subasta
Puja más el favor que la hidalguía.

Tu hercúlea fuerza en la abyección se gasta,
Tolerando bajezas y desmanes;
Despierta de una vez diciendo: «basta».

Sangre de los Alfonsos y Guzmanes
Late en tus venas como antiguamente,
Y eres raza de genios y titanes.

Aun oye el mundo entero, reverente,
De tu Cervantes la inmortal novela;
Aun canta Calderón con voz potente;

Aun de Colón la vieja carabela
Buscando un mundo va tras de las olas,
Hinchada por la fe la rota vela;

Aun, entre triunfos, palmas y aureolas,
Velazquez, tan glorioso como Apeles,
Hace admirar las artes españolas,

Y aun, conquistando reinos y laureles,
Redoblan su galope, vencedores,
Del Cid y de Gonzalo los corceles.

Cual resumen de todos los amores,
Un nuevo amor, que al describir vacilo,
Vuestra existencia sembrará de flores.

¿Cuál es? preguntaréis.—El más tranquilo;
El que ofrece del mundo en la jornada
Seguro puesto y salvador asilo:

El amor á la esposa idolatrada,
Mitad de nuestro ser, supremo encanto,
Siempre á sufrir sumisa y resignada;

El amor al hogar, risueño y santo,
Que el ángel de la paz guarda y defiende
Contra la envidia y el rencor y el llanto;

Amor que hacia su Dios las alas tiende,
Se temple en la virtud, al bien nos lleva,
Y en generoso anhelo nos enciende.

Sólo él ventura da; yo soy la prueba:
Al lado de vosotros, hijos míos,
Mi niñez en la vuestra se renueva;

Recobra el corazón fuerzas y bríos;
Huyen, de vuestra vista á la fragancia,
Pensamientos amargos y sombríos,

Y mi perdida y venturosa infancia
De nuevo en mí sus resplandores vierte
Á través del dolor y la distancia.

También yo niño fui; también la suerte
Hizo, en día feliz, de mi presencia
Luz de un hogar, ya roto por la muerte,

Pero que vive eterno en mi conciencia,
Que me sigue doquier, que siempre veo,
Envuelto entre celajes de inocencia.

Si mañana, al colmar vuestro deseo,
Formáis un nuevo hogar y la ventura
Da á vuestra vida en él dichoso empleo,

De la infancia al pensar en la dulzura,
Comprenderéis, amando á vuestros hijos,
Cuánta fué por vosotros mi ternura.

Tened en ellos vuestros ojos fijos:
¿Dónde dicha más grande y verdadera
Podrá daros tan puros regocijos?

¡Ellos.... y la bendita compañera
Que nos alienta cándida y piadosa
Y nos hace la vida llevadera!

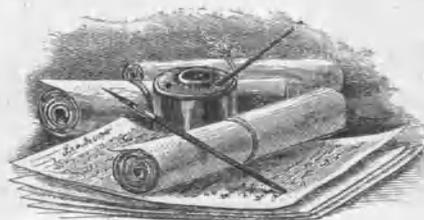
Buscadla tan amante y bondadosa
Cual la madre que os di, como ella honrada,
Angelical, purísima y hermosa.

¡Felicidad no existe más preciada
Que ver en nuestra esposa repetido
El fiel retrato de la madre amada!

Con ella al lado, y el hogar por nido,
Por sostén la virtud y Dios por guía,
Resonará constante en vuestro oído
La bendición del cielo con la mía.

J. ANTONIO CAVESTANY.

Aranjuez Junio 1887.





EL PRÍNCIPE DON FERNANDO MARÍA DE BAVIERA Y DE BORBÓN,
hijo de SS. AA. Don Luis Fernando y Doña María de la Paz. — (Nació en el Real palacio de Madrid el 10 de Mayo de 1834.)

HISTORIA VULGARÍSIMA



IEZ años hace que D. Justo de la Panoja se casó con Dolorcitas, una doncella que ya había cumplido los treinta, y por esta agravante circunstancia no tuvo inconveniente en casarse con quien había pasado de los cuarenta. No era fea, no señor; graciosa, gordita, bien formadita, buenos ojos y buen pelo, reunía cualidades físicas bastantes para cautivar á D. Justo de la Panoja

y á cualquier otro sujeto de buen gusto. ¡Lástima, en verdad, que el color de las mejillas de la simpática Dolores fuese algo más encendido de lo natural! Este exceso de color le contrariaba un poco; pero consolábase con la esperanza de que las manchas de su rostro desaparecieran en cuanto pudiera ir á tomar los baños de mar. Era un pequeño de *calor del hígado*, según los inteligentes, y el remedio infalible consistía en zambullir el cuerpo en el mar Cantábrico.

Sus padres no le habían podido proporcionar este sencillo medio de curación, porque para ir hasta el mar había que gastar dinero, y ellos apenas tenían lo preciso para vivir tierra adentro; pero lo que no pudieron los autores de su existencia, lo haría seguramente un marido cariñoso como D. Justo, y así se lo prometió. Lo malo fué que no lo pudo cumplir el primer año, porque al entrar el verano quedó cesante y sin dinero; ni el segundo, porque Dolorcitas había dado á luz y estaba muy delicada y el ama estaba un sentido; ni el tercero, porque D. Justo tuvo tercianas ocho meses; y en fin, por varios motivos que fuera prolijo señalar, y que todos pueden reducirse al poderosísimo de no tener dinero, han pasado diez veranos y todavía no habían logrado los esposos el suspirado beneficio de los baños de mar, indispensables para hacer desaparecer las manchas de fuego que doña Dolorcitas siente en el rostro y no se las ve porque no quiere mirarse al espejo.

Pero este verano, siendo más benéfica la situación de D. Justo, empleado hace tres años, recientemente ascendido, y con doscientos duros ahorrados, no hubiera tenido perdón de Dios si no hubiese proporcionado á su fiel compañera el medio único de disipar las sombras rojas que anublan su gracioso semblante, y que tenazmente han resistido á todo refresco de agua de cebada y de zarzaparrilla, á todo linaje de pomadas y vinagrillos de perfumería y á todos los remedios empíricos que le han recomendado las amigas.

—¡Nada, nada!—dijo D. Justo á su compañera—este verano vamos al mar..... Es el remedio eficaz y seguro. Allí dejarás ese humorecillo y no te volverá á salir á la cara. A nuestro hijo también le convendrán los baños, á ver si se fortalece, porque el chico creció, pero no ensancha, y no tiene más que huesos y el pellejo.

—Tú también te puedes bañar—observó Dolores.

—Hija, de cuarenta para arriba, no te mojes la barriga, dijo no sé si Hipócrates ó Galeno.....

—En ese caso, yo tampoco.....

—Si, mujer, puesto que como te has plantado en treinta y seis y nunca llegas á los cuarenta, no reza contigo el profundo aforismo. Yo no me bañaré, pero me regocijaré contemplando cómo te se quita de la cara ese fueguecillo, y cómo nuestro hijo adquiere duras y apretadas carnes, y se desarrolla su musculatura y se convierte en un hércules de menor edad.

En Julio empezó á preparar el viaje el bueno de D. Justo de la Panoja, dando dinero á su mujer para comprar un mudo fuerte y para que se arreglara los tres vestidos indispensables, el de viaje, el de paseo y el de baño, y le aderezara al chico un trajeito airoso y bonito que lucir en la playa, por más que no hay traje airoso posible para un chico tuberculoso, con un cuerpo como una flauta, unos palos largos por brazos y una cabezota enorme, lacio, desmayado, torcidillo y desmedrado. Y como D. Justo no es hombre que obra á tontas y á locas, consultó la *Higiene de los baños de mar*, que escribió el sabio Monlau, y el Diccionario de Madrid, para saber las condiciones climatológicas de los puertos más nombrados; se informó en lo relativo á precios y medios de hospedaje, y todo bien sabido y aquilatado, formó su presupuesto para veinte días de baños de mar en San Sebastián, un presupuesto-verdad, claro y preciso, dando, como avisado y previsor, la mayor importancia al capítulo de imprevistos; por donde comprenderá el lector que D. Justo de la Panoja no es rana, sino persona muy prudente y discreta; en fin, un hombre práctico, y está dicho todo.

Pensó D. Justo si llevaria la criada, una mujer ya hecha, de tierra de Segovia; pero consultado el caso con Doloreitas, convinose que el viaje de la criada afectaría demasiado gravemente al presupuesto, y que era mejor dejarla en la casa con el salario entero, y además, durante los veintidós días de ausencia se le daría una peseta para que comiera ella y le diera al gato. La segoviana se mostró conforme y satisfecha.

—Tú —le dijo D. Justo— por el día te coses y te repusas lo que quieras, y por la noche te echas la llave, te corres el cerrojo y á dormir á pierna suelta.

Y contestó la segoviana en estos discretos y persuasivos términos:

—Señor, aunque me esté mal el *ivirlo*, *pueden ustés darse* con la misma *satisfacción* que si quedara dentro de su casa un guardia del orden...

Don Justo obtuvo licencia por un mes, que era lo único que le faltaba para emprender tranquilamente el viaje, y un lunes, por no emprenderlo en martes, salió de la corte con su mujer y su hijo en el tren correo, en 1.^a clase, utilizando billetes á mitad de precio que le facilitó cierto consejero de la sociedad de los ferrocarriles del Norte, pariente lejano de Doloreitas, y que de tarde en tarde proporciona de buen grado al matrimonio alguna ventajilla, siempre que á él no le cueste dinero.

II.

Sin novedad en su importante salud llegaron á San Sebastián D. Justo y su mujer: no así su hijo Tancredo, que, habiendo bebido agua en todas las estaciones y comido frutas que no estaban en sazón, se sintió indispuerto, y en tal estado llegó al término del viaje, que parecía estar próximo al de su existencia. Por suerte, no tuvieron necesidad de entretenerse en buscar alojamiento, porque ya le tenían preparado en la calle del Payuelo, núm. 416. Era éste la casa que lleva en arrendamiento cierta viuda llamada Ignacia, natural de Tolosa, que se gana la vida con los huéspedes en la capital guipuzcoana. En el piso principal de la en que viven en Madrid los señores de la Panoja, hay una doncella que es de Tolosa también y prima de la Ignacia, y ella fué la que, por indicación de Doloreitas, escribió á la insigne pupilera á fin de que recibiera al matrimonio y el niño. Y fué tan eficaz la recomendación de la doncella, que antes de salir de Madrid ya tenía D. Justo en su poder la carta en que la Ignacia contestaba á la de su prima, y le decía que por los dos cónyuges y el muchacho no podría cobrar menos de diez y seis pesetas diarias, y era poco, «porque —añadía— forasteros mucho que te comen, pues, y tripa que te sacan de mal año.»

Cuando la pupilera vió al chico, que le subía en brazos su padre, empezó á lanzar exclamaciones de espanto, creyendo que llegaba difunto, pues propiamente lo parecía.

—¡Pobre Inacia! —clamaba— ¡muerta chico que te trae!... ¡perdida que te quedas, pues!...

Y no costó poco á la atribulada madre persuadirla de que el chico sólo estaba algo malo, y lo urgente era acostarle y hacerle tomar los remedios propios para limpiarle el estómago.

Don Justo no se detuvo, y como si conociera la casa, fué derecho á una habitación donde había un catre, y allí saltó la por ningún concepto preciosa carga. Pero la Ignacia no se tranquilizó hasta que un médico militar retirado, su huésped, vió al enfermo y confirmó el diagnóstico de la madre, y le propinó tan enérgicos remedios, que produjeron en su pobre organismo tal revolución, que los amantes padres llegaron á creer que la criatura se les iba á deshacer en las manos.

Felizmente, el tercer día quedó el muchacho limpio... de calentura, y con hambre canina, de tal suerte que la patrona, viendo cómo devoraba aquel espectralillo, significó á D. Justo que era preciso modificar las condiciones de hospedaje, pagando sobre las diez y seis pesetas convenidas cinco más por el chico, que, por lo visto, comía como tres. Protestó Dolores contra esta exigencia; la vasca se mantuvo firme; le reprochó aquella que no tenía pizca de conciencia; respondió la otra con malos modos, y hubo de intervenir don Justo, queriendo calmar á las dos mujeres, encareciendo á la suya cuánto necesitaba la tranquilidad de espíritu para tomar los baños, y ofreciendo á la codiciosa pupilera pagarle lo que pedía, con lo cual más se irritó la celosa defensora de los intereses de su marido.

—Tranquilízate, mujer—decía D. Justo de la Panoja;— todo se reduce á tomar veinte duros del capítulo de imprevistos. Has de conocer—le añadió en voz baja—que nuestro hijo come como un sabañón, y bueno es que se nutra. A ver si aquí le aprovecha más que en Madrid, y engorda, que da vergüenza, en verdad, tener un hijo tan amarillito y tan flacucho, siendo tú una buena moza, y yo, aunque sea inmodestia, un hombre de pelo en pecho y fuerte como un roble.

Doloreitas cedió y calló, haciendo esfuerzos sobrehumanos y repudiándose, como decía, por dentro, pues su gusto hubiera sido desahogarse poniendo á la pupilera los cinco mandamientos en aquella cara que tenía de caballo, metiéndole dentro los dientes, que los llevaba fuera de los labios... Pero se contuvo, porque al fin ella era una señora, y acaso también porque temió que si llegaba con la de Tolosa á las manos, las de ésta serían bastante más duras que las suyas.

No pudo bañarse el tercer día, porque la cuestión con la patrona le había producido un arrebato á la cabeza; y como tampoco se bañó el primero ni el segundo por no poder abandonar al chico, que parecía iba á volverse del revés de un momento á otro, los baños no serían ya más de diez y siete, lo que después de todo creía Doloreitas que era más ventaja que perjuicio, porque el número de baños debe ser impar, y por esta razón diez y siete le aprovecharían, sin duda, más que veinte. El día siguiente se bañaría.

Pero el día siguiente amaneció nublado, y cuando la buena señora se estaba vistiendo para ir al baño, desencadenóse violenta tempestad, cayendo el agua á torrentes, y no lo dejó en veinticuatro horas, ni en cuarenta y ocho, ni en noventa y seis... ¡Cuatro días mortales lloviendo á mares, con un viento de huracán!... Nadie se bañaba, esperando los días hermosos que no tardarían en venir. Doloreitas estaba volada, D. Justo aburrido, y Tancredo, con un apetito desordenado, no se satisfacía con lo que le daban de comer, sino que todo el día andaba acechando á la patrona y á las criadas, y al más leve descuido de alguna de éstas cogía lo que podía, fruta, queso, bollos, y vaciaba toda botella de sagardía que

encontraba, muy contento de que no hubiera baños, porque le daba mucho miedo un baño tan grande como el mar.

La pobre señora, viendo tan aburrido á su esposo, el cuarto día de lluvia torrencial le dijo:

—Pero, hombre, ¿por qué no sales?... Anda, véte á dar una vuelta, al café, que algún café habrá, y me compras *La Correspondencia* para seguir leyendo el folletín, que no he leído desde nuestra salida de Madrid; en el último quedaba la Condesa delante de la puerta de su *boudoir*, donde estaba escondido el capitán, dispuesta á impedir la entrada al marido, el sabio doctor Chevreau. Á ver si puedo saber en qué paró el lance....

Salió D. Justo á buscar las *Correspondencias* que le faltaban á Doloreitas, y recorriendo los principales sitios de San Sebastián, quedó encantado de ver tan linda población. Absorto estaba contemplando la magnífica rotunda del novísimo Casino, cuando sintió que le tocaban en el hombro. Era su compañero de oficina Ramírez, un joven que estaba bien por su casa y dedica el sueldo á divertirse en grande, y los veranos los pasa en San Sebastián con licencia, y los inviernos no va á la sección más que á pasar el rato un par de horas contando sus triunfos de amor y sus proezas en la Bolsa y en el Círculo del partido, en el que pasa las noches tirando con fortuna de la oreja á Jorge.

—¡Don Justo! ¿usted por aquí?....

—¡Ramírez, cuánto gusto en verle!.... Dígame usted, ¿qué edificio es ese?....

—¡Hombre! ¿no lo sabe usted?... Un templo....

—¿Templo?

—Sí, señor: un templo levantado en honor de.... Pero, venga usted conmigo y le verá....

—¿Se puede entrar?....

—¡Ya lo creo!.... Verá usted maravillas. Ande usted, que la lluvia aprieta y aquí no estamos bien.

Y entró mi D. Justo en el Casino con su compañero de oficina, y propiamente creyó que había entrado en un palacio encantado, pues no recordaba haber visto jamás tan primorosa decoración y tanta magnificencia.

Ramírez, que recorría los magníficos salones con igual desembarazo con que entraría en el Círculo de su partido en Madrid, llevóle á una bonita sala donde señoras y caballeros jugaban, no á los inocentes de prendas, sino á los de ázar prohibidos por la ley, y excitó al bueno de D. Justo á probar fortuna, haciéndole comprender que no haría lucido papel en aquella selecta reunión un forastero que manifestase temor de perder, ó carencia de medios para alternar con tan distinguidas personas.

El diablo mismo tentó á D. Justo, y siguiendo el consejo y las indicaciones de su acompañante, hizo su puista; ganó; hizo otra, perdió; volvió á ganar, ganó más, siguió ganando; luego empezó á perder, y perdió lo ganado; quiso recobrar algo, y perdió ya de lo suyo, y perdió más y luego más; y cuando salió del palacio maravilloso, había perdido todo lo que llevaba en la cartera, diez billetes de 50 pesetas, cien duros, es decir, íntegra la partida de imprevistos consignada en el presupuesto de gastos para su excursión de veinte días.

El pobre hombre, viéndose fuera del Casino, creyó que era un sueño lo que le había pasado; pero sacó la cartera, y nada, no había ninguno de los ocho billetes. Y gracias que el resto del dinero lo había dejado en casa. Pero el quebranto

era enorme; con lo que tenía en casa no podía más que pagar el pupillage y el medio precio de los billetes de vuelta y los baños de su mujer; pero imposible hacer ningún otro gasto.... No podría comprar á su compañera ni un pañuelo, ni un juguete al chico, ni siquiera llevarlos á tomar un refresco en el café.

Seguía lloviendo á cántaros, tronaba imponente la tempestad, y el infeliz D. Justo, parado delante del Casino, con el paraguas cerrado bajo el brazo, no sentía que se calaba hasta los huesos, y creía que todo el estrépito de la deshecha tormenta sonaba dentro de su propio cerebro. Se hallaba en una situación en que jamás había imaginado que podría llegar á verse. ¿Cómo sospechar que en aquel mágico palacio, donde todo era luz y alegría, donde concurrían caballeros tan distinguidos, tan hermosas damas, tan lindas señoritas, todos sonrientes, todos felices, había de producirse en brevísimo espacio la ruina de un hombre honrado y bueno como él?... Cuando perdió el último billete, se volvió á mirar á su compañero Ramírez como diciéndole: *¿Qué es esto?....* Y Ramírez se rió de la cara que ponía, de su actitud, del espanto y anonadamiento en que le vió.

Un cuarto de hora estuvo inmóvil, procurando pensar y sin poder coordinar las ideas, cayéndole encima el diluvio, y allí habría estado Dios sabe hasta cuándo, si el amigo Ramírez no le hubiese visto desde la puerta del Casino.

—¡Eh! D. Justo—le gritó—si quiere usted estarse allí, abra el paraguas.

Don Justo echó á andar maquinalmente y recorrió las calles de San Sebastián, sin dar en largo espacio con la en que tenía su alojamiento.... ¡En qué estado llegó á presencia de su mujer!.... Pensó ésta que su marido se había caído al mar, ó había realizado el capricho de bañarse vestido y calzado. Preguntó llena de ansiedad; pero el pobre hombre no acertaba á echar la palabra, ni tampoco aunque hubiese podido hablar habría tenido valor para decir á su mujer el percalo de la pérdida de los cien duros.... El hombre sentíase verdaderamente enfermo, tiritaba, daba diente con diente, y al propio tiempo presentaba en su rostro los síntomas de la congestión. Doloreitas se alarmó y le hizo acostarse, aplazando para cuando estuviera restablecido inquirir la causa de tan grave trastorno.

Durante tres días estuvo mi D. Justo muy malo, y el médico militar retirado, huésped en la misma casa, que le asistió, llegó á temer sobreviniesen complicaciones que comprometieran su vida. El cuarto día calmó la ansiedad de la alarmada esposa, diciendo:—«Vamos, señora, ánimo, creo que ya tenemos hombre; pero adviérte á usted que habrá de vivir con mucho método, con mucha precaución y con mucho cuidado. No podrá trabajar sino muy moderada y con cuidado, ni acostarse tarde, ni levantarse temprano, ni comer más que carnes muy frescas y pescados muy escogidos.... En cuanto á vinos, Jerez á todo pasto, pero bueno; y si quiere seguir fumando, tendrá que hacer el sacrificio de comprar tabacos habanos suaves, de los mejores.... Los inviernos los puede pasar en Niza, ó por lo menos en Málaga, y los veranos será preciso que haga una excursión á Panticosa ó á Aguas Buenas. Nada de contrariedades y disgustos; vida tranquila y sosegada; alimentación escogidísima, buena higiene; distracción, comodidad; paseos á pie y en coche, y en el centro del día el ejercicio á caballo.... De esta manera ten-

drá usted marido, señora mía, aunque no por mucho tiempo, toda vez que los pulmones no funcionan bien. Y advierto á usted que no le conviene absolutamente seguir en San Sebastián.... Si sale á la calle un día de galerna, considérese usted vinda.»

Dolorcitas quedó aterrada, y conociendo el doctor la impresión que su dictamen había producido en la amante esposa, se esforzó en calmarla y empezó á rebajar de lo que había dicho; pero ya no era fácil convencer á la pobre mujer de que no iba á quedarse viuda á la mayor brevedad. Así que cuando salió el médico, voló al lado de su marido, y llorando como una Magdalena se abrazó á él, que no pudo resistir la emoción y soltó el trapo; y el chico tragón, viendo á sus padres tan afligidos, echó á llorar también de una manera tan ruidosa, que hubo de venir asustada la Ignacia, buena mujer, aunque patrona de huéspedes, y ante aquel cuadro de familia se enterneció y no pudo contener las lágrimas.... Vinieron, atraídas por los sollozos que se oían en toda la casa, otras dos señoras que en ella se hospedaban y dos niños de éstas, y también lloraron, creyendo que había ocurrido una verdadera catástrofe.

III.

No pudo saber la esposa desolada la verdadera causa del profundo trastorno en la salud de su marido. Éste no tenía valor para declarar que había jugado y había perdido, porque le daba vergüenza aparecer á los ojos de la compañera de su vida como el protagonista de las aleyuvas del *hombre malo, que juega y pierde*. Si hubiese ganado, no hubiera tenido inconveniente alguno en confesar su falta, porque su mujer habría recibido la noticia con satisfacción; pues si el hombre malo es el que juega y pierde, el hombre bueno será, á no dudar, el que juega y gana. Atribuyó su enfermedad á la mojadura que había sufrido buscando en vano los folletines atrasados de *La Correspondencia*, y Dolorcitas hubo de contentarse con esta explicación. Entretanto discurría el hombre cómo compensar la pérdida de los cien duros, que serían precisos para terminar su expedición veranega.

Y habían pasado quince días y todavía no se había bañado la pobre mujer. La enfermedad de D. Justo, el mal tiempo, la lluvia, las tempestades, la galerna, lo habían impedido, y ya no pensaba la triste en bañarse, sino en sacar de San Sebastián á su marido, á quien, según el médico retirado, no convenía permanecer en aquella preciosa población.

Pero don Justo, que llevó á su mujer á los baños de mar al cabo de diez años de habérselo prometido, no quería en manera alguna volver á Madrid sin que aquella disfrutase el beneficio que había ido á buscar. No le importaba estar escaso de dinero; ya había pensado empeñar el reloj, pedir prestado á algún amigo, girar una letra á cargo de su habilitado, en fin, adquirir á todo trance y á cualquier precio lo necesario para poder vivir en San Sebastián quince días más de lo que se había propuesto, á fin de que su mujer y el chico tomasen siquiera quince baños, ó trece por lo menos.

Dolorcitas comprendió que era inquebrantable el propósito de su marido; pero ella, la pobre, no podía tener tranquili-

dad recordando la tremenda sentencia del médico, y á éste acudió para obligar á don Justo á regresar á Madrid sin que ella tomara los baños de mar.

—Mire usted—le dijo—mi marido no quiere marcharse hasta que yo haya tomado quince baños, y yo que le veo con ese tenaz catarro, que le oigo toser toda la noche, y recuerdo lo que usted me ha dicho, quiero que nos vayamos al momento.

—Puede marcharse él y quedarse usted á tomar sus baños.

—Eso no puede ser. No nos hemos separado jamás, y ahora que no está bueno, ¿cómo he de dejarle marchar sin mí?.... Sólo hay un medio, y es que usted declare que á mí no me convienen los baños de mar.

—Señora, ¿cómo quiere usted que yo declare semejante herejía? Á usted convienen muchísimo los baños.

—No importa.

—Pero considere usted que si otro médico sabe que yo he prohibido á usted los baños en el mar, va á decir que soy un animal.

—Juro á usted que no diré á nadie que usted ha dicho tal cosa.

—Lo dirá su marido de usted.

—No lo dirá.

—Señora, busque usted otra manera de reducir á su marido, porque yo no digo eso aunque me aspen.

Esta firmeza del médico hizo comprender á Dolorcitas que era un hombre de mucha conciencia, y de muchísima ciencia, y no insistió en su pretensión. Imaginaria otro medio de sacar á su marido de una población donde corría peligro su vida, porque ya la buena señora creía firmemente lo que respecto de don Justo había diagnosticado el doctor.

El día siguiente, al levantarse, dijo resueltamente á don Justo:

—Querido mío, hoy nos vamos.

—¿Cómo? ¿Y tus baños?....

—No, por Dios. Ni atada me dejaría llevar al mar.

—¡Pero mujer!

—He tenido un sueño horroroso, y los sueños suelen ser verdad. En nuestra familia hay varios ejemplos. Recuérdalo. Tú soñaste una vez que te habían dejado cesante, y bien que te reías contándome por la mañana tu sueño mientras te afeitabas. Y aquel día volviste á casa cesante.

—¡Verdad!

—Mi hermano soñó una vez que una culebra se le enroscaba á la garganta y le ahogaba, y al mes se casó con aquella mosquita muerta que le salió una culebrona terrible, y después de darle mil disgustos se escapó con un comisario francés....

—Verdad también.

—Pues yo anoche he soñado, horrorizate, que me había ido á bañar en el mar y me había ahogado.

—¿Que te habías ahogado, ó que te ahogabas?....

—Lo primero. Verás, entré muy despacito; luego avancé un poco más, á tiempo que vino una ola y me tiró, y me llevó adentro, muy adentro, muy lejos, y me ahogué....

—¿Y después?....

—Después me vi entre nubes, subiendo muy arriba, muy arriba....

—Al cielo.

—No era el cielo, porque ni vi ángeles, ni á San Pedro, ni oi cánticos....

—Sería el Limbo.

—No sé; el caso es que desde la nube donde estaba te veía perfectamente.

—¿Sí? y yo, ¿qué hacía?....

—Pues tú estabas muy alegre, te divertías mucho, te veía beber champagne....

—Mentira, mentira; eso sí que no puede ser....

—Te veía seguir á una mujer guapa, pero muy desollada....

—¿Desollada?....

—Sí, una perdida, una sinvergüenza....

—Tampoco eso puede ser verdad.

—Y por fin, lo que más me afligía era verte convertido en jugador, jugando y perdiendo....

Don Justo se puso colorado como la grana, y procuró disuadir á su mujer de la idea de que los sueños resultan verdad.

Pero la superchería de Dolorcitas había producido el efecto apetecido. Don Justo creía que su mujer podía ahogarse en el mar....

El día siguiente prepararon su viaje de regreso, y después de pagar á la Ignacia, que ya se había aficionado á sus huéspedes y perdonaba el merodeo del muchacho en la cocina, en la despensa y en los armarios, dirigieron á la estación; pero al ir á presentar en el despacho los billetes de vuelta á medio precio, no los encontró don Justo. En la misma cartera donde tuvo los diez de 50 pesetas perdidos en el juego, había guardado los billetes de regreso, y también los había perdido. Milagrosamente le alcanzó el dinero que aun tenía para tomar los billetes en segunda clase al precio corriente; pero no le quedó ni un duro ni medio para comer en el camino. No poseía más que setenta céntimos.... y el chico llevaba dos reales que su madre le había dado por la mañana. En cuanto llegara á Madrid empeñaría el reloj; no había otro remedio por lo pronto.

IV.

No tenían gana de comer don Justo ni Dolorcitas, y lo pasaron bien sin comer; pero el chico en todas las estaciones quería bajar á comer, y no había manera de persuadirle de que de vuelta á Madrid no se podía comer. Por fortuna para él, en el mismo coche de segunda venían un hombrón y una mujer guapota, gorda, con un hijo de la edad de Tancredo, gente franca y alegre, que traía provisión de fiambres, un par de botellas de peleón y frutas.... y viendo que á Tancredo se le iban á saltar los ojos si no comía de lo que ellos comían, ofrecieronle de buen grado, y el chico, nada corto de genio, usó y abusó de la bondad de los viajeros desconocidos. Y Dolorcitas y don Justo no pudieron menos de agradecer profundamente el favor que dispensaban á su hijo.

Al llegar á Navalperal, todos dormían en los coches, menos Tancredo, que oyendo vender un *hatijo* e *leche*, abrió como pudo la ventanilla y llamó á la vendedora, y por los dos reales que llevaba se hizo dueño del néctar de las Navas.

En Pozuelo entró en el coche el empleado de la compañía que recogía los billetes; don Justo entregó los que había comprado, y el hombrón sacó del bolsillo unos papeles iguales á los que don Justo había llevado en su viaje de ida y á los que tenía en la cartera para el de vuelta y en mala hora había perdido.

—¡Jesús!—exclamó la mujer del hombrón luego que se fué el empleado—se me ha quitado un peso de encima porque con esos condenados billetes he venido temblando todo el camino, temiendo que nos sucediera un trabajo.

—¿Y qué había de suceder?.... respondió el hombre. Ya ves que nadie nos ha dicho nada, y hemos abarrado la mitad del precio en los billetes....

—¡Ah! ¿traían ustedes billetes á mitad de precio?.... preguntó Dolorcitas: nosotros los tuvimos para la ida, pero para la vuelta hemos tenido que pagar el precio entero.

—Pues mire usted, señora—dijo el hombre—la verdad, esos billetes que hemos entregado ahora me los encontré en San Sebastián, delante del Casino, un día que llovía si Dios tenía qué.... Yo pregunté en el Casino y en los cafés por si parecía el dueño, pero nadie me dió razón. Consulté en casa con un amigo y me dijo:—«Tonto eres si no los aprovechas para la vuelta.»—Y así lo he hecho; los billetes estaban extendidos á nombre de un tal don Justo de la Panoja, que debe ser un lila ó estar chiflado, porque se necesita tener una cabeza de chorlito para perder así unos billetes del ferrocarril.

Dolorcitas iba á dispararse; pero ya habían llegado á Madrid, y sus compañeros de viaje saltaban ligeramente al andén.

—¡Vaya!—dijo el hombre—que ustedes sigan bien. Manuel Pérez, calle de los Tres Peces, 89, tienen ustedes su casa.

—Gracias—contestó don Justo.—Don Justo de la Panoja, el lila y el chiflado, calle del Bonetillo, 71, segundo.

—¡Ah! ¿Era usted?....

—No era, soy....

—¡Hambre! pues siento tanto....

—Más lo sentimos nosotros—dijo Dolorcitas.—Vayan ustedes con Dios. Hay gente para todo. ¡Jesús, si no fuera por lo que han dado de comer á Tancredo en el viaje, les armaba un escándalo!....

V.

Don Justo y Dolorcitas subieron desde la estación á pie, porque no tenían con qué pagar coche, ni podían recoger el equipaje, á no ser que se decidiera el mismo D. Justo á echarse el *munda* á la espalda. Al llegar á casa pediría una peseta á la criada, si existía la criada y no había ardió la casa, y enviaría un mozo á buscar el cofre.

Al pie de la cuesta de San Vicente, Tancredo declaró que no podía andar más. La leche de las Navas le había producido una indigestión igual á la que sufrió en el viaje de ida, y don Justo hubo de cargar con la criatura.

Llegaron por fin á casa, tiró de la campanilla Dolorcitas, y salió á abrir la puerta un guardia de orden público abrochándose la guerrera....

Dolorcitas dió un grito, y el guardia dijo:

—Señora—no hay que asustarse—que aquí no encuentra usted más que gente honrada, y lo que es casa mejor guardada que ésta por la autoridad no la habrá en Madrid en todo el verano.....

La criada segoviana, toda avergonzada, estaba pudorosamente escondida en la cocina; pero increpándola su señora, contestó:

—Pues, señora, cuando ustedes se fueron, ya les dije que la casa estaría tan segura como si quedara en ella un guardia del orden.....

—Es verdad, mujer, has cumplido muy bien; pero te irás á la calle con tu guardia.

—*Misté que pedrá.....* Una mujer de bien como yo, á cualquier hora tiene casa y todo lo que quiera..... Ahora *mismamente* me voy.....

VI.

D. Justo, su mujer y el muchacho se encuentran ya re-
puestos del trastorno que les produjo el viaje á San Sebas-

tián. Restablecido del catarro el jefe de la familia, está tan bueno y tan sano como estaba. Sólo siente la desazón natural en quien se ha gastado esterilmente los ahorrillos, pero ya no le preocupa que su mujer no se haya bañado en el mar, porque dice la buena señora, y dice bien:

—Mira, Justo, el médico que te asistía me dijo que pronto me quedaría viuda, porque tu curación era imposible y sólo podías vivir poco tiempo sometido á un régimen imposible también. El hombre se equivocó de la manera más garrafal, y probablemente se equivocaba lo mismo cuando decía que me convenían muchísimo los baños de mar. Puede que si los hubiera tomado fueras tú el viudo á estas horas.

—¡Jesús! no me lo digas, ¡qué desgracia tan grande!

—Sobre todo para mí—observa la esposa amante.—¿Sabes lo que hemos de hacer otro verano, si vivimos?

—¿Qué?.....

—Pues nada; quedarnos en Madrid.

CARLOS FRONTAURA.

Septiembre, 1887.



PRIMER CONSEJO DE MINISTROS PRESIDIDO POR LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA (1838).
(Pintado por Sir David Wilkie.)



LA PINTURA.—Composición decorativa, por Chaplin.

ASPIRACIÓN

¿Qué extraño secreto de amor sin fortuna
 Somete al encanto sutil de la luna
 El alma soberbia y esquiva del mar?
 ¿Por qué éste á su influjo retirase ó crece,
 Tan pronto en inmóvil sopor desfallece,
 Como álzase airado, la costa á turbar?

Despótico numen que en torno á tu cetro
 Girar haces dócil con rítmico metro
 Del átomo al mundo, la inmensa Creación,
 ¿Lo sabes tú acaso, lo sabes tú que eres
 Arranque espontáneo de amor en los seres,
 Ó impulso en las cosas de ciega atracción?

Por más que en el fondo sin fin del arcano
 Que encierra las causas, al cálculo humano
 Velado entre nieblas, se oculte el por qué,
 De fuerzas oscuras tragedia sin nombre
 Que abortos presencian la tierra y el hombre,
 Cumplirse el profundo misterio se ve.

Dormita, mediada la noche de invierno,
 Su roca en los hombros, el Sísifo eterno,
 Rendido á la estéril, continua labor;

Tal vez con el cielo soñando en bonanza,
 Cual sueña con todo lo que es esperanza
 Cuanto es aquí abajo combate y dolor.

Completa es su calma; tan sólo un latido
 De manso oleaje, con lánguido ruido
 Columpia las aguas que vienen y van;
 Y el uno pausado, y el otro uniforme,
 Semejan resnello que el tórax enorme
 Levanta ó deprime del viejo titán.

Es la hora inefable. La vida al imperio
 De un hondo delirio, velada en misterio,
 Se abisma en aquella total plenitud,
 Oyendo en sí propia la voz infinita,
 Jamás á lenguaje ninguno transcrita
 Con que habla en la noche la angusta quietud.

En este silencio que reina doquiera
 Hay algo como ansia ó anhelo de espera,
 Como una difusa febril lucidez;
 Parece en las sombras flotar un secreto
 Que al cóncavo oído del antro discreto
 El aire en voz baja susurra tal vez.

Entonces, cual torso de náyade que ágil
Del agua emergiera, su sábana frágil
Dejando tras ella volverse á cerrar,
Así hacia el obscuro cenit, poco á poco,
La curva de un disco de pálido foco
Remonta el espacio, saliendo del mar.

¿Es faro que playa remota ilumina?
¿Diadema arrancada de frente divina?
¿Custodia de plata con hostia de luz?
Allá cuando á ocaso tocando enrojece,
Cabeza segada del tronco parece
Ó gota de sangre llorada en la Cruz.

Es ella, es la luna; la virgen que en vela
Mantiene un cuidado tenaz que revela
Su rostro á que roba la anemia el color.
Sin duda en amores su pena consiste:
¿Cuál es lo que á un alma tan sola y tan triste
Tuviera en los cielos, no siendo el amor?

La luna, la muerta que vaga insepulta
Durante las noches, buscando la oculta
Mansión de un sepulcro cerrado tiempo há,
La pálida Ofelia de angustia demente,
La insomne Julieta que está eternamente
Un bien aguardando que nunca vendrá.

Apenas el monstruo que el sueño esclaviza
La siente, despierta, rugiendo se eriza,
Sacude su espuma cual crin de león;
Sus bascas redobla, y al fin delirante
Se eleva, queriendo besar el semblante
De aquella adorada, celeste visión.

¿Cuán terca es su brega, su lucha cuán ruda!
¿La peña le estriba y el viento le ayuda!
¿Cómo unas sobre otras, hacina olas mil!
¿Cuál salta y se encorva, cuál pugna y jadea,
Vertiendo, al esfuerzo, sudor que blanquea
La costa á lo largo del régio cantil!

A veces, á modo de fiera en la brama
Que á gritos de lejos á la hembra reclama,
Su rastro olfateando del bosque á través,
Ya en tumbos desfoga su rabia impotente,
Ya hozando en la arena, fatidicamente
Gemir de congoja se le oye después.

Ó igual á monarca fastuoso y liviano
Que á precio de un reino, queriendo aunque en vano
De esquivar hermosura vencer el rigor,
En pródigo alarde despliega á sus ojos
Los ricos presentes que viene de hinojos
A echar á sus plantas en prenda de amor,

Le vierais entonces verter de su falda
Corales y conchas; ceñirse en guirnalda
De helechos y fucos la espléndida sién;
Y abrir, á manera de oculto tesoro,
Los bancos de perlas, los médanos de oro
Que huella á su paso con régio desdén.

¿Mas todo es inútil! En vano dilata
Los húmedos labios, en vano á la ingrata
Brillante quimera pretende alcanzar;
Allá, hácia poniente, su amada se aleja,
Y él, triste, en su cárcel de nuevo se deja
Caer, fatigado de tanto luchar.

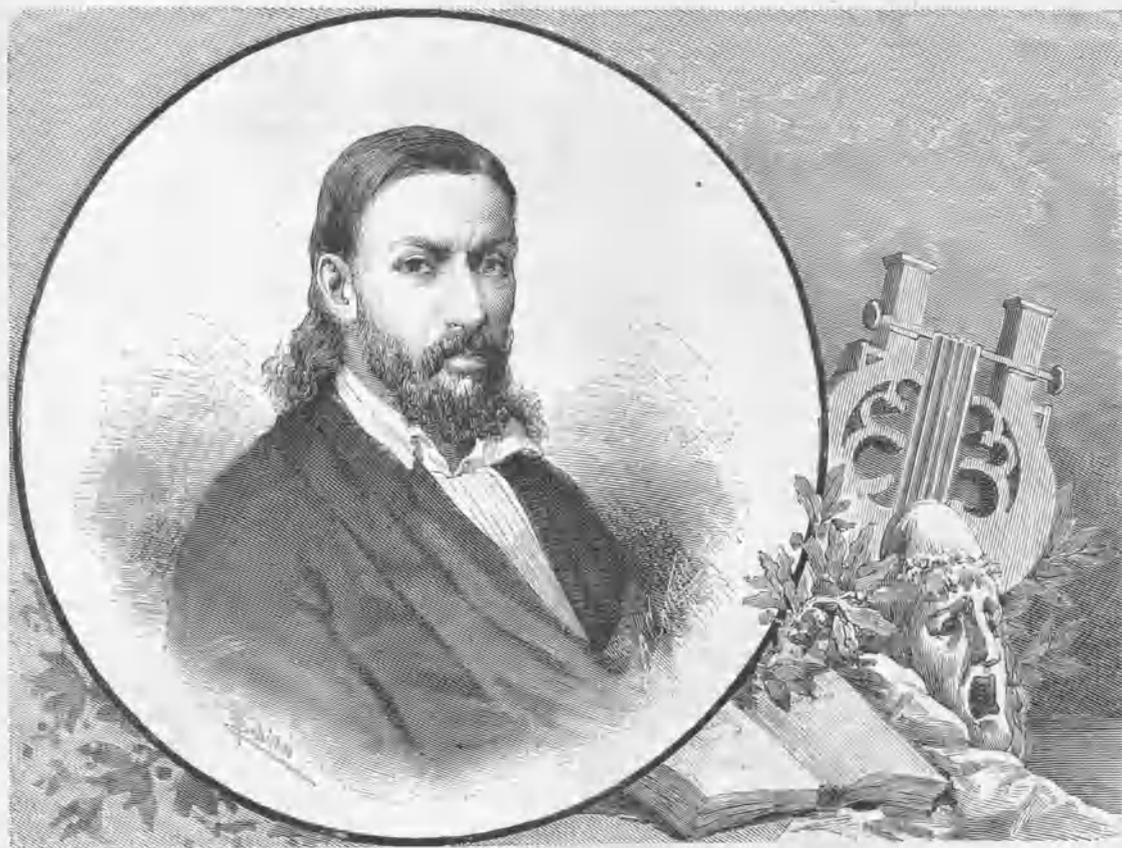
Y así una vez y otra, sumiso al halago,
Pendiente de influjo magnético y vago,
Se agita con ciego, furioso trajín,
Cautivo en cadena que arrastra invisible,
Sin que ¡ay! nunca logre su anhelo imposible,
Ni nunca, vencido, descanse por fin.

¿Oh imagen del ansia que llena la vida
Por íntima fuerza también sacudida,
También encerrada por linde fatal!
¿Quién, triste ó dichoso, ya en lucha, ya en calma,
No tiene un impulso del mar en el alma,
Y arriba en los cielos un astro idéal!

EMILIO FERRARI.



POETAS DE LA ISLA DE CUBA



JOSÉ JACINTO MILANÉS

I.

HAY entre los diversos escritores que han discurrido sobre el mérito de los poetas cubanos del presente siglo hay quien designa por los más reputados y excelentes de aquella región á Heredia, á Plácido y á Milanés. Aunque esta preferencia no es del todo justa, tratándose de un país que se honra con la insigne poetisa de Puerto Príncipe Gertrudis Gómez de Avellaneda (sin que hayan de tenerse por indignos de hombreadse con los dos últimos á Orgaz, Méndive, Ramón Palma, Tolón, Foxá, Luceas y algunos otros), sirve para darnos á conocer la singular estimación que les profesan sus paisanos, el aprecio que hacen de ellos ciertos críticos, y cuánto deleitan sus obras á los que muestran afición al nombre poético en la hermosa reina de las Antillas.

A pesar de esta preilección de los naturales de Cuba por el egregio cantor del *Niagara*, por el desdichado Gabriel de

la Concepción Valdés (Plácido) y por el que halló en varias de sus poesías tonos que no habría desdeñado la lózana inspiración de Lope de Vega, el autor de *La Madrugada* es menos conocido que Heredia y Plácido, así entre nosotros como en las naciones de la América española. No recuerdo que el nombre de Milanés hubiese resonado en la prensa madrileña, política ó literaria, hasta que hará cosa de treinta años reproduje aquella delicada composición en las columnas de *La América*, revista fundada y entonces dirigida por mi inolvidable amigo Eduardo Asquerino. A los literatos de las repúblicas hispano-americanas tampoco debía serles Milanés muy conocido; pues ni hay obras suyas en la *América poética* (copiosa y rarsísima *Colección de composiciones en verso, escritas por americanos en el presente siglo*, en la cual se incluyen poesías de la Avellaneda, de Heredia, de Orgaz y de Valdés, y que salió á luz en Valparaíso desde febrero de 1846 á junio de 1847), ni le consagra atención alguna el diligente y noticioso diplomático neo-granadino D. José María Torres Caicedo, que examina y juzga las producciones de Heredia y las de Plácido en los dos extensos volúmenes

de sus excelentes *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos latino-americanos*, y que ofrece hablar más adelante de la Avellaneda y de otros poetas de Cuba, sin mencionar siquiera ni héroe de esta narración.

Explicase tal circunstancia teniendo presente cuál era el estado de los ánimos durante la época en que dichas obras salieron á luz. Cuando el Sr. Torres Caicedo publicó en París sus *Ensayos biográficos* el año de 1863, y más aún cuando el distinguido literato argentino D. Juan María Gutiérrez, fanático anti-español, coleccionó é ilustró con noticias interesantes su *América poética*, no ya ellos, sino todos ó la mayor parte de los americanos nacidos en los inmensos territorios descubiertos y civilizados por nuestros mayores, y que hasta poco antes habían sido colonias de España, mantenían vivo el rencor á la Monarquía española, como consecuencia de las perñadas luebas sostenidas para la emancipación, ó del temor de que intentáramos hacer valer nuevamente antiguos derechos para arrebatar su independencia á las turbulentas Repúblicas recién fundadas sobre las ruinas de nuestro vasto imperio colonial.

Hasta los nacidos en aquellas tierras, que al hablar de cosas relativas á España creían ser más serenos é imparciales, se dejaban entonces llevar de un espíritu adverso á nuestra nación, simpatizando con todo súbdito español que conspiraba ó se rebelaba contra el Gobierno de la metrópoli. Heredia y Plácido pertenecieron al número de los españoles mal avenidos con las leyes que regían en su madre patria; mostráronse ansiosos de imitar el ejemplo de los americanos del Sur, y, entrando en conspiraciones fraguadas para derrocar nuestro poderío en las Antillas, fueron condenados á destierro el uno, y el otro á morir en un patíbulo. ¿No era esta razón suficiente, aun prescindiendo de los méritos especiales de cada cual de ambos poetas, para que en tales circunstancias los escritores del Nuevo Mundo los mirasen con más cariñoso interés, prefiriéndolos á otros ingenios españoles que no se hallaban en el mismo caso?

De la plaga del odio que engendran las guerras civiles (y guerra civil fué sin duda la que sostuvieron con nosotros en el primer tercio del siglo actual los pueblos americanos que formaban parte de nuestros dominios) quedan siempre finestros rezagos de que no llegan á verse libres los luchadores, ni sus inmediatos descendientes, hasta que la extingue ó atenúa el curso del tiempo que desacalora los ánimos y pone las cosas en su verdadero punto. Así vemos que hasta un hombre de tan despejado talento, de tan severa imparcialidad y recto juicio como mi excelente amigo el ilustre literato D. Miguel Luis Amunátegui, hoy Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Chile, el cual nos consagra actualmente gran simpatía y ha contribuído con empeño á la reciente creación de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española, ensalzaba á Heredia y á Plácido en el *Juicio crítico de algunos poetas hispano-americanos* que en 1859 le premió la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, no sólo por el mérito de sus poesías, que justiprecia con laudable exactitud, sino también por su declarada infidelidad á la patria donde vieron la luz primera.

En cambio, un escritor nacido en Haití, pero cubano de adopción, jurisconsulto distinguido, estimable poeta, hombre naturalmente inclinado á las ideas que pasan por más

liberales, discurría de este modo al apreciar la situación de España y de las repúblicas hispano-americanas en un estudio de cortas dimensiones, pero nutrido de juicios profundos y de saludables advertimientos: «Retener la dominación de sus admirables y portentosas conquistas era para España un derecho y un deber, un honor y un interés, una consideración de dignidad y una necesidad de situación. Empeñada en la lid, la sostuvo con las armas todo el tiempo en que pudo contar racionalmente con la solución de la victoria; pero cuando las alternativas del combate, la contrariedad de los elementos, la envidiosa rivalidad de las naciones extranjeras y la infatigable perseverancia de los insurrectos la hubieron convencido de la inutilidad de prolongar la lucha, entonces hizo lo que todos los individuos y gobiernos ilustrados hacen en semejantes casos: cedió á la corriente insuperable de los acontecimientos, obedeció á las inmutables prescripciones del orden providencial que gobierna á las sociedades humanas; entonces hizo lo mismo que hacen los padres benévolos y prudentes: absolvió de su inobediencia á los emancipados hijos; les tendió los brazos para recibirlos; y la familia española, una é indivisa antes, se subdividió en familias nuevas, que, en medio de su diversidad y á pesar de su separación, reconocen hoy, como reconocerán siempre, la salvadora unidad del tronco paterno.»

Don Francisco Muñoz del Monte, que en los párrafos anteriores se expresaba tan discretamente por los años de 1853 cuando todavía los naturales de las nuevas repúblicas hispano-americanas nos miraban con recelo ó abrigaban contra nosotros mal disimulado rencor, había sido condiscípulo y grande amigo del poeta Heredia. Desterrado, como él, de la isla de Cuba por causas políticas á los treinta y tantos años de edad, quejábase el de 1837, en la mejor quizá de sus composiciones poéticas, de la que llamaba tiranía de sus perseguidores, doliéndose amargamente de la proscripción que lo había traído á la península separándolo de su padre, de su esposa, de sus hijos, de su patria adoptiva, *tierra amada del sol, isla de los encantos*, como él la denomina en sus versos. Diez y seis años después el mismo Muñoz del Monte (establecido ya en Madrid con su mujer y sus hijos, considerado aquí por las personas más distinguidas, querido y estimado de cuantos nos honrábamos con su amistad, y cuya vasta ilustración y buenas letras eran vivo ejemplo de que la educación científica y literaria que recibían los habitantes de Cuba no debía considerarse tan imperfecta ó deficiente como suponían los enemigos de España), sobre explicar con la sensatez que hemos visto la conducta de nuestra nación respecto de sus antiguas colonias, creía, y creía muy bien (apreciando con singular perspicacia y desapasionado patriotismo los elementos vitales, la situación, los recíprocos intereses de la nación española y de las Repúblicas hispano-americanas), que á una y á otras convenía mucho entenderse y aliarse; que más ó menos pronto la lima del tiempo acabaría por despuntar odios tenaces é injustos, tan estériles para el bien como perjudiciales á todas luces para americanos y españoles.

Afortunadamente á los treinta y cuatro años de haber discurrido así Muñoz del Monte apenas quedan ya restos del encono que mostraban á su antigua metrópoli las naciones de América pobladas por raza española, y las discretas previsiones y nobles descos del elocuente escritor antillano están

más en camino que nunca de realizarse por completo. Interin llega tan fausto día, séame dado presumir que si literatos del Sur, como Torres Caicedo y Amunátegui, se propusiesen hoy quilatar el mérito de los poetas de Cuba, quizá no tributarían á Plácido cierta clase de encomios, ni echarían en olvido á ingenios del templo de Milanés.

El nombre de este inspirado poeta va unido en mi memoria á la de uno de los cubanos más notables por su ilustración y cultura que han vivido en nuestros días: á la de Domingo Delmonte, entusiasta admirador é íntimo amigo de Heredia, y á quien éste dedicó el segundo tomo de sus poesías en testimonio de inalterable afecto. Unido con lazos de parentesco á D. Miguel Aldama, tenido entonces por el mayor potentado de Cuba; tal vez animado, como decían que lo estaba su suegro y como lo estuvo Heredia, del deseo de emancipar á la isla de la tutela de España, Domingo Delmonte abandonó el suelo nativo; y, después de visitar las principales naciones de Europa recogiendo valioso caudal de enseñanza y de experiencia del mundo, creyó prudente venir á sentar sus reales entre nosotros, ó para conocer esto más á fondo y hacer desde aquí propaganda cautelosa en favor de la idea separatista que á la sazón enamoraba á muchos cubanos distinguidos, ó para eludir los recelos y persecuciones que lamentaba su deudo Muñoz del Monte, y á que habrían podido dar margen en la capital de Cuba sus tendencias políticas, sus conexiones de familia, el prestigio que le habían granjeado entre la juventud habanera su ventajosa posición, claro entendimiento y vasto saber, ó acaso más las prendas de su atractivo carácter. Tales eran ellas, que le ganaron desde luego en Madrid vivas simpatías, gozándose en cultivar su ameno trato lo más granado de esta corte (sobre todo en ciencias, artes y literatura), y viniendo á ser su casa, dispuesta con la elegancia propia del dueño, centro donde se reunían de vez en cuando en fraternal consorcio personas de diversos partidos políticos, famosas ya la mayor parte por su ilustración y por su buen gusto. En esas reuniones consagradas al culto de las bellas letras, que recordaban en cierto modo las que había tenido en la Habana para estimular el amor á los buenos estudios literarios (honrosa tradición que ha seguido allí un amigo suyo y mío, dando por fruto la interesante colección de poesías y escritos en prosa que en 1866 reunió é imprimió á sus expensas en dos volúmenes titulados *Noches literarias en casa de Nicolás Arcebrato*), estreché lazos de mutuo afecto con el elegante escritor y poeta venezolano Rafael María Baralt. Allí tuve el gusto de que Delmonte, á quien debí desde que nos conocimos amistad muy cariñosa, me obsequiase con su ejemplar de las *Obras* de Milanés publicadas en 1846, único que entonces se había recibido en Madrid de aquella edición salida pocos años antes de las prensas de la Habana. A tan larga fecha se refiere el principio de mis relaciones con las poesías del esclarecido ingenio á quien consagro estas líneas, deseoso de rendir á sus calidades el tributo de estimación que les corresponde, y teniendo en cuenta la circunstancia de que todavía es punto menos que desconocido en nuestra península.

II.

A pesar de tratarse de un contemporáneo, las biografías de José Jacinto Milanés suministran muy pocos datos rela-

vos á la vida del poeta. Su hermano D. Federico (á cuyo cargo corrió la impresión de las *Obras* á que acabo de referirme, y que las encabeza por vía de prólogo con la extensa carta que en Marzo de 1846 escribió á un distinguido literato residente en París, que abrigaba el propósito de coleccionarlas y darlas á luz, propósito que no llegó á realizarse), ni puntualiza la fecha de su nacimiento, ni da razón de las especiales condiciones de su familia, ni nos manifiesta las causas del trastorno mental que en 1843 vino á cortar en flor las lisonjeras esperanzas que había hecho concebir el inspirado, laborioso y modesto autor de *El Conde Alarcos*. Esa carta, donde se echa de menos mucho de lo que más podía interesarnos para conocer bien al poeta, es el único documento que han debido tener presente los biógrafos de Milanés. Salta desde luego á la vista que de ella han sacado por conjeturas las escasas noticias que nos proporcionan. Esto se explica en los escritores peninsulares que no han visitado jamás aquellas lejanas comarcas; pero no se concibe siquiera en los cubanos, á quienes habría sido facilísimo encontrar allí todos los datos apetecibles.

Compréndese que un hermano del poeta no entrara en ciertos pormenores por consideraciones respetables, y que tratase de disculpar lo exiguo de sus noticias diciendo: «Por lo que toca á los incidentes de su vida privada, que han hecho interesantes las dolencias morales que hoy padece, ni podemos ni queremos dejar de respetar el silencio que él se impuso. Baste decir que si por su laboriosa juventud y el mismo complemento de sus obras se echa de ver en una y otras el uso constante y útil que hizo de su inteligencia en pro de su país, consecuente con lo que escribía, su vida ha sido siempre un encadenamiento de acciones intachables, dirigidas tan sólo al acrecentamiento de su buena nombre.» Lo que no tiene razonable explicación es que los biógrafos y críticos que conocieron á Milanés, y á quienes no ligaban con él lazos de familia, hayan sido tan poco diligentes en investigar y tan poco explícitos, máxime cuando la vida del poeta fué siempre, según la terminante declaración de quien le conocía muy á fondo, un *encadenamiento de acciones intachables*.

No es pueril curiosidad la que nos induce á penetrar en la vida íntima de los ingenios que han logrado hacerse famosos por los frutos de su inspiración; pero tratándose de líricos de índole subjetiva es más importante aún conocer hasta los menores accidentes de su existencia. En ellos se encontrarán especies que sirvan para aquilatar el valor de ciertas composiciones y para poner en relieve con exactitud el verdadero espíritu del autor, su sinceridad ó hipocresía. Y no se arguya que en esos accidentes de la vida privada puede haberlos poco honrosos. Prescindiendo de que ese es uno de los inconvenientes que lleva consigo la celebridad (inconveniente que obliga á las personas notables á proceder constantemente de modo que no perjudique á su fama), la discreción, el tacto y mesura de la crítica sabrán lo que se deba decir y lo que la prudencia ordene callar, utilizando las noticias de saludable enseñanza, huyendo de menoscabar reputaciones célebres por el vano empeño de aparentar erudición ó de mostrarse noticiosos y bien enterados. Habrá, pues, de atenderme en este bosquejo á lo que se sabe con certeza de Milanés, procurando sacar de sus poesías indicios que contribuyan á poner de bulto los sentimien-



RETRATO DEL DUQUE DE NORFOLK, por el célebre Holbein.
(Museo particular de la Corona de Inglaterra.)

tos, las creencias y opiniones del malogrado poeta; haciendo lo posible por demostrar sus aciertos y sus errores, para que se conozca mejor el aprecio en que se le debe tener como lírico y como dramático.

José Jacinto Milanés nació en Matanzas, población de la isla de Cuba, el año de 1814. Fija esta fecha D. Emilio Martín en su opúsculo impreso en Madrid en 1882 con el título de *La Poesía lírica en Cuba, apuntes para un libro de biografía y de crítica*, el cual contiene observaciones y noticias estimables. La del nacimiento de Milanés (que no expresa el mes ni el día) es debida indudablemente á la indicación que hace el hermano del poeta cuando asegura que éste acababa de cumplir veintitrés años en el de 1837. A esa noticia; á la de haber salido á luz las primeras poesías de José Jacinto que se dieron á la estampa el dicho año 37 en el *Aguinaldo Habanero*, escogida colección de composiciones en verso y prosa dirigida por el autor de las *Aves de paso* y de las *Hojas caídas*, D. Ramón de Palma, y por mi antiguo amigo D. José Antonio Echeverría, persona de no común ilustración; á la de que en breve tiempo fué tenido Milanés, hasta en las más pequeñas poblaciones de la isla, por uno de nuestros mejores poetas; y finalmente, á la desconsoladora de que en 1843 perdió la razón, *abrumado de graves y complicadas afecciones*, y permaneció en estado tan doloroso hasta su fallecimiento, acaecido en 1863, se reducen las que debemos á sus biógrafos. Y sin embargo, éstos podrían haber dado algunos otros pormenores, también importantes al conocimiento de la vida de nuestro héroe, tomándolos del mismo arsenal donde recogieron los que consignan.

Dije antes que D. Federico Milanés no da razón de la calidad y circunstancias de su familia en la carta-prólogo que antecede á las obras de su hermano. Mas si en ella no encuentro nada que revele la alcurnia ni la posición social de sus padres, hay algo por donde se puede venir en conocimiento de que no debían andar muy desahogados en materia de intereses. Refiriéndose á los escasos medios que tuvo José Jacinto para desarrollar sus facultades intelectuales y satisfacer el deseo de variá instrucción despierto en él desde muy temprano, discurre del modo siguiente: «Educado en una mala escuela de primeras letras, admirable era por cierto la extraña afición que desde niño manifestaba por la literatura, y particularmente por la literatura española del siglo XVII. Condiscípulos suyos recuerdan ahora el afán con que desde su más tierna edad, entregado á la constante lectura de Lope de Vega y Calderón, procuraba imitar á tan esclarecidos ingenios en multitud de improvisadas producciones que candorosamente concordaba con el título de comedias. Estos prematuros abortos de una imaginación rica, pero desprovista de provechoso cultivo, denotan, cuando se considera la poca emulación que para producirlos debía encontrar un niño en pueblo tan naciente y pobre de vida literaria como Matanzas, la superabundancia de afición y dotes de ingenio que rebosaban en él. Supliendo con ellas la imposibilidad de medios que por aquel tiempo rodeaban á un joven de escasa fortuna para educarse medianamente sin traspasar los linderos de su pueblo, consiguió á duras penas, y casi por sí solo, mal traducir el inglés, llegando á poseer correctamente el italiano, latín y francés.»

Las palabras que anteceden, escritas hace más de cuarenta años, sobre poner de manifiesto que los padres de Mi-

lanés eran de escasa fortuna, corroboran lo que he dicho en varias ocasiones para rebatir censuras fulminadas contra el supuesto atraso intelectual de nuestra nación, contra la careada escasez de medios de instruirse con que contaban en aquel tiempo los españoles de América. Si las ampulosas y exageradas declamaciones de nuestros detractores tuviesen fundamento sólido, ¿se explicaría que un joven sin recursos (aun poseyendo el talento, la perseverancia y el amor al saber del cantor de *La Madrugada*) hubiese podido adquirir los conocimientos á que alude el párrafo anterior, en pueblo *tan naciente y pobre de vida literaria* como Matanzas? Además, los ojos del menos lírico descubrirán en casi todas las poesías del cubano Heredia, del venezolano Andrés Bello y del cisno del Ecuador Joaquín Olmedo (formados al calor de la antigua disciplina literaria española, tenidos muy justamente por los mejores poetas americanos de la primera mitad de este siglo) dotes de lenguaje, de versificación y de estilo que resplandecen por su clásica hermosura, y á que ni siquiera se aproximan los ingenios de la generación subsiguiente.

Persuadido de que el idioma francés se hallaba entonces más difundido que ningún otro en las naciones cultas de ambos hemisferios, de que la literatura de nuestros vecinos transpirenaicos era la más conocida y generalmente divulgada, José Jacinto Milanés puso empeño particular en el conocimiento y cultivo de dicho idioma, y llegó á dominarlo hasta el punto de versificar en él con cierta corrección y soltura. Diciendo así los alejandrinos que cita su hermano, según el cual tradujo en ellos á lengua francesa los ingeniosos conceptos de nuestro gran Lope de Vega en la escena con que da principio á su comedia titulada *La Dama melindrosa*.

Esta innata afición á los versos, que llevó á Milanés desde un principio al extremo de vencer las dificultades que ofrece escribirlos en extraño idioma, explica bien que antes de cumplir veintitrés años y de recibir el bautismo de la publicidad en el *Aguinaldo Habanero* hubiese compuesto ya varios poemas, algunas obras dramáticas é infinidad de composiciones sueltas. Estimándole á proseguir el camino emprendido, franqueándole su copiosa biblioteca é ilustrándole con sanos consejos, un sabio humanista que residía en Matanzas hacia 1835, y que, según D. Federico Milanés (que calla su nombre), figuraba entre las más célebres notabilidades de la isla por su talento é ilustración. Tal fué la persona que dió á conocer á José Jacinto en la capital de Cuba: él regaló para ese fin á los editores del *Aguinaldo* varias poesías del vate matancero, y principalmente *La Madrugada*. Grande fué el efecto que causó esta composición en la generalidad de los lectores. Separándose del gusto que predominaba á la sazón en las regiones de la lírica, el novel ingenio venía espontáneamente á coincidir en ella con la índole y espíritu de la poesía romántica que por aquel tiempo comenzaba á prevalecer en nuestra Península. D. Federico Milanés hace á tal propósito la siguiente observación: «Aunque no participamos en mucho de la idea, tan repetida en la época actual, de darle al poeta un destino providencial y casi milagroso, á veces nos agrada, sin embargo, pararnos á contemplar los extraños sucesos con que nacen decoradas algunas existencias. Queremos dejar consignada aquí la peregrina coincidencia de haberse dado á conocer en

el mismo año y casi por los mismos días, sin ningún antecedente y produciendo viva sensación, los dos poetas, uno nacido en España y otro en Cuba, que escribiendo en una misma lengua, personifican á nuestro entender muy notablemente con el carácter agitado y pensador de esta época el diferente sesgo de la poesía en tan apartados países. No es necesario añadir que los dos poetas á que alude eran su hermano José Jacinto y nuestro valisaleño Zorrilla, cuya fama principió también en Febrero de 1837 con los versos que leyó ante numeroso concurso de literatos y de artistas junto á la tumba de Larra.

La popularidad que desde un principio logró Zorrilla entre nosotros, y que tomó vuelo cuando el dicho año 37 dió á luz en Madrid el primer tomo de sus *Poesías*, estimulado á ello por el orador elocuentísimo D. Juan Donoso Cortés y por el nebuloso y fantástico poeta D. Nicomedes Pastor Díaz (que honró aquel volumen con un proemio tan hinchado como entusiasta), traspasó en breve los mares y causó extraordinaria sensación, no sólo en Cuba y en Méjico, sino en todas las Repúblicas americanas del Sur. Rápida, profunda y decisiva fué la influencia que ejercieron las composiciones de Zorrilla en el gusto literario de los poetas y de los aficionados á la poesía en la América española.

Milanés, que abandonado desde luego á sus naturales impulsos había dado felices muestras de carácter propio en sus primitivas inspiraciones, no se libró de ese influjo, tanto más perjudicial para los hispano-americanos, cuanto mayor fué el servilismo con que se empeñaron casi todos en imitar el amaneramiento y desaliño del gran poeta de Castilla, sin poseer en la mayor parte de los casos las peregrinas dotes que hasta cierto punto hacían en él tolerables sus defectos. ¡Cosa singular! Los mismos que en nuestras antiguas colonias maldecían de la cultura española y miraban hasta con horror cuanto provenía de España, saboreaban con delicia los versos de Enrique Gil, de Arolas y de otros románticos, y muy en particular los de Zorrilla y Espronceda, á los cuales procuraban seguir, no solamente en lo relativo á la forma, sino también en la tocante á la índole poco ejemplar y nada poética de ciertas composiciones.

Cediendo á las falsas ó equívocas ideas que entonces pasaban por verdaderas é incontestables, D. Federico Milanés hace notar, con cierto aire de complacencia, que contribuyeron mucho á sentar la reputación de su hermano las poesías de carácter social que había escrito al tenor de nuestros líricos innovadores, bien que con intención más recta y pura. «Alentado (dice) con la favorable acogida que tuvieron sus primeros versos en la Habana, y estimulado con el movimiento literario que, á imitación de la Península, empezaba á desarrollarse en Cuba, llenóse de noble deseo su entusiasta corazón, y entonces fué cuando dando un sesgo importantísimo á la poesía empezó á caracterizar cuanto salía de su pluma con esa unión *humanitaria y filosófica* que tan justa celebridad le ha granjeado. Entonces escribió *La Carcel*, *La Madre impura*, *El Ebrio*, *La Ramera*, etc. Estas composiciones no adolecen del espíritu, más bien que social antisocial, de varias de Espronceda ó de *El Mendigo* de don Santos López Pelegrín (Abenamar), poesía que llamó mucho la atención y que el pésimo gusto del fanático francés Gustavo Hubbard calificó disparatadamente de *obra maestra* (sin duda por el odio que respira contra los ricos) en su

Histoire de la Littérature contemporaine en Espagne. Pero ni son las mejores de Milanés, ni las que más caracterizan su ingenio poético. Razón tiene el autor de *La Poesía lírica en Cuba* cuando en su biografía de Juan Clemente Zenea dice, refiriéndose al cantor del Yumuri: «No sabemos por qué, ni atinamos tampoco á descifrarlo, siempre que de las obras de éste se ocupan los literatos cubanos, haciendo caso omiso de su *Madrugada* y de la canción á la tórtola, sólo se fijan en *La Madre adúltera*, *Á Larra*, *La Ramera* y otras piezas del autor de *El Conde Alarcos*, que, ó mucho nos engañamos, ó son de lo peor que de su pluma ha salido.» De acuerdo en lo esencial con esta opinión del Sr. Martín, había yo escrito un año antes de que se publicara su libro: «Sin salir de la isla de Cuba, madre de poetas como Heredia y la Avellaneda, venimos á uno de sus hijos más distinguidos, á José Jacinto Milanés, cuando aun no conocía los versos de Zorrilla ni el giro prosaico y la malsana tendencia de *El Verdugo* y *El Mendigo* de Espronceda, titular en *La Madrugada* la ingenuidad, la frescura, la gallardía de Lope; y conocidos aquellos, amanerarse y viduarse hasta desnaturalizar á veces la índole propia de su inspiración, como en *El Bandolero*, *El Mendigo*, *La Ramera* y otras composiciones análogas.»

La circunstancia de haber comenzado en un mismo año la celebridad de Milanés y la de Zorrilla es la única coincidencia que entre ambos existe, á pesar de haber procurado aquél torcer el rumbo de su nativa inspiración para seguir el del poeta castellano. Más analogía encuentro, y encontrarán cuantos conozcan bien la historia de los líricos españoles de nuestro siglo, entre algunas particularidades de la vida de Milanés y las de otro ingenio peninsular, el modesto vizeaño D. Antonio Trueba (popularísimo ayer, hoy silencioso y casi olvidado), cuyo noble espíritu y sincero amor á la naturaleza han propendido siempre al mismo fin que se proponía en sus inspiraciones más geniales el poeta matancero. Cuando este dió á conocer en la Habana sus primeras poesías, era dependiente de un escritorio de comercio en Matanzas. Trueba era también dependiente de una lencería en nuestra calle de Postas cuando sus primeros versos publicados en esta corte comenzaron á llamar la atención del público. Ambos empleaban sus ratos de ocio en estudios literarios; ambos robaban horas al sueño para consagrarlas al amor de la inspiración poética; ni uno ni otro la prostituyeron nunca dedicándola á cohonestar vicios, errores, deformidades ó injusticias.

III.

Recogidas ya las pocas noticias que tenemos acerca del nacimiento, educación, aficiones y estudios literarios de nuestra héroe, así como de su modesta posición, de sus escasos bienes de fortuna y del deplorable trastorno mental que acabó con él tras largos padecimientos, cumple añadir que á los diez y seis años había ya escrito una comedia procurando imitar el estilo de nuestros grandes dramáticos del siglo XVII. En las breves muestras que de ella nos da el hermano del autor se dejan ver cualidades notables, atendida la corta edad del poeta, y sobre todo, un sabor castizo y

una soltura en la manera de versificar propios de ingenios más nutridos y experimentados. Merece particular atención la circunstancia de haber compuesto Milanés dicha obra entre 1829 y 1830, época en la cual imperaban todavía entre nosotros las máximas del degenerado clasicismo que desde principios del siglo anterior había pugnado por sobreponerse al gusto y carácter de la dramática genuinamente española, y que no recibió aquí el golpe de gracia hasta que en 1835 apareció en la escena del teatro del Príncipe el *Don Alvaro* del Duque de Rivas.

En 1881 se imprimió en Matanzas un opúsculo de 183 páginas en 8.^o mayor titulado *Album Milanés*, el cual contiene una colección de producciones literarias en verso y prosa formada por D. Sebastián Alfredo de Morales, auxiliado por D. Guillermo Schwayer y D. Francisco Valdés Rodríguez, y dirigida al honroso fin de contribuir con su producto á la erección de un mausoleo destinado á guardar los restos del esclarecido poeta para que uno sea dado acusar de negligente á la indica Yucayo por dejar expuestas á la intemperie del olvido las reliquias de su *Taso*, como estampa en el prólogo del *Album* el susodicho Sr. Morales. Ese opúsculo, donde figuran poetas y poetas cubanos de justo renombre (á par de algunos de nuestra Península tan excelentes como mis queridos amigos el ilustre General de Artillería D. Tomás de Reina y Reina y el erudito murciano D. Lope Gisbert) incluye una composición inédita de Plácido y la traducción en verso hecha por Milanés, también inédita, del prólogo y del primer acto de la trilogía referente á la vida de Cristina de Suecia que Alejandro Dumas dió en París al teatro del Odeón por marzo de 1830 con el título de *Stockholm, Fontainebleau et Rome*. En la *Advertencia* que precede á esa primorosa traducción hay noticias relativas á la cultura cubana y al egregio vate matancero. Las recogeré en este lugar para ilustración del asunto á que se refieren. Según ellas, por los años de 1837 y 38, es decir, en la época en que salieron á luz los primeros versos de Milanés, alcanzaron su mayor boga las tertulias que tenía casi diariamente en su casa de la Habana D. Domingo Delmonte y Aponte. «Aquellas reuniones (dice la mencionada *Advertencia*) eran cursos de literatura, que en acción, del modo más amigable del mundo, instruían y ponían en evidencia á los talentos que de otro modo tal vez les hubiera sido muy difícil darse á conocer. Á ellas asistía de tarde en tarde José Jacinto Milanés, cuando algunas vacaciones de Pascuas ú otro acontecimiento festivo de esta clase le permitían abandonar la carpeta del escritorio que servía en Matanzas, y siempre llevaba alguna cosa que leer á sus amigos en la Habana. En una de aquellas veces sirvió para este fin el prólogo y acto primero que del drama *Cristina*, del primer Alejandro Dumas, había traducido, y del agrado que causó su lectura nació el voto unánime de todos los oyentes de que Milanés abandonase por entonces un trabajo cuya parte mayor de gloria había de corresponder naturalmente al autor original del drama, y de que, vista la aptitud de Milanés para manejar la rima y la elocución teatral, debía darse á conocer en una obra de su propia invención. Milanés quiso complacer á sus amigos, y sin agregar un verso más á la obra cuyos fragmentos se imprimen ahora por primera vez, emprendió la del *Conde Alarcos*».

Grande fué, al decir de cuantos lo presenciaron, el efecto

que causó en la escena este drama,] escrito desde 1838 á 1840, y que añadió quilates á la popularidad que Milanés había conquistado ya en Cuba como poeta lírico. En ese medio tiempo escribió también varias de sus composiciones sueltas. Desde entonces hasta que se le trastornó el juicio y dejó de existir para el cultivo de la poesía, compuso algunas tan bellas como las tituladas *Su alma*, *Orillas del mar* y *Bajo el Mango*; varias leyendas á imitación de las de Zorrilla; el drama en tres actos y en verso *Un poeta en la corte*, no representado aún, que yo sepa; el proverbio dramático en un acto *A buena hambre no hay pan duro*, cuyo protagonista es el insigne Miguel de Cervantes, y *Por el puente ó por el río*, drama inspirado en la lectura de la preciosa comedia de Lope de Vega titulada *Por la puente, Juana*, que dejó sin concluir. «Por el año de 1840 (dice D. Federico Milanés) concibió y puso manos á la obra del *Mirón cubano*, creación de vasto plan y de extremada originalidad. Su objeto era presentar en diferentes cuadros de costumbres, en verso, y dándoles la forma más dramática que cupiese, varias ideas críticas, ya puramente literarias, ya morales, en que personificándose el poeta bajo el nombre y ocupación de un crítico observador de las ridiculeces ó malas costumbres de los otros hombres, pone en su boca las deducciones psicológicas y justas que le convienen. Gran parte escribió de esta obra en diferentes épocas de los años 40, 41 y 42, alternando ese trabajo con otros de muy distinta naturaleza, y que, como esta generosa consagración de su ingenio al adelantamiento y cultura intelectual de Cuba, quedaron interrumpidos en su mejor sazón por el menoscabo que desde el año de 43 ha sufrido en su salud».

Tales fueran la vida y las obras de José Jacinto Milanés, según las noticias y documentos que he logrado reunir. Restame ahora investigar cuáles pudieron ser las causas de la locura que hirió mortalmente á los veintinueve años de edad, cuando prometía mejores frutos, al *afortunado Taso del Yucayo*, como le nombran sus admiradores, y exponer brevemente mi parecer sobre las poesías líricas y dramáticas del tierno y delicado cantor de quien dijo su compatriota la inspirada poetisa D.^a Luisa Pérez de Zambrana:

Como palomas sus endechas gimen,
Y en las almenas en que tiembla el estuero
Se posan á llorar;
Que al dolor y á las lágrimas sombrías
Alzaron sus divinos diálogos
Un templo y un altar.

IV.

No afirmaré yo tan rotundamente como la hace el prologuista de la traducción francesa de las poesías de Plácido (1) que el poeta es *el más femenino de los hombres*; pero sí que hay algo en el temperamento y en la sensibilidad del verdadero poeta que armoniza con la vivacidad de impresiones, con los delicados sentimientos de la mujer, superior al hombre, por lo común, en vehemencia, en ternura, en

(1) *Poésies complètes de Placido (García de la Concepción Valdés), traduites par D. Foinvise avec une préface de Louis Jourdan. Paris, 1863.*